

JAN STOCKLASSA

STIEG

LAS CLAVES OCULTAS

LARSSON.

DEL ASESINATO

EL LEGADO

DE OLOF PALME

STIEG LARSSON. EL LEGADO

LAS CLAVES OCULTAS DEL ASESINATO DE OLOF PALME

JAN STOCKLASSA

Traducción de Pontus Sánchez



Rocaeditorial

Título original: *Stieg Larssons arkiv. Nyckeln till Palmemordet*

© 2018, Jan Stocklassa

Primera publicación por Bokfabriken, Suecia.
Publicado en acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia.

Los textos de las cartas de Stieg y sus firmas están publicadas con permiso de Searchlight Magazine Ltd, así como de la Fundación Expo.

Primera edición: marzo de 2019

© de la traducción: 2019, Pontus Sánchez

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417771034

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

**STIEG LARSSON. EL LEGADO.
LAS CLAVES OCULTAS DEL ASESINATO DE OLOF PALME**

Jan Stocklassa

EL CASO QUE MARCÓ LA VIDA DEL AUTOR DE MILLENNIUM.

Diez años después de la muerte de Stieg Larsson, su archivo privado se abre por primera vez. Un archivo que había sido olvidado durante todos estos años, hasta 2014, cuando el periodista Jan Stocklassa obtuvo acceso a él. Allí encontró, en veinte cajas de cartón, rastros de un proyecto secreto de Larsson: la investigación sobre el asesinato del primer ministro sueco Olof Palme.

Jan Stocklassa logró acceder de forma exclusiva a esta extensa investigación hecha por Stieg Larsson. Al revisar estos documentos, su teoría, que parecía ya olvidada, resucita y, con la propia investigación de Stieg Larsson como base, Stocklassa sigue sus pasos mientras le acompaña constantemente la pregunta ¿qué habría encontrado Stieg si no hubiera fallecido?

Jan Stocklassa decide averiguarlo, siguiendo las huellas de la voluntad de Stieg Larsson de encontrar respuesta a uno de los misterios más enigmáticos de la historia europea.

ACERCA DEL AUTOR

Jan Stocklassa es un periodista y escritor sueco. En 2007 escribió la novela *Gripen av Prag* en la que exponía los casos de corrupción de Saab y BAE.

ACERCA DE LA OBRA

«Encontré el archivo olvidado de Stieg Larsson y me adentré en un mundo lleno de personas y sucesos que parecían sacados de sus novelas. Personajes igual de extremos que Lisbeth Salander y Alexander Zalachenko. Pero reales. Asesinos y sus víctimas. Espías que espían a otros espías. Mujeres y niños

asesinados. Ordenadores pirateados, grabaciones secretas, operaciones encubiertas. Y muerte. Muchísima muerte, malvada y repentina. Las tres novelas de Stieg Larsson han vendido más de ochenta millones de ejemplares, pero su principal obra no fue escribir novelas. Dedicó toda su vida adulta a luchar contra el creciente movimiento de la extrema derecha. El segundo proyecto más grande de Stieg fue investigar el caso Olof Palme. Se puede ver claramente en sus archivos. Hay muchísima información sobre la extrema derecha, pero el material deriva hacia el asesinato de Palme y desemboca en teorías concretas y pistas para la policía.»

JAN STOCKLASSA, en el prefacio del libro.

A Berra y a Marianne,
¡allá donde sea que estéis!

En Suecia me entra miedo. Es que... es desolador, todo el mundo va borracho. Todo funciona. Si te paras en un semáforo en rojo y no apagas el motor, alguien se te acerca y te lo comenta. Vas al botiquín y hay un aviso: "En caso de suicidio: llamar al...". Pones la tele y están emitiendo una operación de oído. Esas cosas me asustan.»

LOU REED, en la película *Blue in the face*

PREFACIO

Todo solía ser tan simple... Plutón es un planeta. La leche es sana. El diésel es más limpio que la gasolina. Si te metes en el agua justo después de comer, te puede dar un corte de digestión y te puedes ahogar. El asesinato del primer ministro sueco Olof Palme nunca se va a resolver.

Sin embargo, cada vez es más frecuente que las viejas verdades se pongan en duda. Es hora de volver a hacerlo. La nueva verdad nos dice que el asesinato de Olof Palme sí se va a resolver.

Para mí todo empezó en 2008 con lo más sueco que existe (a juzgar por todas las novelas de intriga provenientes de Suecia): una mujer asesinada junto a un lago en la provincia de Småland. Eso me dio una idea para un libro sobre escenarios de crímenes. Aproximadamente, un año más tarde resultó que la explicación del crimen también era de lo más sueco: la policía encontró nuevas pruebas científicas y el homicida resultó ser un alce. Sin embargo, a estas alturas, yo había abandonado mi idea original y estaba sumido en la aventura que ha dado como resultado este libro.

Cinco años más tarde, encontré el archivo olvidado de Stieg Larsson y me adentré en un mundo lleno de personas y sucesos que parecían sacados de sus novelas. Personajes igual de extremos que Lisbeth Salander y Alexander Zalachenko. Pero reales. Asesinos y sus víctimas. Espías que espían a otros espías. Mujeres y niños asesinados. Ordenadores pirateados, grabaciones secretas, operaciones encubiertas. Y muerte. Muchísima muerte, malvada y repentina.

Las tres novelas de Stieg Larsson han vendido más de ochenta millones de ejemplares, pero su principal obra no fue escribir novelas. Dedicó toda su vida adulta a luchar contra el creciente movimiento de la extrema derecha. Ya a principios de la década de los noventa, alertó sobre un partido político recién nacido llamado Demócratas de Suecia. El mismo que veinticinco años más tarde

es uno de los tres grandes partidos de Suecia y que ha redibujado el panorama político del país.

El segundo proyecto más grande de Stieg fue investigar el caso Olof Palme. Se puede ver claramente en sus archivos. Hay muchísima información sobre la extrema derecha, pero el material deriva hacia el asesinato de Palme y desemboca en teorías concretas y pistas para la policía.

He seguido trabajando con las teorías y pistas de Stieg, he ahondado más y he añadido nuevas piezas al rompecabezas. La imagen que va surgiendo no solo explica las extrañas circunstancias que rodearon el asesinato. También arroja luz sobre los motivos que hay detrás. Creo haberme hecho una buena idea de lo que sucedió antes del asesinato, durante la tarde en que ocurrió (el 28 de febrero de 1986), así como una imagen de la gente que había en el escenario del crimen. En este libro, describo una posible resolución: el lector mismo podrá hacerse una idea a partir de los hechos y las conclusiones que expongo.

Lo que tienes en las manos es una novela documental. Está escrita como una historia apasionante, pero el objetivo es que todo sea verídico. Hay unas treinta páginas formadas por textos del propio Stieg, cartas y memorandos. Muchos de los diálogos están reproducidos palabra por palabra, mientras que otros están dramatizados a partir de documentos sacados del archivo de Stieg y de más de un centenar de entrevistas. En el epílogo hablo un poco más de la documentación de referencia y de cómo la he gestionado. Si quieres profundizar en los detalles del caso Palme, te recomiendo el informe de mil páginas de la Comisión de Revisión y alguno de los libros de Gunnar Wall o Lars Borgnäs, dos de los principales expertos suecos en Palme. Pero hay infinidad de material para examinar. Eso sí, he de advertir que, si se quiere indagar más: ¡hay que ir con cuidado! El caso Palme es un virus malicioso que ha contagiado a mucha gente.

Su asesinato acabará por resolverse. Según Krister Petersson, nuevo fiscal y jefe de la investigación policial del caso Palme, al primer ministro sueco no le pegó un tiro un alcohólico de nombre Christer Pettersson. Creo que tiene razón. También estoy convencido de que la investigación de Stieg Larsson contribuirá a esclarecer el crimen. Igual que este libro, con un poco de suerte.

Cuando leas esto, la policía ya habrá tenido acceso a mi material y podrá hallar pistas decisivas que tal vez lleven a alguien a los tribunales. Como mínimo, a una persona.

Dentro de uno o dos años, espero que se pueda decir con seguridad que el caso Palme quedó resuelto.

JAN STOCKLASSA,
septiembre de 2018

PRÓLOGO

Estocolmo, 20 de marzo de 2013

Los limpiaparabrisas luchaban contra la nieve. No había pasado más de un cuarto de hora desde que había aparcado, pero la tormenta ya había camuflado mi Volvo granate en su manto blanco. De fuera, llegaban los sonidos amortiguados. La nieve revoloteando a mi alrededor me desorientaba, a pesar de estar en el aparcamiento, delante del edificio de chapa de unos trasteros de alquiler.

El suave ruido de un motor me hizo pasar la mano por la ventanilla lateral para quitar el vaho; una gota de agua rodó por mi muñeca y se coló en la manga de mi abrigo. Un coche plateado familiar aparcó a mi izquierda. Antes de que me diera tiempo de apagar el motor, la puerta del otro automóvil ya se había abierto. El hombre tenía la cara envuelta en una bufanda larga y llevaba puesta la capucha de la parca. Señaló por encima del techo del coche para indicar que nos dirigiéramos a la puerta principal. Cuando llegué, él ya estaba introduciendo el código en la cerradura electrónica. Por lo visto, no funcionaba, porque enseguida sacó el móvil y llamó a alguien. Los minutos que estuvimos allí de pie pasaron lentos como una campaña electoral sueca. El archivo llevaba diez años metido en cajas. Ahora es como si no quisiese renunciar a su reposo tan fácilmente. Al final, una puerta corredera se deslizó a un lado. Después de pasar una esclusa de aire, entramos en un pasillo cálido y seco. Allí había unos intensos fluorescentes y una hilera infinita de persianas metálicas. Comparado con el frío gélido del exterior, aquel lugar parecía tan acogedor como una casa particular.

Sin el gorro, la bufanda y la capucha, vi que, efectivamente, aquel hombre era Daniel Poohl, del diario *Expo*. Él me había dejado pasar. Nos dimos un apretón de manos y cruzamos el largo pasillo, subimos las escaleras hasta el primer piso y nos metimos por un pasillo idéntico al anterior hasta que Daniel se

detuvo delante de una de las persianas. Lo único que indicaba que habíamos llegado era una pequeña placa de latón con un número anónimo grabado. Nada parecía indicar que allí se ocultaba un tesoro. Algo que podía iluminar el camino hasta un bien de un valor incalculable.

La persiana de metal se enrolló hacia arriba con un estruendo y vi que el pequeño trastero estaba lleno hasta los topes. Había estanterías llenas de cajas de mudanzas hasta el techo. Había dos pasillos de cajas apiladas hasta la puerta. Miré el lateral más estrecho de una de las cajas; el texto confirmó que había encontrado lo que llevaba tanto tiempo buscando. En rotulador grueso ponía: «Archivo Stieg».

Entre los dos bajamos la caja al suelo. Daniel aguantó la tapa de cartón hacia un lado y yo cogí un puñado de carpetas colgantes de un modelo anticuado. Cada carpeta estaba marcada en el borde superior con una letra diminuta escrita a mano y perfectamente legible. En las que tenía en la mano ponía: «WACL», «El de 33 años», «Resistance International», «Pista de Sudáfrica» y «Christer Pettersson». Empecé a sentir un cosquilleo en los dedos, como si las carpetas estuvieran electrificadas. Los títulos dejaban claro que aquellos documentos trataban sobre el asesinato del primer ministro sueco Olof Palme.

Había muchísimo más material del que había imaginado. ¿Cómo podría revisar todo aquello?

Daniel me puso los pies en el suelo. A pesar de tener tan solo treinta y un años, era redactor jefe y director general de *Expo*. Además, había dedicado gran parte de su vida a luchar contra el racismo y la intolerancia. El archivo era su responsabilidad y me dejó muy claras dos cosas: los documentos no podían salir del edificio sin su permiso y no podía contarle a nadie dónde estaba el almacén.

Tendría que leerlos allí mismo, pero no había ningún otro sitio en el mundo en el que quisiera estar más allá de aquel pasillo de ese edificio de chapa sin ventanas, sentado en una caja de mudanzas, con la tormenta de nieve azotando en el exterior. Tenía poco tiempo. Solo podría examinar una parte minúscula de todo aquel material. Y aún menos podría sacar ninguna conclusión de las reflexiones de Stieg.

Mi periplo había sido largo y tortuoso. Había huido de mis propios fracasos personales al dedicar todo mi tiempo libre al caso de Olof Palme, todavía sin resolver. Ahora mis pesquisas me habían llevado hasta el archivo olvidado de uno de los autores más conocidos del planeta. Eran nuevos hilos de los que tirar. Stieg parecía estar metido en una teoría que implicaba al servicio de inteligencia sudafricano, que había actuado con la ayuda de la extrema derecha sueca. Por mi

parte, la verdad es que, en aquel entonces, pensaba que el autor del crimen era un principiante. No cuadraba.

Al mismo tiempo, enseguida comprendí que ya no podría soltarlo. El material del archivo era demasiado interesante como para no inspeccionarlo. En aquel momento, no sabía adónde me conduciría. No tenía ni idea de que mis investigaciones me expondrían a mí y a otros al peligro cuando quedara con miembros de la extrema derecha, con agentes de seguridad, con cabezas de turco y con asesinos.

Stieg le había enviado una carta de siete páginas a Gerry Gable, el redactor jefe de Searchlight, que era la revista líder en Gran Bretaña en su lucha contra el racismo. Un referente para Expo en Suecia. La carta estaba escrita menos de tres semanas después de la muerte de Palme.

Estocolmo, 20 de marzo de 1986

Querido Gerry, queridos amigos:

La muerte del ministro sueco Olof Palme es, para ser totalmente sincero, uno de los casos de asesinato más increíbles y sorprendentes que jamás he tenido la desagradable tarea de seguir.

Sorprendente en cómo la historia de pronto se retuerce y no deja de dar pie a nuevos descubrimientos asombrosos, solo para luego volver a cambiar para el siguiente deadline. Increíble por la magnitud de su influencia política. Por primera vez en la historia, creo, un jefe de Estado ha sido asesinado sin que nadie tenga la menor idea de quién ha cometido el crimen. Incómodo (los asesinatos siempre lo son) porque la víctima era un primer ministro, una persona querida y respetada en Suecia, tanto si eras socialdemócrata como si no lo eras (es mi caso).



La carta de Stieg Larsson, redactada en inglés el 20 de marzo de 1986. (Archivo de Searchlight.)

Desde que el teléfono sonó, a primera hora de la mañana del sábado 1 de marzo, y mi redactor jefe me informó del crimen y me ordenó que me presentara en mi mesa, mi mundo ha sido un caos. Imagínate cómo sería tu vida si te tocara cubrir el asesinato de la señora Thatcher y el asesino hubiese huido sin dejar rastro.

Y luego está el shock general. Las primeras horas de ese sábado, mientras la noticia corría por una Suecia aún adormecida, me topé con gente que de manera espontánea salía a la calle con la cara pálida y desencajada. En la redacción, vi reporteros curtidos en el mundo del crimen (hombres y mujeres que habían visto de todo muchas veces) dejar de escribir en mitad de una frase, inclinarse sobre la mesa y romper a llorar.

Yo mismo me descubrí llorando esa mañana. Sucedió cuando me acometió

una desesperante sensación de déjà-vu: era la segunda vez en menos de tres años que perdía a un primer ministro. El primero había sido Maurice Bishop en Granada, un hombre al que quería, respetaba y en quien confiaba más que en la mayoría. Otra vez no.

Luego, tras dejar la pena de lado y al señor Palme bajo tierra, llegó el instante en que los reporteros de pronto se dan cuenta del exquisito ejemplo de manual de misterio de asesinato que es todo el caso. Menuda historia.

A veces se desarrolla con el tempo de una novela de Robert Ludlum. Otros días parece más bien un misterio de Agatha Christie, para, de súbito, convertirse en una novela policiaca de Ed McBain con notas de comedia propia de Donald Westlake. Las características de la víctima, el ángulo político, la cara desaparecida del asesino, las especulaciones, las pistas que no llevan a ninguna parte, las llegadas y las partidas de presidentes y reyes, el rastreo de coches, los rumores, los chalados y los típicos lo-supe-todo-el-tiempo, las conversaciones por teléfono, las pistas anónimas, las detenciones y la sensación de que está llegando el momento en que todas las piezas crees que están a punto de encajar para que, de repente, todo sea desconcierto y quede en nada.

Se escribirán libros sobre esto.

En general, los que matan a un jefe de Estado son detenidos o abatidos en los segundos o minutos posteriores al suceso. Como casos de asesinato, suelen reducirse a casos abiertos o cerrados. Pero ahora no.

Aquí tenemos a un primer ministro que da un paseo nocturno junto con su esposa, sin guardias de seguridad en kilómetros a la redonda. Y tenemos un asesino al que se lo traga la tierra.

Quiero decir, en serio, ¿por dónde se empieza una investigación con miles de sospechosos (literalmente hablando) y sin una sola pista?

Disculpa toda esta cháchara mía. Ni siquiera era mi intención hablar de esto.

Al grano, llevo pensando en escribirte sobre el asesinato de Palme desde que tuvo lugar. He empezado ocho o nueve borradores y no he conseguido terminar ninguno. ¿Por qué? Simplemente, porque antes de que me diera tiempo terminarlos ya se había hecho algún descubrimiento nuevo y sorprendente que hacía que toda la historia tomara un rumbo nuevo. Así que siempre me toca desestimar lo que tengo escrito y empezar de nuevo.

Así que esta carta no es un artículo, sino un intento de ponerte al día de la parte que se corresponde a hechos y de la parte de ficción en relación con el

asesinato. Tras vivir con él las veinticuatro horas del día las últimas tres semanas (me cuesta horrores distanciarme del tema) y como esta es la tarde en que toda la investigación parece haber llegado a un callejón sin salida definitivo, esta puesta al día será también la manera en que ordene mis ideas y resuma toda la historia. Posiblemente, si tienes intención de escribir algo sobre el asesinato en el próximo número, este resumen pueda serte útil. Trataré de incluir solo cosas que puedan ser relevantes.

Para empezar, ¿qué pasó y qué sabemos del asesinato?

Dos minutos pasadas las once de la noche del 28 de febrero, Palme salió del cine Grand acompañado por su esposa y su hijo mayor. La idea de ir al cine ha cuajado en algún momento del mismo viernes: Palme se lo comentó a un periodista sobre las dos de la tarde, pero sus planes no eran de dominio público.

Tal como solía hacer, el primer ministro les había dicho a sus guardaespaldas de la Policía Secreta que no precisaría de sus servicios en toda la tarde. Esto era normal y todo el mundo sabía que a Palme le gustaba mucho dar paseos de tarde por su cuenta y de improviso, siempre y cuando no estuviera de servicio o no hubiera motivos para tomar medidas extras de seguridad. Fuera como fuese, no está claro si la Policía Secreta estaba al corriente de sus planes nocturnos o no.

A las puertas del cine, Palme y su mujer le dieron las buenas noches a su hijo y decidieron (hacía una noche clara, con el frío sueco de rigor) volver a casa caminando. Apenas un minuto después de despedirse, el hijo se vuelve casualmente y se percata de que un hombre está siguiendo a sus padres: más tarde describiría la vestimenta del tipo de una forma que concuerda con la descripción de la ropa que llevaba el asesino, pero no pudo distinguir su rostro.

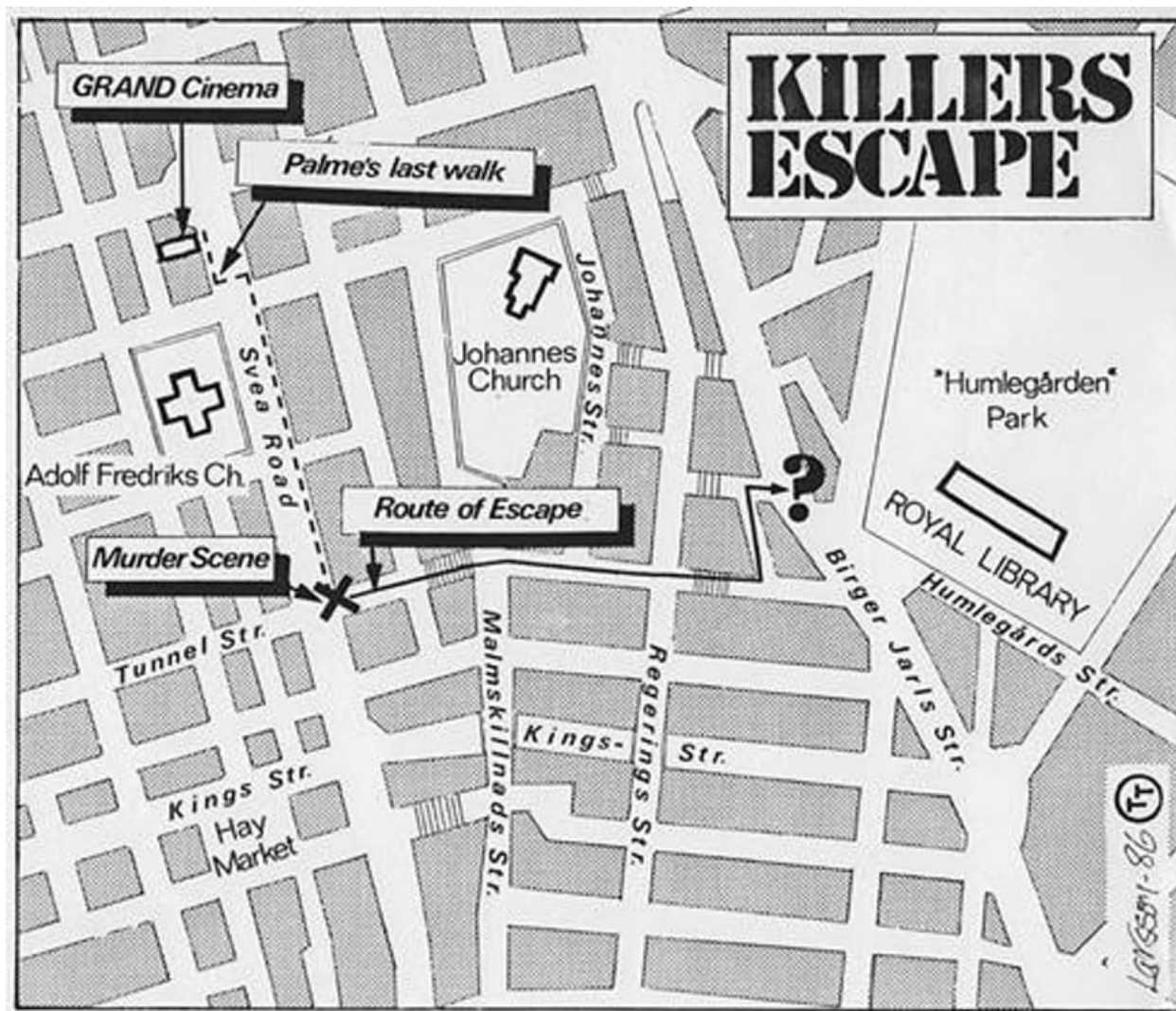
Otro testigo se cruza con el primer ministro dos minutos más tarde y se detiene cuando este pasa por su lado. Observó que había un hombre siguiendo a la pareja y explica también que le pareció que había otros dos hombres caminando por delante del primero. Le dio la impresión de que iban todos en grupo, por lo que sacó la conclusión de que los tres hombres desconocidos debían de formar parte de la escolta del primer ministro.

El primer ministro y su esposa bajaron por la avenida Sveavägen, cruzaron la calle para mirar escaparates y luego continuaron. En la esquina de las calles Sveavägen y Tunnelgatan, el asesino se acercó al primer ministro y le disparó una bala del calibre .357 Magnum en la espalda.

Según la teoría de la policía, todas las señales apuntan a que el asesinato

fue ejecutado de forma profesional. Los periodistas parecen estar de acuerdo, no sin ciertas dudas.

El asesino efectuó un solo disparo, pero el arma es una de las más potentes que existen en el mercado. Todos los entendidos en el tema conocen el efecto devastador que una sola bala puede tener. Se ha comprobado que la bala entró por el centro de la espalda del primer ministro, le seccionó la columna vertebral, le destrozó los pulmones, reventó su esófago y dejó luego un orificio de salida lo bastante grande como para meter dentro un sombrero. La muerte fue instantánea, o cuestión de segundos. La bala, aunque no estuviera pensada para desintegrarse, giró sobre sí misma; era blindada, para poder atravesar un eventual chaleco antibalas.



Mapa del camino de huida del asesino, dibujado por Stieg Larsson el 2 de marzo de 1986. (Archivo de TT/Expo.)

El asesino efectuó un segundo disparo contra Lisbet, la esposa de Olof Palme, pero, por lo visto, no con intención de matarla. El disparo le habría acertado en el hombro si no hubiese sido porque se echó rápidamente a un lado. Así, la bala entró por un hombro de su abrigo y salió por el otro, lo cual produjo meras quemaduras superficiales. A partir de estos hechos, se puede especular sobre la profesionalidad del asesino; algunos opinan que la bala sí tenía intención de matar, pero que el asesino era un principiante y se puso nervioso. Otros dicen que esto último prueba que el asesino era un profesional y que la segunda bala solo pretendía asustar a Lisbet y atajar su impulso de seguir al asesino.

Después del crimen, el autor de los hechos huyó por lo que parece ser un «camino de huida bien planeado», subiendo las escaleras del final de la calle Tunnelgatan, lo que imposibilitaba que nadie lo siguiera en coche.

Lo que he descrito hasta aquí son los hechos concretos, en la línea de la versión oficial de la policía.

Pero ahora los problemas se amontonan.

Varios testigos han dejado vagas señas del asesino, a menudo contradictorias. La descripción más frecuente del criminal, y por ende probablemente la más correcta, es la siguiente: varón blanco de unos 30-40 años, de estatura media y hombros anchos. Llevaba un gorro gris más o menos como el del personaje Andy Capp, con alas que se podían bajar sobre las orejas; vestía un chaquetón que le llegaba a la cintura y un pantalón oscuro. Varios testigos afirman que llevaba un pequeño bolso de mano con correa, de los que se utilizan para guardar dinero y el pasaporte.

Todo esto se puede confirmar por una serie de testimonios:

1. Lars, un hombre de unos veinticinco años, se cruzó con el asesino al final de Tunnelgatan, pero sin ser visto, puesto que se cruzaron a distintos lados de una caseta de obras. Lars titubeó unos valiosos segundos (menos de un minuto) y luego decidió emprender la persecución a pie. En aquel momento, no sabía que la víctima era el primer ministro. Corrió siguiendo el mismo camino que el asesino, los ochenta y seis escalones de la escalera, pero, cuando llegó al final de esta, el asesino había desaparecido sin dejar rastro. Por acto reflejo, Lars

continuó por la calle David Bagare, donde al cabo de una manzana se topó con...

2..., una pareja que caminaba en sentido contrario. Les preguntó si habían visto pasar a un hombre corriendo; la pareja afirmó que habían visto pasar a un hombre cosa de medio minuto antes, y que había continuado calle abajo. Lars estaba sorprendido, explicó luego, de no haber logrado vislumbrar por segunda vez al asesino, puesto que tampoco le llevaba tanta ventaja.

3. Un cuarto testigo, sin nombre, pero conocida como «Sara», apareció a la mañana siguiente con nuevas observaciones. Sara, que tiene veintidós años y es artista especializada en retratos, iba caminando por el callejón Smala Gränd, a un tiro de piedra de la calle David Bagare, a la hora del asesinato. A medio callejón, se cruzó con un hombre que coincide con la descripción general del asesino. El hombre parecía tener prisa, pero titubeó unos segundos cuando se toparon. Cuando más tarde Sara llegó a casa y puso la radio, se enteró de la noticia del asesinato. Conectó al instante el asesinato con el hombre que había visto y se sentó para hacer un retrato de este. Su dibujo sirvió luego de base para el retrato robot que la policía hizo del asesino.

Estos cuatro testimonios, elegidos de entre más de diez mil pistas y declaraciones, se consideran informaciones creíbles que han aportado datos irrefutables.

4. Un quinto testigo (que no se considera igual de fiable) es un taxista que estaba esperando en su coche en la calle Snickarbacken cuando vio pasar corriendo a un hombre por delante del taxi; luego se subió de un salto a un Passat verde o azul oscuro que, por lo visto, lo estaba esperando. El coche se marchó a toda prisa.

Snickarbacken queda muy cerca del callejón Smala Gränd y es posible que las observaciones del taxista tengan algo que ver con el camino de huida del asesino, pero hay una serie de interrogantes sin responder. El taxista asegura que el avistamiento tuvo lugar entre 10-15 minutos después de la hora del asesinato, pero solo se tarda 3-4 minutos en recorrer el mismo tramo.

El taxista se equivoca también al dar el nombre de la calle que cruza con Snickarbacken: no Smala Gränd, sino otra calle que no tiene nada que ver.

A pesar de ello, la cadena de pruebas parece indicar que el asesino

realmente pasó junto al taxista, y la policía sugiere que el conductor podría haberse quedado dormido y por eso equivocarse en la referencia temporal. (En cualquier caso, su declaración tiene como resultado una búsqueda por todo el país de un Passat verde o azul oscuro, sobre todo porque el taxista solo pudo facilitar parte de la matrícula, no toda.)

Este conjunto de pruebas llevó a la policía a elaborar la teoría de que el asesinato fue una ejecución bien planificada, llevada a cabo por un grupo de personas. Sin embargo, la policía no ha hecho ninguna declaración oficial sobre de qué clase de grupo o personas se trata.

Una primera pregunta crítica: ¿qué habría pasado si el primer ministro no hubiese vuelto a pie a casa, sino que hubiese ido con su hijo en metro, sin llegar a pasar nunca por el sitio ideal donde cometer el asesinato?

Si estaba planificado, el asesino habría tenido que, o bien cancelar el asesinato, o bien al menos haber tenido más vehículos de escape preparados y/o más ayudantes.

Lo dicho, hay testigos cuyas observaciones encajan bien con la última versión. (Ten en cuenta que tanto la policía como los periodistas han cuestionado mucho a estos testigos, y pocos de ellos parecen fiables.)

1. Un hombre que pasaba por Tunnelgatan a la hora del asesinato, pero en dirección contraria y por la otra acera de Sveavägen, se cruzó con dos hombres de mediana edad que corrían alejándose del escenario del crimen.

2. Otros dos testigos confirman este dato, puesto que observan a dos hombres que doblan por la calle Drottninggatan y se separan.

3. Un cuarto testigo explica que ha visto a un hombre correr por la calle Drottninggatan uno o dos minutos más tarde. El hombre se detuvo de golpe, hizo señas a un coche que se detuvo y lo recogió, antes de «alejarse a toda prisa».

Más o menos en este punto, la investigación se estanca. Sí, existen infinidad de sugerencias e informes, pero nada que se pueda asegurar que tiene que ver con el asesino.

Callejón sin salida. Punto.

La mayoría de todos estos hechos se recopilaron durante el primer y segundo día (incluso minutos) después del asesinato. Luego siguió un tiempo de confesiones de bichos raros y las clásicas autoinculpaciones, una serie de testigos menos creíbles (o para nada creíbles), y, cómo no, todas las llamadas

telefónicas anónimas.

En casos de atentado terrorista, al menos por parte de la «izquierda», las organizaciones responsables suelen, de forma convincente, atribuirse la autoría en cuestión de horas. En este caso, no ha habido ninguna.

Entre los grupos que han tratado de atribuirse el honor tras el atentado, hay de todo, desde el Comando Christian Klar, el Holger Meins, la Ustacha y distintas bandas neonazis y de extrema derecha.

Después del asesinato, Suecia fue durante varios días un país sitiado: los aeropuertos estaban cerrados, se intensificaron los controles fronterizos, se inspeccionaron los ferris y puertos. (Obviamente, ese tipo de medidas no sirven de ayuda, puesto que a un asesinato bien planificado le sigue una huida igualmente bien planeada.)

Tres días después del asesinato, llevaron a un policía a interrogar; era sospechoso de estar implicado en el crimen: un bicho raro de extrema derecha conocido por pasearse armado y que tenía una coartada un tanto inconsistente. Sin embargo, a los dos días lo soltaron y la policía informó de que no tenía nada que ver con el asesinato.

Luego, unos diez días más tarde, detuvieron a otro hombre, acusado de estar implicado en el asesinato.

El hombre ha sido identificado como Victor Gunnarsson, de treinta y dos años; resulta ser miembro del EAP, el Partido Laborista Europeo.

Durante casi veinticuatro horas, la cosa pintaba muy prometedora, sobre todo cuando la policía declaró algo tan trascendente como que realmente habían dado con el asesino. (También pasaron de llamarlo «implicado» a «asesino».) Victor tenía un montón de cosas en contra.

- Por lo visto, es un chalado de extrema derecha con una obsesión documentada por el primer ministro; ha dicho en varias ocasiones que había que «pegarle un tiro»; también se le conoce por seguir a Palme durante mítines públicos y manifestaciones.

- Se hallaba por la zona a la hora del asesinato. Hay fuentes que sugieren que estaba en el mismo cine que el primer ministro.

- No puede decir dónde se encontraba y se ha comprobado que le mintió a la policía en varios aspectos decisivos.

- Tiene un gorro gris y un chaquetón que se parece al del asesino.

- Como ha trabajado en varias compañías privadas de seguridad, tiene

conocimientos sobre el dominio de armas de fuego y sabe manejar un revólver.

- Un testigo lo ha identificado como un hombre que había intentado detener un coche y pedir que lo llevaran justo después del asesinato, en una calle que cruza con Tunnelgatan.

- Se le vio entrar en un cine entre 10-12 minutos después de los disparos, pero media hora después de que empezara la película.

- Es conocido por su vínculo con un grupo aún sin identificar de extrema derecha, religioso y antisemita con sede en California, donde también ha vivido durante algunos periodos.

Durante veinticuatro horas, todo el interés del país se centra en el EAP; yo mismo he escrito artículos sobre ellos. Parecía que, por fin, el caso se iba a esclarecer.

Sin embargo, luego, apenas unas horas antes de firmarse el auto de detención, Gunnarsson fue absuelto. ¿Por qué? Pues porque el testigo que asegura que había intentado que un coche lo llevara después del asesinato de pronto ya no puede señalar a Gunnarsson con total seguridad.

Eso nos lleva a los datos actuales: hoy la policía ha cancelado su rueda de prensa, pues no tenían nada nuevo de que informar. Un callejón sin salida.

Una reflexión: es muy posible que Gunnarsson vuelva a ser detenido. El fiscal dice que no tienen nada contra él, pero que continúa siendo una persona «de su interés».

Supongo que, actualmente, eso es todo lo que se puede decir. Está claro que podría continuar doscientas páginas más con distintas especulaciones (como ya he dicho antes, se escribirán libros sobre esto; a lo mejor yo mismo debería escribir uno sobre el tema), pero no hay mucho más que sea sustancial.

Tenemos a un primer ministro asesinado y a un asesino que ha desaparecido sin dejar rastro.

Entre las especulaciones, se contempla la posibilidad de que haya intereses sudafricanos involucrados en el asesinato. La Comisión Palme, de la que el propio Palme era una persona importante, había iniciado una campaña contra los traficantes de armas que hacían negocios con el régimen del apartheid.

Entre las especulaciones aparece también el PKK kurdo, que ha perpetrado por lo menos tres asesinatos políticos en Suecia en los dos últimos años. Hasta el momento, todas las muertes han sido de «traidores» de dentro de la organización, pero hay una tendencia popular (y bastante racista) a creer que

ellos son los culpables. ¿Por qué? Pues porque sus oficinas en Estocolmo están en la calle David Bagare, donde al asesino se lo tragó la tierra. (En cambio, esa teoría prescinde de la cuestión de si un asesino sería tan tonto como para correr a esconderse en el cuartel general de su propia organización, a dos minutos del lugar del crimen.)

En cualquier caso, este es el trasfondo. Si ocurre algo nuevo, te puedo llamar, si quieres un informe, y siempre puedes usar esta información como material de base.

Te mando también una foto de Gunnarsson, pero recuerda: su abogado pretende denunciar a la prensa extranjera que publique la imagen (soy uno de los periodistas que logró confirmar la foto, que ha sido una primicia en los medios europeos, antes de que lo soltaran).

Bueno, cuídate.

STIEG

A handwritten signature in black ink, appearing to be the initials 'ST' followed by a stylized flourish.

PARTE 1

STIEG

EL DÍA DEL ASESINATO

Estocolmo, 28 de febrero de 1986

Era el día en que el primer ministro de Suecia iba a morir y, como de costumbre, Stieg llegó tarde al trabajo, con un cigarro en la mano. Decidió tomar las escaleras, pues así ganaría al menos medio minuto. El nuevo ascensor era más lento que un día sin pan. No le importaba subir las escaleras, aunque fuera hasta el último piso. El cigarro encendido en su mano derecha le limitaba un poco la cantidad de oxígeno, pero solo tenía treinta y un años y rebosaba energía. En la mano izquierda llevaba su viejo macuto, vacío a excepción de por un par de papeles. Subió a paso ligero, impulsado por una mezcla de cafeína y nicotina.

TT era la agencia de noticias más importante de Suecia. Hacía casi un año que se habían mudado a los locales recién reformados que antes habían pertenecido a la destilería S:t Erik, en la plaza de Kungsholms Torg. Los recursos humanos y la tecnología estaban a la altura de Radio Suecia o del periódico *Dagens Nyheter*. La redacción ocupaba toda la séptima planta. Como todo el que viniera de visita, Stieg estaba obligado a cruzar la sala diáfana de la oficina. Aquella leve aura industrial encajaba bien con el carácter de Stieg. Justo en la entrada había una larga hilera de faxes de la marca Toshiba. Todo el mundo sabía que había demasiados, pero durante la era yupi de los años ochenta era importante, incluso para una agencia de noticias, mostrar que se quería un poco más. A mano izquierda quedaba la redacción, donde se sentaban los colaboradores más prestigiosos de TT, así como un par de mandos intermedios. Stieg intentó pasar desapercibido, pero su jefe, Kenneth Ahlborn, lo saludó con un buenos días un poco fuerte como para que Stieg pudiera evitar responderle:

—Hoy lo tendrás. ¡Te lo prometo!

Stieg ya se había saltado la fecha de entrega tres veces; cualquier otro jefe habría empleado un tono más brusco. No obstante, incluso la mano protectora de

Kenneth tenía un límite. Stieg tendría que presentar el artículo hoy, fuera como fuese.

Tras la escalera que subía desde la gran redacción, había uno de los archivos de noticias más grandes del país, con largas hileras de estanterías llenas de archivadores que, con la ayuda de grandes ruedas en los laterales, se desplazaban por unos raíles. Otra instalación impresionante, más física que los faxes. Stieg caminó siguiendo los laterales de las estanterías, se metió por detrás de las últimas y cruzó la puerta que daba al despacho. El pequeño espacio, con vidriera hacia el archivo pero sin ventanas, se podía describir (en el mejor de los casos) como funcional. Compartía despacho con Ulla, la archivera responsable, y con un empleado temporal que necesitaba un puesto. A pesar de aquella ubicación, Stieg no estaba desterrado. Más bien al contrario, a decir verdad. Todas las personas con las que quería mantener contacto sabían dónde encontrarlo. Por alguna razón, la butaca desgastada que utilizaba para las visitas y que se había traído de casa se empleaba mucho más que el moderno conjunto de sofás que había en la redacción del piso de abajo.

Aquel día era especial. Era el último viernes del mes y todo el mundo estaba citado para la reunión mensual (un invento del nuevo director general, para «tener más *feedback*» de la organización, había dicho). A efectos prácticos, el flujo informativo iba en una sola dirección, descendente, pero para Stieg no era un problema. Por el momento, la posición de su jefe más inmediato era fuerte. Era este quien había conseguido ubicarlo lejos del meollo. De este modo, podía trabajar en paz en algo que le ocupaba gran parte de su tiempo: la lucha contra la extrema derecha.

Aparte de su trabajo ordinario como ilustrador, a veces Stieg tenía que redactar reportajes más largos que solían girar en torno a alguna cuestión que le interesaba bastante; si después de eso le sobraban unas horas, las aprovechaba para lo que le parecía realmente importante: identificación y seguimiento de la extrema derecha sueca y sus conexiones con el extranjero. Apenas lograba recordar cuándo había comenzado, pero, sin duda alguna, la lucha contra la intolerancia y las injusticias habían sido parte de su vida ya de adolescente. Seguro que criarse con un abuelo que odiaba todo cuanto tuviera que ver con el nazismo y la extrema derecha tuvo que ver, pero lo cierto era que la propia iniciativa de Stieg era aún mayor que la de su abuelo. Había dedicado su vida a la causa.

Sin embargo, ahora llegaba tarde a la reunión, donde su único objetivo era mostrar que participaba activamente de la visión de la agencia; así luego podría

volver a sus quehaceres sin que nadie lo molestara. Eran las diez. Para él, muy pronto. Por esa razón, cuando entró en la sala de reuniones, sus compañeros más cercanos lo miraron extrañados. Cerró la puerta tras de sí y se dejó caer sin aliento en la silla en el mismo momento en que el director activaba su amplia sonrisa y les daba la bienvenida a todos.

La reunión no escondía ninguna sorpresa. La dirección creía firmemente en el lema de que la repetición es la madre de la sabiduría, y Stieg estaba bastante seguro de que las imágenes sobre el plan de trabajo para 1986 ya habían sido mostradas por lo menos tres veces antes, quizás en otro orden. Además, el zumbido del ventilador del proyector era de lo más soporífero.

Lo único que resultó llamativo fue que hacia el final de la reunión uno de los redactores se puso en pie para recordar que esa misma tarde todos los periodistas de la redacción estaban invitados al restaurante Tennstopet. Se daba por entendido que nadie que no contara con el título de «reportero», «periodista» o «redactor» debía tomarse la molestia de ir.

En el caso de Stieg, aquel viernes era un poco inusual, puesto que Eva y él habían decidido que cenarían y pasarían la noche juntos. No es que fueran a ir a ningún restaurante ni nada parecido: solo prepararían algo de comida en casa o pedirían una pizza; aun así, eso significaba que debía tener un ojo puesto en la hora y no salir del trabajo más tarde de las siete. Bueno, no más tarde de las ocho. La estación de metro de Rådhuset quedaba a tan solo una manzana; Stieg llegaría a su casa en Rinkeby al cabo de menos de media hora. Por lo demás, debería ser una jornada más. Debía terminar la ilustración que mostraba cómo la vida económica sueca estaba regida por la familia Wallenberg, una de las constelaciones de propietarios más grandes del mercado financiero mundial. Si bien era innegable que las crisis económicas de la última década habían sacudido los cimientos de aquel imperio, sus tentáculos seguían atravesando toda la sociedad sueca y penetraban en fundaciones anónimas, compañías y empresas que sobre el papel no tenían ningún vínculo con la familia, pero donde todas las personas clave estaban cerca de ella.

Tras pensarlo bastante, Stieg había terminado por poner un mapa del centro de Estocolmo de fondo. Había marcado con un círculo unas direcciones que quedaban a menos de un kilómetro de distancia la una de la otra: la Casa de la Industria, en el barrio de Östermalm; el palacio Burmanska, con la sede de la patronal sueca en Blasieholmen, entre otras; y un edificio anónimo en el número 6 de la calle Birger Jarlsgatan, donde se ubicaban toda una serie de organizaciones, empresas y asociaciones. Encima de ese mapa, puso otro lleno

de conexiones, con tantos hilos cruzados de aquí para allá que cualquier teórico de las conspiraciones se habría mareado si no fuera porque Stieg lo había hecho todo legible, con distintos trazos y en escala de grises. Imprimir a cuatro colores quedaba descartado. Desde hacía unos años, era técnicamente posible, cierto, pero solo había un par de periódicos que usaran dicho recurso y no conformaban el principal grueso de clientes de TT.

Stieg se encendió otro cigarro y dejó la taza de café a un lado, fuera del papel con el plano y los pesos que lo mantenían en su sitio sobre la mesa. Cuando la ceniza se hacía demasiado larga, a menudo caía sobre el papel; Stieg lo soplabo por hábito, se la echaba en la mano con un barrido y la dejaba caer en alguna de las tazas vacías. La mayoría de sus compañeros salieron a comer a primera hora, pero Stieg trabajó hasta que su cerebro empezó a ralentizarse y tuvo que aumentar los niveles de azúcar. En la cafetería, se hizo con media torta de pan con queso y pepino envuelta en plástico.

Cuando Stieg volvió a mirar la hora, ya eran las cinco y media. De pronto, tuvo prisa por terminar la ilustración. Pedir más tiempo no le parecía una opción; eso aumentaría el riesgo de tener que posponer el siguiente artículo de fondo, que era su oportunidad para tratar cuestiones importantes y llegar a más gente.

Stieg intentó incluir un texto con la sentencia del viejo Marcus Wallenberg «*Esse, non videre*» por encima de una parte del mapa. «Estar, pero sin ser visto» encajaba a la perfección con la idea que quería transmitir la imagen sobre lazos ocultos. Aunque sin la traducción nadie lo entendería..., pero si añadía más texto, quedaría un batiburrillo. Decidió quedarse hasta terminarlo: dos o tres horas deberían ser suficientes. Así le daría tiempo a llegar a casa justo antes de que a Eva empezara a parecerle que podían saltarse lo de cenar juntos.

Debía de haber algo mágico en aquella hoja de plástico llena de líneas y símbolos que hacía que el tiempo pasara volando. De pronto, ya eran más de las ocho. Stieg comprendió que tenía que hacer algo. Levantó el auricular de su teléfono Ericsson, un tanto ajado (un modelo Dialog). Mientras sonaban los chasquidos familiares del disco de numeración, pensó en cómo podría explicarle a Eva que no llegaría a casa antes de la medianoche y que se perdería lo de la cena en casa.

En verdad, la conversación no fue tan difícil, puesto que Eva siempre aceptaba sus explicaciones, pero los remordimientos de Stieg no se lo pusieron tan fácil. Después de colgar, tardó diez minutos en volver a fluir, pero al menos ahora la ilustración quedaría terminada aquella noche.

De fondo sonaba la radio local de Estocolmo. Una organización llamada

Societas Aventus Gardiae estaba interpretando una obra de teatro. Si Stieg hubiese escuchado con atención, habría oído que el presentador del programa animaba a los oyentes a adivinar qué hombre de Estado sería asesinado y que subrayaba que «no» se trataba de Gustavo III, a pesar de que la obra tratara, precisamente, de la preparación de ese asesinato. Stieg necesitaba escuchar algo de fondo que no lo distrajera. Sintetizó una emisora que emitía música pop de forma continuada.

Cuando se estiró para pulsar el interruptor de la lámpara de mesa (sobre aquel pesado pie de hierro fundido) y apagó la luz, ya eran las once y veinte. Más o menos, a esa hora, unos disparos sonaron en la avenida Sveavägen y acabaron con la vida del primer ministro sueco. Felizmente, Stieg lo ignoraba. Lo único que se preguntó es si le daría tiempo a coger el siguiente metro a Rinkeby.

EL ODIO

Había empezado a germinar veinte años antes. Pocos cuestionaban que era uno de los políticos más influyentes de la historia de Suecia, pero el camino había estado plagado de largas luchas en las que se granjeó innumerables enemigos.

En 1969, Olof Palme había asumido el cargo de primer ministro y líder del partido después de Tage Erlander, quien a esas alturas había estado veintitrés años seguidos en la presidencia del país: todo un récord. En las últimas elecciones de Erlander, el Partido Socialdemócrata había sacado más del cincuenta por ciento de los votos. Era imposible que Palme pudiera cargar con su enorme popularidad. Además, por su origen de clase alta, los trabajadores y los funcionarios del propio partido desconfiaban de Palme. También fue él quien encabezó las primeras elecciones que en 1976 perdieron los socialdemócratas desde hacía más de cuatro décadas.

Sin embargo, el fracaso electoral le había dado tiempo para dedicarse a su gran pasión: la política exterior. Olof Palme era amigo del tercer mundo y luchaba por los derechos de los desfavorecidos. Con gusto explicaba su primera acción política, cuando junto con unos amigos donaron sangre para recaudar dinero en la lucha contra el *apartheid* de Sudáfrica.

Sin embargo, la implicación de Palme en la política exterior solía cobrarse un precio en las relaciones de las superpotencias. Logró irritar a la Unión Soviética cuando en abril de 1975 llamó a su régimen satélite en Checoslovaquia «la criatura de la dictadura», así como cuando criticó la invasión soviética de Afganistán en diciembre de 1979.

Al otro lado de la Guerra Fría, provocó a Estados Unidos, que cortó lazos diplomáticos con Suecia dos veces a causa de las actuaciones de Palme. La primera vez, en febrero de 1968, después de que Palme se paseara codo con codo, por las calles de Estocolmo, con el embajador moscovita en Vietnam del Norte, en una manifestación con antorchas contra la guerra de Vietnam. La

segunda, porque criticó los bombardeos de Hanói en la Navidad de 1972; entonces comparó el comportamiento de Estados Unidos con las peores masacres del siglo XX.

Muchos veían la política de Palme, y por ende, de Suecia, como una tercera vía; él tenía su propio plan para acabar con la Guerra Fría. Mediante lo que solía llamarse como la Comisión Palme, de la que él mismo era presidente, intentó junto con otros dirigentes políticos de todo el mundo generar las condiciones idóneas para el desarme. ¿El objetivo? Un mundo más seguro. Estados Unidos mostró un interés moderado por tal alternativa, por lo que esta acabó pereciendo; sin embargo, como la Unión Soviética sí mostró interés, el recelo contra Palme aumentó tanto en Suecia como en el extranjero. Se decía que trabajaba de recadero de los rusos.

Durante el periodo 1980-1982, Palme fue el conciliador que la ONU envió para mediar en la guerra entre Irán e Irak. Era una misión imposible, y fracasó. Cuando salió a la luz su implicación activa para ayudar a que las empresas de armamento sueco, encabezadas por Bofors, aseguraran las exportaciones a la India, muchos lo consideraron un hipócrita. Primero tomaba la iniciativa para el desarme y la paz; al instante siguiente, apoyaba la exportación de armas suecas para salvar la creación de empleo.

En Suecia, los críticos alegaban que el país no tenía ni tiempo ni recursos para jugar a ser la conciencia global y que el primer ministro debería interesarse más por la política nacional, donde la posición de Palme también había quedado debilitada. Mediante su retórica y su diestra lucha de poderes, había conseguido buscarse enemigos tanto en la izquierda como en la derecha.

Contra su voluntad, se vio forzado a llevar a cabo la vieja propuesta socialdemócrata del Fondo de Empleados, que implicaba que una parte de las ganancias de las empresas se destinaran a los empleados en forma de acciones. Los críticos lo describieron como «socialismo de los países del este»; más empresas se fueron al extranjero.

Sin embargo, no era la política lo que irritaba en primera instancia a sus contrincantes. El origen de clase alta de Olof Palme había vuelto suspicaces a muchos de sus compañeros de partido; por su parte, los conservadores consideraban que había traicionado a su clase. También había algo en lo que irradiaba que molestaba a la gente. En los debates se mostraba impaciente y podía parecer arrogante cuando machacaba a sus contrincantes menos hábiles. Con un apreciable coeficiente intelectual de 156, pertenecía a la fracción de la población a la que se les podía llamar genios. Era menos que el coeficiente de

160 de Dolph Lundgren, pero continuaba siendo más alto que el de cualquier otro político en Suecia. Palme dejó claro que era consciente de que era más inteligente que sus adversarios.

En el mundo de la cultura llevaba tiempo siendo el favorito y a menudo lo invitaban como VIP a estrenos. Sin embargo, después de que el cineasta Ingmar Bergman fuera acusado de fraude fiscal en 1976 y de que la policía lo detuviera en condiciones humillantes en el teatro Dramaten, la popularidad de Palme cayó y las invitaciones se tornaron menos frecuentes.

También en los medios contaba con poderosos enemigos. Al margen de que la mayoría de la prensa sueca era conservadora e independiente, entre otras cosas Palme había logrado que el periodista más influyente de Suecia se pusiera en su contra. Cuando Jan Guillou reveló que el Partido Socialdemócrata, encabezado por Palme, había usado el servicio secreto militar IB para asuntos privados y que, entre otras cosas, había hecho un registro de posibles simpatizantes comunistas, todo tomó ecos del escándalo del Watergate de Estados Unidos. Pero Palme jugó sus cartas mejor que el presidente Nixon. El resultado del destape fue que él se quedó donde estaba y que, por su parte, a Guillou y a su compañero periodista Peter Bratt se los condenó a diez meses de cárcel cada uno por espionaje.

Jan Guillou no era un enemigo fácil; unos años más tarde, intentó involucrar a Olof Palme con el escándalo Geijer, donde reveló que políticos suecos, con el ministro de Justicia Lennart Geijer a la cabeza, habían comprado servicios sexuales a prostitutas. Palme logró esquivar las críticas por los pelos cuando sus adeptos, el comisario Hans Holmér y el secretario de prensa Ebbe Carlsson, le ayudaron a redactar una retractación parcialmente falsa.

El último intento de Guillou de atacar a Palme fue bautizado como el escándalo Harvard; quedó sin concluir, pero iba directo a la conducta personal de Palme. En una entrevista radiofónica en directo, Guillou preguntó si Palme no debería haber declarado los impuestos de la beca que su hijo Joakim había recibido de la Universidad de Harvard, a modo de agradecimiento por la conferencia que Olof Palme había hecho en esa universidad estadounidense. Olof, que casi nunca se quedaba sin respuesta, titubeó unos segundos de más como para que su negación fuera creíble. Poco a poco, se fue gestando un escándalo mediático.

Cuando el odio contra Palme ya estuvo establecido en distintos sectores de la población, ya no se le pudo poner freno. Entonces empezaron las campañas. Los periódicos publicaban caricaturas de Palme con nariz aguileña, dientes cascados

y bolsas oscuras bajo los ojos. No obstante, al parecer, había quienes no veían nada raro en su aspecto. Incluso la actriz estadounidense Shirley MacLaine fue de las mujeres que aseguró haber tenido un *affaire* con Olof Palme. Los rumores sobre las relaciones extramatrimoniales del primer ministro corrieron y se exageraron.

En muchos de los periódicos matutinos de Suecia se publicaron grandes anuncios dirigidos directamente contra Olof Palme y sus políticas. En ellos se empleó por primera vez el término «palmeísmo» en sentido peyorativo, sin que se pudiera sacar en claro a qué correspondía exactamente esa ideología inventada. Lo que estaba claro era que detrás de los anuncios había poderosas fuerzas financieras que podían pagar las millonadas que exigía la publicación de esos anuncios, pero como anunciantes aparecían la actriz Gio Petré y el hasta entonces desconocido doctor Alf Enerström. Paralelamente, la revista *Contra*, declarada de derechas, vendía dianas con un retrato injurioso de Olof Palme para hacer puntería.

En septiembre de 1985, hubo elecciones al Parlamento, lo que condujo a otra legislatura de gobierno socialdemócrata. En uno de los mítines de los moderados, se lanzó un muñeco entre el público que representaba a Olof Palme para burla y regocijo de todo el mundo.

El 3 de noviembre de 1985, el periódico *Svenska Dagbladet* publicó un artículo de debate firmado por el comandante Hans von Hofsten en el que expresaba su recelo (y el de varios compañeros suyos) por la política contra la Unión Soviética de Olof Palme.

El primer ministro estaba bajo presión. Corría el rumor de que quería dimitir y aceptar un cargo en la ONU, donde retirarse. Estaba cansado, y tenía derecho a estarlo. El político más brillante e influyente que Suecia había tenido jamás estaba siendo atacado por todos los flancos. El camino no estaba libre en ninguna dirección. Había llegado el 28 de febrero de 1986.

MAPA DEL ASESINATO

Estocolmo, 1 de marzo de 1986

—Han asesinado a Palme.

Las palabras lo sacudieron nada más despertar. Eva se había levantado un rato antes y había puesto la radio; se preguntó entonces por qué tres emisoras estaban emitiendo música fúnebre. De repente, la habían interrumpido para volver a dar la noticia.

No desayunaron. Solo una taza de café negro, en aquella espartana cocina. Stieg llamó a Kenneth a la oficina de TT para ver si se había enterado de algo más, aparte de lo que decían las noticias; sin embargo, la única respuesta que obtuvo de su jefe fue que se presentara en el trabajo. De inmediato. Eva decidió acompañarlo al centro. Estaba inquieta y se le hacía impensable quedarse sola en casa.

La parada de Rinkeby estaba igual de desierta que cualquier otro sábado. Se pasearon de aquí para allá por el andén del metro durante lo que les pareció una eternidad, mientras esperaban la llegada del tren. Menos de media hora más tarde estaban en la parada de T-centralen. Stieg no se bajó en Rådhuset, como era su costumbre. Quería estar a solas con Eva un poco más antes de que se desatara el infierno en su trabajo. Tomaron la salida de la calle Vasagatan y giraron a la derecha por Tunnelgatan. Tras cinco minutos de paseo por aquella calle, vislumbraron un coche patrulla junto a un grupo de personas que estaba en la esquina del edificio Skandia. Fue entonces cuando cayeron en la cuenta: el primer ministro sueco había sido asesinado en plena calle, en el centro de Estocolmo.

Cuando llegaron al escenario del crimen, el silencio los dejó atónitos. Un centenar de personas se había reunido alrededor del cordón policial. Nadie hacía gestos de ningún tipo, nadie hablaba alto, los que lloraban lo hacían entre

dientes. Era una forma sueca de expresar la tristeza. Iba llegando gente nueva (algunos con una rosa en la mano) y otros se retiraban. Pero todo en un total silencio.

Eva y Stieg se abrieron paso hasta la cinta de plástico que delimitaba la zona acordonada y comprendieron lo cerca que habían llegado del sitio en el que Palme había muerto. La sangre se había esparcido por las baldosas gélidas de hormigón y se había convertido en oscuro hielo rojo. El charco era más grande de lo que se podía pensar que generaría la sangre de un ser humano. A lo largo de todo el cordón había flores, sobre todo rosas; habían lanzado algunas un poco hacia el centro. Hacía frío para estar quieto, pero se quedaron allí un buen rato. El silencio solo se veía interrumpido por las esporádicas llamadas a la radio de la policía.

Desde donde estaban, podían ver la avenida Sveavägen en ambos sentidos. Unos cincuenta metros más allá, por la calle Tunnelgatan, había un par de casetas de obra que tapaban parcialmente las vistas en esa dirección. Por detrás de ellas, se erigía la loma de Brunkebergsåsen.

Solo eran las nueve e iba a ser un día largo en Suecia. Muchos más acudirían al escenario del crimen; otros tantos dejarían nuevas rosas. Tal vez incluso quien había matado al primer ministro regresaría, si es que había algo de cierto en el viejo dicho de que el asesino siempre vuelve a la escena del crimen.

Mientras subía en ascensor hasta TT, Stieg trató de cambiar el chip: de estado de luto a rebosar energía. Sabía que no importaba demasiado que no hubiese ido directo al trabajo, puesto que la redacción tardaría un par de horas en hacerse una imagen lo suficientemente clara del asesinato como para poder encargarle una o más ilustraciones. Iba a ser un día muy largo; probablemente, tendría que quedarse hasta altas horas de la madrugada, si quería terminar a tiempo algo.

El ambiente en el escenario del crimen había sido reverencial y de quietud. La intensidad que lo recibió en cuanto puso un pie en la redacción supuso un contraste de lo más extremo. Parecía que habían pedido refuerzos; el objetivo primordial era que TT cogiera el mando de la cobertura del asesinato. Todo el mundo estaba ocupado recopilando la poca información que se podía conseguir. En cuestión de dos horas, algunos de ellos ya habrían empezado a escribir, pero la recopilación continuaría bastante tiempo, sobre todo si la policía no detenía a ningún sospechoso. Y a cada hora que pasaba, se reducían las posibilidades de que fuera a haber una resolución rápida del crimen: eso lo sabían todos los

policías y periodistas.

En cosa de una hora, Stieg ya tenía un encargo que le llevaría todo el día y quizá parte de la noche, en función de lo que fuera entrando. Tenía que hacer un mapa de los alrededores del cine Grand y del escenario del crimen; a lo largo del día, tendría que ir llenándolo con la información de lo que se conocía hasta el momento. El que Eva y él acabaran de estar en el lugar del crimen le facilitaba un poco las cosas, pero no quedaba claro qué información había que incluir en el mapa. Se corría el riesgo de que fuera necesario añadir mucho texto alrededor del escenario y del cine, pero nada en los bordes. Además, sería importante disponer de una versión en inglés; en esa, los textos serían más largos que en sueco. La presión de los medios extranjeros era enorme y TT era una de sus principales fuentes en Suecia.

En un mapa de Estocolmo, Stieg marcó los lugares que ya sabía que tendrían que aparecer a lo largo del breve trayecto que la pareja había recorrido. Antes de empezar a dibujar en serio, despejó la mesa de viejas tazas y montones de papeles innecesarios; fue a buscar un café recién hecho, pues el que tenía ya se había quedado frío. Dejó una copia del plano sobre la zona y puso encima una hoja transparente de dibujo de tamaño DIN A3. Con la ayuda de los pesos de plomo, procuró que quedara todo bien estable a diez centímetros del canto inferior de la mesa. Con la mano izquierda dispuso la regla T y comprobó que el borde inferior quedaba perfectamente paralelo al canto de la mesa. A la derecha tenía la hoja de adhesivos con líneas, símbolos y letras. Empezó con los contornos de las manzanas y las calles. Cuando la base estuvo dispuesta, continuó con tramas autoadhesivas que ayudaban a poder distinguir superficies más fácilmente. Recortó la forma exacta con un cúter y utilizó el reverso de la herramienta para alisar pequeñas burbujas que habían surgido bajo el plástico. A Stieg no le gustaba demasiado el aspecto mecánico de la trama, pero era la última moda, así que no le quedaba otra que pasar por el aro.

Durante todo el día, no paró de llegarles información. Junto con sus compañeros, fue haciendo una intensa clasificación de los datos de la policía, los medios y la ciudadanía. Cuando Stieg por fin terminó una versión tanto en sueco como en inglés del mapa, ya hacía unas cuantas horas que era 2 de marzo.

SHERLOCK HOLMÉR

Estocolmo, 1 de marzo de 1986

La investigación policial del asesinato de Olof Palme no pudo empezar peor. El autor de los hechos se había escapado fácilmente, a pesar de que había varias patrullas por la zona y de que el primer coche llegara al lugar de los hechos al cabo de apenas un par de minutos. La zona que acordonaron alrededor del escenario era demasiado pequeña, lo que hizo que los casquillos no se encontraran hasta unos días después del asesinato, fuera del espacio acordonado y gracias a la colaboración ciudadana.

En la central de mando, los responsables de la operación quedaron paralizados. La alarma nacional no se dio hasta las 2.05 de la madrugada, dos horas y media después del asesinato. En ella, se daba a entender que había dos autores. La noche fue un gran caos. Se necesitaba a un hombre fuerte al mando de la investigación. Había tres alternativas.

Los atentados terroristas y otros crímenes vinculados a poderes extranjeros eran competencia de la Säpo, la Policía Secreta. Sven-Åke Hjälmroth era su jefe. Tras una temporada turbulenta le nombraron para calmar las cosas. Como había empezado su carrera en correos, lo habían bautizado con un mote no demasiado halagador: el Cartero.

La segunda alternativa era la Policía Nacional; entre otras cosas, su misión era la de investigar sucesos excepcionales, entre los cuales, sin duda, podía estar el asesinato del primer ministro. Además, la Unidad de Homicidios quedaba englobada en la Nacional. Ahí era donde se reunían los agentes más competentes del país a la hora de resolver homicidios. El jefe de la Nacional era el durísimo Tommy Lindström; en poco tiempo, se había vuelto el favorito de los medios de comunicación; lo llamaban Tommy Turbo, después de que la policía lo parara cuando iba en su Saab a 174 kilómetros por hora; también lo apodaban Super

Cop, probablemente porque solía participar activamente en los casos, a pesar de no tener formación policial.

La tercera opción era la policía local (la Policía Provincial de Estocolmo), cuya área de competencia era la delincuencia común (por ejemplo, homicidios en la calle). Hans Holmér era el comisario de Estocolmo, pero tampoco tenía formación de policía ni experiencia en resolver casos de crímenes con violencia.

La Sâpo y el inspector responsable, Alf Karlsson, habían fracasado en su cometido de proteger al primer ministro. Si tomaban el mando del caso, eso implicaría que estarían intentando aclarar su propia responsabilidad; los medios no desaprovecharían la ocasión. Así pues, había dos opciones: la Policía Nacional y la Policía Provincial de Estocolmo.

Tommy Lindström no temía ensuciarse las manos; le encantaba ser el centro de atención. Sin embargo, respecto al asesinato del primer ministro, se decantó por otra táctica. Después de haber recibido información del asesinato a primera hora de la mañana, eligió volver a meterse en la cama y luego quedarse en casa para celebrar su cumpleaños. Comió tarta, se deleitó con el nuevo palo de *floorball* que le habían regalado sus hijos y se lo tomó con calma un rato más. Sobre las diez y media, llegó al centro y a su despacho. A esas alturas, ya habían asignado quién sería el encargado de llevar el caso.

Cuando Hans Holmér se enteró de la noticia (a las 7.35), estaba, según informó él mismo, en el hotel Scandic de Borlänge con su novia Åsa. Al día siguiente, tenía previsto correr los noventa kilómetros de la 18.^a Vasaloppet, la carrera de esquí de fondo más importante del país. Sin embargo, tuvo que coger el coche y volver a Estocolmo. Cuando llegó, ya lo habían hecho supervisor del caso. Nadie sabía muy bien cómo se había tomado esa decisión, pero la cúpula política dirigente debió de dar su aprobación.

Hans Holmér cumplía muchos de los requisitos que se pedían para encargarse del caso de asesinato más importante de Suecia. No tenía miedo, era resuelto y contaba con experiencia en la actividad policial, tanto como antiguo jefe de la Sâpo como comisario de la Policía Provincial. Su red política era amplia, sobre todo entre el Partido Socialdemócrata al mando del Gobierno. Junto con su buen amigo Ebbe Carlsson, a menudo había ayudado a Olof Palme a salir de los peores entuertos. Los escándalos IB y Geijer eran dos ejemplos que podían haber acabado con la dimisión del primer ministro. La lealtad y la dureza de Hans Holmér habían sido puestas a prueba. Junto con Ebbe Carlsson, había estado a la altura y le había demostrado a Palme que podía superar graves crisis. Pero ahora Palme había muerto. Holmér debía encontrar al asesino.

Cuando dieron las 10.50 del 1 de marzo, Hans Holmér entró en la comisaría para tomar las riendas del caso Palme. Ya había aceptado la oferta del Departamento de Justicia de contar con un observador; el secretario de Estado, Harald Fälth, ya había enviado a un subalterno para que participara en el caso. Que hubiera un representante del Gobierno iba en contra de la Constitución sueca, pero circunstancias extraordinarias exigen medidas extraordinarias.

Los medios y la ciudadanía esperaban recibir información. Holmér anunció la primera de una larga serie de ruedas de prensa. Solo tuvo tiempo de recibir una breve puesta al día de sus colaboradores. Enseguida decidió que había que pasar de hablar de dos sospechosos a uno. Es decir, en el nuevo texto, se hablaría de un solo autor de los hechos. Cómo Holmér llegó a esa conclusión es algo que se guardó para sí.

Eran las doce del mediodía cuando entró en la sala de prensa de la comisaría y comenzó la primera rueda de prensa. Desprendía una seguridad que le otorgaría el título de «sueco del año» antes de que 1986 concluyera.

La presión era enorme. Holmér era responsable de un caso de asesinato del que el planeta entero estaba pendiente. Muchos esperaron que designara a alguno de sus inspectores más cualificados como jefe de equipo, pero Holmér sorprendió asumiendo él mismo ese papel. No tenía experiencia en resolver crímenes, pero su equipo de investigación sí que la tenía. En cuestión de pocos días, ya contaba con más de doscientos colaboradores.

Durante los primeros días, la incertidumbre era grande. El asesinato de Olof Palme podía formar parte de algo más grande. Tal vez fuera el inicio de un golpe de Estado. Lo primero que Holmér hizo fue asegurar su propia seguridad. En lugar de recurrir a la protección comprometida de la Säpo, contrató a cuatro guardaespaldas en los que confiaba al cien por cien. Varios de ellos provenían de la llamada Banda del Béisbol, un grupo de mala reputación formado por agentes de policía que, vestidos con gorra de béisbol, se habían dedicado a hacer limpieza entre la chusma del centro de Estocolmo a principios de los años ochenta.

Además, Holmér necesitaba asegurarse de que contaba con la confianza del Gobierno; resultaba de vital importancia verse con el nuevo primer ministro, Ingvar Carlsson. Dos días después del asesinato, se reunieron.

Se vieron el 2 de marzo a las 18.00 en una habitación detrás de la gran sala

de conferencias de la Casa del Pueblo de Estocolmo. Ebbe Carlsson también participó en la reunión. Era extraño, puesto que su cargo oficial era el de director editorial. Sin embargo, tanto Carlsson como Holmér sabían que Ebbe, como amigo de Palme, había estado muy ligado al primer ministro asesinado; además, había logrado arreglar líos que nadie había sabido solucionar. Era lógico pensar que también en esta ocasión lo necesitarían.

Además, Holmér (en pleno proceso de divorcio) estaba instalado temporalmente en casa de Ebbe en Tantolunden; preguntarle a Ebbe si quería acompañarlo le había parecido lógico. Holmér orientó al nuevo primer ministro en la investigación del asesinato. Con aquella reunión, obtuvo una consistente confirmación de su puesto como responsable del caso.

Sin embargo, su posición no estaba todavía del todo afianzada. Alguien con conocimiento de causa podría sugerir que el asesinato podía verse como un atentado terrorista, lo cual era competencia de la Säpo, o como un suceso excepcional, que lo sería de la Policía Nacional. No obstante, el transcurso de los acontecimientos allanaron el camino de Holmér. Durante los primeros días, se sucedieron las pistas. Sugerían toda clase de hipótesis: desde una conspiración extranjera hasta la obra de un loco solitario. La primera pista que la prensa cazó giraba en torno a un austriaco loco; eso entraba en el marco de competencias de Holmér, sin duda. En los medios se dio a entender que la policía contemplaba el caso Palme como un homicidio en la calle.

El 2 de marzo, Hans Holmér celebró su segunda rueda de prensa y apareció en directo en el noticiario *Aktuellt* del canal público de la televisión sueca. Nadie protestó porque se hubiera autodesignado jefe de equipo. Después de eso, su puesto de responsable del equipo tardaría mucho tiempo en verse comprometido.

Por algo parecido a la casualidad, el día antes del asesinato, Ebbe Carlsson había recibido la llamada de una persona de la Säpo. Al parecer, habían interceptado una conversación telefónica por la que habían interpretado que el movimiento de liberación kurdo PKK estaba preparando un asesinato en Suecia. La Säpo no sabía quién era la víctima potencial, pero, cuando Olof Palme fue asesinado, Ebbe ató cabos. Hans Holmér estaba viviendo en casa de Ebbe, como hemos dicho, y tenía buenos contactos dentro de la Säpo desde que había sido su jefe. Así pues, la información llegó al jefe de equipo. De inmediato, se emprendió una investigación sobre el PKK.

El trabajo fue intenso todo el fin de semana. Al terminar, habían llevado a cabo centenares de interrogatorios. El comisario Inge Reneborg y el inspector

Christer Sjöblom habían ido a ver a Lisbet Palme a su casa el sábado 1 de marzo por la tarde. La mujer del primer ministro no había podido hacer ninguna descripción de la cara del autor del crimen. Además, parecía confundir las señas del asesino con las de uno de los testigos, puesto que la ropa y la complexión física que describía no coincidían con la de otros testigos. Por si fuera poco, un testigo, bautizado como el Hombre de Skandia (porque trabajaba en el edificio Skandia, delante del escenario del crimen), se había entrometido instantes después del asesinato (como un elefante en un cacharrería), por lo que era muy probable que otros testigos lo hubieran tomado por el autor de los hechos.

El lunes, el equipo de investigación contactó con sus compañeros alemanes del laboratorio científico BKA en Wiesbaden, que era líder europeo en generar los conocidos retratos robot (en casos en los que el autor de un crimen era un desconocido). Acordaron que los expertos alemanes visitarían Estocolmo el 5 de marzo para generar imágenes a partir de las descripciones más relevantes de los testigos. Mientras tanto, el equipo de investigación se centraría en seleccionar y priorizar los testimonios más importantes.

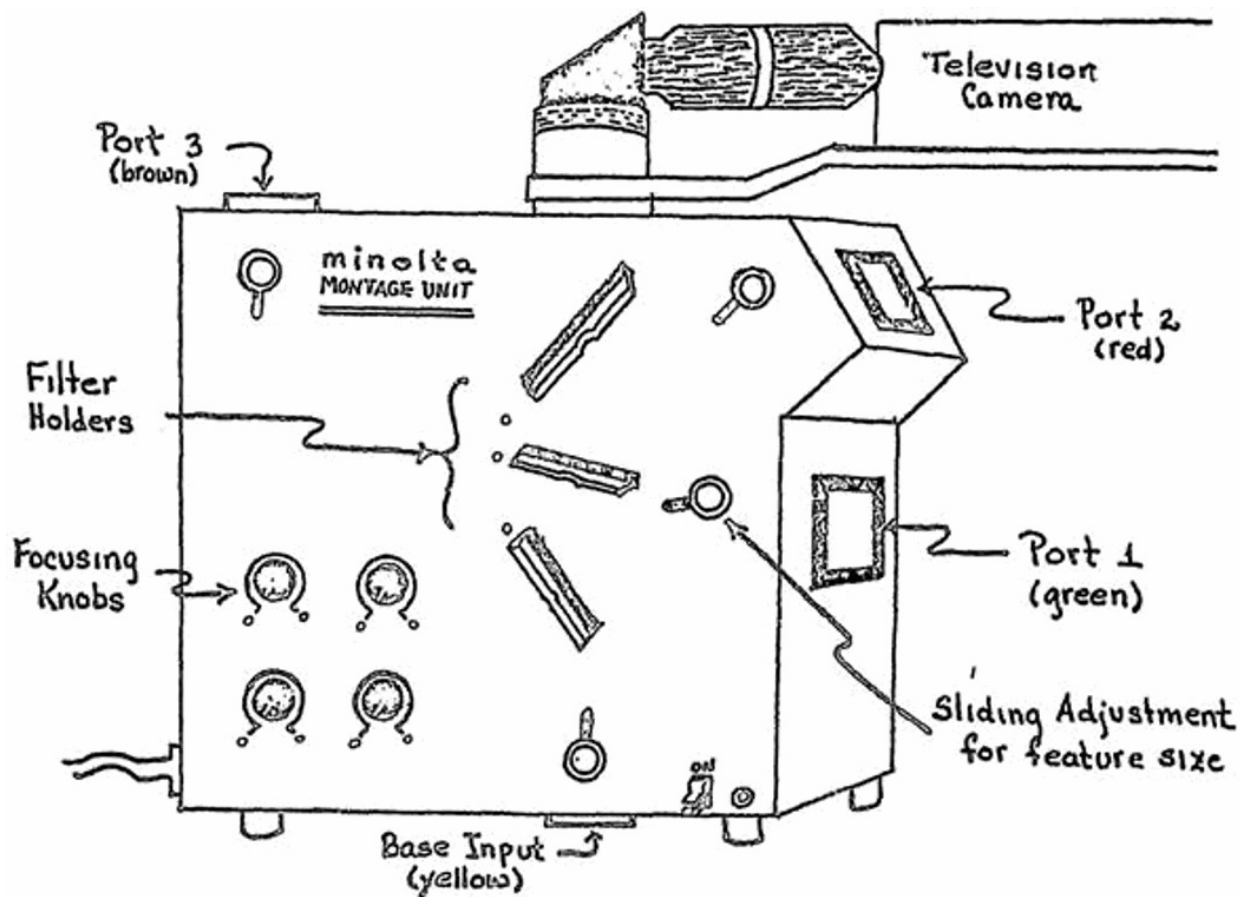
Poco después del asesinato, Sara, de veintidós años, salió por el acceso de personal del Alexandra's (uno de los bares de copas más populares de la capital) para fumarse un pitillo. Cuando abrió la puerta que daba al callejón Smala Gränd, casi golpeó a un hombre que parecía nervioso. Sus miradas se cruzaron. Acto seguido, el tipo se subió el cuello de la chaqueta para taparse la cara. La calle estaba relativamente bien iluminada. Sara pudo mirar el tiempo suficiente como para guardar en su memoria los rasgos de aquel hombre. En cuanto a la mañana siguiente se enteró de que el primer ministro había sido asesinado, llamó a la policía e hizo la primera de sus múltiples declaraciones.

Los compañeros alemanes del BKA, el superintendente Joachim Heun y el secretario de departamento Stefan Wagner, llevaron consigo a comisaría todo el equipo de alta tecnología necesario para generar los retratos robot. El elemento más importante era un Minolta Montage Synthesizer, el aparato de tratamiento de fotos más moderno del mundo, resultado de una combinación de vídeo y tecnología óptica.

Era más o menos igual de grande que un televisor de veintiséis pulgadas y pesaba veinticinco kilos. Su tecnología era relativamente sencilla. Una serie de lámparas iluminaban distintas secciones faciales fotografiadas que eran intercambiables; había muchas en cuatro ficheros alargados clasificadas según el tipo. Para construir una cara completa, se precisaban cuatro partes: sección de

mentón y boca, sección de mejillas y nariz, sección de ojos y frente, y pelo. Cada sección se introducía por su ranura correspondiente en el lateral del aparato. Para generar una imagen unitaria, se necesitaba a un operador con experiencia que se ocupara de decidir qué sección de cara había que iluminar y dónde se debía proyectar dicha sección con ayuda de unos volantes que controlaban una serie de lámparas y lentes ópticas. Además, con una serie de filtros se podían añadir cejas, gafas y otros rasgos distintivos.

A partir de la descripción básica de un testigo (como, por ejemplo, cara redonda con boca grande, barbilla salida y frente alta), de manera casi mágica se generaba una cara con calidad fotográfica; después, con ayuda de una videocámara, se pasaba a una pantalla de tele de catorce pulgadas. Posteriormente, el testigo podía comentar las incoherencias que veía entre la imagen proyectada y la imagen que guardaba en la memoria. El operador podía alterar la distancia entre distintas partes de la imagen o cambiar partes específicas; en cuestión de minutos, se generaba una nueva imagen para que el testigo la comentara. Este procedimiento podía efectuarse las veces que hiciera falta, pero, en general, el proceso duraba poco más de una hora desde que el testigo se sentaba hasta que la imagen estaba terminada. Cuando tanto el testigo como el operador se sentían satisfechos, la imagen proyectada se fotografiaba con una cámara normal y corriente.



Dibujo de Minolta Montage Synthesizer y sus funciones. (De «Mug File Project Report Number UHMUG-4: The Minolta Montage Synthesizer as a Facial Image Generating Device», de Duncan, F. H., Laughery, K. R., Universidad de Houston, Houston.)

El fotosintetizador que los compañeros alemanes llevaban consigo era del último modelo; contaba con una nueva mejora, que implicaba un quinto fichero, otra ranura y dos volantes más en el lateral del aparato. Con ayuda de las imágenes del fichero, se podían añadir distintos tipos de marcas faciales en el sitio correcto, como, por ejemplo, cicatrices o verrugas.

El caso Palme no era un caso normal, y tampoco lo era el testigo, pues su capacidad de observación era extraordinaria. En lugar de una hora, tardaron más de cuatro en terminar el proceso. El resultado fue un retrato de calidad fotográfica en blanco y negro. Por primera vez en Suecia, se usó el término «retrato robot», que se sacó directamente del vocabulario de los agentes alemanes.

Cuando la foto estuvo terminada, Hans Holmér cogió personalmente la primera copia y se la llevó a su jefe. El día 6 de marzo, Holger Romander, jefe de la Policía Nacional, recibió el primer retrato robot y un estuche de puros como regalo de cumpleaños. Sacaron un gran número de fotocopias que se distribuyeron entre la policía, la aduana y las redacciones de prensa de todo el país. Después de eso, los compañeros alemanes tuvieron tiempo de generar algunos retratos robot más, con testigos menores. Pero la única fotografía fue la que se conocería para siempre como el «retrato robot».

En ningún momento pidieron a Lisbet Palme que colaborara para generar una imagen. En los primeros interrogatorios no había podido describir nada del rostro del asesino y parecía haber confundido a la persona que se había alejado del lugar.

Como consecuencia de la publicación del retrato robot, el teléfono habilitado para recibir posibles pistas no dejó de sonar. En total, la policía acumuló más de ocho mil pistas. Los críticos dijeron que, por una parte, eso implicaba que la policía estaba obligada a derrochar recursos en pistas inútiles; por otra, que la gente podía dejar de llamar para proporcionar pistas sobre posibles sospechosos que no encajaran con la imagen publicada.

Más avanzado el caso, se dedicarían infinidad de recursos a justificar el retrato robot y el testimonio de Sara, cuando ya no encajaban con la teoría de los investigadores.

VICTOR

Estocolmo, 9 de marzo de 1986

Stieg estaba febril por la intensidad del trabajo. Los últimos diez días habían sido un infierno laboral y (durante los trayectos de ida y vuelta a su puesto en TT) de cavilaciones constantes. Un par de horas de conversación con Eva y un sueño intranquilo no ayudaban a romper esa espiral, que giraba cada vez más deprisa. Todo hacía referencia al asesinato del primer ministro.

Aquel día, igual que todos los demás, empezaría con la reunión de las nueve de la mañana. Stieg llegó un cuarto de hora más tarde; se quedó de pie al final de la sala, como era su costumbre, pero enseguida notó que había algo distinto en el ambiente. Por un lado, ya habían pasado a hablar de otras cosas; por otro, todos parecían llenos de energía, casi alegres. Stieg no había visto algo así desde que el submarino U-137 varó delante de Karlskrona, hacía cinco años. Con la taza de café en la mano, trató de hablar con alguno de los primeros en salir de la reunión, pero todo el mundo parecía tener prisa y le decía con la cabeza que le preguntara a otro. Cuando los que tenían más prisa habían salido, logró retener a una de las redactoras y le preguntó qué estaba pasando.

—¿En serio no lo sabes? Ayer la policía detuvo a un sospechoso por el asesinato de Palme.

La redactora se desprendió de la mano que Stieg había apoyado en su hombro y lo dejó ahí de pie, consternado. Poco más tarde, ya estaba frente a su mesa llamando a sus mejores contactos en asuntos policiales. Los dos reporteros a los que consultó no tenían ni idea. El tercer intento le llevó a un nuevo contacto en la Säpo. Ahí tuvo más suerte.

—¿Qué sabes del chico que han detenido? —preguntó Stieg.

—Ni siquiera nosotros sabemos todavía cómo se llama. Lo que yo sé no lo puedes publicar. Pero el chico viene de muy a la derecha. Anticomunista. O sea,

no nazi, pero sí bastante extremista. Activo en un montón de organizaciones, tanto suecas como extranjeras. Religioso. Eso es todo lo que tengo por el momento.

Aun así, Stieg estaba satisfecho. Si se trataba de un miembro de la extrema derecha, o anticomunista, como solían hacerse llamar, llevaba cierta ventaja gracias a su propia labor de seguimiento; el resultado lo tenía al lado, en dos montones de medio metro de altura encima del escritorio. Había estado a punto de hacerse con una cajonera de carpetas colgantes, pero se había dado cuenta de que la tendría llena en cuestión de un mes; sería mejor esperar a que tuviera dinero suficiente para comprarse un armario entero.

La lucha contra la extrema derecha había formado parte de la vida de Stieg desde tiempo inmemorial. Sin embargo, hasta los últimos años no había conseguido darle forma. Seguro que las historias de su abuelo Severin de la Segunda Guerra Mundial y los años posteriores habían sido el detonante. Severin había sido castigado y lo habían declarado sospechoso de ser comunista mientras los simpatizantes de los nazis habían podido seguir actuando en la Suecia neutral. Stieg era apenas un niño cuando empezó a entender qué era la injusticia. A los nueve años, su abuelo murió de un ataque al corazón. Tal vez fuera el deseo de revancha tras el trato recibido por Severin y su fallecimiento prematuro, a los cincuenta y seis años, lo que le impulsó. En cualquier caso, dedicaría toda su vida a luchar contra las injusticias y la intolerancia, sobre todo contra el fascismo, el racismo y el sexismo.

En los últimos años, había empezado a elaborar un mapa de organizaciones, redes e individuos que promulgaban ideas de extrema derecha. Aquella labor le fascinó. ¿Cómo podía gente de la década de 1980, que a menudo parecía de lo más normal, participar en foros en los que se propagaban mensajes fascistas y xenófobos? Luego esas mismas personas aparecían en partidos políticos perfectamente limpios, como los Moderados o el Partido Liberal. Las fronteras entre el conservadurismo y la extrema derecha (e incluso los nazis) se habían vuelto borrosas. Así pues, no era de extrañar que el corazón de Stieg diera un brinco cuando se enteró de que la policía había detenido a un tipo de extrema derecha.

En su material había referencias a un puñado de personas que coincidían con la descripción que había recibido del detenido; leyó los documentos que tenía sobre las personas que le parecieron más relevantes.

Stieg estuvo un rato digiriendo la información. Tomó algunas notas en su libreta antes de decidirse a charlar con sus compañeros de redacción de TT, para

ver si sabían algo más o cosas que contradijeran su información. Tardó un buen rato, pues el intercambio debía ser mutuo. Enseguida le quedó bastante claro que él había conseguido más material que nadie. Por lo visto, la policía, a diferencia de lo que había pasado el día del asesinato, lograba mantenerse hermética. Stieg contó lo que había descubierto; bajo ninguna circunstancia, advirtió, debían escribir nada al respecto. Si lo hacían, su fuente se esfumaría.

Stieg había dado un paso importante en sus pesquisas sobre la extrema derecha después de haberse puesto en contacto con Gerry Gable, de la revista *Searchlight*. Habían conectado en su primera reunión; desde entonces, Stieg firmaba sus artículos para la revista como «*Our Swedish correspondent*», lo que cumplía con la necesidad de mantener el anonimato como con la satisfacción de verse publicado.

Para un observador externo, la derecha en la política sueca podía parecer haber surgido de la nada o mediante un desplazamiento de las ideologías de centro. En realidad, ya había un grupo de personas reducido pero sólido que solía participar en varias organizaciones. El hilo se remontaba ininterrumpidamente hasta los crecientes movimientos nazis de entreguerras. En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, no se habían hecho notar demasiado (pero no habían desaparecido, eso seguro). Los oficiales alemanes de la Gestapo habían buscado un refugio donde esconderse. Sudamérica era un destino popular, pero también Alemania del Este, pues el país seguía declarándose enemigo de los auténticos rivales de la Alemania de Hitler: Estados Unidos y Gran Bretaña. Además, el antisemitismo seguía latente al otro lado del Telón de Acero. A Suecia llegó un puñado de nazis testarudos. En la siguiente fase, surgieron varios grupos de simpatizantes y personas activas escondidas. El trabajo de identificación de Stieg durante el último año había demostrado lo que otros ya habían advertido: había conexiones directas e indirectas entre la extrema derecha sueca y personas del Parlamento de Suecia, así como con gente de la cúpula económica del país.

Stieg decidió que era el momento de tomarse la primera tarde libre tras el asesinato. Escribió una breve carta a Gerry y a sus compañeros para contarles que habían detenido a un sospechoso; ya les escribiría una más larga cuando tuviese más información y tiempo. Era poco probable que la policía fuera a proporcionar más datos aquella misma tarde. Pero seguro que, al día siguiente, ocurrirían muchas cosas. Los periodistas insistirían para obtener un nombre. La policía se resistiría, pero irían soltando información poco a poco. Probablemente, al día siguiente cambiaría la historia de Suecia.

Tal como Stieg había sospechado, la policía continuó filtrando información. El problema era cribar lo que era cierto y descartar las especulaciones particulares de distintos agentes. Corrían rumores de que el periódico *Dagens Nyheter* había creado una especie de monopolio de Holmér y del equipo de investigación, mientras los demás medios, TT y Stieg incluidos, tenían que confiar en fuentes de un nivel inferior.

Stieg había logrado confirmar la identidad del detenido. En los medios seguían llamándolo «el hombre de 33 años», pero su nombre era Victor Gunnarsson y cumplía con todos los prejuicios de un chico marginado que se había involucrado con organizaciones oscuras. En el caso de Gunnarsson, una de estas organizaciones parecía ser el Partido Laborista Europeo (el EAP, en siglas suecas). Su admiración por Estados Unidos no tenía límites. A menudo se le había visto por el centro de Estocolmo hablando inglés americano o sueco con acento inglés, quizá para disimular que en realidad provenía del diminuto pueblo de Jämjö, perdido en la provincia de Blekinge.

Cuando apareció el vínculo con el EAP, Stieg recordó cómo él mismo, un par de años antes, había estado investigando aquella curiosa organización cuyo nombre sonaba de izquierdas, pero cuya ideología era de derechas. Se acordó de haber visto a una persona que le recordaba a Gunnarsson en la parada de libros de la organización y que había posado como público. Pero más bien parecía una especie de pregonero que apelaba a los que, por descuido, pasaban demasiado cerca de la mesa. Stieg había observado el mismo comportamiento en un par de ocasiones. Estaba bastante seguro de que Gunnarsson andaba metido en la organización. Pero entonces la policía soltó al sospechoso, por lo que Stieg decidió esperar a informar a las autoridades de la relación entre Gunnarsson y el EAP.

Decidió sentarse a escribir una carta más larga a Gerry, que había esperado en silencio a que le contara más. Habían pasado casi tres semanas desde el asesinato y había más cosas que contar de las que Stieg creía. Se sentía contento con la primera frase, que podría funcionar como la introducción de una novela: «Sinceramente, el asesinato del primer ministro sueco Olof Palme es uno de los más increíbles y asombrosos que jamás he tenido la desagradable tarea de cubrir».

La carta se fue alargando. En total, siete páginas repletas hasta los bordes. En el mejor de los casos, Gerry le pediría que redactara un artículo sobre ello. Si no lo hacía, por lo menos, el equipo del *Searchlight* conocería una información que

podría resultar útil más adelante. Sobre todo si, pasado un año, por ejemplo, el asesinato seguía sin resolverse.

LA DENUNCIA DEL FISCAL

Estocolmo, abril de 1986

Poco más de un mes después del asesinato, la figura de Holmér quedó reforzada. Aparte de su rol de jefe de equipo, tenía el de agente de mayor responsabilidad.

El destacado papel de jefe de investigación recaía, según la ley sueca, en el fiscal, pero Holmér había dejado claro que el fiscal tendría que esperar a que la policía considerara que tenían material suficiente. El fiscal K. G. Svensson empezaba a mostrar su frustración; el conflicto subió de tono cuando la policía quiso detener de forma provisional a Victor Gunnarsson, pero eso era decisión del fiscal; él fue quien decidió dejar libre a Gunnarsson. Holmér se subía por las paredes y cortó la comunicación de forma definitiva.

Poco después, el fiscal general, Magnus Sjöberg, recibió una llamada del Departamento de Justicia. Era Harald Fälth, el secretario de Estado, que quería citar a los fiscales en su departamento para una reunión. La tarde del 28 de abril, K. G. Svensson y Magnus Sjöberg se dirigieron a Rosenbad.

Cuando les hicieron pasar, Hans Holmér ya estaba allí esperándolos. Él, el secretario de Estado Fälth y el ministro de Justicia, Sten Wickbom, habían celebrado una reunión previa. Su inesperado resultado fue un compromiso en el que el fiscal general alteró la decisión del fiscal responsable para satisfacer los deseos del departamento. K. G. Svensson solo pudo conservar la responsabilidad sobre la investigación de Victor Gunnarsson; sus días como fiscal del caso estaban contados. Holmér había demostrado que contaba con la protección del Gobierno, hasta la del primer ministro, Ingvar Carlsson, si fuera necesario.

El espectáculo alrededor de Victor Gunnarsson había parecido más bien una pelea de gallos; a Holmér, en realidad, le importaba más bien poco, pues su atención estaba puesta en el PKK.

Para la policía sueca aquel era un grupo difícil de identificar y seguir, a pesar de que la Säpo llevaba varios años echándoles el ojo. El grupo era cerrado y difícil de infiltrar. No era sencillo encontrar a alguien que pudiera colarse en sus filas. Simplemente, era difícil encontrar a un kurdo que pudiera convencer al PKK y que al mismo tiempo estuviera dispuesto a traicionar a sus compatriotas y entregarlos a la policía sueca. Entre otras cosas, porque a algunos antiguos miembros que habían considerado traidores los habían ejecutado. Las escuchas de las líneas pinchadas del PKK continuaban; la policía esperaba dar con algún arrepentido que estuviera dispuesto a compartir información relevante. Por el momento, Holmér había conseguido mantener en secreto la pista del PKK, pero era consciente de que solo era cuestión de tiempo que saliera a la luz. Con trescientas personas trabajando en la investigación, era imposible mantener a todo el mundo callado.

Habían destinado un puñado de investigadores a seguir otras pistas, pero quedaba claro que sus resultados no despertaban el interés de la junta directiva de la investigación. Los resúmenes se quedaban sin leer. La junta denegaba sin motivo propuestas en relación con algunas pistas. La frustración era grande. Aun así, una vez más, lograron que el descontento quedara dentro de la organización; no dejaron que cruzara la recién instalada puerta antibombas de la sala Palme ni que llegara al público.

Para la junta fue una sorpresa que los pocos que trabajaban con Victor Gunnarsson lograran llegar tan lejos con alguien que no pertenecía a la pista principal del PKK. Ese problema lo resolvió personalmente el jefe de la Policía Nacional, Tommy Lindström. Para ello, echó mano de una llave que encontraron en el registro domiciliario de Gunnarsson. En poco tiempo, pudo demostrar que pertenecía a un edificio donde otra organización kurda disponía de un apartamento. Un apartamento que, además, quedaba en la ruta de escape que presuntamente había empleado el asesino. Lindström creía haber probado la conexión entre Victor Gunnarsson y la pista principal de la policía sobre el PKK kurdo (todavía secreta).

En la primavera de 1986, Holmér tenía vía libre para demostrar la culpabilidad del PKK en la muerte de Olof Palme.

SEVERIN

Norsjö, diciembre de 1962

El abuelo Severin era rojo. Incluso la mecedora de la cabaña estaba pintada de rojo. Cuando los padres de Stieg lo dejaron con su abuelo Severin y su abuela Tekla, su vida se volvió más fácil, a pesar de las condiciones extremadamente modestas de la pequeña cabaña. En Måggliden, no muy lejos de la pequeña localidad de Norsjö, en el interior de la norteña provincia de Norrland, y a ochenta kilómetros de Skellefteå, la ciudad más próxima, la libertad era casi infinita. En el pueblo apenas había una veintena de habitantes y un pequeño camino de grava a lo largo del cual se repartían casi todas las casas. Con tan solo tres años, Stieg ya se podía mover libremente por todo el pueblo.

Después de mudarse a vivir con ellos, Stieg tardó bastante poco en empezar a llamar mamá a Tekla y papá a Severin. La razón era sencilla: hasta donde alcanzaba su memoria, había estado siempre con ellos. Cuando sus padres, Vivianne y Erland, iban a visitarlo, solía llamarlos por su nombre de pila, aunque siempre supo quién era cada cual.

Stieg estaba mucho tiempo con Severin, en su taller, sentado en lo alto de un taburete junto al banco de trabajo, donde su abuelo se pasaba horas reparando el cortacésped de alguien o limpiando el filtro de un carburador. Con la misma frecuencia, apoyaba la espalda en la silla y hablaba de política con algún visitante mientras se tomaban una cerveza. Stieg prestaba mucha atención a todo cuanto decía su referente; absorbía hasta el último gramo de información.

Severin odiaba el nazismo. Y aún más detestaba a los nazis que después de la Segunda Guerra Mundial habían cambiado de chaqueta, pero que en el fondo seguían con aquella maldita ideología. Eran más y estaban en posiciones más destacadas de lo que se podía imaginar. Stieg atendía y aprendía para la vida. En el interior de Norrland, no había demasiados críos interesados en política. Así

pues, muchos empezaron a opinar que Stieg era un niño precoz.

Tras pasar los años más importantes de su infancia con Severin, ya estaba claro cuáles eran los ideales por los que trabajaría el resto de su vida. Lamentablemente, el tiempo que pudo pasar con Severin fue muy poco.

Cuando Stieg cumplió los diez, su vida cambió de forma radical. Severin había sufrido su primer infarto a comienzos del otoño anterior. Había empezado a encontrarse mal y el dolor se le había extendido por el brazo: se lo describió a Tekla y a Stieg como si hubiese comido algo en mal estado y se le hubiese dormido el brazo. Después de eso, el médico en Norsjö le había dado estrictas instrucciones, pero Severin no las siguió.

Tras un año, el miedo a un nuevo infarto había empezado a difuminarse. Llegó el día de Santa Lucía, el 13 de diciembre. Severin se apresuraba a terminar el trabajo y quizá ganar un dinerillo extra antes de Navidad, para que así Stieg pudiera tener su propio trineo. Ya era lo bastante mayor para poder descubrir el mundo que se abría hasta Bjursele... y quizás hasta Norsjö.

A la hora de comer, Severin se encontró mal y tuvo que acostarse en el banco de trabajo del taller. Al ver que a la media hora no se le había pasado y que el entumecimiento en el brazo era tal que ya no podía echarle la culpa a la corriente de aire del local, decidió irse a casa. Consiguió ponerse la chaqueta, pero no abrochársela. Aunque no hubiera más de cien metros escasos hasta la casa y hasta Tekla, el esfuerzo que le suponía era casi sobrehumano. El trineo se deslizaba bien sobre la nieve compacta, no hacía viento y estaban solo a dos grados bajo cero. El sol asomaba en el horizonte por detrás del borde de una nube. Pero Severin no se fijó en el tiempo inusualmente bueno que hacía; se concentraba en dar pequeños empujones con el pie derecho. Tampoco pudo captar que, de pronto, el mundo dio un vuelco ni que su cara se hundía en la nieve. Hubiese sido lo último que viera antes de caer inconsciente.

En cierto modo, era mejor caer antes de llegar a casa, pues Tekla y él no disponían de teléfono. Su mujer no habría sabido si dejarlo allí y correr a casa del vecino para llamar o si quedarse con él. Los niños de los vecinos estaban tirándose bolas de nieve al lado y vieron caer de bruces a Severin. Enseguida llamaron a dos adultos, que comprendieron la situación; el vecino más cercano entró corriendo en su garaje para coger el coche. Tekla y Stieg acudieron corriendo al lado de Severin.

El abuelo había vuelto en sí, pero su rostro estaba cadavérico. Sumando fuerzas, los lugareños lograron meter en volandas a aquel gran hombre por la estrecha puerta del vehículo; habían reclinado el asiento lo máximo que

puedieron. Stieg vio que Tekla tiritaba de miedo, pero aun así consiguió meterse por la puerta del conductor y sentarse en el asiento de atrás; acariciaba la cara a Severin y lo abrazaba: quizás así su corazón se calmara un poco. Stieg se sentó también a su lado y cruzó los dedos para que nadie le dijera que él no podía ir. El vecino condujo con cuidado, pero lo más deprisa que se atrevía. Los montículos de nieve casi amortiguaban el ruido. Bajo el sol de invierno que caía sobre la nieve, parecía que Severin ya estaba muerto, a juzgar por su rostro inmóvil de color ceniza.

Cuando llegaron al hospital en Norsjö, Severin había vuelto a perder el conocimiento. Se lo llevaron en una silla de ruedas y dejaron a Tekla y a Stieg en la sala de espera junto con una enfermera. En Måggleden, nadie sabe qué hizo el médico en las dos horas que tardó en volver con ellos.

—Esta vez ha estado muy cerca, señora Boström —dijo el doctor—. Un poco más tarde y creo que su corazón se habría rendido. Severin tendrá que quedarse unos días en el hospital, en observación.

Tekla lloró de alivio y del miedo que había sentido. Un rato más tarde, ella y Stieg pudieron entrar a ver a Severin, que estaba tumbado bocarriba en una cama sencilla de hospital. Su respiración era pesada. Parecía mentira que aquella fuera la misma persona que un día antes había entrado corriendo en la cocina y se había puesto a perseguir en broma a Stieg por toda la cabaña. Ahora estaba recostado en la cama, como una cría de liebre. Su mirada era firme pero vacía; apenas parecía entender quiénes eran. Tekla le cogió de la mano, flácida, y le dijo: «Todo irá bien», a pesar del miedo que sentía.

Cuatro días más tarde, se consideró que Severin estaba lo bastante fuerte como para volver a casa. Le dijeron claramente qué debía hacer: reposar. Paseos cortos. Tomarse la medicina regularmente y ningún tipo de esfuerzo en absoluto. Por suerte, faltaba poco para Navidad, así que Severin podría descansar casi tres semanas enteras antes de volver a trabajar, aunque solo fueran un par de horas al día.

El tercer infarto llegó a media mañana cuatro días antes de Navidad. Severin estaba tumbado en el diván de la cocina mientras Tekla estaba limpiando a fondo la casa de cara a las fiestas. Habían apartado un poco el diván de la ventana para que Severin no estuviera en plena corriente de aire. Cuando ella entró en la cocina para preguntarle si quería un bocadillo, su marido ya estaba muerto. Tekla se quedó un rato inmóvil con la escoba en la mano y sin decir una sola palabra. A pesar de que no gritó ni hizo nada especial, Stieg percibió que algo iba mal y bajó corriendo del piso de arriba. Cuando vio el cuerpo de Severin inmóvil en

mitad de la cocina y a Tekla dando vueltas y vueltas, barriendo, comprendió que algo iba muy mal. Salió corriendo al porche de delante y gritó pidiendo ayuda. El vecino estaba fuera quitando nieve; por la cara de Stieg, vio que la cosa iba en serio. Enseguida entraron juntos en la cocina.

Severin estaba tumbado con las manos cruzadas sobre el pecho; los ojos cerrados. Tekla seguía pasando la escoba frenéticamente a su alrededor. Stieg estaba enfadado y caminaba alrededor de su abuelo, pero en círculos más grandes y más rápidamente que Tekla. Por cada vuelta que daba, se detenía y le soltaba una patada al pie de Severin mientras maldecía en voz alta porque Severin lo hubiera dejado sin avisar.

Severin dejó un gran vacío en las vidas de Tekla y de Stieg.

Un par de horas más tarde, sus padres llegaron para estar a su lado. El tiempo de Stieg junto a su abuelo Severin había terminado. Pero aquel hombre lo marcó para siempre.

AHONDANDO EN EL ARCHIVO

Estocolmo, 20 de marzo de 2013

La caja de mudanzas se había hundido un poco, así que ahora estaba sentado más cómodo sobre ella. Sin embargo, tras cinco horas sin luz natural, rodeado de papeles polvorientos y con corriente de aire que entraba a la altura de los pies, la energía comenzaba a flaquear. A pesar de ello, no podía parar de leer. Cada caja que abría contenía nuevos documentos que me llevaban en una nueva dirección. En una encontré todos los periódicos de los días posteriores al asesinato, meticulosamente plegados. Parecían haber salido de la imprenta aquella misma mañana, pero las noticias eran de hacía treinta años.

Retrocedí hasta la primavera de 1986 y me asombré del caos que había reinado y de cómo todo el mundo había tratado de dar con una pista novedosa o una perspectiva nueva. Los periodistas habían conseguido hablar con un buen número de testigos. El matrimonio Palme estaba rodeado por tres hombres durante su paseo desde el cine Grand. Dos iban por delante y uno por detrás. Lisbet Palme había dicho que, en el escenario del crimen, había reconocido a dos personas a las que había visto delante de la vivienda del primer ministro la semana antes del asesinato. Varios testigos hablaron de hombres con *walkie-talkies* delante de la casa de los Palme, en la parada de metro de Gamla Stan, donde se habían subido al tren, en las proximidades del Grand durante la película y cerca del escenario del crimen.

Yo estaba sentado entre aquella ingente cantidad de material. Era increíble el tiempo que Stieg debió de invertir en recopilar, leer y ordenarlo todo. El material de mi investigación era casi todo digital, pero debía de contener como mucho una décima parte de la información que había reunido Stieg (y eso que ya llevaba cuatro años en ello). El misterio respecto al asesinato de Olof Palme es adictivo. En el caso de Stieg, el interés aumentaba porque se sentía identificado

con la víctima y por el seguimiento de los miembros de la extrema derecha. Explicar por qué yo había decidido dedicar mis últimos años a un asesinato sin resolver de hacía treinta años era más difícil de entender, la verdad. En mi caso, no tenía ninguna misión vital, como Stieg. No había oído ninguna llamada.

Todo empezó con la idea de escribir un libro sobre cómo los lugares pueden conducir a las personas a cometer delitos. La casualidad quiso que me cruzara con un sospechoso del caso Palme, que me dio nuevos hilos de los que tirar. El interés fue tal que incluso abandoné mi proyecto de libro y me centré en la investigación del asesinato del primer ministro. Estaba, claro, la fascinación por el enigma sin resolver. No obstante, eso no explicaba por qué había invertido tanto tiempo en ello. Me dije que podía ser una vía de escape para mi rutina diaria. La monotonía, la soledad y el deseo de algo más. Vistas desde fuera, las horas que pasaba en aquel almacén implicaban un trabajo polvoriento, oscuro y aburrido. Pero para mí era como adoptar otra vida.

El móvil del que se habló en la prensa durante el mes siguiente al asesinato era unánime: el magnicidio parecía ser el resultado de una conspiración. El mapa que Stieg había elaborado para TT el 2 de marzo se publicó en varios periódicos; daba una idea de la secuencia de lo que pasó esa noche. En cierto modo, me era más fácil hacerme a la idea de lo que leía en el archivo que de lo que se escribía en el presente sobre la muerte de Palme. Tenía la sensación de que tiempo atrás se sabía más de lo que se conocía ahora, treinta años más tarde, cuando la policía y los medios (sin prisa pero sin pausa) habían podido desmenuzar los hechos y construir nuevas verdades en función de las teorías del momento.

Seguí leyendo y crucé los dedos para que Daniel, de *Expo*, tuviera mucho que hacer en el trabajo. Así, podría quedarme un par de horas más en el almacén.

STATU QUO

Querido amigo:

Parece que la búsqueda del asesino del primer ministro de Suecia sigue sin dar frutos. Quizá como una expresión del recelo que empieza a correr por la central de la policía sueca, la semana pasada los dioses pusieron a las fuerzas aéreas suecas a buscar al autor de los hechos. No, queridos amigos, no es ninguna broma. Dos aviones de combate Viggen reventaron casi todas las ventanas del centro de Estocolmo cuando sobrevolaron varias veces la ciudad a baja altura. Su misión: fotografiar todos los tejados de la zona que rodea el escenario del crimen con la esperanza de avistar el revólver Smith & Wesson que se utilizó en el asesinato; según la policía, el asesino podría haberse deshecho de él en el tejado de algún edificio.

Nadie se molestó en explicar a reporteros preguntones y a ciudadanos un tanto desconcertados por qué delante el asesino se tomaría la molestia de subir hasta un tejado para deshacerse del arma mientras intentaba huir a toda prisa del escenario del crimen. Exacto, vuestra confusión es igual de grande que la mía.

Os adjunto una copia de un segundo «retrato robot» que la policía ha distribuido y que elaboró con una de sus máquinas de gráficas computerizadas. Muestra lo que los testigos describen como un hombre que repetidas veces (5-6) apareció pisando los talones a Palme, en enero y febrero. La policía cree que estaba implicado en el complot y que seguía la sombra del primer ministro. También dice que, probablemente, es el líder y quizás el cerebro que hay detrás del magnicidio.

La descripción de los testigos:

- Edad: 30-35.
- Altura: 195-200 cm.

- Espalda ancha y cuerpo atlético, que señala a un perfil de luchador o boxeador.

- Pelo rubio o rojizo; algunos se atreverían a decir que no es su color natural.

- Habla alemán e inglés.

- Ojos azules o azul grisáceo.

Además, la recompensa por proporcionar a la policía una pista que les permita atrapar al asesino se ha incrementado en medio millón de coronas; ahora ha alcanzado un total de un millón, el equivalente aproximado a cien mil libras.

Un saludo afectuoso,

S. L.

DESPUÉS DE CHERNÓBIL

Estocolmo, mayo de 1986

Después de un par de días calurosos, a finales de abril, había vuelto a hacer frío; todo el mundo se preguntaba cuándo llegaría la primavera. A Stieg le daba lo mismo, pero Eva y algunos compañeros parecían sufrir con el mal tiempo. No pasaba más tiempo en la calle que el corto paseo entre su casa y el metro; luego, el paseo un poco más largo del metro al trabajo (a eso se sumaba el trayecto inverso cuando entre diez y catorce horas más tarde regresaba a casa). Normalmente, llevaba un cigarro en la mano; la combinación de humo del tabaco y de los gases de los tubos de escape minimizaba la absorción de aire fresco.

Stieg dedicaba sus pensamientos y sus horas de vigilia al trabajo. Si seguía así, ni repararía en la llegada del verano sueco (tan breve ya de por sí).

La investigación del asesinato seguía siendo un tema candente, pero la irradiación de la nube radiactiva que se había descubierto en Suecia tras extenderse por Europa había desplazado algo el foco de interés.

Las autoridades soviéticas habían fracasado en su intento de mantener el accidente en secreto. Paradójicamente, las mediciones en Forsmark, a más de mil doscientos kilómetros de distancia, habían revelado valores elevados de radiactividad; demostraban que provenían del área que bordeaba la central nuclear de Chernóbil, en la República Soviética de Ucrania. Poco más tarde, la Unión Soviética ya no podía seguir negándolo: reconocieron que el reactor número 4 había sufrido una explosión y la consecuente fusión de su núcleo durante la noche del 25 de abril. La nube radiactiva se había extendido por Europa. Dos días más tarde, los suecos la habían detectado.

Stieg no podía evitar ver el paralelismo con el caso Palme. Las broncas entre la policía y los fiscales, los avances ninguneados en la investigación y las

conferencias de prensa de Hans Holmér con declaraciones ridículas sobre luces encendidas o apagadas en túneles y citas de Churchill. La metáfora estaba servida: al caso Palme también se le había fundido el reactor.

Stieg leyó y fue guardando ejemplares de los principales periódicos cada vez que hablaban del caso (o sea, casi todos los días). Obviamente, trabajar en TT y poder llevarse a casa los periódicos del día anterior facilitaba las cosas. Así se ahorra tiempo y dinero. Eso sí, empezaba a no saber dónde guardarlos.

Al cabo de dos meses, comenzó a hablarse de que quizá la policía nunca resolvería el caso. No obstante, los medios más grandes y serios, con *Dagens Nyheter* y la Televisión Sueca a la cabeza, mantenían en alto la bandera de Holmér. Además, de alguna forma, el *DN* parecía tener un canal de acceso excepcional al caso, pues siempre conseguía pescar noticias sobre el asunto Palme antes que ningún otro medio. A Stieg, por su parte, le importaba más bien poco que alguien llevara cierta ventaja. Él quería que el crimen se resolviera. En caso de que uno o más implicados estuvieran relacionados con ciertas ideas de derechas, él podría aportar su granito de arena.

Holmér dirigía la investigación con mano dura, pero no se vislumbraba la resolución del caso. Crecieron las voces críticas. Stieg intuyó que la presión no tardaría en volverse insoportable. Si el asesinato no se resolvía pronto, habría cambios en la junta de investigación del caso Palme.

ALFA-HANS

Estocolmo, verano de 1986

Hans Holmér casi no había tenido vacaciones. Y sus colegas tampoco. Si él iba a trabajar, esperaba encontrárselos allí.

Había destinado a un puñado de investigadores a resolver la pista de Victor Gunnarsson, la del EAP y otras pistas menores. Fue una oportuna cortina de humo para la pista que, según el propio Holmér, debía llevarles a resolver el asesinato: la relación del PKK kurdo en aquel asunto. En la sala Palme, la llamaban la «pista principal». Aquella idea había empezado a extenderse por toda la investigación; incluso había comenzado a mencionarse en los medios (aunque nadie sabía con certeza de qué se trataba).

Durante el verano, Holmér se dedicó a construir el caso contra los kurdos sospechosos. Ahora la policía tenía los nombres de unas cuantas personas que (casi no tenían dudas) estaban implicadas en los preparativos y en la ejecución del asesinato. Eso sí, no estaban nada seguros sobre quién había sido el autor material de los hechos. La teoría más probable era que hubiese llegado en avión desde Turquía, que se hubiese mantenido oculto hasta el momento oportuno, que lo hubieran acercado en coche a la esquina de la tienda Dekorima, que hubiese llevado a cabo su misión y que luego lo hubiesen llevado de vuelta a Turquía lo más rápido que pudieron. También cabía la posibilidad de que el PKK hubiese eliminado al verdugo de Palme después del asesinato. Así no dejarían cabos sueltos.

El móvil era fácil de reconstruir: Palme le había negado asilo en Suecia al líder del PKK, Abdullah Öcalan; además, un número importante de partidarios del PKK tenían prohibido salir de su municipio. Por otra parte, había llegado una pista creíble sobre una posible arma homicida.

Los fiscales querían seguir el procedimiento habitual e interrogar a unas

pocas personas para comprobar si las sospechas eran relevantes. Según Holmér, eso solo aumentaría el riesgo de que las pruebas, los testigos y los autores de los hechos desaparecieran.

Holmér tenía un as en la manga. Había empezado a esbozar la mayor operación policial de la historia de Suecia. Tenía nombre: Operación Alfa.

LAS PISTAS DE STIEG #1

Estocolmo, finales de julio de 1986

En efecto, el verano pasó y Stieg casi ni se dio cuenta. Un par de tardes de principios de julio, tras la lluvia y con el cielo despejado, pasó de largo por la boca de metro de Rådhuset en dirección a la de T-centralen de vuelta a casa. Reparó en el aire especial de Estocolmo. Era aire puro mezclado con aromas de las plantas agitadas por la lluvia (aunque quizás un científico lo explicaría de forma más prosaica). En cualquier caso, esos dos paseos fueron todo el recuerdo que a Stieg le quedó de aquel verano.

Había dejado reposar bastante todo cuanto sabía de Victor Gunnarsson y el EAP, el Partido Laborista Europeo. Siempre había habido otro asunto prioritario, pero ahora la policía se había puesto en contacto con él. La persona que llamaba ni quería ni podía responder a cómo habían dado con su nombre, pero, fuera como fuese, querían que Stieg compartiera con ellos sus conocimientos sobre la extrema derecha. Halagador, a la par que una buena ocasión para presentar su propia pista. Además, así tendría algo para Gerry.

De camino a TT, pasó por delante de tres de los edificios monumentales del poder judicial, que recordaban al ciudadano que delinquir no merecía la pena.

Primero pasó por delante del juzgado, donde estaba el tribunal de primera instancia. El edificio era de estilo romántico nacionalista; pretendía parecer un castillo medieval con una torre central exagerada. Al otro lado del parque, llamado el parque de la Comisaría por razones obvias, estaba la antigua comisaría. Solo tenía unos años más que el juzgado y un estilo neoclásico; también contaba con una torre en el medio, pero notablemente más estrecha, como una antena que unía el poder judicial con el poder de Dios.

Los edificios estaban conectados por un túnel subterráneo, con el acertado nombre del Paso de los Suspiros, pues por allí se llevaba a los detenidos desde la

comisaría hasta el tribunal del juzgado (también a los condenados, de vuelta).

La comisaría nueva estaba anexionada a la antigua y resultaba más intimidante que su vecino más próximo y que el juzgado. El edificio estaba construido en el estilo brutalista de los años setenta, con hileras de ventanas desproporcionadamente pequeñas a lo largo de la fachada jaspeada de color rosa oscuro; eso generaba la sensación de que un enorme entrecot de alta calidad, con sus vetas de grasa, hubiese aterrizado en pleno barrio de Kungsholmen. Si la majestuosidad de este edificio no intimidaba a los potenciales delincuentes, lo más probable era que fueran incorregibles.

Stieg cruzó las puertas giratorias y se registró en la recepción. Un buen rato más tarde, llegó un policía a buscarlo.

El inspector Rasmussen tomaba notas meticulosas, pero su interés era comedido. Stieg estuvo hablando de su pista; se preguntaba por qué no le hacían más preguntas sobre la extrema derecha. Al fin y al cabo, eran ellos los que le habían pedido que viniese.

En menos de una hora, Stieg ya había contado todo lo que sabía de Victor Gunnarsson y su relación con el EAP. Cuando confirmó que no tenía nada más que añadir, Rasmussen le pidió que esperara un momento. Dos minutos más tarde, entró un nuevo policía:

—Me llamo Alf Andersson. ¿Podrías hablarme de los grupos de extrema derecha y su odio hacia Palme?

Stieg, que había pensado que la reunión había terminado, se sintió desconcertado. No obstante, enseguida reunió todos sus papeles y repasó el material con Andersson. Por fin había un policía que mostraba interés real por las fuerzas de derechas en Suecia. Stieg salió de comisaría casi tres horas después con el convencimiento de que allí dentro había alguien interesado en sus pesquisas. Lo malo era que Andersson había insinuado que la junta directiva del caso Palme no parecía tan interesada en la pista de la extrema derecha. Sin embargo, con un poco de suerte, solo sería una manera de rebajar la importancia de la pista de Stieg, para que no se convirtiera en noticia.

Tal vez la policía no haría nada al respecto. Aun así, Stieg sintió que él, por lo menos, había hecho algo. Solicitó una copia del protocolo para confirmar que su visita había quedado documentada. Algún día sería reportero criminalista; para conseguirlo, tenía que visitar la comisaría con frecuencia y empezar a tejer su propia red. Todos los viajes empiezan con un primer paso.

Tras un verano tan tranquilo, Stieg estaba convencido de que, cuando llegara

el otoño, las cosas cambiarían.

A LA ESPERA DE ALGO BUENO

Estocolmo, 1 de agosto de 1986

Hola, Gerry:

No hay ninguna novedad oficial sobre el caso Palme, pero según datos facilitados por la policía se afirma haber identificado al autor de los hechos; están bastante seguros de quiénes son los que planearon el asesinato. No tienen pruebas suficientes (dicen) y no quieren precipitarse y detener a alguien antes de tener todo lo que necesitan. Nos prometen un rápido desarrollo del caso en las próximas semanas o meses, pero se niegan a concretar más. En lo que se refiere a estos datos, tal vez no sea más que una declaración para mostrar que todavía están trabajando en el asunto. Por otra parte, también podría significar que, efectivamente, están siguiendo un rastro. Un dato que diferencia esto del patrón habitual es que son noticias que provienen de la cúpula. (Hasta ahora siempre han sido fuentes anónimas dentro de la policía.)

Es imposible de saber el rumbo que tomará la investigación, pero he conseguido la siguiente información a través de fuentes fiables:

- La conexión con LaRouche sigue considerándose muy interesante; la policía está investigando esta pista. Esto no es oficial, pero sé que es correcto porque yo soy uno de los que preguntaron al respecto recientemente.

- Una fuente dentro de la junta que dirige el caso dice que están buscando «a un grupo de personas que se encuentran en la periferia de la extrema derecha, no nazis, pero sí muy orientados a la derecha, aunque en general no se los pueda vincular con la extrema derecha». Otra fuente dice que están buscando «a un grupo normal y corriente con vínculos con la extrema derecha».

¿Resuelves más tipos de enigmas?

Recuerdos,

STIEG

EL PROTOCOLO

REGISTRO DE INFORMACIONES

sobre delitos graves

Número 13082-5

Fecha

860805

Distrito policial

STHLM

Unidad de trabajo

PN

Agente en cargo

Insp K. Rasmussen 7327

Delito al que se vincula la información

Caso Palme

Nombre del informante

Stieg Larsson

Oficio/título

Periodista

Lugar de trabajo

TT, imagen

Suceso

Datos sobre el EAP/Gunnarsson

Larsson afirmó haber mantenido contacto con el EAP en 1973, cuando «surgieron de la nada» por toda Suecia de la noche a la mañana. Contaban con el respaldo de grandes recursos económicos y una maquinaria bien engrasada. Celebraban reuniones en distintas localidades de Suecia y se quedaban un par de semanas en cada una.

En Umeå hubo una reunión en 1974 a la que Larsson asistió. Iba a estar solo un rato, pero se quedó la mitad de la noche escuchando a conferenciantes muy formados, entre otros, John Hardwick. Se interesó por ellos, pero no se implicó.

Los ponentes permanecieron dos semanas en Umeå y se reunían varias veces por semana. El mensaje era el mismo que hoy: un nuevo orden mundial para evitar la catástrofe total. Larsson ha observado que gran parte de sus mensajes y teorías estaban alineados con la interpretación científica del fascismo. Ha leído las obras que promovían, además de otro material publicado, todo con el mismo punto de vista sobre la persona y la sociedad.

La organización se dirige por completo desde Alemania del Este, tanto entonces como ahora. Quien transmite sus órdenes en Suecia es Clifford Gaddy.

En 1978 se contaba con la ayuda de Mikel Wale, quien actualmente está activo en Wiesbaden, en la oficina central del EAP para Europa. Este individuo tiene un pasado como infiltrado y saboteador en el American Deserters Committee en Suecia. Cuando lo expulsaron, empezó a organizar la NCLC (EAP) junto con Tore Fredin.

Desde 1974, Larsson ha pasado por los puestos de libros que el EAP ha ido organizando y ha escuchado sus argumentos.

En su trabajo en el Departamento de Imagen de Prensa de TT pudo revisar la imagen del hombre de treinta y tres años de origen local. Le parecía haber visto antes a esa persona.

Estaba muy seguro de ello gracias a su memoria fotográfica, pero no conseguía ubicarlo. Más tarde, ese mismo día, le vino a la cabeza dónde había visto al hombre. Había sido en tres ocasiones.

La primera fue en la plaza Hötorget de Estocolmo en 1977-1978, cuando se detuvo en un puesto de libros que tenía el EAP. El hombre en cuestión, que formaba parte del grupo del EAP, le dirigió la palabra. Empezó a preguntar por las opiniones de Larsson sobre el mensaje del EAP, su trabajo, su domicilio, etc.

El hombre había iniciado la conversación con un «Hola, ¿cómo estás?», como si se conocieran. Larsson se sintió desconcertado por si conocía o no al hombre, pero al cabo de un rato empezó a sospechar que el sujeto pertenecía al EAP y que su labor era la de hablar con los oyentes. Larsson se retiró a los 10-15 minutos.

Pasadas entre dos y tres semanas, se topó con el hombre en un puesto de libros que el EAP había montado delante de los grandes almacenes NK, en la calle Hamngatan. Evitó acercarse, pero vio que el hombre entablaba conversación con la gente que rondaba la mesa.

Ha pensado mucho en ello, sobre todo después de que la policía se haya puesto en contacto con él. Está muy convencido de que el hombre de treinta y tres años y el sujeto en cuestión guardan un alto parecido. Recuerda que su peinado era un tanto distinto: el pelo más largo, hace ocho años. Larsson trabaja como *freelance* para la *Searchlight*, una revista radical de Londres; escribe reportajes periodísticos de investigación sobre colectivos de extrema derecha en Europa y Estados Unidos.

SERVERING

Estocolmo, verano de 2014

Detrás del mostrador de cristal del café Nybergs, podías encontrar todos los dulces típicos de la pastelería sueca. Al lado de los pastelitos Princesa de color verde, había rollos de merengue relleno y tartaletas de fresas. En el estante superior, bolas de chocolate, cocadas y cilindros de mazapán con licor. El café llevaba demasiado tiempo en las planchas eléctricas junto a la ventana, pero era fuerte y podías repetir. La clientela era muy heterogénea. Sin embargo, tras la hora punta de la mañana, prácticamente solo quedaba gente mayor. Las conversaciones giraban en torno a temas de lo más variado, desde política internacional hasta el ruido que hacía de noche la central de reciclaje al triturar el vidrio.

Stieg también se había sentado en otras cafeterías de Estocolmo a escuchar las conversaciones un poco subidas de volumen de otras mesas. Quienes lo conocían me contaron que se pasaba horas utilizando los locales como puntos de reunión. Un chorrito de café caliente le hacía entrar en calor y la conversación seguía.

Los amigos de Stieg solían contar que una vez les habló de que había descubierto un sitio nuevo que sería su cafetería favorita. Se llamaba Severin, igual que su abuelo. Finalmente, algún alma sin corazón le había revelado que en verdad en el cartel de neón que colgaba encima de la puerta ponía «Servering».

Las tareas fuera del trabajo de Stieg llevaban su tiempo: identificación y seguimiento de los miembros de extrema derecha, empezar una revista, escribir libros. Y luego las pesquisas en el caso Palme, que confluían con varias de sus otras actividades. La relación con Eva, a quien no le dedicaba tiempo suficiente por culpa del trabajo. Una taza de café y otro cigarro para poder seguir trabajando. Ni un minuto de descanso ni ejercicio. El sobrepeso que le

amenazaba y la salud frágil que le recordaba que el tiempo era limitado. El recuerdo del abuelo Severin, que murió de un infarto a los cincuenta y seis años.

Para mí la cafetería cumplía un rol un tanto diferente. Yo veía a los clientes habituales, pero nunca buscaba el contacto. Saludaba cordialmente, pero me sumía rápidamente en los documentos escaneados de Stieg en mi ordenador. A estas alturas, todo lo que tenía digitalizado ya lo había revisado varias veces, incluso las cositas de por-si-acaso que a Stieg tanto le gustaba guardar. Paulatinamente, me sumergí en la década de 1980, sin móviles, con tan solo dos canales de televisión públicos que no emitían anuncios y con cinco partidos en el Parlamento. La Guerra Fría estaba llegando a su fin. Seguro que el interior de la cafetería Nybergs ponía bastante de su parte. Apenas había cambiado desde los años sesenta.

Empecé a ver conexiones que sentí que Stieg también había detectado. Por ejemplo, en la década de los ochenta, había varios grupos de extrema derecha que recordaban a los de ahora: mezcla de racismo, nacionalismo y fascismo. En aquella época, ya era el rechazo al inmigrante lo que los unía.

Entre la extrema derecha sueca de los ochenta había un pequeño grupo que afirmaba tener en primera instancia otra pulsión motora que no era la xenofobia. Se habían posicionado en contra del comunismo y habían decidido luchar contra él, bien porque ellos mismos o sus familias habían sido víctimas, bien porque en la Guerra Fría se habían decantado por Occidente. Lo que hacía de estas personas unos extremistas eran los medios a los que estaban dispuestos a recurrir: se alejaban mucho de los límites de la democracia y la legalidad; a menudo, contaban con el factor de la violencia.

El primer grupo, los xenófobos, eran más agresivos y, por ende, más visibles. A juzgar por el archivo, era evidente que tanto los años anteriores como posteriores a 1986 Stieg estaba como mínimo igual de fascinado por el segundo grupo, más pequeño y menos violento. Quizá porque las redes de personas se solapaban con las principales estructuras de poder del país, donde había recursos para generar un daño muy importante.

En las pesquisas sobre Olof Palme, era obvio que Stieg había hecho todo lo que había podido, pero también que había dejado en manos de la policía partes relevantes de su investigación cuando los métodos periodísticos ya no podían ir más allá. Él tenía la posibilidad de hacer cosas que la policía no podía hacer, pero también era consciente de sus limitaciones. Podía hurgar hasta dar con ciertos datos o infiltrarse en alguna organización, pero al final la tarea de resolver crímenes era de la policía; la del fiscal era llevarlos a juicio; la del

tribunal, determinar un castigo. Si la policía no le daba continuación a su trabajo, Stieg confiaba en que lo habrían hecho lo mejor posible.

Ya antes de descubrir el archivo de Stieg, mis pesquisas me habían llevado a una persona sospechosa, pero a la que la policía había dejado de lado y que nunca había recibido demasiada atención en los medios. Pensaba hacer lo mismo que habría hecho Stieg: elaborar un memorando sobre Jakob Thedelin para la policía, con los nuevos datos que había recopilado sobre él. Había que estructurar, limitar las especulaciones y descartar toda la información prescindible. Me llevaría un tiempo, pero antes necesitaba un café... y otro cigarrillo.

HOLMÉR ATACA DE NUEVO

Estocolmo, diciembre de 1986

Había sido un otoño duro para la policía. Los periodistas habían empezado a echarle el ojo a lo que llamaban la «pista principal» y habían conseguido dilucidar que se trataba del PKK. Los artículos que se publicaron al respecto incidían en que había que actuar de alguna manera. El peor de los gacetilleros era el peso más pesado de todos. Jan Guillou había dejado de lado el escándalo Harvard y los agravios contra Olof Palme. Ahora trabajaba para convencer a la opinión pública de que la policía, como de costumbre, estaba conspirando contra los inmigrantes y las personas de izquierdas. En cuanto al partido kurdo PKK, estaban intentando matar dos pájaros de un tiro. Con argumentos tan bien formulados como siempre, Guillou pulverizó la pista del PKK de la policía y redirigió las críticas al propio Holmér. Lo hizo parecer como un búfalo egocéntrico y conspirador. Justo lo que Holmér pensaba de Guillou.

Por otro lado, las broncas con los fiscales continuaban. KG Svensson llevaba tiempo fuera de escena. La Fiscalía había delegado en un viejo zorro, Claes Zeime; le faltaba poco para jubilarse y ya no tenía pelos en la lengua. Holmér realizaba su labor contra los kurdos de forma sistemática, pero vivía bajo el constante ataque de los medios de comunicación, del fiscal y (daba la sensación) de parte de su propia organización. Pero seguía contando con un as en la manga. Pensaba ir a por todas y detener a la vez a todos los kurdos implicados en el asesinato. Interrogaría a cincuenta y ocho personas al mismo tiempo. En el peor de los casos, si no conseguían identificar a un tirador, al menos podrían corroborar que detrás del asesinato estaba el PKK.

Pero Holmér necesitaba una orden del fiscal. Y eso era un gran obstáculo. Ni siquiera con el apoyo del Gobierno consiguió vencer a Zeime. Los fiscales se cerraron en banda e incluso compararon la operación con el momento en que los

militares en Chile reunieron en 1973 a los opositores en el estadio de fútbol de Santiago. Según Holmér, una comparación más que desafortunada.

Sin embargo, tras meses de negociaciones, consiguieron ponerse de acuerdo en que Holmér llevara a cabo la Operación Alfa; eso sí, los detenidos e interrogados serían solo veinte. Pero la Navidad se acercaba a toda velocidad. Holmér no podía exigir así como así que sus hombres, que no habían dejado de hacer horas extras, también renunciaran a las vacaciones.

En mitad de aquella agonía, a finales de diciembre llegó una buena noticia: el noticiero Rapport iba a condecorar a Hans Holmér como «sueco del año». Holmér se sintió abrumado. La Televisión Sueca, la empresa de comunicación más importante del país, ¡pretendía entregarle su distinción más prestigiosa!

La Operación Alfa tuvo lugar el 20 de enero de 1987. Veinte personas, principalmente kurdos, fueron detenidas e interrogadas en paralelo. Ese mismo día, el fiscal decidió que casi todos fueran puestos en libertad. Al resto los dejarían ir poco después.

Alfa no había tenido el éxito que Hans Holmér había planeado. Al contrario, supuso la oportunidad que el fiscal estaba esperando para poner orden (según ellos). Dos semanas más tarde, el 5 de febrero, Hans Holmér dimitió como jefe del equipo de investigación. Un mes más tarde, dimitió como jefe de la Policía Provincial de Estocolmo.

Sin embargo, no se había dicho la última palabra. Holmér seguía contando con su red de ministros socialdemócratas y con el solucionador político Ebbe Carlsson. El juego de la pista del PKK se prolongaría un poco más. Pero ahora a escondidas.

NO, NO, SÍ

Estocolmo, enero de 1987

Ya eran las ocho y media de la tarde cuando llamaron a la puerta de Stieg y de Eva. Él fue a abrir y dejó pasar a su invitado. Håkan Hermansson era alto y de cabello castaño. Llevaba barba. Su simpatía debía de generar un merecido respeto en la redacción de la revista *Arbetet*; seguro que también despertaba el interés de alguna que otra mujer. Stieg hubiera esperado un acento de Malmoe, puesto que la revista era de allí, por lo que el fuerte acento de Gotemburgo lo pilló por sorpresa.

—Debo decir que hay un buen trayecto hasta aquí, a las afueras de Estocolmo. ¿Tienes café? Me llega el olor.

Stieg se sintió ligeramente abrumado, pero en cuanto se hubo quitado las botas de agua lo hizo pasar del recibidor a la cocina.

—Café de Norrland —dijo Stieg, que le sirvió lo que quedaba en la jarra sin que se le colara ni un granito del poso.

Stieg había dejado su taza encima del armario archivador. La había olvidado mientras encendía un par de cigarrillos, para él y para su invitado. Eva entró en la cocina, cogió la taza del armario y se la dio. No era la primera vez que pasaba.

—Ella es mi mujer, Eva. O compañera, o como se le llame ahora —dijo Stieg—. Llevamos más de diez años juntos. No hay nada que me puedas contar que yo no le contaría a Eva.

Eva se disculpó: tendría que irse a dormir pronto. Era la responsable de abrir las obras en las que trabajaba como arquitecta. No obstante, se quedó un rato en la cocina y se preparó una fiambarrera con comida. Stieg acompañó a Håkan hasta el salón. Se sentaron ante una mesa de comedor-escritorio que había junto a la pared.

—Lo poco que he oído me ha parecido interesante, pero cuéntame la versión larga —dijo Stieg.

Hermansson dio una calada profunda y se reclinó con las piernas cruzadas y la mano del cigarro estirada para apoyarse en el canto de la mesa, mientras dejaba que la nicotina surtiera efecto.

—*Arbetet* nos ha encargado un trabajo a Lasse Wenander y a mí —dijo—. Su intención es ser influyente en Suecia, desde ya y hasta un futuro muy lejano.

Stieg estaba reclinado en la silla, de brazos cruzados.

—Vamos a poner nombres al odio y a las campañas contra Olof Palme antes de su muerte —continuó Hermansson—. He oído hablar de tu seguimiento de la extrema derecha. Estoy bastante seguro de que tu trabajo tiene varios puntos en los que coincide con el nuestro. También dicen que eres la hostia encontrando información, así que a Lasse y a mí nos gustaría mucho tenerte en el equipo. Si eres tan bueno como dicen.

Resultaba difícil resistirse al encanto gotemburgués de Hermansson. Además, hablaba como si ya hubieran empezado a trabajar juntos. Si empleaba el mismo estilo a la hora de hacer entrevistas, sería capaz de sonsacarle más información al entrevistado de turno que cualquier otro periodista. Dejó dos papeles escritos a mano encima de la mesa.

—Esto es una lista de los nombres a los que queremos echar un vistazo. De momento, no es gran cosa, pero contamos con que tú lo tengas más por la mano.

Stieg echó un vistazo rápido a la lista; le bastó con arquear una ceja para obtener más información.

—Soy socialdemócrata y estoy bastante anclado al partido —explicó Hermansson—. Lasse y yo nos reunimos con... llamémoslo el Departamento de Recopilación de Datos. Les vendimos la idea de escribir una serie de artículos en *Arbetet*. Si todo va bien, quizás un libro. El otro día nos dieron luz verde para el proyecto y el financiamiento. Lo más importante es poder acceder libremente a la red socialista. Todo aquel que conocía a Olof hablará con nosotros.

Hermansson miró expectante a Stieg.

—Me parece un proyecto muy divertido. Desde luego, conozco todos los nombres de la lista. Está en línea con lo que yo trabajo. Pero hay algo que me intriga —dijo Stieg, que encendió un cigarrillo—. Tú sabes que no soy socialista, ¿verdad? Soy trotskista y escribo para *Internationalen*. Como sabrás, no estamos del todo satisfechos con cómo estáis gobernando el país. Así pues, aunque en este caso tengamos el mismo objetivo, no es seguro que quiera verme

vinculado al partido dominante.

—Sí, sé que nos consideraréis revisionistas y todo eso. Pero a ti también te parecía que el odio contra Palme era una mierda, porque indirectamente también salpicaba a la democracia. ¿O me he perdido algo?

Stieg agitó una mano para mostrar que estaba de acuerdo con Håkan, pero que había algo más.

—A ver —dijo Stieg—, mi lucha contra el fascismo y la extrema derecha aún se prolongará lo suyo. Probablemente, toda mi vida. Por muy tentador que suene, no quiero que el otro bando se entere de quién soy, a quiénes estoy investigando ni a qué métodos recurro.

—Pero, si decides participar en este proyecto, te volverás tan conocido que podrás escribir los artículos o los libros que te apetezca. Tu carrera como periodista dará un paso de gigante.

—Sí, pero ¿podré seguir trabajando? El objetivo es hacerle frente a la extrema derecha. No volverme un periodista famoso. Así que la pregunta es: ¿pierdo más oportunidades de las que gano?

La conversación se quedó sin aire. Saltaba a la vista que se gustaban el uno al otro, pero iban desacompañados desde el primer momento. Hermansson le estaba pidiendo algo que Stieg no podía ofrecer.

—Me temo que la respuesta es no —dijo—. Me encantaría que leyerais mi material, pero no quiero arriesgarme a no poder seguir haciendo seguimiento de la extrema derecha después de que vuestros artículos salgan publicados.

Hermansson parecía decepcionado. Para evitar que hubiera hecho cuarenta minutos de metro hasta Rinkeby para nada, Stieg descorchó una botella de vino tinto y sirvió dos copas. Sin preguntar. Estuvieron un buen rato hablando de otras cosas, sin volver a mencionar una posible colaboración. A lo mejor era justo lo que necesitaban para partir de cero. A la segunda copa, Stieg se levantó.

—Espera aquí un momento —dijo—. Voy a hacer algo que nunca he hecho.

Se metió en el dormitorio en el que Eva se había acostado hacía ya dos horas. Hermansson permaneció sentado a solas en el salón un buen rato. Stieg volvió con semblante serio y resuelto. Se sentó de nuevo enfrente de Hermansson.

—Hagamos lo siguiente: yo os ayudo con la investigación para los artículos. No quiero créditos ni remuneración por mi trabajo. Al contrario, lo que quiero es que garanticéis mi anonimato. ¿Podrías aceptar una propuesta así?

En cuestión de segundos, Hermansson aceptó. Garantizarle a alguien el anonimato no era un precio elevado que pagar a cambio de contar con la ayuda

del mejor reportero de investigación de Suecia. Asintió brevemente con la cabeza, tendió su mano y sellaron el acuerdo.

Stieg abrió otra botella.

OBJETIVO OLOF PALME

Estocolmo, febrero de 1987

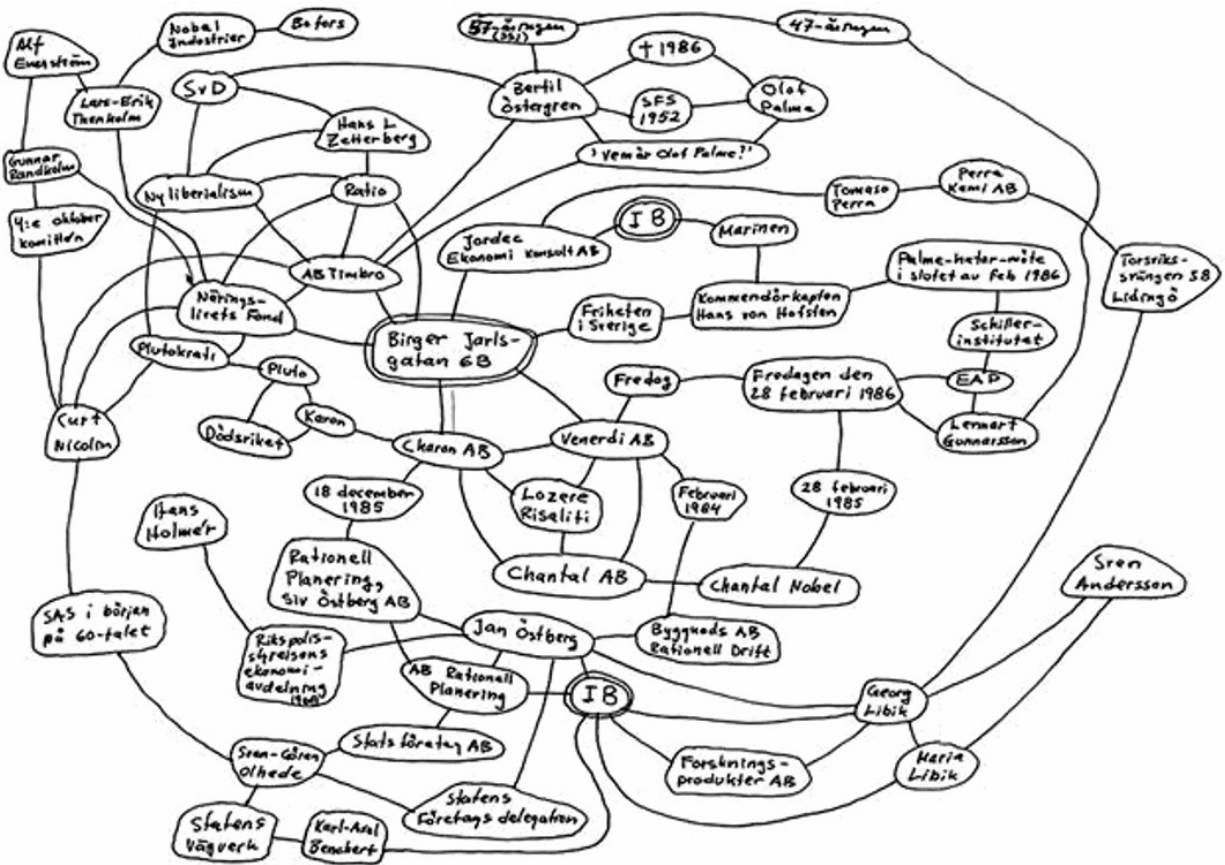
La premisa estaba formulada: «El punto de partida del trabajo en esta serie de artículos es que el asesinato de Olof Palme se puede ver como una consecuencia lógica de un clima político que ha ido cambiando gradualmente en Suecia y en el mundo occidental».

La tarea de Stieg era delicada. Investigar para la elaboración de una serie de artículos y quizás un libro que sería analizado con lupa por todos los bandos políticos era un ejercicio de malabarismo. Pero si, además, el tema era Olof Palme y su asesinato sin resolver, el riesgo de recibir críticas aumentaba exponencialmente.

Existía el peligro de que el caso se resolviera antes de que el libro saliera publicado y que resultara que no había ninguna relación entre el asesinato y las campañas de odio contra Palme. Por otro lado, si el caso se resolvía..., bueno, no dejaba de ser lo mejor que podía pasar. En ese sentido, el riesgo solo era que el libro recibiera menos atención (un precio que merecía la pena pagar). Habría muchas críticas, casi seguro, pero quienes estarían en primera línea serían Håkan Hermansson y Lars Wenander. Lo único que Stieg podía hacer era procurar que sus pesquisas fueran impecables.

Otro problema, este más concreto, era que había un número exagerado de organizaciones y de personas implicadas en las campañas contra Olof Palme. En el material que Stieg pensaba entregarle a Hermansson, había bajado el tono de algunas partes que, si bien eran interesantes, no estaban directamente vinculadas al odio contra el primer ministro asesinado. Dos ejemplos: las conexiones con Stay Behind (una red secreta de células poco consolidadas que se activarían en Suecia si poderes extranjeros ocupaban el país) y la parte sueca de la Operación Chaos. Hacía referencia a cómo la CIA se había infiltrado en grupos de

desertores de Vietnam que se habían afincado en Suecia. Todo contaba con la colaboración de la buena memoria de William Casey, el jefe de la CIA. Casey era un tipo especialmente peligroso a ojos de Stieg, sobre todo por su papel activo en la innecesaria invasión de Granada en 1983.



Red de personas y organizaciones enviada a Stieg Larsson en septiembre de 1987. (Archivo de Stieg Larsson.)

Otro problema era que muchas de las organizaciones que Stieg había identificado se solapaban. A menudo se fusionaban, se dividían o se disolvían. Y cuando añadías una trama de personas, la imagen se volvía inabarcable para cualquiera (aunque no para Stieg, que se acordaba de casi todo; si no lo hacía, siempre sabía entre cuáles de sus papeles debía hurgar). Ahora tenía que hacer que ese material fuera comprensible para los periodistas y para todos aquellos lectores que no tenían conocimiento previo.

Para empezar, elaboró tres listas con breves descripciones: una de organizaciones, una de personas y una de direcciones interesantes en Estocolmo.

Un buen punto de partida sería Anders Larsson, el fundador de la organización Alianza Democrática en los años setenta, y que seguía muy activo. Además, Larsson afirmaba que antes de que sucediera nada ya sabía que Olof Palme iba a morir.

Anders Larsson

Algo así como la araña en la red que aparece en todas partes entre los colectivos suecos de extrema derecha. Parece emplear otras identidades, inventadas o reales, cuando escribe cartas. Larsson entregó un aviso antes del asesinato de Palme. También hay datos que apuntan a que había sido denunciado a la Säpo porque había ideado asesinar a un político socialdemócrata (que no era Olof Palme).

Carl G. Holm

Uno de los dirigentes de *Contra*; contratado en la Federación de Industrias. Enemigo jurado de Anders Larsson desde que entraron a formar parte de falanges distintas de la ya disuelta Alianza Democrática. Desde entonces hay una guerra declarada entre Anders Larsson y Holm/*Contra*.

Filip Lundberg

Vinculado a *Contra*; dirige su «Campaña del pueblo a favor de la OTAN». También estaba vinculado a Libertad en Suecia.

Andres Küng

Un liberal aparentemente inofensivo que se mueve por los finos círculos de Libertad en Suecia, pero que también está en la dirección de Resistance International y que se ha acercado al círculo de *Contra* desde que estos le entregaron su Premio de la Paz, lo cual debió de irritar bastante al archienemigo de estos últimos, Anders Larsson.

Bertil Wedin

Exteniente que destacó enseguida por mostrar su apoyo a la guerra de Vietnam. Trabajaba para la esfera Wallenberg con «recaudación informativa». Vinculado a Alianza Democrática. Se mudó a Londres en 1975 y trabajó para el sector de la industria sueca. Conoce tanto a Anders Larsson como a la gente de *Contra*, con quienes es más afín. Aparece en la lista por su odio genuino por

Palme y porque hay datos que lo vinculan con el asesinato.

Hans von Hofsten

Comandante que forma parte del consejo de administración de Libertad en Suecia desde 1985. Un mes más tarde, dirigió la revuelta de oficiales; en un artículo de debate publicado en el periódico *Svenska Dagbladet*, declaraba abiertamente que no se tenía ninguna fe en Olof Palme ante su viaje a Moscú.

Victor Gunnarsson

No llamó la atención hasta que se le consideró sospechoso del asesinato de Palme, pero había estado vinculado al EAP, el Partido Laborista Europeo. Además, hay una fuente que afirma que se relacionaba con dos personas vinculadas a Alianza Democrática que advirtieron del asesinato de forma independiente: Anders Larsson y el antiguo mercenario Ivan von Birchan.

Alf Enerström y Gio Petré

A Enerström se lo ha llamado el anti-Palme número uno. Cuenta con el apoyo de los mayores empresarios del país, como, por ejemplo, Lars-Erik Thunholm, de la esfera Wallenberg. Da dinero al EAP y publica anuncios en la prensa diaria por sumas millonarias. Su pareja, Gio Petré, es actriz. Juntos viajan por todo el país haciendo propaganda contra Palme. El último libro que escribieron salió publicado un año antes y se llamaba *Hicimos caer al Gobierno: parte II*. En él comparan a Palme con Hitler y dicen que solo hay un castigo posible para un traidor a la patria. Lástima que el título no les saliera bien, puesto que Palme ganó las elecciones, contra todo pronóstico.

A pesar de que Stieg había procurado reducir el número de personas, le habían salido más de las que le habría gustado. Había descartado a los extranjeros. Entre otros, los terroristas italianos Stefano Delle Chiaie y Roberto Fiore, así como el sicario Michael Townley, habían aparecido en el radar de Stieg tras encontrar una pista que los vinculaba con el asesinato de Palme. No obstante, no habían encajado en esta lista.

Aparte del odio común hacia Palme, expresado en mayor o menor medida, había otro patrón que se repetía: las personas con cierta reputación se situaban a la cabeza de alguna organización. Detrás de ellos, con agendas considerablemente más duras, estaban los que tiraban realmente de los hilos

(incluso a veces había conexiones con los nazis). Otro fenómeno interesante era que el mismo nombre aparecía una y otra vez, lo cual quedaría más que reflejado en la siguiente lista:

Alianza Democrática

A pesar de que la AD se disolvió en 1975 y que su actividad cesó al año siguiente, es la madre de la mayoría de las organizaciones de extrema derecha que no son nazis. Su fundador, Anders Larsson, tiene algún tipo de relación (positiva o negativa) con todas las organizaciones que quedan por debajo y se puso a la cabeza de la facción mayoritaria de AD después de su disolución.

Contra

Tras la disolución de Alianza Democrática, se creó una facción minoritaria con los tipos más duros de la fundación y de la revista *Contra* (no confundirla con la guerrilla *Contra* apoyada por Estados Unidos en Nicaragua). Uno de sus mayores enemigos es Anders Larsson, de la facción mayoritaria de AD. El contenido de la revista se centra en su admiración por Estados Unidos y en un fuerte odio hacia Olof Palme hasta el momento de su muerte. Por ejemplo, con ella se podía comprar una diana con la caricatura de Palme.

El Comité Báltico

Una de las decenas de peculiares organizaciones con vínculos bálticos que existen; la mayoría están registradas en la Casa Estonia, en la calle Wallingatan 32. Entre otras cosas, el Comité Báltico es interesante porque la organización es miembro de la WACL (ver abajo) y porque Anders Larsson consiguió que lo echaran de ella más de un mes después del asesinato de Olof Palme.

WACL (World Anti-Communist League)

Organización paraguas con raíces en la Asia de los años cincuenta. La lucha contra el comunismo es su gancho. Hay una combinación de patrullas de la muerte latinoamericanas, guerrillas anticomunistas de África, extrema derecha estadounidense (como el Ku Klux Klan) y nazis europeos. Sobra decir que la CIA financia la organización al mismo tiempo que se ha infiltrado en ella. Las famosas conferencias de la WACL se celebran en distintos puntos alrededor del planeta. De Suecia captaron, entre otros, a un parlamentario moderado y a nuestro conocido Anders Larsson.

EAP (Partido Laborista Europeo) o ELC (Comité Laboral Europeo)

Un partido político extremadamente pequeño, fundado por el millonario estadounidense Lyndon LaRouche. Es extremadamente activo en Suecia desde los años setenta. La organización que ha llevado más lejos su odio y que ha descrito a Palme como un asesino enfermo de la cabeza, narcotraficante y agente soviético. Es probable que el EAP esté infiltrado por la CIA mediante falsos desertores de Vietnam que se han establecido en Suecia. Victor Gunnarsson ha colaborado con el EAP y su material ha corrido por el despacho de Anders Larsson en el Comité Báltico.

Resistance International

Organización anticomunista creada en París en 1983 y en Suecia en 1985. Empezó siendo una organización para anticomunistas de derechas, conservadores y tradicionales, pero luego se sumó gente más marcadamente de extrema derecha, personas de circuitos migratorios del bloque del Este y miembros de la WACL (incluye algunas conexiones directas con los nazis). Posible financiamiento de la CIA. En el consejo de administración sueco destaca nuestro Anders Larsson, el báltico exiliado Andres Küng, el representante de UNITA Luis Antunes y el colaborador de *Contra* Filip Lundberg.

Fundación de Estudios Sociológicos

Asociación muy anónima que tenía vínculos con la Resistance International a través de Anders Larsson y la Alianza Democrática, en tanto que utilizan el mismo apartado de correos (registrado por Anders Larsson). Se declaran antinazis, pero tienden a ser de derechas políticamente. La relación con la antigua Alianza Democrática podría ser la clave de la actividad de la fundación. Si esta fundación es más bien cosa de uno solo, la siguiente organización cuenta con mil quinientos miembros.

Libertad en Suecia

Organización reciente que arrancó en septiembre de la mano del liberal Andres Küng. Sobre el papel, limpio como una patena; su objetivo primordial, una Suecia libre. Detrás de una bonita fachada (con los actores Jarl Kulle y Ulf Brunnberg, entre otros), hay fuerzas notablemente más oscuras, como el hombre de *Contra* Filip Lundberg y el comandante Hans von Hofsten.

Nuevo Club de los Martes

Creado a imagen del ultraconservador Monday Club británico, donde el carismático lord Moyne ha sido presidente y por el que han pasado tanto Anders Larsson como Bertil Wedin. Invitan a oradores de renombre a reuniones aparentemente inocentes, pero detrás siguen estando los nombres conservadores de siempre. El responsable de las circulares es el omnipresente Anders Larsson.

UNITA

Guerrilla de Angola financiada por Estados Unidos, con sede en Estocolmo y vínculos con la CIA. Su representante, Luis Antunes, aparece en varias de las organizaciones susodichas. Anders Larsson buscó trabajo allí después de que lo echaran del Comité Báltico.

A Stieg le pareció que, para empezar, con este listado de personas y organizaciones había suficiente. Empezaría a pensar en los de Malmö. Pero aún faltaba una pieza en el rompecabezas para que pudieran empezar a ver una imagen. Las organizaciones de derechas estaban atadas a un puñado de ubicaciones físicas en las que se podía ver la relación que guardaban entre ellas.

Apartados de correos 5817, 490 y 21

Un fenómeno común para la mayoría de las organizaciones de derechas es que utilizan apartados de correos. De esta manera, se puede tener fácilmente un gran número de organizaciones dando vueltas al mismo tiempo, a la par que dificulta su seguimiento y su identificación. El apartado 5817 era el antiguamente usado por Alianza Democrática; también lo empleaba la Fundación de Estudios Sociológicos. El apartado 490 está vinculado a las organizaciones de los bálticos exiliados de la calle Wallingatan 32-34; la Fundación y la Resistance International lo utilizaron. El último apartado de correos que ha aparecido es el número 21, pero a ese tendré que volver cuando haya avanzado en la investigación.

Wallingatan 32-34

En la Casa Estonia hay incontables organizaciones. La mayoría están limpias, pero aquí también residen la WACL, el Comité Báltico y otras entidades menos transparentes. Además, hay fuertes vínculos con Anders Larsson y

Andres Küng, así como con los apartados de correos de arriba.

Calle Birger Jarlsgatan 6B

Aquí se encuentran algunos de los *lobbies* de la industria, así como, por ejemplo, Libertad en Suecia y otras compañías y organizaciones sospechosas. El edificio ha sido propiedad de la antigua fundación nazi Carlbergska. En el complejo esquema de conexiones que me entregó una fuente, esta dirección aparece en el centro.

Había dos nombres más que Stieg creía importante mencionarles a Hermansson y a Wenander. Se relacionaban con entornos de derechas, pero Stieg estaba convencido de que estaban involucrados en actividades de espionaje para el Estado sueco. Joakim von Braun figuraba en el consejo de administración de Resistance International, pero también trabajaba como colaborador externo de la Säpo. Joel Haukka era un báltico exiliado y conocía todo el entramado de la calle Wallingatan 32-34, pero recopilaba información para la SSI del servicio secreto militar (Sección de Adquisiciones Especiales). Era altamente probable que Von Braun y Haukka aparecieran en las pesquisas de Stieg para Hermansson y Wenander. Era bueno que los conocieran, para que no los confundieran con los más duros de la gente de derechas.

Esto al menos les daría una idea general de cómo era la extrema derecha y el odio organizado contra Palme. Como de costumbre, sacó tres copias de las listas y les mandó el original a Hermansson y a Wenander. Una copia se la quedó él; las otras dos se las entregaría a dos personas en las que confiaba, para que los documentos estuvieran en varios sitios si la casa sufría un incendio o un allanamiento.

A Hermansson y a Wenander, Stieg les adjuntó una copia de una carta que un año antes le había escrito a Björn Rönnblad, del Partido Socialista. Por entonces, nadie se habría podido imaginar que al primer ministro lo iban a matar de un tiro en plena calle, pero ahora era un hecho consumado. La carta hablaba de un material que le había llegado a Rönnblad y que pretendía dañar a Andres Küng, pero no estaba claro quién lo había enviado. Stieg le había dedicado mucho tiempo a Anders Larsson y al apartado 21; incluso había llegado a vigilarlo de lejos, para ver quién lo vaciaba. Con un poco de suerte, la carta les enseñaría a los de Malmö cómo llevaba a cabo sus indagaciones y todo el tiempo que tenía

que dedicarles. Además, el contenido sería un buen arranque a ese proyecto al que finalmente le habían puesto el nombre de «Objetivo Olof Palme».

1987

Estocolmo, primavera de 1987

A los policías del caso Palme, la dimisión de Holmér los pilló en la cama. Un día tenían un mando que lo decidía todo y que hacía de jefe de equipo, de jefe de la Policía de Estocolmo y de jefe de investigación al mismo tiempo. Al día siguiente, no tenían nada. Además, la colaboración entre la Policía de Estocolmo, la Nacional y la Säpo (la secreta) quedó zanjada. Sobre el papel, el jefe de departamento, Ulf Karlsson, de la Dirección General de Policía, iba a dirigir el caso Palme. Sin embargo, a la hora de la verdad hubo, como mínimo, tres investigaciones independientes.

Los que lo tenían más fácil eran los agentes del escalafón más bajo dentro de la organización. Allí estaban los inspectores experimentados; cuando no había nadie dirigiendo desde arriba, se limitaron a hacer las cosas como estaban acostumbrados. Para cada una de las tres investigaciones se elaboró una lista con las teorías relevantes para la organización, se partió del escenario del crimen y se tuvieron en cuenta los indicios, antes de priorizar las pistas en las que debían centrarse. La lista fue larga y luchaban contra corriente, más que nada porque habían perdido un año entero de valioso tiempo de investigación. Si las probabilidades de resolver un crimen se reducían drásticamente pasadas las primeras veinticuatro horas, eran aún más exiguas pasado un año.

Las teorías englobaban: el loco solitario, los grupos de extrema derecha suecos o policías o conspiraciones internacionales vinculadas al comercio de armas con Irán o a la oposición de Palme al *apartheid*.

En 1987, los distintos cuerpos policiales trabajaron de forma sistemática siguiendo sus métodos convencionales. Llegaron a acuerdos con compañeros de otros departamentos cuando fue necesario. Durante la primavera, el trabajo avanzó con reuniones esporádicas entre las distintas unidades. Fue en algún

momento de ese periodo cuando comenzó a asomar la sombra de una posible conspiración. No se llegó a una solución fácil, pero por primera vez la infantería pudo participar y marcar el rumbo de la agenda policial. Se comenzó a ser optimista respecto a la resolución del caso. El subinspector Alf Andersson, que estaba especialmente interesado en todo lo vinculado con la extrema derecha, participó de ese optimismo.

LOS ASTROS SE ALINEAN

Estocolmo, abril de 1987

Stieg comprendía que habían quitado el tapón. Ahora que Holmér había salido de escena, todo el mundo se atrevía a pensar diferente. No solo la policía, sino también los medios de comunicación y la ciudadanía. Incluso la Säpo había despertado de su letargo. Un par de semanas después de que Holmér hubiese desaparecido para siempre y la nueva organización policial descentralizada hubiese empezado a trabajar, la Säpo había ido a ver a Stieg a TT. Lo hicieron de una forma bastante llamativa. Sus preguntas habían sido de un nivel sorprendentemente bajo. Entre otras cosas, le habían preguntado qué relación tenían los nacionalsocialistas con otros partidos socialistas. Realmente, pensaban que los nazis eran socialistas. Eva nunca había visto a Stieg tan enfadado como aquella noche.

Para Hermansson, Wenander y Stieg, el trabajo se volvió algo más fácil, pues todo aquel con quien contactaban leía la prensa y sabía que la pista del PKK había quedado archivada. Con ello, había campo libre para hablar de la campaña de odio contra Olof Palme.

El futuro libro y la serie de artículos iban por buen camino; varias de las pistas que se comentaban en los medios coincidían con el material con el que ellos estaban trabajando. Solo era cuestión de sacar el libro a tiempo, antes de que el interés público decayera, de que la policía diera un nuevo giro de timón o de que alguien se les adelantara.

Stieg decidió retomar las indagaciones respecto a Resistance International del año anterior. En aquella ocasión, había estado vigilando la oficina de correos donde se encontraba el apartado 490. Sabía que estaba vinculado a la antigua Alianza Democrática y a toda una serie de organizaciones activas. A pesar de sacrificar bastantes horas de su tiempo libre delante de la oficina, no había

conseguido descubrir quién vaciaba el buzón.

Sin embargo, esta vez el objetivo era el apartado 21: había resultado notablemente más fácil vincularlo tanto a organizaciones como a personas.

Estocolmo, 10 de abril de 1987

Querido Håkan:

Igual que tú, se me ha hecho un poco difícil sentarme delante de la máquina de escribir. En mi caso no se debe (afortunadamente) a ninguna contractura en la espalda, sino, simplemente, a todas las cosas con las que he tenido que lidiar. Me cuesta conseguir que el tiempo me dé para todo, así de simple. Lamentablemente (y casi que te tengo un poco de envidia), no tengo posibilidad de entretenerme con estas cuestiones en mi tiempo laboral en la medida en la que me gustaría, sino que he de contentarme con incubarlo a ratitos en mi tiempo libre. Hay momentos en los que se me hace difícil encajarlo todo. En esta carta solo quiero hacer una serie de breves apuntes en relación con tu carta de la semana pasada. Y en este contexto debo empezar explicando que el material que me adjuntas (las cartas de la Comunidad Suecia-Vaticano) no podría haber llegado en un momento mejor.

Lo que estoy haciendo ahora mismo es intentar identificar, de una vez por todas, todas las organizaciones de esta ciénaga. Es decir, tratar de averiguar todas las direcciones, apartados de correos, números de teléfono, interconexiones y demás. Al primer vistazo, toda esta área parece una maraña de cabos sueltos sin sentido. El domingo comencé a clasificar todas las viejas anotaciones que he tenido esperando desde que le eché una mano a Björn Rönnblad con la información sobre Resistance International; descubrí que tenía un montón de notas sueltas sobre cosas que «debería mirar», pero que ahí se han quedado.

Uno de los puntos que había marcado con un interrogante se refería, precisamente, al apartado 21 de Estocolmo 1. Oficialmente (lo cual supongo que ya has constatado), es el apartado de correos empleado por el Centro de Actuación / Archivo de Información Báltico. En un principio, pensé que era lo mismo que el Archivo Báltico, es decir, vinculado a Arvo Horm / calle Wallingatan 34. El problema era que el número de teléfono 205445 no encajaba ni con Wallingatan ni con ninguna de las otras direcciones oficiales de bálticos exiliados. Y, ciertamente, el Archivo Báltico de la calle Wallingatan tiene su

propio número de teléfono, distinto.

En otras palabras, al apartado 21 parecía salirse de la veintena de apartados que había encontrado con vínculos a organizaciones bálticas, y me pareció que se merecía un vistazo extra.

El miércoles bajé a Estocolmo 1 y comprobé la tarjeta de registro del buzón..., voilà: el dueño del apartado no era ni el Centro de Actuación ni el Archivo de Información, sino una organización con el curioso nombre de Fondo para el Libre Emprendimiento (FFF). Curioso porque ni yo ni ninguno de los reporteros económicos/políticos de TT habían oído nunca hablar de ella. Y no solo eso: en la tarjeta de registro, encontré también una nota sobre la dirección que el FFF había facilitado al alquilar el buzón: la calle Målargatan 1, un callejón que se cruza con Kungsgatan, a un tiro de piedra de la plaza Hötorget. Así que bajé y comprobé la dirección y me quedé con un palmo de narices. El número 1 de la calle Målargatan es un edificio que se había incluido en el proyecto de reformas de la manzana Klara. Es posible que en su día el apartado 21 perteneciera a esa dirección, pero, hoy en día, no queda ni rastro de ella. Era demasiado tarde por la noche para comprobar si el dueño del inmueble guardaba alguna nota sobre pasados inquilinos, así que me quedé allí plantado con un palmo de narices y rascándome la cabeza.

Luego me fui a casa y encontré el apartado 21 en mi propio buzón, en forma del material que me habías hecho llegar. Al fin y al cabo, el mundo es un pañuelo.

Bueno, a partir de los datos que ofrecían las cartas de la Comunidad Suecia-Vaticano, no había más que seguir tirando del hilo. La dirección que empecé comprobando era, cómo no, la de MFS, en la plaza Kungsholms Kyrkoplän 6, escalera 8; no deja de ser el ático de un bloque en una de las zonas más atractivas de Estocolmo, si te paras a pensar. A última hora del jueves, conseguí burlar el código del portero automático (te lo digo: las cerraduras electrónicas son una amenaza para el libre periodismo de investigación). Y tuve la oportunidad de echarle un ojo a la placa que había en la puerta de MFS.

Håkan, si detrás de esa puerta hay alguien sentado con perturbadas cartas en letra gótica entre las manos, puede que hayamos encontrado oro. O como mínimo que hayamos dado con un nuevo hilo del que tirar. Y con esa intriga tendrás que quedarte unos días, mientras yo compruebo que no voy por el camino equivocado. Te escribiré con todos los detalles esta misma semana.

Unos apuntes al margen sobre la Comunidad Suecia-Vaticano: el viernes fui a confesarme con un pastor comprensivo y compasivo en la iglesia de Santa

Eugenia de la calle Kungsträdgårdsgatan. Lleva seis años activo en la congregación católica de Estocolmo, pero nunca ha oído hablar de una organización llamada Societas de Amicitia Suecia-Vaticana. En cambio, sí que me pudo remitir a otro padre de la orden de los jesuitas, quien me dijo que lo sabe todo acerca de todas las comunidades católicas de Suecia.

El padre jesuita dijo que no tenía muy claro qué era exactamente la comunidad, pero lo que sí sabía era que no tenía nada que ver con la Iglesia católica. Lo curioso es que, al mismo tiempo que negaba conocer la comunidad, me pareció observar una reacción bastante dura cuando pronuncié ese nombre. Creo que la conoce mucho mejor de lo que me dio a entender; tal vez pensó que podría dar lugar a asociaciones incómodas. ¿Podría la comunidad haberse hecho impopular en alguna ocasión en la calle Kungsträdgårdsgatan?

En la librería de la iglesia católica trabaja una señorita joven y afable que me invitó a café. Nunca había oído hablar de la comunidad; también me dijo que jamás se había topado con ninguna revista ni texto publicado sobre ella. Incluso me dejó buscar en el listín telefónico interno de la iglesia (que es bastante extenso y cubre toda Suecia): la comunidad no aparecía por ningún lado.

En el registro parroquial católico tampoco habían oído hablar nunca de tal comunidad, pero uno de los consejeros espirituales sugirió que, posiblemente, se trate de alguno de los lobbies de la «Alta Iglesia» que aparecieron a raíz del jaleo que hubo con la elección del papa Juan Pablo I. Es decir, el que solo duró treinta y tres días. Mi fuente me explicó que el debate interno había levantado bastantes ampollas. Otra posibilidad, sugirió, era que también podía tratarse de otro de los lobbies de la Alta Iglesia, tan habituales hace unos años, y cuyo objetivo era actuar para que Suecia adquiriera vínculos diplomáticos con el Vaticano.

Por último, antes de concluir: he podido confirmar más o menos al cien por cien que el teléfono de Anders Larsson estaba pinchado.

El dato me ha llegado por dos lados. No tengo información alguna sobre ningún inquilino báltico, pero otro nombre en la puerta de su piso es Stenbeck. Intentaré comprobar si tiene algún inquilino eventual, pero desde fuera da la impresión de que se trata de un pequeño piso de una sola habitación.

*Tengo un buen número de comentarios a tus demás reflexiones sobre Taiwán, véase *unconventional warfare* y *Baltic Arab African*, etc., pero tendré que dejarlos para finales de semana. Haré todo lo posible para componer un material un poco más detallado en los próximos días, y recibirás copias de mi*

material en cuanto consiga imprimirlo. Lamentablemente, me veo obligado a posponer mi artículo sobre Hagård una y otra vez, mientras sigo jugando con estas piezas de la investigación. Intuyo que, como mínimo, tardaré una semana antes de conseguir montar nada.

Gracias por tu carta y por las copias del material de la WACL. Lo leeré en cuanto encuentre mi diccionario de alemán.

Con afecto,

A handwritten signature in black ink. The signature consists of the letters 'S', 'T', 'E', and 'G' in a stylized, cursive font. Above the 'S' is a small, simple drawing of a figure with a circular head and a body that curves into the letter 'S'.

AVISO SOBRE AVISO

Estocolmo, mayo de 1987

Había llegado el momento de la segunda visita de Håkan Hermansson a Estocolmo. Una de las cosas que a Stieg le parecían más interesantes eran los avisos anteriores al asesinato. Podían contar hasta una decena de personas que aseguraban haber estado al corriente del crimen de antemano; se lo habían comunicado, o bien a la prensa, o bien a la policía, que luego lo había filtrado a los medios. Dos de estos avisos destacaban por encima de los demás, puesto que estaba comprobado que habían sido entregados a las autoridades antes del asesinato; deberían haber hecho que la Sâpo aumentara el nivel de riesgo para la seguridad de Palme, cosa que habría impedido su asesinato. Estudiar los avisos era responsabilidad de la Sâpo; probablemente, esa debía de ser la razón por la que habían intentado callárselo todo el tiempo que fuera posible. Más interesante aún era que había por lo menos un nombre en común para los dos avisos.

El inspector de la Sâpo, Alf Karlsson, negó haber recibido aviso alguno, pero desde el Ayuntamiento de Estocolmo confirmaron que sí. En enero de 1986, Ivan von Birchan había llamado, por un lado, a la Policía Secreta y, por otro, a un conocido en el Ayuntamiento para contarles que le habían ofrecido una gran suma de dinero a cambio de matar a Olof Palme. Von Birchan era un exmercenario que había trabajado en Rodesia; la persona con quien había hablado era un tal Charles Morgan, a quien había conocido durante su estancia en el país africano. Morgan también era conocido como Peter Brown, pero Von Birchan dudaba que ninguno de aquellos dos nombres fuera el auténtico. Según él, Morgan/Brown había sido piloto de helicóptero en Rodesia. Solo había un puñado de personas con ese perfil, así que no debería ser difícil rastrearlo.

El 20 de febrero, ocho días antes del asesinato, otra persona había entregado dos sobres con idéntico contenido en la Delegación del Gobierno y en el

Ministerio de Asuntos Exteriores. En los sobres había un artículo de 1918 con el titular «Doctor Olof Palme, muerto», donde la palabra «Doctor» estaba tachada. Los sobres fueron entregados de forma anónima, pero la persona que los dejó estaba siendo vigilada por el informador del SSI Joel Haukka, por lo que se pudo constatar que se llamaba Anders Larsson. El Anders Larsson que aparecía en las pesquisas de Stieg una y otra vez.

Tanto Von Birchan como Anders Larsson habían militado activamente en la Alianza Democrática. Aunque hiciera más de diez años que la organización había desaparecido, seguía generando confusión. La Resistance International, la Fundación de Estudios Sociológicos y la oficina sueca de UNITA aún estaban utilizando su antiguo apartado de correos 490.

Además, según Joel Haukka, tanto Von Birchan como Anders Larsson conocían al primer sospechoso, Victor Gunnarsson. Para quien creyera en una conspiración, allí había un mundo de infinitas posibilidades para especular. Además, por si fuera poco, Haukka había entregado documentos que corroboraban lo que decía. Håkan Hermansson viajó a Estocolmo a discutir con Stieg sobre tales documentos.

Se sentaron a la mesa de la cocina, con su dibujo estriado de diseño Perstorp que no molestaba, pero que tampoco alegraba a nadie. Allí podían esparcir los documentos, hablar en voz alta y fumar sin molestar a Eva una vez que se hubiese ido a dormir.

—La cosecha del día —dijo Hermansson, que dejó una pila de papeles encima de la mesa.

Dividieron el montón en dos y leyeron sus mitades antes de intercambiarlas. Al terminar, Stieg tenía una larga lista de anotaciones y preguntas apuntadas.

—¿Verdad que Haukka trabaja para el SSI, el servicio secreto militar?

—Ajá —afirmó Hermansson mientras leía las últimas páginas.

—Pero no entiendo por qué el servicio de inteligencia militar iba a echarle el ojo a alguien de extrema derecha un tanto pillado —dijo Stieg—. ¿No se supone que deberían centrarse en la amenaza rusa y cosas así?

—Difícil de decir. Pero Haukka ya conocía a Anders Larsson del Comité Báltico, que también es la WACL para Suecia. Lo más razonable es que haya visto o haya oído lo raro que se comportaba Larsson y que haya considerado que era suficiente como para tenerle un ojo puesto.

—Obviamente, está muy bien que el SSI o el IB o como se llame ahora sirva

para algo más que para que los sociatas tengan fichados a los simpatizantes del comunismo, pero...

Stieg se mordió el labio. Hermansson era socialdemócrata declarado y él se había propuesto evitar temas en los que podían chocar.

—No pasa nada —dijo Hermansson—. Pero hay algo que lo complica todavía más. El amigo este de Anders Larsson que Haukka menciona. El taquígrafo del Parlamento, quiero decir...

—¿Bengt Henningsson?

—Sí. Dice que lleva varios años vigilando a Larsson para la Säpo... y que no tenía nada que ver con la vigilancia del SSI.

—No se entiende —dijo Stieg—. Si es así, eso significa que la persona que entregó el aviso del asesinato estaba siendo vigilada tanto por el servicio secreto militar como por la Säpo...

—Y que ninguno de los dos actuó para evitarlo —completó Hermansson.

El humo espesaba el ambiente de la cocina de Rinkeby. Los dos hombres se miraron seriamente antes de echarse a reír. Esa historia casi era demasiado buena para ser cierta. Gran premio de periodismo, «agárrate que venimos».

Siguieron revisando el material y la cosa fluyó hasta que Hermansson soltó un enorme bostezo alrededor de las tres de la madrugada. Antes de echarse en el sofá, desafió a Stieg:

—No llegamos a hablar de Bertil Wedin, de tu lista. Si tienes algo sobre él, ¿podrías enviármelo? Me iré mañana a primera hora.

EL QUE ODIABA A PALME

Estocolmo, mayo de 1987

—¿Cómo coño has conseguido esto?

Hermansson estaba asombrado... e ilusionado. Después de que la mayoría de la plantilla de TT se hubiese ido a casa, Stieg había dedicado un par de horas a recopilar el material que tenía sobre Bertil Wedin. Un breve paseo a pie desde la plaza Kungsholmstorg, cruzando el corto puente Kungsbron, y había llegado justo a tiempo de dejar el grueso sobre en la caja que vaciaban a las 22.00. Al día siguiente de haberse ido de casa de Stieg, Hermansson tenía el historial completo de Wedin en la mano. No era extraño que se sorprendiera, pero la verdad es que Stieg lo había planeado un poco. Le hacía gracia que alguien pensara que tenía superpoderes como investigador.

Lo que Hermansson no sabía era que Gerry Gable, de *Searchlight*, había llamado pidiéndole el mismo favor dos meses antes. *Searchlight* había conseguido datos que relacionaban a Wedin con el asesinato de Olof Palme; querían saber qué había sobre él. Stieg había asumido el encargo de reunir cuanta información pudiera encontrar en Suecia, mientras Gerry y su equipo seguirían hablando con la fuente y tratarían de descubrir lo que había en Londres, donde Wedin llevaba afincado desde 1975.

La pregunta de Gerry solo había contribuido a aumentar la fijación de Stieg por el caso Palme. Además, desde que Holmér había dimitido, veía una posibilidad real de contribuir con algo. Solía hablar con unos pocos elegidos. Y cada semana había alguna persona nueva que se ponía en contacto con él para hacerle alguna pregunta o darle información nueva. Después de que la pista de los kurdos del PKK se resquebrajara, mucha gente se mostró optimista y se involucró más en la investigación.

Aparte de lo que Hermansson y él habían discutido durante horas (por

teléfono o cuando se veían en persona), la idea de Stieg era redactar un memorando para cada persona y para la organización respectiva: documentos breves que ayudarían a que Hermansson y Wenander pudieran hacerse rápidamente una idea; podrían recortarlo y pegarlo. Quizás incluso podrían extraer pasajes enteros. Por ejemplo, comenzó con el memorando sobre el matrimonio Alf Enerström y Gio Petré. Solo eran dos páginas y contenía un pequeño historial, descripciones de sus vínculos con la esfera económica, financiación de campañas contra Palme y una descripción de su curioso libro *Hicimos caer el Gobierno*. Al final incluyó unos pocos resúmenes de textos que la pareja había publicado como anuncios en la prensa diaria. Como de costumbre, Stieg sacó un par de copias extra y se las mandó a Hermansson y a Wenander a Malmoe.

Alf Enerström era, sin duda, un personaje singular. Sin embargo, con sus contactos en las más altas esferas de la vida económica de Suecia (incluidos algunos de los suecos emigrados más ricos), era muy poco probable que fuera a estar metido en algo tan sucio como el asesinato de Olof Palme. Además, tenía coartada, confirmada por su mujer, Gio Petré.

Stieg escribió el documento base siguiendo una lista que había acordado con los de Malmoe. En cuanto tuvo un par de informes terminados, los envió. Pero uno de ellos le llevó bastante más tiempo: el memorando sobre Bertil Wedin. Era el más elaborado y detallado de todos. En parte, se debía a que Gerry le había respondido mandándole más información, que le había facilitado su fuente en Londres; en parte, porque Stieg se había dejado convencer de que la policía debería prestarle mucha más atención a Wedin. Gerry ponía la mano en el fuego por su informante. Aseguró que tenía contactos en el MI6, el servicio de inteligencia británico. La fuente había obtenido información respecto de que Wedin habría actuado de intermediario en el asesinato de Olof Palme. Wedin había trabajado para distintos servicios secretos; el más interesante, teniendo en cuenta el contexto, era el sudafricano, cuya implicación en el caso Palme había aparecido en boca de varias fuentes en los días posteriores al asesinato del primer ministro sueco.

EL INTERMEDIARIO

Memorando Bertil Wedin

Datos para *Searchlight* de persona con conexiones a la x-derecha: rumores de que W hiciera de «intermediario» para el asesinato de Palme.

Chipre, primavera de 1986: persona con pasado en la x-derecha, actualmente liberal y desde hace muchos años agente del MI6, se topa con W por casualidad. Se conocen superficialmente. W cree que se ha cruzado con un «semejante». Empiezan a hablar. A la pregunta de qué está haciendo W en Chipre, este responde que está «*working for de Swedish Employers Association*».

Tiempo después, el agente del MI6 queda con G de *Searchlight* y le cuenta que estuvo con W. Como el agente tiene que volver a Chipre, G le pide que hurgue en busca de todo lo que haya sobre Wedin. El agente y G se conocen bien desde hace muchos años (felicitaciones por Navidad, etc.), desde que el agente le «filtrara» a G información sobre la x-derecha, posible y probablemente a petición del MI6 o bajo su conocimiento.

En otoño de 1986, G recibe una serie de documentos de su fuente en Chipre: pasaporte, formularios de inmigración, informes de primera mano de la policía chipriota, etc. El material es enviado a Suecia, donde:

- Es entregado al caso Palme.
- Es entregado al Ministerio de Asuntos Exteriores a través de Håkan Hermansson.

Primavera de 1987: el agente del MI6 va a buscar de nuevo a G, esta vez alterado; le exige saber qué ha pasado con el material de Wedin. «¿Se lo has dado a alguien de fuera?» La fuente está nerviosa y preocupada, pero no quiere

contar de qué se trata. Durante el verano y el otoño la fuente está afincada en Inglaterra. Pero le da una dirección falsa a G, quien en repetidas ocasiones trata de ponerse en contacto.

Lecturas: la fuente actuó sin conocimiento del MI6; lo hizo por hacerle el favor a G. Esto (a través del caso Palme o de Asuntos Exteriores) ha llegado a oídos del MI6 (que coloca a la fuente al borde del precipicio) o a oídos de Wedin (que ha amenazado de muerte a la fuente).

Primavera de 1987: Wedin se pone en contacto con la embajada sueca e informa de que su pasaporte ha desaparecido. Poco después se pone en contacto (o lo llaman ellos) con el periódico *Svenska Dagbladet*, donde expone la teoría de que Sudáfrica estaba detrás del asesinato.

Fuentes dentro del caso Palme afirman que no han podido comunicarse con W, pero que estarían encantados de hacerlo.

Según sus propias palabras, Wedin era «*chief of staff*» en el batallón sueco de la ONU en Chipre 1964-1965.

Leif Hallberg, el portavoz de Holmér, sirvió con el rango de mayor en Chipre hacia 1965.

Consideraciones previas

Los medios de comunicación afirman que Wedin ya había trabajado como soldado de la ONU en el Congo del momento, así como en Chipre. Varias fuentes sugieren que después de eso hizo carrera como mercenario o como reclutador de mercenarios. Su trayectoria incluye Sudáfrica, Biafra y Vietnam del Sur.

Otra fuente más asegura que su pasado en el sector de los mercenarios ha sido bastante patético y fracasado, pero que Wedin no se corta a la hora de parecer un «macho peligroso».

Desde mediados/finales de la década de los setenta, Wedin se ha ganado o se ha apropiado de la reputación de «*a gun for hire*». Una fuente lo ha descrito como intermediario en asesinatos por encargo, otra como uno de «*Europe's top pro Killers*». Una fuente afirma que «un sueco que había ejercido de soldado en la ONU» trabajaba para la policía secreta de la junta militar griega (1973 y/o 1974) como «identificador» para localizar a opositores políticos en el exilio.

Varias fuentes aseguran que Wedin trabajó principalmente con Boss, la policía secreta sudafricana, desde los años setenta; se cree que fue quien organizó el asesinato de la escritora y opositora al apartheid Ruth First, que

murió al abrir una carta bomba en la capital de Mozambique, Maputo, en agosto de 1982. La conexión con Boss se ve reforzada en parte por los datos que aparecieron durante el juicio en Londres en 1983, cuando Wedin fue acusado de tenencia ilegal de unos documentos que habían sido robados de las oficinas londinenses del CNA.

Chipre

Desde hace unos pocos años, Wedin, junto con su esposa, la inglesa Felicity Ann, reside de forma permanente en Chipre. En los formularios de inmigración, como motivo de su viaje al país alegó «*to live*».

En los cuadraditos donde hay que marcar si la visita es por «*Tourism? Business? Education?*», ha marcado la de «*Other*».

Wedin señala que su oficio es el de periodista; está registrado como periodista *freelance* con tarjeta de prensa turca de 1985. La actividad periodística se limita a tres «*spots* publicitarios» a la semana para una emisora de radio turca, además de haber escrito (¿partes de?) un folleto publicitario sobre turismo en Chipre.

Cuando llegó a Chipre, pidió una licencia para arma corta. Como razón alegó que «necesitaba un arma» porque tenía «miedo de sus antiguos contactos de negocios sudafricanos» (*associates*).

La policía local que había gestionado la solicitud se la denegó, pero después Wedin se ha hecho con una escopeta de caza. Una fuente dentro de la policía local en Chipre afirma que «*somebody very senior is looking after him*».

Algunos datos aseguran que ha sido sospechoso de «*trying out poison*» con un animal de compañía que se ha buscado.

El contacto de mi fuente en Chipre, que conoce el pasado de Wedin, afirma que este de pronto tomó conciencia de que el informante estaba hurgando en sus cosas. En esa ocasión, Wedin se presentó en la vivienda del contacto. Estaba borracho y amenazó con matarlo. Por fortuna, un policía local que era buen amigo del contacto estaba en las proximidades y pudo desarmar a Wedin.

Según algunos datos, después de aquello, Wedin se habría puesto en contacto con algunos sicarios locales para ofrecerles varios miles de coronas por asesinar al informante. En aquella ocasión, Wedin afirmó trabajar para el Mossad, que era un «*intelligence officer*» británico.

Un tiempo después, lo arrestaron por conducir ebrio. Una fuente dentro de la policía local asegura que «le permitieron seguir bebiendo en la celda», y que

Wedin, exageradamente borracho, contó que había matado «*at least six people*», incluida «*a woman in Africa*». (¿Ruth First?)

También dijo que quería ir a Siria, si los chipriotas decidían extraditarlo.

Finanzas

Fuentes en Chipre describen los ingresos del periodismo como «discretos», en contraste con el «*up-market lifestyle*» de Wedin: casa particular cara, frecuente varios bares de copas exclusivos, etc.

Según ciertos datos, Wedin tiene activos que rondan las seiscientas mil coronas, repartidas en cuentas de distintos bancos chipriotas. Hay otras cien mil coronas en una cuenta «recientemente» abierta en un banco londinense. Se desconoce el origen del dinero, pero el último ingreso se cree que es estadounidense. (Nota: la fuente no explica si el dinero de Londres se ha transferido o se va a transferir a Chipre.)

Pasaporte

El pasaporte de Wedin, que fue renovado por la embajada sueca en Londres en 1981, muestra que viaja frecuentemente por todo el mundo: Tanzania (1981), Canadá (1982), un gran número de viajes de ida y vuelta a Inglaterra, etc.

En febrero de 1985, se encontraba en Sudáfrica.

LOS VIAJES DE WEDIN

1982

7 de enero: Heathrow

12 de enero: Heathrow (tal vez desde Kenia/Tanzania)

8 de febrero: Gatwick

14 de febrero: Gatwick

14 de marzo: Heathrow

21 de marzo: Heathrow (posiblemente, desde Grecia)

6 de abril: Inverness (?)

22 de abril: Heathrow

6 de mayo: Heathrow

10 de mayo: Heathrow (posiblemente, desde Montreal)

13 de julio: Heathrow

15 de julio: Heathrow

1983

19 de abril: Gatwick

23 de abril: Gatwick

1984

12 de enero: Heathrow

19 de enero: Heathrow

5 de abril: Heathrow

29 de mayo: Dover

29 de mayo: Heathrow

4 de julio: Heathrow

1985

18 de febrero: Heathrow

19 de febrero: Sudáfrica

7 de marzo: Sudáfrica

8 de marzo: Heathrow

4 de abril: Heathrow

11 de julio: Heathrow

14 de julio: Heathrow

20 de noviembre: Heathrow (emigración a Chipre)

¿ENTRE QUÉ Y QUÉ?

Estocolmo, verano de 1987

En total, el documento resultante fue de treinta páginas. Lo presentó meticulosamente en cuatro ejemplares. Uno se lo quedó él mismo, uno se lo dio a Håkan Hermansson y otro a un amigo (a modo de copia de seguridad). Stieg sabía que Hermansson tenía contacto con el secretario de gabinete Pierre Schori, del Ministerio de Asuntos Exteriores, y pensó que quizás este recibiría una copia por parte de Hermansson. El último ejemplar lo entregó personalmente en la recepción de la Comisaría Central en un sobre para el «Grupo Palme».

La noche siguiente, Stieg no pudo pegar ojo. Le estaba dando vueltas a la palabra más importante en los datos de la fuente sobre el MI6. Wedin habría sido «intermediario» en el asesinato de Olof Palme.

Un intermediario ha de tener a alguien a un lado (sin duda alguien que quiere que se complete una misión) y alguien al otro (quizás alguien que echa una mano o ejecuta toda o partes de la misión).

En el caso de Wedin, un lado podría ser un servicio secreto; probablemente, el sudafricano, pues había pruebas de que había trabajado activamente para ellos. Los sudafricanos tenían motivos por cómo Palme se había implicado contra el *apartheid* y por sus intentos de poner freno al comercio de armas. Las alternativas para el otro lado eran diversas: una posibilidad era que una o varias personas en Suecia hubiesen ayudado en el asesinato. Sin duda, los sudafricanos podían pegarle un tiro a alguien; pero llevar a cabo un asesinato al otro extremo del globo, en una ciudad extranjera, exigía cierta logística: aquí era donde la red de contactos que Wedin tenía en la extrema derecha sueca podría haber cumplido una función de lo más práctica. Si tenías ayuda local, todo lo que tenía que ver con la vigilancia, los transportes y el hospedaje resultaba más sencillo. Buena parte de la gente de la extrema derecha a la que Stieg vigilaba seguro que hubiera tenido muchas ganas de ayudarlos, pues también ellos querían

deshacerse de Palme. Además, algunos de sus nombres habían surgido durante la investigación.

De este modo, el móvil de los sudafricanos (estuviera relacionado con el comercio de armas o con el *apartheid*) era compatible con el de la extrema derecha: frenar a Palme en su afán de vender Suecia a la Unión Soviética.

Aquella conclusión ayudó a Stieg a conciliar el sueño: «Todo encaja, cambio y corto».

MISTERIO WEDIN

Si Stieg quería concretar más su teoría, tenía que hurgar más hondo y explorar diferentes vías. Lo natural era empezar por el punto medio, es decir, por el intermediario, por Wedin, y ver adónde llevaban los hilos: hacia los sudafricanos y hacia los suecos.

El currículum de Wedin era, por decirlo suave, bastante curioso. Oficial de la ONU en el Congo en 1963, donde había sido capturado como rehén; luego en Chipre, en 1964-1965. Durante la década de los sesenta, también habría trabajado como mercenario; posteriormente, habría reclutado mercenarios para Rodesia (se había podido confirmar al menos en un caso).

Desde su regreso a Suecia, había servido como oficial; en una ocasión, a principios de los setenta, había ido a la embajada de Estados Unidos y había ofrecido sus servicios para la guerra de Vietnam (sin éxito). Cuando lo obligaron a abandonar la vía militar, fue directo al grupo de finanzas más poderoso de Suecia: Wallenberg. Allí consiguió trabajo como periodista en la recién fundada agencia de noticias Presseextrakt. En el año 1975, llegó la hora de mudarse de nuevo: se fue a vivir con su familia a Londres.

En su nueva ciudad, Wedin continuó trabajando para la industria sueca y comenzó a visitar el ultraconservador Monday Club, presidido por lord Moyne. Aquí era donde Gerry y su fuente habían conocido tanto a Wedin como a Anders Larsson, quien también frecuentaba el Monday Club. Era el mismo Anders Larsson que años más tarde advirtió de que Olof Palme iba a ser asesinado. Si bien es cierto que Wedin y Larsson se habían aceptado el uno al otro en Londres, allá por 1975, Wedin estaba en el mismo lado que los antagonistas de Larsson en *Contra*. Sus lazos con Carl G. Holm eran muy fuertes desde que este lo había reclutado para la Federación de Industrias, más que los de Anders Larsson.

En 1980, Bertil Wedin hizo un viaje a Sudáfrica, donde se puso en contacto con Craig Williamson, la persona del servicio secreto sudafricano de la que más

se había escrito.

La prensa sudafricana hablaba del agente Williamson (que había escalado dentro del servicio de inteligencia) como «*the Master Spy*». Había estado infiltrado durante tres años en el IUEF, una organización internacional establecida en Ginebra que repartía becas a estudiantes ejemplares en el tercer mundo. Parte del dinero se enviaba a personas que trabajaban contra los regímenes de una serie de dictaduras, lo cual había mosqueado, entre otros, al régimen del *apartheid* sudafricano, que había enviado a Williamson para actuar como activista *antiapartheid* e infiltrarse en la organización.

El jefe supremo del IUEF era el sueco Lars-Gunnar Eriksson, que tenía línea directa con varios partidos socialdemócratas de renombre. Estaba en contacto permanente con «los tres mosqueteros»: Bernt Carlsson, Pierre Schori y Mats Hellström, todos en posiciones destacadas dentro de la socialdemocracia. Si fuera necesario, Eriksson también contaba con la mano de Olof Palme.

Mediante un ingenioso planteamiento, Craig Williamson había convencido a Lars-Gunnar Eriksson de que él, a pesar de ser un policía sudafricano blanco, en realidad era opositor al régimen del *apartheid*. A comienzos de 1977, Eriksson reclutó al espía Craig Williamson para el IUEF.

En poco tiempo, Williamson se convirtió en una persona importantísima para la organización y se hizo responsable de gestionar toda la administración, incluidos los pagos. El resultado fue que gran parte del dinero que debería haber ido a la lucha «contra» el *apartheid* acabó destinado «a favor» del *apartheid*. Con ese dinero, Williamson compró una granja en Sudáfrica, donde los suecos locales podían admirar cómo se formaba a los activistas negros a pocas decenas de kilómetros de distancia de la capital, Pretoria. Cuando la visita terminaba, volvían a su actividad real: torturar a los detractores del *apartheid*.

Además, mediante su posición, Williamson consiguió datos sobre las actividades que preparaba la oposición del *apartheid*. Cuando el opositor negro Steve Biko planeó su viaje a Botsuana en septiembre de 1977 para conocer a Oliver Tambo, del CNA, y a Olof Palme, Williamson interceptó la información y se la mandó a sus compañeros de la policía sudafricana. El 18 de agosto de 1977, Steve Biko fue arrestado en un control de carretera; sufrió graves torturas durante los interrogatorios. El 12 de septiembre, falleció a causa de las heridas. Biko era solo un ejemplo de activista *antiapartheid* muerto por culpa de la actuación de Craig Williamson.

Bertil Wedin y Craig Williamson se conocieron la primavera de 1980 en el bar de un hotel de Johannesburgo. Eso marcó el inicio de una misión de varios

años para la compañía de Williamson, Aviation Consultants. Los generosos honorarios mensuales que recibía permitían a Wedin mantener su estilo de vida relativamente caro con un moderno chalé de doce habitaciones en el condado de Kent en Londres.

Los siguientes años fueron intensos: atentados con bomba y allanamientos (entre otras cosas) detrás de los cuales estaba Williamson. En marzo de 1982, una bomba detonó en las oficinas del CNA en Londres sin causar heridos. En agosto de 1982, Ruth First, amiga de Olof Palme, recibió una carta bomba en su casa en Maputo, Mozambique: murió. En junio de 1984, asesinaron a la detractora del *apartheid* Jeannette Schoon y a su hija Kathryn (de seis años) con una carta bomba. Fue en Lubango, Angola.

Aparte de Wedin, en Londres también trabajaba el agente Peter Casselton, un antiguo piloto de helicópteros de Rodesia. En 1983, Casselton fue condenado a prisión por su implicación en diversos allanamientos a las oficinas de varios movimientos de liberación negros. Bertil Wedin salió impune de los mismos delitos, a pesar de que la policía británica halló en su casa documentos robados en los asaltos.

Más tarde, Bertil invitó a Wedin a una rueda de prensa en la que explicaría su relación con el servicio secreto sudafricano. Sin embargo, la conferencia derivó en un ataque al Gobierno sueco. Wedin dijo: «Trabajo contra Palme y el Gobierno sueco. Lo hago en colaboración con servicios de inteligencia de los países escandinavos».

El siguiente suceso de interés llegó en noviembre de 1985. Tres meses antes del asesinato de Olof Palme, de repente, Wedin y su familia se mudaron para siempre a la República Turca del Norte de Chipre: un país con trescientos mil habitantes y conocido refugio para criminales, pues carecía de acuerdos de extradición con otros países, excepto con Turquía. Bertil Wedin era amigo personal del presidente Rauf Denktas, circunstancia que debió de hacer su estancia en aquel país no-existente aún más segura.

Que Sudáfrica pudiera organizar un asesinato al otro lado del planeta era perfectamente posible. Puestos a hacerlo, era probable que se utilizara al mejor espía disponible: Craig Williamson. Además, este conocía bien tanto Estocolmo como el espíritu sueco desde su época de infiltrado. Dado que Wedin formaba parte de la cuadrilla de agentes de Williamson, resultaba muy verosímil que se le hubiera otorgado el papel de intermediario. Pero ¿qué había, en tal caso, al otro lado?

La razón para contratar a Wedin estaba clara: era sueco, hablaba el idioma y conocía Estocolmo. Sin embargo, hacía más de diez años que se había mudado a Londres, por lo que podía estar un poco desfasado. ¿Quizá conociera a las personas adecuadas? ¿Extremistas de derechas que querían deshacerse de Olof Palme? La red de contactos de Wedin también era vieja, pero Stieg había podido comprobar personalmente que mucha gente de la extrema derecha de los años ochenta provenía de la Alianza Democrática de los setenta, donde Wedin había estado activo.

Tras revisar el material que tenía sobre el servicio secreto de Sudáfrica y acerca de Craig Williamson (el jefe de Wedin), Stieg sintió que pisaba un terreno que conocía. Entonces comenzó a analizar la red de contactos suecos de Wedin.

GERRY

Londres, mayo de 2015

—*Workaholic*, eso era algo que teníamos en común —dijo Gerry—. Sentido del humor, pero muy comprometido. Si le hincaba los dientes a una historia, ya no la soltaba. Eso es lo que hace a un buen periodista.

Había viajado a Londres para conocer a Gerry. Aparecía una y otra vez en el material. Estaba claro que era uno de los grandes referentes de Stieg. Se enviaban pistas regularmente e intercambiaban ideas.

Seguro que Gerry sabía cómo había sido Stieg en el trabajo. Si la suerte me sonreía, me podría contar algo que me hiciera avanzar en la senda de Stieg Larsson. Durante nuestra conversación, se hizo evidente que tenían una relación más allá de lo profesional. Gerry me contó que no habrían podido trabajar tan bien juntos de no ser por el profundo respeto que se tenían. Además, compartían el mismo sentido del humor, lo que hacía que todo fluyera mucho mejor.

Gerry había propuesto que nos viéramos en un *greasy spoon*, tal como había llamado a aquel bar austero. Disfruté de la típica atmósfera inglesa. Aunque no tanto de la comida.

—¿Y cómo conseguisteis la pista que apuntaba a Wedin? —le pregunté.

—Yo tenía un informante que había sido guardaespaldas de uno de los fascistas más famosos. Este chico me había ayudado a entrar en el conservador Monday Club y me había presentado a Anders Larsson —dijo Gerry—. Sin que viniera a cuento, un día..., era a principios de los años ochenta, me preguntó si quería acompañarlo a una comida realmente cara con un pez gordo de la Alianza Democrática sueca. No era Anders Larsson, como había creído, sino Bertil Wedin.

—¿Y qué impresión te dio?

—Tenía pinta de un hombre de negocios muy exitoso y de aspecto saludable —respondió Gerry—. Traje elegante, zapatos hechos a mano, corbata, actitud cortés. Parecía formar parte de la clase más alta de la industria sueca. Pero su mirada era penetrante. Cuando te miraba, parecía atravesarte con ella.

—Y el informante... ¿era tu fuente?

—Sí, ahora ya lo puedo contar, por fin —dijo Gerry—. Se llama Lesley Wooler. Temía por su vida mientras recopilaba información sobre Wedin en Chipre.

—O sea, que era una especie de infiltrado. ¿Era algo que hacíais a menudo? —pregunté.

—Mi trabajo, cuando infiltrábamos a alguien en Inglaterra, era encontrar candidatos, enseñarles a ser un infiltrado y colocarlos en grupos de extrema derecha. A veces tenía que hablar con nuestro servicio de inteligencia. Como cuando oímos hablar de nazis que tenían armas o material explosivo, o que estaban metidos en algún otro asunto criminal.

Ya me había comido lo que me apetecía de mi *fish'n'chips*. Nos despedimos tras dos horas de charla. Nos dimos nuestras tarjetas. Supuse que me surgirían más preguntas para él. Pero ya había aprendido una de las cosas más importantes. Si como periodista quieres enterarte de algo a través de alguien que no quiere contarlo, hay que emplear métodos más efectivos que una entrevista. En el caso de Stieg, eso había implicado varias infiltraciones y hackeo informático. Si quería avanzar, probablemente tendría que salir de mi zona de confort y probar algunos de sus métodos. No pude dejar de preguntarme sobre cómo habría utilizado Stieg las redes sociales, si hubiesen existido en su época.

LA X-DERECHA

Estocolmo, septiembre de 1987

Stieg buscó las listas que le había enviado a Hermansson al principio de su proyecto Misión Olof Palme para ver quién formaba parte de la red de contactos de Bertil Wedin antes de mudarse a Londres en 1975. Era lógico pensar que si Wedin tenía que buscar apoyo logístico para agentes sudafricanos en Suecia, empezaría por las personas a las que ya conocía y en las que ya confiaba.

Wedin había estado vinculado a la Alianza Democrática, a la WACL y a un par de organizaciones muy cercanas al mundo empresarial sueco, incluida la Federación de Industrias y la agencia de noticias Presseextrakt, donde estaba contratado. Además, había trabajado como externo para la Säpo, donde había personal con experiencia relevante en cuestión de vigilancia, por ejemplo, pero no quedaba claro quién era su contacto allí. Un nombre que surgía era el de Tore Forsberg, responsable de contraespionaje, pero Stieg no había logrado confirmarlo.

Entre las personas de la lista de Stieg, solo había un par que estaba seguro que Wedin conocía y que resultaban importantes. Carl G. Holm era alguien cercano a Wedin; se había encargado de que la Federación de Industrias lo reclutara. Anders Larsson y Wedin se conocían de la Alianza Democrática, el Monday Club en Londres y una organización más llamada Consejo Sueco por la Libertad. Los nombres de Holm y Larsson se mencionaron en relación con el caso Palme, pero una cosa era bastante segura: Wedin no podía haberse dirigido a ambos para ayudar a los sudafricanos, pues eran enemigos jurados desde la disolución de la Alianza Democrática. Stieg sospechaba que Anders Larsson había sido una de las fuentes anónimas del libro *A la derecha de la neutralidad*, de Sven Ove Hansson (amigo del propio Stieg). En él se contaba cómo los puntos de vista extremistas se habían hecho un hueco en la industria sueca; se

describía detalladamente el caso de Carl G. Holm. También parecía que el mismísimo Holm intuía el rol de Anders Larsson, ya que la revista *Contra* había publicado artículos en los que se había insinuado que Larsson habría trabajado para el KGB.

Por tanto, Wedin solo habría hablado con uno de ellos, o con los dos, pero sin que ninguno hubiese sabido de la implicación del otro.

Carl G. Holm era relativamente sencillo de controlar. Su nombre aparecía en relación con la revista *Contra*, cuya diana con la cara de Palme se había convertido en un sencillo símbolo para el odio ilimitado que precedió a la muerte del primer ministro. Holm parecía un tipo antipático, pero en la extrema derecha había muchos que lo eran. Se empezaba por las opiniones y luego la cosa se extendía a la personalidad, o quizás al revés. Pero eso no significaba que todos los extremistas estuvieran implicados en el asesinato; a decir verdad, alrededor de Holm había más bien pocos datos que apuntaran a su implicación. Nada que ver con el otro conocido de Wedin.

El nombre de Anders Larsson estaba vinculado a todas las organizaciones de la lista que Stieg había hecho para Hermansson y Wenander. Desde que la redactó, había conseguido más documentos, sobre todo en relación con el trabajo conjunto con los mismos Hermansson y Wenander, que solo hacía aumentar el número de circunstancias particulares.

En una carta fechada a 20 de enero de 1986, poco más de un mes antes del asesinato de Olof Palme, el Comité Báltico destituyó a Anders Larsson de su puesto. En ese contexto, uno de los representantes de la organización había dicho que Larsson era un don nadie. Larsson había montado en cólera y había contestado: «¿Yo, un don nadie? Pronto verás que la sangre nos llega por las rodillas».

Ese mismo día, el agente del SSI Joel Haukka recibió una carta de Anders Larsson. Le contaba que estaba sentado con un tal Jean Duvalier delante de un hogar encendido en el bar del hotel Sheraton de Estocolmo y que el fuego «hace pensar en el futuro de algunas personas que han quedado relegadas al lugar al que pertenecen: traidores, villanos... y otros». Al día siguiente, Haukka encontró entre su correo una tarjeta en la que Larsson le pedía que «no hiciera caso de la carta del bar».

El 16 de febrero, doce días antes del asesinato, Anders Larsson y un conocido suyo siguieron a Palme en la conmemoración de Alva Myrdal, en la gran iglesia de Storkyrkan. En ese momento, constataron que «la seguridad de Palme es mala».

El 20 de febrero, tan solo ocho días antes del magnicidio, Anders Larsson avisó al Ministerio de Asuntos Exteriores y a la Delegación del Gobierno de que Palme iba a ser asesinado. Por aquella misma época, estuvo hablando de que «lo más importante de su vida estaba a punto de tener lugar».

Después del asesinato, dos conocidos de Larsson, el taquígrafo Bengt Henningsson y el librero Bo Ragnar Ståhl, dijeron estar convencidos de que él estaba implicado en el crimen.

Stieg también había leído que, hacía poco, Bertil Wedin había declarado públicamente que era víctima de un complot en el que participaba Anders Larsson. Wedin afirmaba que el plan era matarlo, relacionarlo con el caso de Palme y convertirlo en cabeza de turco. Una de las pruebas que Wedin manejaba era la lista de llamadas de la operadora nacional del Norte de Chipre. Según Wedin, demostraba que Anders Larsson había mantenido un estrecho contacto telefónico con un inglés que estaba en Chipre y trabajaba para el KGB.

Las circunstancias eran muchas y singulares, pero no hacían más que generar nuevas preguntas. Si Larsson había estado implicado en el asesinato, ¿por qué habría dado el aviso? ¿Por qué Wedin habría implicado a Anders Larsson, que formaba parte del enemigo desde la disolución de la Alianza Democrática? ¿Y de veras una organización profesional habría recurrido a una persona como él, desequilibrada y difícil de controlar?

Era imposible sacar nada en claro respecto a Anders Larsson. Si las cavilaciones nocturnas de Stieg de unas semanas antes habían terminado con un «todo encaja», el análisis más profundo terminaba con un «no tiene sentido».

Los sudafricanos habrían necesitado a alguien que pudiera echarles una mano con la vigilancia. Alguien con experiencia. Había grupos bastante más preparados que extremistas de derechas y lengua suelta. Por ejemplo, policías, agentes de la Sâpo o personas del Ejército. Muchos datos surgidos durante el año que había pasado desde el asesinato señalaban en esa dirección. Pero no había ninguna prueba de la relación entre Wedin y estos grupos. Eran suposiciones y circunstancias tan llamativas como las que había alrededor de Anders Larsson.

OPERACIÓN APÉNDICE

Estocolmo, septiembre de 1987

Stieg leyó la carta que le había escrito a Gerry el 20 de marzo de 1986, tres semanas después del asesinato. En ella mencionaba lo que meses después del crimen se había empezado a llamar la «pista policial», a la que aún no le había echado un vistazo.

Bajo ese nombre tan general, se englobaba toda una serie de datos sobre una decena de agentes de policía que por distintas razones habían sobresalido en la investigación. Se trataba de cosas como que habían participado en reuniones en las que se manifestaba el odio contra Palme, que habían tenido acceso a posibles armas del crimen, que habían viajado a Sudáfrica o que estaban cerca del lugar del asesinato. Varios de ellos habían formado parte de la llamada Banda del Béisbol: una unidad especial dentro de la policía del distrito central de Estocolmo que había puesto en marcha Hans Holmér a comienzos de la década de los ochenta para poner freno a la violencia callejera. El sobrenombre respondía a que los componentes del grupo preferían vestirse de civil con gorra de béisbol, en lugar de con uniforme. Su reputación había quedado manchada después de que varios detenidos los hubiesen acusado de malos tratos y de que una persona hubiese fallecido bajo su custodia.

Muchos de los policías que aparecían en el caso Palme también eran miembros de la Asociación de Tiro del Ejército de Estocolmo, donde, entre otras cosas, podías aprender a disparar revólveres magnum y relacionarte con miembros de la extrema derecha en un ambiente acogedor.

Carl-Gustav Östling había sido policía antidisturbios en Norrmalm y miembro de la Asociación de Tiro. Era el agente cuyas circunstancias estaban menos claras.

PISTOLSKYTTEFÖRBUNDET			
Riddargatan 12 114 81 STOCKHOLM		Förening: <i>Stocholms</i> <i>Försvarenskytte Förening</i>	
Denna rapport i 2 exemplar skall tillsammans med årsrapporten i 2 exemplar lämnas senast den 31 januari till egen pistolskytteklubb. Adress i årsboken.		Uppgift på aktiva pistolskyttar den 31/12 1989	
OBS! Varje medlem, som under året avläst något skott, får			
	Personnummer	Eftersnamn	Förnamn/Tilltalsnamn
1	-	ARVIDSSON	PER
2	-	AVSAN	ANTI
3	-	DADENE	PEDER
4	-	DJÖRK	SONNY
5	-	DJURFELDT	CLAES
6	-	GRUNDBORG	INGVAR
7	-	HELIN	ULF
8	-	HJELMBERG	ULF
9	-	KUGELBERG	FREDRIK
10	-	LANDBY	PÄR
11	-	NICHOLS	PER
12	-	NILSSON	BO
13	-	PARANIAK	CAROL
14	-	PERSSON	LARS
15	-	ULFVING	LARS
16	-	ULVING	SVERKER
17	-	VERNER	TORSTEN
18	-	ÖSTLING	CARL
19	-		

Lista de miembros de la Asociación de Tiro del 31 de diciembre de 1989.
(Archivo del autor.)

Una semana antes del asesinato, a Östling lo habían operado de apendicitis con peritonitis en el hospital Södersjukhuset. Estaba de baja. El día del asesinato, saltándose los consejos del médico, había pedido el alta y se había ido a casa. Según declaró, estaba allí solo cuando dispararon contra Palme. Varios de sus amigos confirmaron que tenía dolores y que le costaba caminar. Así pues, difícilmente podría haber ejecutado el asesinato..., pero aquel día nadie lo había

visto después de las nueve de la noche. El 24 de marzo, la Säpo lo descartó como sospechoso, a pesar de que no tenía coartada. Por otro lado, las pistas que apuntaban a Östling siguieron llegando a manos de los investigadores del caso Palme. Era experto en armas y comerciaba con ellas. Su odio contra el primer ministro asesinado estaba documentado y había varias fotos en las que se le veía haciendo el saludo nazi.

A pesar de las sospechas de su implicación en el asesinato y su abierto interés por el nazismo, Östling se ganó la suficiente confianza de Hans Holmér como para, unos meses después del crimen, hacer una entrega de armas, chalecos antibalas, *walkie-talkies* no rastreables y cristal blindado al caso Palme. Lo más pesado de la entrega era una metralleta instalada en un macuto. La empresa Strateg Protector, que Östling acababa de abrir con un amigo, era la que se había ganado la confianza de Homér. Sin embargo, Östling no llegó a reincorporarse al servicio como policía después de su operación de apendicitis.

Tiempo más tarde, la Unidad de Aduanas realizó un registro domiciliario en casa de Östling. Encontraron armas, munición y otras cosas de interés. Concretamente, doscientas dieciocho cajas de munición, veinte pistolas, cuatro revólveres (varios de los cuales estaban cargados), una escopeta recortada, un fusil Mauser, una granada de gas, cinco cintas de ametralladora, tres granadas de humo, cinco granadas, tres bengalas de humo, ocho esprays de gas lacrimógeno, varios cascos y bayonetas alemanas, un proyectil antitanque, un lanzagranadas, munición antiaérea, así como cuatro diamantes valorados en doscientas mil coronas. La mayor parte de esta colección se podía explicar porque Östling se dedicaba al comercio de armas, pero algunos elementos eran más difíciles de justificar. En trece fotografías se veía a Östling y a su socio en la compraventa de armas, el mayor Grundborg, haciendo el saludo hitleriano en un cementerio judío, delante de la puerta de Brandenburgo en Berlín y en el Nido del Águila de Hitler, en Berchtesgaden, en los Alpes bávaros.

Sin embargo, había otras dos cosas que a Stieg le parecían más relevantes. Una era la postal en la que el remitente decía ser Claes Almgren, amigo de Östling de la escuela, que estaba en la junta directiva de *Contra*. El texto decía: «El cerdo del otro lado sigue dejándose llevar por el retrato robot, pero la pista ferroviaria se vuelve cada vez más caliente. Mejor ponte en contacto con el hombre de Enskede». No era sencillo saber de qué estaban hablando, pero que Östling y algunos de sus compañeros de derechas estaban preocupados por la investigación policial saltaba a la vista. La otra cosa relevante para el caso Palme fue una bala perforadora de la marca Winchester .357 Magnum 158 grain. Era

del mismo extraño tipo que se había empleado para matar a Palme.

La mayoría de los diez policías que habían llamado la atención en la investigación estaban relacionados con Östling. Que los sudafricanos hubieran recurrido a agentes suecos o a gente del ejército para tareas como la de vigilancia explicarían muchas cosas respecto a Östling. Stieg, que estaba tanteando la teoría sobre Sudáfrica en la que Wedin era el intermediario, pensó que si ese país había organizado el asesinato y Östling «no» estaba implicado, no le quedaría más remedio que quitarse el sombrero (eso sí, primero tendría que comprarse uno).

EL GRAN PREMIO DE PERIODISMO

Estocolmo, diciembre de 1987

Por su serie de artículos Misión Olof Palme. Con gran conocimiento de causa y sensibilidad por los matices que han mostrado una serie de relaciones desconocidas en la sociedad en la que tuvo lugar el asesinato del primer ministro Olof Palme. El método de trabajo es un ejemplo de buen periodismo de investigación: los artículos profundizan y se extienden, y no se doblegan ante la complejidad del contexto.

Håkan Hermansson y Lars Wenander recibieron el Gran Premio de Periodismo de 1987, en la categoría de prensa diaria. Tras unas pequeñas ampliaciones, los artículos se habían convertido en los capítulos de un libro. En el prólogo aparecía brevemente el nombre de Stieg Larsson. Había querido pasar desapercibido y cruzó los dedos para que la extrema derecha no reparara en él.

Stieg se sentía satisfecho. Sobre todo de la parte del libro que se sustentaba en sus indagaciones. Aparecían todas las organizaciones que había identificado tiempo atrás. Si leías el libro de un tirón, te abrumaba comprobar cómo era la situación de Olof Palme cuando lo asesinaron. Lo estaban atacando por todos lados.

En el capítulo sobre Bertil Wedin, los autores habían evitado mencionar su nombre. No obstante, para quien quisiera descubrir quién era, bastaba con hacer un par de llamadas y saber qué preguntar.

En algunos pasajes, Stieg veía sus propias formulaciones y se dejaba iluminar por el brillo de una de las obras periodísticas más comentadas hasta la fecha.

Los hilos se habían ido entrelazando. Lo que al principio era un revoltijo de teorías e hilos separados empezaba a encajar muy poco a poco: Sudáfrica podría haber empleado a Wedin como intermediario que los ayudara a encontrar a suecos que participaran en el asesinato de Palme.

Faltaban dos días para la Nochebuena de 1987. Muchos de los compañeros de Stieg en TT alargaban la pausa del segundo almuerzo para tener tiempo de comprar regalos. Aquel día, él estaba poniendo tramas en una de sus ilustraciones. Le había costado terminar el diseño, pero poco a poco la trama aumentaba su claridad. Además, gracias a las nuevas hojas autoadhesivas ya no tenía que frotarlas para que se pegaran. Ahora podía limitarse a recortar un trozo lo bastante grande y colocarlo sobre la superficie que tramar. Después recortaba las partes sobrantes y las quitaba.

Tras un par de horas, ya estaba acabando. Entonces sonó el teléfono. Era Alf Andersson, de la policía; sonaba alterado. Stieg y él habían intercambiado algo de información desde su primera reunión (poco más de un año antes). El mensaje de Alf era breve:

—Hemos estado pinchando la línea de Victor Gunnarsson estos últimos meses. Hoy lo hemos considerado sospechoso de ser cómplice del asesinato de Olof Palme.

Eran unas noticias fantásticas. Tal y como Stieg había esperado (vio ciertas señales durante el otoño), la policía había empleado la información que él mismo, Håkan Hermansson, otros periodistas y los llamados observadores privados les habían pasado. Los investigadores de a pie habían aprovechado el vacío generado con la desaparición de Hans Holmér. Ahora empezaban a obtener resultados. Stieg sentía un cosquilleo en el estómago. Además, pensó que no le vendría nada mal cogerse unos días libres por Navidad. Había algo importante esperando después de fin de año. El crimen se iba a resolver. Y quizá Stieg podría poner su granito de arena.

HANS II

Estocolmo, diciembre de 1987

En diciembre de 1987, Victor Gunnarsson fue informado de que era sospechoso del asesinato de Olof Palme (por segunda vez). Antes lo acusaron de ejecutar el crimen. Ahora se lo consideraba un cómplice. Todo señalaba que Gunnarsson sabía que algo iba a ocurrir y que, incluso, podría estar implicado. Antes del asesinato había mantenido contacto con otros individuos que aparecían en la investigación, como, por ejemplo, Anders Larsson e Ivan von Birchan, que habían avisado por separado del asesinato. Gunnarsson había estado cerca del escenario del crimen aquella misma noche; había verbalizado su odio contra Palme; un par de horas antes del asesinato había dicho que «en Suecia te pueden pegar un tiro por la espalda por tus puntos de vista».

La temperatura del caso había aumentado durante el otoño. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, había grandes expectativas. La investigación cambiaría cuando entrara un jefe nuevo, elegido a dedo entre los miembros del equipo de Tommy Lindström, de la Policía Nacional.

Hans Ölvebro era un policía experimentado que daba una impresión totalmente distinta a su tocayo y predecesor Hans Holmér. Ölvebro no buscaba la luz de los focos, pero tampoco temía presentarse delante de los medios cuando se terciaba.

A Tommy Lindström (jefe de Ölvebro) y a los fiscales les gustaba lo que veían. Tal como ellos mismos habían exigido, Ölvebro quería empezar por la avenida Sveavägen. Había una serie de sospechosos a los que la policía quería investigar, pero antes de tomar ninguna medida tenían que vincularlos con la hora y el lugar del crimen. Hans Ölvebro acató esta premisa. Era lógico: la persona que mató a Olof Palme tenía que haber estado en Sveavägen. Era allí por donde había que comenzar. Si se vinculaba a un sospechoso al lugar del

crimen, todo se pondría en su sitio. Había que asegurar uno de los tres pilares básicos (móvil, arma y ocasión). Además, se trataba de evitar un nuevo escándalo mediático en relación con el caso.

Los fiscales ayudaron a hacer limpieza antes de la llegada de Ölvebro. Por ejemplo, revocaron la solicitud de pincharles el teléfono a Alf Enerström, su cónyuge Gio Petré y una tercera persona, pues ninguno de los tres había estado en la avenida Sveavägen. En enero, el fiscal volvió a retirar las sospechas contra Victor Gunnarsson. Aquello sorprendió a los policías que trabajaban en el caso, pero Ölvebro entró en escena y aseguró: «No estamos ante una conspiración. Se trata de un loco solitario. Y es como encontrar una aguja en un pajar».

El 5 de febrero de 1988, Hans Ölvebro asumió oficialmente el cargo como jefe de equipo en el caso Palme. Su primer objetivo fue encontrar a ese loco solitario. Recurrieron al principio de la navaja de Ockham: la explicación más sencilla es la correcta.

También quisieron acabar con el personalismo de Holmér. Según la nueva junta directiva, los métodos profesionales de Ölvebro sellarían todas las grietas. Solo se filtraría algo, para beneficio de la investigación.

En el nuevo giro que daba el caso Palme, no tenían ninguna cabida todas aquellas historias de conspiraciones entre Sudáfrica, la extrema derecha o ciertos agentes de policía.

EBBE COGE CARRERILLA

Estocolmo, primavera de 1988

Cuando mataron a Olof Palme, Hans Holmér vivía en casa de su amigo y editor Ebbe Carlsson. El acuerdo temporal al que habían llegado tras el divorcio de Holmér quedó zanjado tan pronto como este encontró un piso libre, pero Ebbe continuó implicándose en el caso como el eterno acólito de Holmér, siempre dispuesto a echar una mano si su amigo se lo pedía (e incluso si no lo hacía). Eso explica por qué Ebbe estaba presente en la primera reunión con el presidente Ingvar Carlsson y que acompañara a Holmér en la sala Palme de la policía.

Seguramente, se pensó que la persecución del movimiento kurdo de liberación PKK terminaría después de que Holmér hubiese fracasado de forma tan deshonrosa en la Operación Alfa. Sin embargo, el interés de Holmér y Ebbe por la posible implicación del PKK continuó: estaban convencidos de que era clave para la resolución del caso. No queda claro si estaban convencidos o si les convenía que así fuera. Hans Holmér y Ebbe Carlsson habían sido los factótums de Olof Palme y de la socialdemocracia durante mucho tiempo. Si conseguían resolver el crimen de forma aceptable, todos quedarían contentos. Además, Hans Holmér ya se había hecho con la medalla del «sueco del año». Ebbe podía soñar con lo mismo si participaba en la resolución del caso.

El 1 de junio explotó una bomba mediática. El periódico sensacionalista *Expressen* publicó que Ebbe Carlsson había llevado a cabo una investigación paralela y secreta siguiendo la pista del PKK con el consentimiento de dirigentes políticos y de ciertos funcionarios. Al día siguiente, salió que Ebbe había recibido una carta de recomendación personal de la ministra de Justicia Anna-Greta Leijon que usaba en sus contactos con gobiernos foráneos. En cuanto la prensa comenzó a hablar de esa carta, se clasificó como documento secreto. El mismo día detuvieron a Per-Ola Karlsson, antiguo guardaespaldas de Holmér, en

la aduana, cuando trataba de entrar en el país con un equipo de escucha considerado ilegal. Más tarde salió a la luz que el comprador que aparecía en la factura era la legación sudafricana. Quien estaba detrás de la entrega era un comerciante de armas y antiguo agente de policía: Carl-Gustav Östling. Le preguntaron por qué había escrito que el destinatario era la legación sudafricana. «Algo tenía que poner», respondió. Ebbe pretendía emplear el material incautado para pinchar las líneas del PKK. Cada día que pasaba, el escándalo se hacía mayor. Todos los partidos del Parlamento, a excepción de los socialdemócratas, declararon que no confiaban en Anna-Greta Leijon como ministra de Justicia. El 7 de junio de 1988 dimitió.

En un nuevo giro, el 9 de junio, la periodista Cecilia Hagen se preguntaba en *Expressen*: «¿Por dónde tiene Ebbe Carlsson cogidos a los hombres del poder?». A continuación, insinuaba la existencia de un complot formado por socialdemócratas homosexuales.

Una vez más, creció el desconcierto en torno al asesinato de Olof Palme.

DUDAS

Estocolmo, 1988

La noticia de que la policía considerara a Victor Gunnarsson posible cómplice había hecho que Stieg se relajara. Eva y él se tomaron un descanso los días entre Navidades y Nochevieja; aprovecharon para dar paseos y tener largas conversaciones en la cocina acompañados por una botella de vino.

Sin embargo, el nuevo año comenzó con la inesperada sorpresa de que Gunnarsson quedaba libre de sospechas, señal de que la investigación iba a tomar otro rumbo.

Tras el *shock* inicial, Stieg empezó a darle vueltas a una cosa: ¿y si había caído en su propia trampa y había combinado distintos datos para crear una teoría que le encajara? Quizá se había dejado arrastrar por lo que sabía de antemano sobre la extrema derecha. Junto con otros había empezado a ver patrones en los datos de la policía. Ellos mismos luego los completaban y se los mandaban a las autoridades, que pensaban que aquello era información fresca. Es lo que podía pasar cuando periodistas, policías y ciudadanía convertían rumores sueltos en auténticas pruebas.

Stieg investigaba desde hacía tiempo a la extrema derecha, y había visto una posibilidad de que Olof Palme hubiese sido asesinado por alguien de ese círculo. Pero si se comparaba con un jefe de equipo con sobrada experiencia en la resolución de crímenes, debía preguntarse hasta qué punto estaba siendo objetivo.

Hans Ölvebro había estudiado todas las opciones (analizando las circunstancias del asesinato y los testimonios) y había concluido que había un único asesino. Había que tenerlo en cuenta. Así pues, a partir de los escasísimos datos que se habían filtrado de la investigación, Stieg debía por lo menos tantear la teoría que la policía creía más probable.

Al acercarse el verano, Eva lo convenció para que alquilaran una cabaña en el bosque. Cierta noche de junio, cuando el cielo aún era claro y estaban sentados en el porche charlando con una copa de vino en la mano, Stieg compartió sus pensamientos sobre cómo un lobo solitario podría haber asesinado a Palme. Eva le ayudó a ser más concreto.

Cuando regresaron a Estocolmo, decidió exponer la teoría con alguien ajeno a la investigación; alguien con un sano escepticismo y que podía hacer un buen análisis.

No hacía mucho que conocía a Anna-Lena Lodenius, aunque se entendían de maravilla. Ella era una periodista joven, pero ya se había especializado en estudiar grupos xenófobos y racistas. Compartía con Stieg su lucha contra la extrema derecha. Por lo demás, eran bastante diferentes.

Stieg era el eterno investigador que seguía hurgando mucho después de alcanzado el *deadline*. Anna-Lena se encargaba de arreglar las cosas para que resultaran comprensibles y no se demoraba en terminar los proyectos. Stieg podía dibujar imágenes de redes con contactos entre individuos y organizaciones, a veces sustentado solo en indicios o en su propia intuición. Anna-Lena podía cuestionar y exigir datos fehacientes. Unidos formarían un gran equipo. Era la abogada del diablo perfecta para poner a prueba la última teoría de Stieg.

EL PERFIL DEL AUTOR DE LOS HECHOS

Estocolmo, 3 de agosto de 1988

Hola, Anna-Lena:

Aquí viene una carta de esas un poco raras de un vacacionista recién llegado a casa. Te pido que contemples mis ideas como pensamientos sueltos y especulaciones más bien insustanciales, pero sería divertido que te tomaras un poco de tiempo para reflexionar algo sobre ellas y que me escribas, si te generan alguna idea.

Se trata del asesinato de Palme, sin ir más lejos; lo que me ronda por la cabeza es más o menos lo siguiente: igual que la mayoría, he partido de la base de que el asesinato fue un acto organizado y planificado por parte de algún grupo bastante bien financiado (elige el ejemplo que quieras, todos son igual de buenos) de la derecha, antes que pensar que se podría tratar del loco solitario que sale a dar un paseo nocturno con la pistola en el bolsillo. Pero el tiempo pasa y opino que las posibilidades de que el responsable fuera un grupo grande empiezan a reducirse, pues en algún momento tendría que haber empezado a filtrarse información.

Si bien la teoría de que se trata de un loco solitario ha existido desde el principio, a mi entender las autoridades policiales le han dedicado poco tiempo a esa posibilidad. Holmér ha estado demasiado ocupado persiguiendo conspiraciones kurdas y (hasta cierto punto) a militantes del EAP. Los que tenemos el ojo puesto en la derecha hemos inspeccionado las principales organizaciones: WACL, la banda de Della Chiaie, etc.

Así pues, lo que he estado haciendo durante las vacaciones es una

suposición. He dejado volar la imaginación.

Imagina que hemos estado equivocados y que en verdad sí que se trata de un loco solitario o de un grupito extremadamente reducido, formado quizá por dos o tres personas. Entonces, ¿cómo lo haríamos para identificarlo/los?

El otro día estuve hablando de ello con Eva y experimentamos un poco con las posibilidades y nos intercambiamos ideas. Tratamos de elaborar una especie de retrato del asesino retrocediendo en el tiempo.

En lugar de preguntarnos dónde se metió después de subir corriendo las escaleras de la calle Tunnelgatan, nos planteamos de dónde salió. ¿Qué sabemos de él?

Llegamos a lo siguiente:

1. Es sueco; muy probablemente vive en Estocolmo. (La suposición nace de que es febrero y es temporada baja para los turistas, de que parece conocer muy bien el barrio y de que la avenida Sveavägen no es el primer sitio al que suele ir alguien que visita la ciudad.)

2. Tiene entre 30-45 años. (Según los datos bastante unánimes de los testigos.)

3. Es de complexión delgada más que robusta, estatura media o un poco superior. (De nuevo, datos de los testigos. Un hombre gordo habría sido descrito de otra manera.)

Un compañero de TT me dijo hace unos días, cuando estábamos hablando precisamente de esto, que estaba convencido de que la solución del caso era de lo más simple. Cuesta no pensar en que, mientras la policía va dando tumbos y persigue a kurdos y a otros terroristas, el auténtico asesino está tranquilamente plantado en una esquina contemplando todo el ajeteo.

Resumiendo: estamos buscando a un hombre de mediana edad, aislado, con acceso a armas y que está afincado en las cercanías del lugar del crimen..., o que tenía un motivo específico para ir a Sveavägen en calzado bajo, aquella noche gélida y resbaladiza de febrero.

Anna-Lena, ya sé que en la Suecia de Ebbe Carlsson a este razonamiento casi que le falta drama. Pero ¿podrías hacer malabares con las ideas, hablar con tu novio y ver si podemos alimentar este retrato un poquito más? Si el escenario es este, no debería ser del todo imposible tropezar con la persona correcta algún día. Al menos las probabilidades tendrían que ser un poco más altas que si nos

ponemos a perseguir a un sicario contratado en Brasil.

Saludos,

STIEG

El caso del loco solitario

Idea de esbozo del perfil del asesino que se basa en la suposición de que un solo asesino mató a Palme. Estamos ante el famoso «loco», que ejecutó el crimen de manera impulsiva.

1. Es un sueco normal y corriente.

La suposición se basa en que las señas facilitadas por los testigos coinciden bastante en la descripción de una persona delgada y de estatura media. Ningún testigo se ha fijado en detalle alguno que sugiriera que se trata de una persona extranjera, lo cual sería perfectamente creíble, si no fuera por esto.

2. Afincado en Estocolmo.

La suposición se basa en que esta época del año es temporada baja para los turistas y, por ende, también para los locos que vienen de fuera de Estocolmo; además, justo ese tramo de la avenida Sveavägen no es el primer sitio al que un visitante ocasional se dirigiría; por otro lado, los locos que acuden de visita a la capital no tendrían por qué llevar un arma consigo.

3. Tiene entre 30-45 años.

Según los testigos.

4. Acceso a armas y munición.

En realidad, el número de personas que tiene acceso a armas cortas en Suecia es bastante limitado. Los grupos contemplados en primera instancia son los siguientes:

- a. Policía o expolicía.
- b. Militar o exmilitar.
- c. Ciertas categorías de vigilante.
- d. Cierta personal de embajada.

- e. Miembro de la Federación de Tiro Deportivo.
- f. Malhechores.
- g. Fanático de las armas.

Entre estos deberíamos poder descartar las categorías de personal de embajada, así como de puros malhechores.

h. Nuestro loco solitario tiene algún conocido en alguna de estas categorías; alguien que voluntaria o involuntariamente le ha prestado el arma.

En consecuencia, pasamos a especular sobre si el asesino cuenta con algún tipo de cómplice.

5. Razones para hallarse en la zona.

Si el asesinato fue un acto impulsivo, el asesino debió de tener algún motivo para encontrarse en la avenida Sveavägen justo a la hora en que Palme llegaba al cine o salía de él.

- a. Afincado en los alrededores.
- b. Había visitado a un conocido en la zona.
- c. Trabaja en los alrededores.
- d. Ha ido al cine, un restaurante, etc., de la zona
- e. Estaba paseando sin rumbo.

6. Residencia a menos de 45 minutos a la redonda.

Independientemente del motivo por el que se encontraba en Sveavägen, no podía residir a más de cuarenta y cinco minutos de trayecto en coche desde el escenario del crimen. La suposición se basa en que, si no llevaba el arma encima, tendría que haber vuelto a casa a buscarla.

7. Calzado bajo.

Los testigos aseguran que llevaba calzado bajo, a pesar de que no solo era invierno y hacía un frío de narices. Es que también había placas de hielo.

Unos días después de recibir la carta de Stieg, Anna-Lena fue a verlo a TT. Estuvieron un rato charlando mientras tomaban café. Juntos llegaron a la conclusión de que las nuevas ideas de Stieg eran lógicas. Además, esta teoría explicaba la mayor objeción contra una posible conspiración: si varias personas habían estado al corriente del asesinato, a estas alturas alguien debería haberse ido de la lengua. Con el último aumento de la recompensa, había cincuenta millones de motivos para empezar a cantar. En pocas palabras, Anna-Lena confirmó lo que Eva había dicho un par de días antes. A regañadientes, Stieg reconoció que el loco solitario era la teoría en la que más creía. Tenía que dejar a un lado su exhaustiva investigación sobre la implicación de la extrema derecha en el asesinato de Olof Palme. El crimen tendría que resolverlo otro. Stieg dedicaría su tiempo y sus energías a la lucha contra la extrema derecha. Al menos hasta que apareciera algún dato nuevo que apuntara a una conspiración...

EL ASESINO ADECUADO

Estocolmo, diciembre de 1988

El último mes del año fue memorable. El miércoles 14 de diciembre de 1988, detuvieron al drogadicto Christer Pettersson para interrogarlo en relación con el asesinato de Olof Palme. Aquella misma tarde, se organizó una rueda de reconocimiento por vídeo en la que Lisbet Palme eligió a Pettersson como el que mejor se correspondía con la descripción que ella misma había hecho de la persona que había matado a su marido hacía ya casi tres años.

Los rumores habían corrido durante un par de meses, pero la investigación comandada por Hans Ölvbro había conseguido mantenerse lo bastante hermética, a pesar de todo, como para que la noticia cayera como una bomba. Aquello que todo el mundo estaba deseando había ocurrido de verdad. La noticia estaba en todas partes. Los informativos *Rapport* y *Aktuellt*. La revista *Ekot*. Los periódicos locales y provinciales. Se usaba la tipografía más grande para los titulares. Los medios de comunicación de todo el mundo informaban del milagro.

El primer mes después del asesinato habían llegado un par de pistas sobre Pettersson, pero se habían descartado. Quienes dirigían el caso ahora hablaban sobre los resultados de una labor policial entregada y fiable, y de cómo habían conseguido recuperarlo de entre todo el material.

Christer Pettersson era un criminal notable; un viejo conocido de la Policía de Estocolmo y de los bajos fondos de la ciudad. Sobre todo cometía delitos menores: robos, agresiones y hurtos con el objetivo de conseguir dinero para alcohol y drogas. Sin embargo, en 1970 había apuñalado mortalmente a un hombre con una bayoneta en la calle Kungsgatan, a apenas ciento cincuenta metros del lugar donde murió Olof Palme. Es decir, ese tipo era capaz de matar a una persona.

El 16 de diciembre, Christer Pettersson ingresó en prisión como sospechoso del asesinato de Olof Palme.

El 29 de diciembre, Ebbe Carlsson se convirtió en «sueco del año» (como su buen amigo Hans Holmér dos años antes). Al momento, comenzaron a correr comentarios sobre que esa condecoración estaba maldita. Nadie más querría ser el «sueco del año» después de esos dos caballeros.

Durante los meses siguientes, la policía y la Fiscalía prepararon las pruebas contra Christer Pettersson. El 5 de junio de 1989, empezó el juicio. La audiencia del tribunal de primera instancia en el Parlamento de Kungsholmen en Estocolmo fue sobre ruedas. Se vieron cumplidas las expectativas de los fiscales. El crimen irresoluble estaba resuelto. Pese a negar que fuera culpable, el 27 de julio de 1989, Christer Pettersson fue condenado por el asesinato de Olof Palme.

Qué gran triunfo. Hans Ölvbro estaba radiante. Los periodistas se bronceaban con la luz que irradiaba y escribieron decenas de textos tipo «qué os habíamos dicho» (como si aquello fuera un gran éxito deportivo nacional). La policía sueca se granjeó buenos elogios por haber sabido corregir antiguos errores.

Pocas voces cuestionaron la sentencia (además, las despacharon rápidamente). La mayoría habría preferido obtener una explicación mejor que aquella de que un yonqui miserable había asesinado a Palme. Pero es lo que había. El primer ministro sueco había caído víctima de su propio sueño de una sociedad abierta, en la que los políticos eran parte de la ciudadanía. Finalmente, un loco que iba colocado lo había matado. Aquel era el final del caso que había atormentado a Suecia durante los últimos años.

Nada de una gran conspiración. Nada de organizaciones espías del extranjero. Nada de campañas de odio contra Palme. Nada de implicaciones de la industria sueca. Nada de militares ni policías. Solo un loco solitario. Nada de lazos políticos.

Se podía decir que Christer Pettersson era un asesino de lo más apropiado.

Suecia podía volver a su apacible existencia..., pero las piedras de la ley se seguían moviendo.

EL MATÓN

Estocolmo, verano de 1989

Fue durante el periodo entre la euforia que sucedió a la sentencia del tribunal de primera instancia y los preparativos para presentar el caso ante el tribunal de segunda instancia cuando algo comenzó a rechinar. Nadie se había esperado que el juicio fuera a tener una resolución firme sin apelación y sin que surgieran voces críticas contra la sentencia. Eran cosas que formaban parte del juego jurídico. Stieg leyó prácticamente todo lo que se publicó y habló con aquellos que creía que podrían completar la imagen que se había hecho. En algún punto de ese proceso, la duda comenzó a reaparecer. ¿Qué quedaba, en realidad, si analizabas con ojo crítico lo que ponía en la sentencia y en el informe policial, ahora ya público?

La primera circunstancia importante era que, entre los miembros del tribunal, la mayoría que estaba a favor de una sentencia condenatoria no era tan firme como podía parecer. Si bien era cierto que había cuatro votos a favor y dos en contra, mirándolo más de cerca se podía constatar que era el jurado el que habían votado para condenar a Christer Pettersson. Acorde al sistema sueco, el jurado estaba compuesto por personas con cargo político, no por juristas formados. Los dos miembros del tribunal habían votado en contra. Eso significaba que la persona condenada por el asesinato de un político, en realidad, había sido condenada por personas que tenían un cargo político. En cambio, los que habían estudiado Derecho y sabían evaluar pruebas habían votado por su liberación.

La siguiente circunstancia era que solo había una prueba real: el dedo acusador de Lisbet Palme. Los demás testimonios contra Pettersson venían de personas que no habían visto el crimen en sí ni a Pettersson en el escenario del crimen. Se trataba más bien de indicios. Tampoco había ninguna prueba forense contra Pettersson.

En el juicio, la identificación de Lisbet había resultado inequívoca. Pero en la confrontación anterior no se había mostrado tan segura. Y habían pasado dos años y nueve meses desde la noche del asesinato. Había tenido que afrontar interrogatorios, nueva información, imágenes y el estrés de sus propias cavilaciones. Fotos de nuevos sospechosos que podían afectar a sus recuerdos habían llenado las portadas durante el año posterior al asesinato. El objetivo no había sido otro que vender.

En el informe de la confrontación de testigos de la policía se podía leer cómo Lisbet Palme había razonado hasta llegar a Christer Pettersson. «Es el número ocho. Coincide con mi descripción», dijo. No fue una acusación transparente. Previamente le habían hecho saber que el sospechoso era alcohólico; luego ella había constatado que «se ve claramente cuál es el borracho».

La fiabilidad de su versión había quedado más en entredicho porque Lisbet había puesto varias condiciones inusuales. Tenía que ser una confrontación grabada en vídeo, no quería que se la grabara en audio; además, el abogado del acusado no podía estar presente. Por otra parte, el informe de la rueda de reconocimiento por vídeo no se redactó hasta seis semanas más tarde, y solo en forma de resumen.

En resumen, hasta un profano como Stieg podía darse cuenta de que la policía y los fiscales podrían haberse cerciorado mejor de que la única prueba real que habían presentado contra Pettersson era válida.

Aparte de Lisbet Palme, había un testigo especialmente interesante. Igual que Pettersson, vivía en el municipio de Sollentuna y conocía al sospechoso del Sollentuna Centrum, el centro comercial, donde era más que conocido. El archivero Lars Jeppsson había estado en el bar Tre Backar y había caminado por la calle Luntmakargatan en dirección a Kungsgatan cuando oyó los disparos en Sveavägen, a una manzana de distancia. Se había escondido detrás de las casetas de obra de Tunnelgatan y había visto al asesino pasar corriendo muy cerca; luego su espalda desapareció escaleras arriba. En palabras de Jeppsson, el hombre que había pasado por su lado no se parecía a Christer Pettersson.

La herida de Suecia llamada caso Palme justo estaba empezando a sanar. Todo el mundo quería ponerle una tirita lo antes posible y olvidarse de ella. Christer Pettersson había apelado. Con la colaboración del tribunal de segunda instancia, el fiscal y la policía se intentó acelerar los preparativos para que la audiencia pudiera comenzar solo dos meses después de la sentencia condenatoria del tribunal de primera instancia.

Sin embargo, esta vez había algo distinto. Las exigencias de Lisbet Palme de poder declarar sin la presencia del acusado, sin fotografías, sin medios de comunicación, sin grabaciones y sin público... crisparon. La empatía que la gente había sentido por ella se resintió y nacieron las objeciones a sus presuntos aires de superioridad.

En esta ocasión, las circunstancias en el tribunal de segunda instancia también eran distintas. Ahora los juristas eran mayoría; los miembros del jurado con cargo político, minoría.

La defensa había aprovechado bien el tiempo y había encontrado a expertos creíbles que tenían serias objeciones respecto del testimonio de la testigo principal, Lisbet Palme. La psicóloga de testigos Astrid Holgersson confirmó, con el apoyo de Elisabeth Loftus, referente mundial en psicología de testigos, que los testigos dignos de fiar suelen equivocarse, por muy convencidos que ellos mismos estén. Incluso se daba el caso de que el convencimiento exagerado que alguien podía tener de su propio juicio aumentaba el riesgo de equivocarse. Por otro lado, la señora Palme no había descrito la cara del autor de los hechos hasta mucho tiempo después del asesinato; además, su descripción de la indumentaria no coincidía con lo que habían dicho la mayoría de los testigos que había en la escena del crimen.

El 12 de octubre de 1989, Christer Pettersson fue puesto en libertad. Era una señal segura de que no lo condenarían. En efecto, el 2 de noviembre, se dictó su absolución. Christer Pettersson era inocente del asesinato de Olof Palme.

Cuando llegó a su piso en Rotebro, en Sollentuna, con botellas de alcohol en la mano, los fotógrafos ya lo estaban esperando. El combinado preferido de Christer Pettersson, compuesto por partes iguales de Baileys, vodka Explorer y hielo (si había), no tardó en convertirse en una copa estrella de los bares del centro de Estocolmo. Lo llamaban «el Matón».

El *shock* fue increíble. Costaba hacerse a la idea de que había que empezar de cero. Una semana después de la sentencia del tribunal de segunda instancia, todos los implicados en la investigación del caso fueron invitados a celebrar unas conferencias en la montaña. Allí podrían lamerse las heridas y prepararse para arremangarse de nuevo.

La plantilla estaba quemada. A todos se les preguntó si creían que Christer Pettersson era el autor del crimen, a pesar de la sentencia no condenatoria. De los treinta y tres, veintisiete respondieron que sí.

Muchos esperaban que el jefe de equipo Hans Ölvbro pidiera el traslado o incluso que dejara de ejercer como policía después del juicio, pero no pensaba rendirse. Estaba convencido de que lograrían condenar a Christer Pettersson. Ahora que estaba tan cerca de encerrar al asesino no era momento de arredrarse.

TROFEO

Estocolmo, 1990

Tras la liberación de Christer Pettersson, el camino debería haber quedado despejado para dar con otra resolución. Quizá debería recuperar sus viejas teorías, pero los años de investigación y los errores acumulados por parte de la policía y la Fiscalía habían hecho mella en la motivación de Stieg. Aquel crimen sin resolver lo seguía fascinando, pero ya no podía implicarse en él con la misma intensidad.

Además, todavía había mucha gente que creía que Christer Pettersson era el culpable. Para que pudiera aceptarse otra solución se necesitaba un nuevo sospechoso que vincular al escenario del crimen, o que apareciera el arma del homicidio. Y eso valía tanto para el sistema judicial como para el público general.

Sin embargo, había una circunstancia que confundía a Stieg. Nadie había explicado bien por qué el asesino se había llevado el revólver. En todas las buenas novelas de espías, los asesinos profesionales se deshacían del arma lo antes posible. El riesgo de que te detuvieran aumentaba de forma exponencial si te paseabas con un arma encima. En el caso de Olof Palme, el asesino se había llevado el revólver magnum, «grande como un lechón». Y no podía contar con que la policía olvidara acordonar todo el centro de la ciudad ni que fuera a tardar varias horas en dar la alarma nacional. Si hubieran parado al asesino con el arma encima, se le podría haber vinculado directamente con el asesinato. Sin embargo, a la hora de la verdad le había sido de lo más fácil esquivar a las autoridades más bien torpes que se ocupaban de la persecución.

El asesino se había llevado el arma, por lo que la pregunta era qué había hecho con ella. Obviamente, podría haber elegido deshacerse del arma para siempre: la podía haber tirado al mar desde un ferri rumbo a Finlandia o algo por

el estilo. Pero otra explicación igual de probable de por qué se había quedado con el arma homicida era que la viera como un trofeo. El arma que cambió el curso de la historia de Suecia debía de tener valor para alguien que había matado al primer ministro sueco por sus ideas políticas. No tanto si se trataba de un asesinato profesional que se había hecho por dinero. Si empezabas el planteamiento por ahí, aumentaba la probabilidad de que se tratara de un crimen con motivación política. Y eso podría poner otra vez sobre el tablero a alguien de la extrema derecha.

Si para el asesino el arma era como un trofeo y si, al mismo tiempo, esta podía ser una prueba científica decisiva en un juicio por asesinato, tendrían que ser muy exigentes con el lugar donde esconderla. Por otro lado, aquel era un trofeo que el asesino querría admirar en ocasiones especiales, quizás en el aniversario del magnicidio. Al mismo tiempo, el escondite tenía que ser perfectamente seguro para que solo él tuviera acceso. Una estantería o un armario en una vivienda normal no parecían el sitio adecuado. Si lo hubiera enterrado en un jardín o en un lugar público, no podría sacarlo regularmente sin correr el riesgo de que lo descubrieran. Seguramente, lo mejor sería una caja fuerte a prueba de robos, o tal vez una caja de seguridad cuya llave solo tuviera el propietario.

En definitiva, no era viable tratar de imaginarse dónde podría haber escondido el arma el asesino, pero Stieg se dijo que, en algún momento, retornaría a este punto. Con un día de duro trabajo, no había casi nada que no se pudiera conseguir. Cuando tuviera tiempo, vería adónde lo conducía aquello. Por el momento, entre manos tenía otro proyecto de más importancia.

Con el paso del tiempo, había conocido mejor a Anna-Lena Lodenius. Había mucha sinergia entre ellos. Él era el investigador; ella, la que comprobaba los hechos y procuraba que se pudieran poner por escrito. La serie de artículos *Misión Olof Palme* había despertado el apetito y ahora era el momento de dar un paso más.

El proyecto común de Anna-Lena y Stieg era un libro que funcionaría como biblia para quien quisiera comprender cómo las fuerzas de extrema derecha actuaban en Suecia y cómo estaban conectadas con el extranjero. El título dejaba claro de qué iba el libro: *La extrema derecha*. Tanto Stieg como Anna-Lena tenían otros trabajos y sabían que el proyecto duraría varios años. Sin embargo, bien mirado, eso era algo positivo: tendrían mucho tiempo para investigar. Al menos, así lo veía Stieg.

MUCHOS AÑOS, UNA ACUSACIÓN

Estocolmo, 1994

El tiempo pasaba despacio, pero en el caso Palme los años se sucedían a toda prisa. El equipo de investigación se iba haciendo cada vez más pequeño. Dentro de la policía, se había extendido el convencimiento de que Christer Pettersson era culpable. Se empezó a decir que el caso estaba «policíalmente resuelto», a pesar de no haber conseguido una sentencia condenatoria. La policía había hecho su trabajo, pero los fiscales y los tribunales no habían cumplido con su parte. Por los pasillos de comisaría se decía que, si se hubiese tratado de un asesinato normal y corriente, la sentencia habría sido otra.

Hans Ölvbro siguió al mando de la operación cuatro años más tras la absolucón. El objetivo principal de quienes se ocupaban del caso había pasado a ser encontrar suficientes pistas nuevas contra Christer Pettersson, para «aumentar las probabilidades de cuestionar el veredicto». Si lo conseguían, el fiscal mandaría un recurso de revisi3n al Tribunal Supremo: sería la última oportunidad de condenar a Pettersson.

Por esos tiempos, de forma inesperada y sorprendente, saltó a escena una nueva acusaci3n. Tommy Lindstr3m, jefe de la Polici3a Nacional, que a menudo había echado una mano para orientar el caso Palme en la direcci3n correcta, fue acusado de grave traici3n. El mes siguiente del asesinato de Palme, Lindstr3m había recibido un cheque por valor de ciento quince mil coronas de parte de la compa±a de seguros Skandia, que debían destinarse a su agente Milan Heydenreich para recomprar obras de arte robadas. Sin embargo, segun el tribunal, Lindstr3m había empleado el dinero para pagar una fiesta para doscientos de sus compa±eros. En noviembre de 1994, lo condenaron a un a±o de prisi3n provisional por delito de grave traici3n. La sentencia era leve (quizá se tuvo en cuenta que perdi3 su trabajo).

Más o menos paralelamente, al caso Palme llegó un memorando completo y detallado escrito por el joven periodista Boris Ersson, que había hecho una visita a Sudáfrica, donde había conseguido nueva información que sugería que el servicio secreto sudafricano estaba detrás del asesinato de Palme. Al cabo de poco, todos aquellos datos quedaron criandando polvo en un rincón. La policía se centró en tratar de encontrar nuevas pruebas contra Christer Pettersson.

SUDÁFRICA 1996

Estocolmo, 27 de septiembre de 1996

Aquel viernes por la mañana, el teléfono comenzó a sonar. Stieg se arrastró hasta la cocina y levantó el auricular gris. Oyó a su amigo Gerry al otro lado de la línea.

—La Bella Durmiente se acaba de despertar tras diez años de sueño —dijo con aquel acento suyo, tan londinense y algo incomprensible—. Los sudafricanos han empezado a acusarse entre ellos.

Stieg se frotó los ojos para desperezarse y trató de seguir el hilo.

—¿Acusarse? ¿De qué?

—Según Eugene de Kock y Peter Casselton, el asesinato de Palme fue orquestado por Craig Williamson. Bertil Wedin le echó una mano. Tal como comenzamos a plantearnos hace diez años. Encuentra tus papeles de aquella época y empieza a escribir.

—¿Escribir? ¿El qué?

—Quiero un artículo tipo «qué os dijimos» para el *Searchlight*. Tiene que estar dentro de menos de una hora.

Conciso no era la primera palabra que te venía a la cabeza al pensar en Gerry, pero en aquella ocasión lo fue. Stieg se quedó un rato con el auricular en la mano. Deprisa y corriendo, debía redactar un artículo que resumiera lo que Stieg había descubierto hacía una década y que ahora había comenzado a aflorar en Sudáfrica. Gerry iba a enviarle unos artículos por fax, pues como buen inglés era tradicional y acababa de aprender a enviar *e-mails*, pero no a escanear y adjuntar artículos. Eso le daba a Stieg cierto tiempo para repasar su antiguo material.

Abrió el último cajón del *cabinet* que había junto a la puerta de la cocina. La

carpeta colgante con «Sudáfrica» debería estar allí... Aunque la hubiese clasificado dentro de «Wedin» debería estar en el mismo cajón.

Habían pasado diez años. Stieg había olvidado gran parte del contenido, pero la perspectiva del tiempo y todo lo que había ido pasando durante esa década también le hicieron examinar ese material con otros ojos. La maldad ilimitada del *apartheid* había perdido fuelle, pero cuando releyó los textos... ahí estaba.

El régimen del *apartheid* había caído. Nelson Mandela era el presidente de Sudáfrica desde hacía dos años y la Comisión para la Verdad y la Reconciliación acababa de comenzar su trabajo. Desde que fue posible lograr la amnistía, los agentes del servicio de seguridad habían competido por confesarse y acusarse los unos a los otros. Lo que había sustentado su existencia desaparecía como el último remolino de agua en una bañera. Pronto parecerían ballenas varadas en la playa intentando tomar aire.

Habían dado las tres de la tarde cuando Stieg terminó de revisar su antiguo material. Había hecho una serie de anotaciones en su libreta y había escogido un grupo de documentos, incluido su propio memorando sobre Bertil Wedin y unos artículos sobre Craig Williamson y el servicio secreto sudafricano. Había llegado la hora de ir a TT y mentalizarse de que iba a tener que trabajar toda la noche. Por experiencia sabía que la mejor manera de ponerse en marcha con un proyecto era poner la directa y pisar a fondo. Así, todas las demás preocupaciones se desvanecerían. Era viernes. Pronto caería la noche. Prácticamente, estaría solo en la oficina. El fax de Gerry lo estaría esperando. Si precisaba algo más, tendría acceso a todo el equipo que necesitaba para hacerlo rápido.

Stieg se sentó ante su escritorio y se reclinó en una silla recubierta con una manta y con reposabrazos de madera desgastados. En el borde de la mesa, la primera de muchas tazas de café negro y un cenicero con una pila de colillas y un cigarro encendido. En la mano tenía el material que él y Gerry habían compuesto entre 1986 y 1987, así como un montón de artículos que había ido acumulando. Stieg leyó deprisa y tomó apuntes en su libretita negra. Menos de media hora más tarde, ya estaba preparado para ponerse a escribir.

Las acusaciones contra Craig Williamson y Bertil Wedin eran nuevas, por lo que apenas había un puñado de información en un par de artículos: uno sudafricano y otro británico. El segundo hacía referencia al primero, y no contenía ningún dato nuevo. En el artículo se mencionaba a Eugene de Kock y a Peter Casselton, que habían trabajado en el servicio secreto sudafricano. Ambos señalaban a Craig Williamson como la persona que había organizado el

asesinato; el intermediario Bertil Wedin le había ayudado, aunque no especificaban en qué había consistido su ayuda. Stieg no halló ninguna información nueva. Lo único novedoso era que unos sudafricanos blancos estuvieran acusando a otros sudafricanos blancos. Eso debía ayudar a acercarse al quid de la cuestión... Aun así, no cabía descartar que aquellos agentes trataran de salvar su pellejo como buenamente pudieran al tiempo que se vengaran de antiguos compañeros de trabajo. Pero en eso no podía profundizar si tenía que entregar un artículo al día siguiente. Así pues, se centró en lo que sabía y en comparar el material.

A las siete ya no quedaba un alma en la oficina: formidable para poder concentrarse en el artículo para *Searchlight*. Trabajó durante toda la noche, durmió durante el día y terminó de redactarlo el sábado por la tarde. A la mañana siguiente, se lo envió por fax a Gerry. Confiaba en su inglés. Aun así, se imaginó un montón de marcas en rojo una vez que Gerry hubiese revisado el texto. El propio Gerry escribió un pequeño prólogo y tituló el artículo «The finger points south». Stieg se alegró de comprobar que apenas había cambios de tipo lingüístico. Gerry incluso mantuvo el chistoso subtítulo «Sherlock Holmér», así como la perversa descripción de la Säpo como «los hijastros retrasados de un servicio secreto occidental».

Lo que sucedía en Sudáfrica era tan alentador como frustrante. Alentador porque la presión extranjera sobre la policía sueca se volvería igual de intensa que durante la época de Hans Holmér: ahora tendrían que hacer algo con la pista sudafricana. Frustrante porque, en verdad, en los datos que habían aparecido, no había nada de nada.

DOS SABUESOS EN ÁFRICA

Estocolmo y Sudáfrica, otoño de 1996

El jefe de equipo Hans Ölvbro estaba de vacaciones cuando le llegó la noticia de que los ojos del mundo volvían a observar el caso Palme: algunos agentes sudafricanos habían empezado a acusarse entre sí como culpables y cómplices del asesinato. Ölvbro enseguida concluyó que, como ya habían pasado diez años desde el crimen, una semana más, una semana menos, no marcaría ninguna diferencia. Así pues, se mantuvo al margen hasta el final de sus vacaciones. Cuando la prensa sueca e internacional comenzó a presionar, el fiscal Jan Danielsson estuvo de acuerdo con Ölvbro: los acusados no se irían a ninguna parte.

Los medios de todo el planeta cubrieron la noticia. La prensa sueca hiló la misma historia una y otra vez. Pocos eran los suecos que lograban entender qué era la pista sudafricana. ¿Por qué un servicio de inteligencia de la otra punta del mundo querría deshacerse de un primer ministro sueco? ¿Quién habría ejecutado el acto en sí? ¿Y cómo? Había más preguntas que respuestas. Finalmente, Jan Guillou enfrió los ánimos cuando en el periódico *Aftonbladet* preguntó si todos sus compañeros de oficio se habían vuelto locos mientras él estaba de viaje en montañas lejanas. La pista sudafricana era una de las cosas más estúpidas que había oído jamás.

Sin embargo, el exjefe de policía Tommy Lindström mostró más iniciativa que su antiguo subordinado Ölvbro: a los dos días se había plantado en Sudáfrica. Después de que lo echaran de la policía por traición, trabajaba como *freelance* para *Aftonbladet*. Ayudándose de su antigua tarjeta de la policía, en la que había garabateado un «ex» delante del cargo, logró llegar hasta Eugene de Kock mucho antes de que los encargados del caso Palme se pusieran en marcha.

Tras sus vacaciones, Ölvbro contactó con el periodista Boris Ersson, quien

había entregado su detallado memorando dos años antes. Sin embargo, no fue para ponerse al corriente de los datos que manejaba, sino para que le recomendara restaurantes y un hotel en Johannesburgo. Antes de colgar, le preguntó si merecía la pena visitar Ciudad del Cabo o Sun City (el equivalente a Las Vegas en Sudáfrica). El fiscal Jan Danielsson y Ölvbro tenían pensado tomarse un par de días de vacaciones, aprovechando que estaban allí.

Finalmente, el 10 de octubre, Ölvbro y Danielsson llegaron a Ciudad del Cabo; continuaron hasta Johannesburgo el 11 de octubre. En el aeropuerto los recibió una horda de reporteros. La prensa sueca e internacional los estaba esperando.

Ölvbro y Danielsson se quedaron cuatro semanas (un séquito de periodistas no dejó de pisarles los talones en ningún momento). En la lista de gente a la que querían ver estaban Eugene de Kock (jefe del servicio de inteligencia), Craig Williamson y sus antiguos compañeros Riaan Stander y Peter Casselton.

Hicieron un pequeño avance cuando las autoridades angoleñas retuvieron a Craig Williamson y posibilitaron que los suecos lo interrogaran en el calabozo. Durante el interrogatorio, Williamson clamó por su inocencia (llegó a soltar una lagrimita). Después del interrogatorio, se quejó de que los suecos no le habían dejado tener un abogado y no le habían permitido volver a Sudáfrica en el avión fletado.

Según Ölvbro y Danielsson, Eugene de Kock solo tenía información de segunda mano sobre la implicación de Craig Williamson. Los datos llegarían del parlamentario Philip Powell, pero este se había negado a citarse con los suecos. La visita a Sudáfrica terminó con una semana en Ciudad del Cabo.

«Espero que nos hayamos acercado un poco más a la resolución de este enigmático crimen. Sin embargo, no estoy seguro de que la encontremos en la llamada "pista sudafricana"», dijo el fiscal general Jan Danielsson.

Ölvbro y Danielsson volvieron a conseguir dejar la «pista sudafricana» al margen. Si pasaron por Sun City o no, nunca llegó a ser parte de la historia oficial.

ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Estocolmo, 1997

A pesar de todo, 1997 fue un año ajetreado para el caso Palme. Por desgracia, en otro sentido de lo que muchos habrían deseado. De la pista sudafricana no se había sabido nada más desde el viaje de Ölvebro y Danielsson en octubre del año anterior. Pero sí que hubo otras novedades.

En enero, destituyeron a Hans Ölvebro como jefe de equipo por posible fraude fiscal. Dejó de ser el responsable, pero más tarde quedó libre de las acusaciones.

En diciembre, el fiscal general Klas Bergenstrand presentó el recurso de revisión ante el Tribunal Supremo en el caso contra Christer Pettersson. Era el último intento de la policía y de la Fiscalía por condenar a Pettersson. Sin embargo, el Tribunal Supremo constató que no había suficiente material nuevo para esperar una resolución distinta en el tribunal de segunda instancia. Aun así, la mayor parte del equipo que dirigía la investigación del caso Palme consideraba el crimen «policíalmente resuelto», a pesar de que los juristas hubiesen desestimado las pruebas.

Tendrían que pasar muchos años para que alguien abriera la puerta a la posibilidad de que el culpable no se llamase Christer Pettersson. Su nombre era Krister Petersson.

LA LUCHA MÁS IMPORTANTE DE STIEG

En la década de los ochenta, Stieg aprendió los secretos del oficio. En la de los noventa, sacó provecho de todo aquel conocimiento adquirido. En Suecia, el clima político se había endurecido, lo que quedó confirmado cuando el partido xenófobo Nueva Democracia llegó al Parlamento y cuando el asesino en serie apodado el Hombre Láser se dedicó a matar a inmigrantes con un rifle con mira láser. Para Stieg eran señales de que su lucha contra el extremismo era ahora más importante que nunca.

Stieg y Anna-Lena trabajaron tres años en el libro *La extrema derecha*, que se publicó en 1991. Stieg consideraba que siempre había donde hurgar. Un año más, un año menos, no suponía diferencia alguna para él. Sin embargo, Anna-Lena le dejó claro que era hora de terminar el proyecto y bregaron hasta conseguir un manuscrito definitivo. Stieg quiso añadir información nueva hasta el último minuto. Anna-Lena se desesperaba porque Stieg no paraba de aportar nuevas conexiones y datos, que añadía a mano y con una letra minúscula en la versión ya corregida.

En el libro, decían que «la extrema derecha» era una denominación no del todo exacta, puesto que algunos colectivos relevantes podían considerarse de izquierdas y otros carecían de ideología. Aparte, los grupos de derechas podían dividirse entre «fascistas» y «ultraderecha». Lo que todos tenían en común era la hostilidad hacia los inmigrantes. Uno de los partidos más nuevos era Demócratas de Suecia, que en 1988 había nacido de la mano de personas salidas de organizaciones racistas y xenófobas.

El libro fue muy bien acogido. Stieg tenía incluso ganas de ampliarlo. Pero, antes de lanzarse a un nuevo gran proyecto, se dedicó a escribir algo solo por placer: una novela sobre un hombre mayor a quien cada año le llega una rosa de un remitente desconocido. Si tenía tiempo, tal vez algún día podría escribir una continuación.

Uno de los grandes objetivos de Stieg se cumplió unos años más tarde, cuando conoció a un grupo de jóvenes activistas. En 1995, lanzaron juntos la revista *Expo*, a imagen y semejanza de *Searchlight*. Por fin había un grupo de personas en Suecia que estaba igual de implicado que él en la lucha. Obviamente, Stieg se erigió en líder, pues era el mayor y el más experimentado. Progresivamente, se fue haciendo responsable de áreas vitales que a los demás no les importaban tanto: financiación, administración, contabilidad y seguridad. Además, continuó trabajando en TT. Horas y horas de trabajo. Una carga sobrehumana.

La seguridad era especialmente importante para Stieg. Había visto cómo el clima en Suecia se había tensado. Los periodistas como él y sus compañeros se habían convertido en un objetivo. Algunos pensaban que se había vuelto paranoico cuando ordenó instalar mirillas en todas las puertas o cuando explicó a sus compañeros cómo había que abrir los sobres acolchados para protegerse de eventuales cartas bomba: por el lado contrario al lógico y por debajo de un listín telefónico.

Expo luchaba no solo contra los extremistas, sino también contra los problemas económicos. Las amenazas al personal, el duro trabajo en jornadas eternas y los contratiempos financieros azotaban con fuerza. Pero la primera gran prueba llegó el 28 de junio de 1999. Un coche bomba hirió a un periodista que había escrito para *Expo* y a su hijo de ocho años. La pareja del hombre, también periodista, sufrió un fuerte *shock* al encontrar a su marido y a su hijo entre esquilas de metal y cristales rotos.

Ya nadie pensaba que Stieg fuera un paranoico. Varios colaboradores consideraron que el precio era demasiado alto y abandonaron *Expo*.

Stieg se esforzó mucho para que todo saliera adelante. Los colectivos abiertamente neonazis habían aumentado en número y tamaño. La xenofobia se abría paso en Suecia. *Expo* era más necesaria que nunca y Stieg era la persona que podía sostenerlo todo.

Los últimos años antes del cambio de milenio, Stieg observó que gran parte de la extrema derecha había cambiado de táctica. En lugar de cabezas rapadas, botas y saludos hitlerianos habían empezado a ir bien peinados y llevar zapatos lustrados. En la superficie, se comportaban como los partidos políticos tradicionales. Aquello era un lavado de cara. Pero los viejos nazis seguían ahí, deseosos de deshacerse de todos esos inmigrantes. Ya en 1991, Stieg había escrito sobre un partido que había ido creciendo con cada nueva elección: Demócratas de Suecia. Su método: discursos bien trabados con una sonrisa en

los labios. Su objetivo era entrar en el Parlamento, pero el camino era largo.

Junto con su compañero Mikael Ekman de *Expo*, Stieg escribió el libro *Demócratas de Suecia*: describía cómo el partido había surgido del poso nazi y se había transformado en algo que podía parecer aceptable. A Mikael se le había ocurrido sacar extractos del registro de antecedentes penales de muchos de sus dirigentes. Decían que los inmigrantes eran unos criminales, pero ese era el adjetivo que mejor los definía a ellos: maltrato, violencia de género, amenazas, tortura animal y un larguísimo etcétera.

El libro *Demócratas de Suecia* tuvo también una gran acogida. Eso sí, como sucedió con el primero, en cuanto cualquier famosillo de la tele hizo una estupidez, el foco se desplazó hacia él.

Stieg sabía bien que en la lucha contra el extremismo no existía la «victoria final». La democracia siempre estaba amenazada. Su defensa tenía que ser constante.

A finales de la década de los noventa y tras años de duro trabajo, Stieg era uno de los grandes expertos en la lucha contra el extremismo.

EVA

Estocolmo, junio de 2015

Estoy sentado con Eva Gabrielsson en el café Nybergs. Ella le da un sorbo a su café con leche. Los medios habían intentado varias veces endosarle el papel de víctima, pero ella estaba muy lejos de serlo. Más bien era una luchadora. Me lo dejó muy claro cuando le pregunté cómo se había sentido los años que siguieron a la muerte de Stieg: «Aquí no hay que sentir nada», respondió tajante.

Decidí entonces empezar a hablar alejándome de su vida privada.

—¿Qué era lo que empujaba a Stieg? —le pregunté.

—Eso le venía de su abuelo materno, con quien se había criado hasta los nueve años —dijo Eva—. Su abuelo incluso era estalinista; sin duda, durante la guerra fue un antinazi declarado. Así que es de ahí de donde Stieg sacó sus conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial y la extrema derecha. Del abuelo Severin.

Le di un bocado al pastelito de mazapán y licor.

—¿Cómo procedía Stieg para identificar a todos estos grupos?

—Hay que estudiar la prensa, comprobar en qué asociaciones participa la gente —dijo Eva—. Lo que hacen, en qué trabajan, si escriben cartas al director, si hay gente que los conoce, si la policía está al corriente, si tienen antecedentes. Mera tarea periodística de investigación.

—¿Infiltrados?

Pensé en Lesley Wooler, la fuente de Gerry que había arriesgado su vida en Chipre.

—No, eso llegó en los noventa. En los ochenta, no había nada donde infiltrarse. Las organizaciones eran demasiado pequeñas. Tenías que buscar otros caminos.

—¿Participabas en sus pesquisas?

—Sí, por ejemplo, Stieg y yo sacábamos fotos de tabloneros de inquilinos con todos los nombres de la finca. En Kungsholmen había toda una serie de portales con conexiones singulares. Empresas y organizaciones raras.

—Y cuando no participabas, ¿él te lo contaba?

—Ya lo creo. No me hacía un informe mensual; más bien me iba contando un poco cada noche. Debatíamos al respecto.

—¿Y también hablabais del caso Palme?

—Todo hacía pensar que había redes bastante grandes conectadas entre sí. Encuentras una... y a lo mejor encuentras dos o tres más que a su vez se extienden hasta otras. En la investigación de Stieg sobre el caso Palme y los vínculos de la extrema derecha, todo se fusionaba. Todos los grupos tendían a la derecha.

Después de la torpeza de mi primera pregunta la conversación se volvió más fluida y estuvimos un rato hablando de otras cosas. Encontramos un interés en común: urbanismo y arquitectura. Eva me habló del arquitecto Per Olof Hallman, de cómo sus planes urbanísticos para Estocolmo a principios del siglo XX habían generado algunas de las mejores partes de la ciudad y de cómo su nombre había sido relegado de la historia en favor de seguidores menos talentosos que se habían dedicado a destruir la obra de Hallman.

Y yo le hablé del libro que tenía en mente, de cómo se podían analizar los lugares y ver el impacto que tenían en las personas que los frecuentaban. Poco a poco, Eva y yo conectamos.

Cuando me senté con Gerry, tuve claro lo importante que había sido para Stieg. Había sido su amigo y mentor durante más de veinte años. Pero Eva había conocido a Stieg diez años más y era la persona más cercana: había sido su compañera de vida. Y ella había perdido también a su compañero cuando Stieg murió. No pensaba volver a preguntarle cómo se sentía tras semejante pérdida.

—Stieg trabajaba mucho, ¿no?

Eva alzó la cabeza. Se inclinó sobre la mesa que nos separaba y me miró a los ojos.

—No se puede estar en marcha tantas horas al día durante tanto tiempo.

UNA NUEVA CARRERA

Archipiélago de Estocolmo, agosto de 2002

Al final, Eva había conseguido convencerlo. Stieg debía tomarse unas vacaciones de verdad y ella había encontrado una cabaña en el archipiélago donde podrían descansar tranquilos durante varias semanas. Stieg era un adicto al trabajo. En *Expo* habían bromeado al respecto de esas vacaciones. Seguro que no podía estar demasiado tiempo sin visitar la redacción. Pero Stieg lo tenía claro: debía desconectar.

A los dos días comenzó a preguntarse a qué podría dedicar las horas mientras Eva escribía. Había empezado un proyecto ambicioso que iba a concluir en forma de libro sobre Per Olof Hallman.

Una mañana, Stieg sacó la novela que había escrito unos cuantos años antes, sobre el hombre que cada año, el mismo día, recibía flores enviadas por un remitente anónimo. Se la enseñó a Eva. A lo mejor podría ampliar el texto y hacerlo más extenso. Su mujer sintió curiosidad y quiso saber quién era la persona que mandaba las flores. Lo animó a aprovechar el verano en la isla para escribir. Stieg puso la primera hoja en la máquina de escribir y tecleó el título en la primera línea: *Los hombres que no amaban a las mujeres*.

SIETE ESCALERAS

Estocolmo, 9 de noviembre de 2004

Tenía que subir siete pisos. La lucecita intermitente de color rojo del ascensor indicaba que algo no iba bien; tras cinco minutos de espera y varios intentos fallidos de apretar el botón, decidió subir a pie.

El revuelo de esta última época le había parecido un alivio, pero aun así la presión había aumentado. Las tres novelas que había escrito se iban a publicar en Suecia: ya se hablaba de tiradas récord. El interés en el extranjero era considerable y varios mercados, incluido el de Estados Unidos, estaban esperando. Recientemente, incluso se habían vendido los derechos de cine y televisión.

Le parecía irreal. Iba a pasar de periodista mal pagado (por no decir pobre) y editor de una de las revistas más pequeñas del país a poder llevar una vida acomodada de escritor. Un sueño para muchos. Aunque Stieg también quería otras cosas.

Por supuesto, se encargaría de cumplir algunos sueños que él y Eva habían tenido. Una cabaña de verano encabezaba la lista, pero el tiempo y el dinero los emplearía para seguir adelante más velozmente con sus proyectos. La lucha contra el racismo, el sexismo y la intolerancia eran más importantes; debía proseguir con ella. Sin embargo, en realidad, ese trabajo era bastante sencillo. Había otras personas válidas que podrían encargarse de gran parte de la publicación de *Expo*. El papel de Stieg podría limitarse a un par de reuniones de redacción a la semana y quizás a un par de artículos.

El tiempo sobrante podría destinarlo al proyecto que llevaba varios años descansando. Los dos primeros años después de la muerte de Olof Palme, había dedicado un montón de tiempo a pesquisas relacionadas con el asesinato. Pero el día a día y otras circunstancias prácticas habían hecho que solo pudiera emplear

sus ratos libres en dicha tarea. De hecho, en los últimos años había trabajado muy poco en el caso Palme. Pero ahora podría retomarlos.

Le faltaban tres largas escaleras cuando notó el primer pinchazo en el pecho. Dos pasos más y llegó al rellano. Se sujetó a la barandilla, se inclinó un poco hacia delante y respiró hondo varias veces. Eso hizo remitir un poco la presión en el pecho, pero al mismo tiempo el dolor comenzó a extenderse al brazo.

No se cuidaba mucho: tabaco, falta de sueño y esa gran cantidad de bocadillos que ingería para poder trabajar un poco más... Pero tan mal no podía estar, ¿no? Solo tenía cincuenta años. Sentía que, por lo menos, aún le quedaban dos décadas más de vida.

Un par de escalones más arriba la cosa se le hizo más fácil. Se acostumbró a la opresión en el pecho y pudo subir sin hacer ninguna pausa hasta la siguiente planta. Un pequeño descanso antes de subir el último tramo.

Por un instante, se sintió como si estuviera fuera de sí mismo, observando a un hombre de mediana edad que estaba a las puertas del mayor despegue de su vida. Vio el peso en sus hombros en su postura encorvada. Vio el cuerpo que había priorizado el trabajo y no la salud. Piel ceniza, pelo revuelto y gafas redondas y torcidas, con huellas dactilares en los cristales. La imagen ayudaba a comprender que la carga era demasiado grande para que un solo hombre pudiera llevarla a cuestas.

Hizo acopio de fuerzas y paso a paso conquistó el último piso. Tropezó con el último escalón, pero consiguió agarrarse a la manija de la puerta de la oficina. Los ojos como platos de sus compañeros se dirigieron a él cuando Stieg entró tambaleándose en la redacción y se desplomó en su silla. Al fondo, alguien descolgó un teléfono y pidió una ambulancia. Empezaba a oscurecer.

Si tan solo hubiese tenido un poco más de tiempo. Quedaban tantas cosas por hacer. ¿Quién cogería el relevo? ¿Por dónde continuarían?

Stieg no conocería la respuesta a ninguna de sus preguntas. Pero allí adonde iba..., ¿qué importancia podía tener? Tenía cincuenta años. Su abuelo Severin solo había tenido unos pocos más cuando sufrió su primer ataque al corazón. Ojalá hubiera visto en qué se había convertido su nieto. Hubiera estado orgulloso de él.

Era demasiado pronto, pero para Stieg había llegado la hora de irse.

STIEG ESTÁ MUERTO

A veces, las muertes tienen un impacto que nadie puede predecir. Fue el caso de la de Stieg. El funeral fue la última vez que las personas de su entorno pudieron reunirse bajo un mismo techo.

Aunque Stieg siempre se había referido a Eva como su esposa, nunca habían llegado a contraer matrimonio. Así pues, según la ley sueca, los parientes de Stieg eran herederos de todo, incluidos los derechos e ingresos de los libros. Los enfrentamientos fueron duros.

Unos años más tarde, las novelas de Stieg habían vendido más de ochenta millones de ejemplares. En Suecia, se habían hecho películas de todos sus libros. De la primera novela, *Los hombres que no amaban a las mujeres*, incluso se había rodado una versión estadounidense con Daniel Craig como actor principal.

Las disputas continuaron y pasaron al terreno público, tanto en los medios de comunicación suecos como en los extranjeros. En cuanto la herida parecía haber empezado a sanar, se volvía a abrir, a pesar de que Stieg ya llevara muchos años muerto.

El futuro de *Expo* quedó asegurado, en parte gracias al dinero que Stieg dejó para ello. Cuando advirtió sobre el surgimiento de Demócratas de Suecia, en 1991, apenas consiguieron cinco mil votos en las elecciones generales. En 2010, las segundas elecciones desde la muerte de Stieg, entraron en el Parlamento con 340.000 votos. La labor de *Expo* era más importante que nunca, ahora que un partido fundado por racistas y fascistas se había convertido en un grupo parlamentario que no paraba de crecer.

Υ

Los años se sucedieron en el caso Palme. En 1997, la fiscal Kerstin Skarp comenzó a trabajar en el asunto. La hermana de Skarp estaba casada con el viejo

antagonista de Olof Palme, Jan Guillou, quien continuaba escribiendo sobre la probable culpabilidad de Christer Pettersson. Las expectativas de que alguien fuera a ponerse a investigar en serio otras pistas quedaron en nada. Por mucho que Skarp dijera que nunca había que perder la esperanza, los recursos que la policía destinaba para encontrar a algún otro sospechoso que no fuera Christer Pettersson eran mínimos.

Durante años, no hubo mucha novedad respecto al caso. El apoyo del sistema judicial, de los medios y de los políticos garantizaba que quien quisiera pudiera olvidarse de que alguien le había pegado un tiro a un primer ministro sueco en plena calle un montón de años atrás. Mientras no se produjera ningún cambio, seguía valiendo la típica solución sueca para los problemas difíciles: «Todo el mundo es inocente».

Christer Pettersson murió en un accidente, un destino normal para un alcohólico. Una vida trágica había llegado a su fin, comentó el primer ministro sueco del momento, Göran Persson.

Quizás el caso Palme debería haberse cerrado, pero no había ningún político que quisiera cargar con la responsabilidad de semejante decisión. Además, podía haber información comprometedor sobre los numerosos errores cometidos por los políticos durante las distintas fases de la investigación. Si el caso se cerraba, el informe final se haría público; con él, muchos datos delicados. Eso no haría más que aumentar el desprestigio de la clase política.

Hubo momentos en que se reclamó que se hiciera algo en concreto. Los políticos tuvieron que plantearse qué se podía hacer, a ser posible sin arriesgarse a que sus errores salieran a la luz. La solución era genial por su sencillez.

El 1 de julio de 2010, poco más de medio año antes de que el asesinato de Olof Palme prescribiera, se abolió el tiempo de prescripción de crímenes graves. Ya nadie podría decir que los políticos no querían hacer pagar al responsable. Además, como el informe del caso seguía siendo confidencial, ningún político corría el riesgo de tener que afrontar sus propios errores.

PARTE 2

TRAS LA HUELLA DE STIEG

RORSCHACH

Estocolmo, 20 de marzo de 2013

Ya había caído la tarde y la nevada había amainado un poco cuando salí del trastero de alquiler. Encima de mi Volvo 780 había veinte centímetros de nieve virgen, que quité con la manga del abrigo. Oí el clásico sonido de un motor de arranque sobredimensionado; el coche se puso en marcha después de dos golpes de pistón. Di marcha atrás haciendo derrapar las ruedas para superar el montículo de nieve que se había formado.

En mi cabeza, una vorágine de ideas. Tras un día entero en el archivo, ya no podía asimilar más información. Ahora sabía que en el archivo había una serie de datos sobre el asesinato, pero no lo que iba a hacer con ello. El gran inconveniente era que la teoría de Stieg chocaba de frente con aquella a la que yo mismo había llegado. Él sospechaba que el servicio de inteligencia sudafricano había ejecutado el crimen con ayuda de un grupo de suecos. Por mi parte, creía que se trataba de dos o tres suecos novatos. Costaba entender cómo se podía llegar a conclusiones tan dispares.

Sin embargo, quizás el caso Palme era el particular test Rorschach de Suecia. En lugar de manchas de tinta simétricas, se trataba de contemplar el caso Palme y decir lo que vieras. La respuesta decía más de ti que sobre el asesinato. ¿Prefieres al alcohólico Christer Pettersson, a policías de extrema derecha o al servicio secreto sudafricano? Tú mismo eliges lo que quieres ver.

A pesar de todo, mientras volvía a casa de mi visita al archivo, con los limpiaparabrisas en marcha a duras penas en una Estocolmo nevosa, oscura y desalmada, algo eléctrico recorría mis dedos. Un par de años antes, había encontrado un hilo en el caso Palme. Cuando me puse a tirar de él, aguantó y se hizo más y más largo, hasta que di con el archivo olvidado de Stieg Larsson. Ahora era imposible soltarlo. El asesinato del primer ministro era el enigma

final. Exigiría tiempo y energía. Pero la labor me entusiasmaba.

SINTAXIS DEL ESPACIO

Suecia, 2008-2010

El camino hasta el archivo de Stieg había sido tortuoso. Su punto de partida no había tenido nada que ver con el tema. Después de dos libros, ya te puedes considerar escritor; así que yo quería escribir el segundo. El primero trataba de los negocios turbios de Saab y British Aerospace en Chequia; se respaldaba en mi experiencia personal. El libro nuevo sería algo totalmente distinto.

Hace muchos años, estudié Arquitectura. Sin embargo, tras una carrera corta y fracasada, renuncié a mis ambiciones en ese gremio (aunque el tema me siguió interesando). Habían pasado más de veinte años desde que me licencié. Ya me acercaba a los cincuenta. No obstante, una de las asignaturas se me había quedado marcada a fuego en la memoria: los estudios de la sintaxis del espacio del sociólogo Bill Hillier. Junto con varios compañeros de la Escuela de Arquitectura Bartlett del University College de Londres, había desarrollado la teoría: describía diferentes tipos de lugares, cómo estaban conectados entre sí y cómo afectan a las personas que se encuentran en ellos.

A partir de la teoría, Hillier desarrolló herramientas empleadas por arquitectos, urbanistas y sociólogos para formar ambientes que afecten positivamente a las personas. Otros usaron esas herramientas para aumentar las ganas de consumo en centros comerciales. De pronto, de antemano podías saber si las zonas residenciales, los barrios de una ciudad, los pisos, las tiendas o los lugares de trabajo harían que la gente se sintiera cobijada, armoniosa e inspirada; o al contrario, si generarían intranquilidad, problemas sociales y, a la larga, criminalidad.

En un ejemplo famoso, la mayoría de los delitos no se cometían en una plaza con mucha gente, pero sí en rincones más ocultos cerca de la misma plaza; por ejemplo, a la vuelta de la esquina de un callejón. Cerca de sitios de mucha

afluencia, pero donde no te vieran.

Mi libro iba a tratar de lugares donde se habían cometido crímenes y donde el sitio en sí era importante. Me fascinaba la idea de que los lugares influyeran en las personas a la hora de delinquir. Y era algo que se podía estudiar, pero no explicar.

Después de más de un mes de investigación, había encontrado varios lugares donde se había cometido más de un crimen. Pero, por encima de todos, hubo uno que captó mi interés: el número 24 de la calle Norr Mälärstrand, en Estocolmo.

Los asesinatos de los Von Sydow habían sacudido la capital. A última hora de la tarde del 7 de marzo de 1932, hallaron a tres personas muertas en un piso de ocho habitaciones y doscientos cincuenta metros cuadrados en la cuarta planta de la calle Norr Mälärstrand 24. Los cuerpos los encontró la hija de quince años de la familia. Las víctimas fueron Hjalmar von Sydow, propietario del inmueble, la cocinera Emma Herou y la criada Ebba Hamn. A los tres les habían golpeado la cabeza con un objeto contundente, probablemente una plancha que faltaba en la casa.

Hjalmar von Sydow era presidente de la patronal sueca, diputado de la primera cámara en el Parlamento y poseedor de la Orden de Vasa. Era una de las personas más prominentes no solo de la ciudad, sino del país entero. En cuanto la policía recibió el aviso, consideraron que el autor de los hechos debía de ser su hijo: un chico de veintitrés años que vivía en la misma casa. Fredrik von Sydow había huido del lugar con su esposa, Ingun von Sydow, de la misma edad y nacida en el seno de la familia Sundén-Cullberg.

Alrededor de las diez de la noche, la policía dio con el joven matrimonio en el restaurante Gillet de Uppsala. La policía los esperó en el vestíbulo para no llamar la atención de forma innecesaria. Sin embargo, antes de que tuvieran tiempo de detener a la pareja, Fredrik disparó a Ingun en la cabeza. Murió al instante. Acto seguido, se suicidó de otro tiro. Fue uno de los casos de asesinato más comentados en la historia de Suecia. Se bautizó como «los asesinatos de Von Sydow». Fue uno de los mayores escándalos del país.

Por motivos evidentes, la historia del piso estaba manchada. A pesar de que eran muchos los que querían vivir en uno de los apartamentos más hermosos de Estocolmo, en las décadas siguientes ningún inquilino duró demasiado tiempo en esa dirección. Hasta que en 1980 el doctor Alf Enerström y la actriz Gio Petré se mudaron al piso de los Von Sydow. Durante muchos años, Enerström y Petré llevaron a cabo su intensa campaña de odio contra Olof Palme desde el piso en el que tres personas habían sido brutalmente asesinadas varias décadas antes.

Veintitrés años después de que Alf Enerström se hubiese ido a vivir al piso, la relación con Gio Petré ya había llegado a su fin. Su salud mental era mala y había sido condenado en varias ocasiones a cárcel y reclusión psiquiátrica por reiterados delitos con violencia. La majestuosa vivienda estaba bastante deteriorada. Alf llevaba tiempo llenándola de todo tipo de porquería y basura. Además, hacía varios meses que no pagaba el alquiler.

El 28 de noviembre de 2003, lo iban a desahuciar. Cuando el representante de la Oficina Nacional de Cobro y la policía llamaron a su puerta, él les abrió vestido únicamente con una camisa y con una cacerola en la cabeza a modo de casco. Al darse cuenta del motivo de la visita, Alf se encerró rápidamente y comenzó a disparar contra la puerta doble con cristales esmerilados. Una agente de policía sufrió varias heridas de bala, pero sobrevivió. Alf Enerström fue ingresado en un hospital psiquiátrico.

Los acontecimientos del número 24 de la calle Norr Mälarstrand eran el ejemplo más fascinante para mi libro sobre lugares de doble crimen.

Leí varios libros sobre los asesinatos de Von Sydow y todo lo que había sobre Alf Enerström. No tardé demasiado en encontrar el informe de la Comisión de Revisión sobre el caso Palme de 1999, un documento de unas mil páginas que repasa de forma más o menos detallada las pistas sobre las que la policía había trabajado durante su investigación. En seis páginas se describe una lista de medidas tomadas contra Alf Enerström. Estaba claro que a la sombra de las pistas del PKK y Christer Pettersson había inspectores dentro de la policía que se habían interesado bastante por Enerström. El que más, el subinspector Alf Andersson.

Los días siguientes al asesinato recibieron gran cantidad de pistas que sugerían la implicación de Enerström. Un informante contó que dos meses antes del magnicidio, Enerström había dicho «voy a frenar a Palme antes de lo que te piensas» y «el día que nos hayamos quitado de en medio a los socialdemócratas, nos elegirán a nosotros». Después, al informante se le había ofrecido el puesto de ministro de Justicia en el futuro gobierno de Enerström. La policía lo había interrogado: su coartada fue que en el momento del crimen había estado en Norr Mälarstrand 24, junto con su esposa Gio Petré.

Un mes después del asesinato, Hans Holmér había decidido que no había motivos para vigilar a Enerström. Dos semanas más tarde, el análisis de la Säpo confirmó la decisión: «La policía secreta considera zanjado todo lo que tenga

que ver con Alf E.».

En las siguientes páginas del informe, pude leer que las pistas contra Enerström siguieron entrando. Alguien quería seguir investigando, pero las sospechas se dejaron de lado en reiteradas ocasiones. Las medidas propuestas se desestimaron.

Para el capítulo sobre Norr Mälärstrand 24 que quería escribir en mi libro, no podía tener mejores personajes que el extravagante Fredrik von Sydow y el fanático Alf Enerström. Inteligentes, elocuentes, carismáticos, narcisistas y dispuestos a actuar con violencia. Y Enerström había sido sospechoso del asesinato de Olof Palme.

El libro empezaba a coger forma: realmente, ciertos lugares podían empujar a ciertas personas a cometer crímenes. Hacía falta que un hombre orgulloso (siempre un hombre) pasara una temporada larga en un sitio que avivara su engreimiento. El lugar tenía que ser apartado, exclusivo y dar una sensación de invencibilidad. Si todos esos requisitos se cumplían, podía darse el caso de que ese tipo de hombre cometiera un grave delito en esa clase de sitio. A Bill Hillier no le serviría de nada para su teoría, pero funcionaba como premisa para un libro interesante sobre homicidios reales.

Ya sabía cuál sería el siguiente paso en mi investigación: Alf Enerström acababa de recibir el alta de la planta de psiquiatría del hospital de Arvika. Tenía que entrevistarle.

EL ANTI-PALME

Estocolmo, octubre de 2010

Llegué unos minutos antes de la hora acordada y esperé a las puertas de la cafetería Thelin, en el barrio de Kungsholmen. No me había costado nada dar con Alf Enerström. Incluso había una página web con su currículum y una dirección de correo electrónico. Una semana después de mandarle un *e-mail*, Bo, el acólito de Enerström, y yo habíamos puesto fecha para reunirnos. Poco antes de la una, un hombre muy viejo y muy alto se me acercó. Llevaba un anorak moteado de un color turquesa poco frecuente; su presencia era andrajosa, casi como la de un indigente. Por debajo del abrigo, vislumbré varias capas de camisas de colores. Todas de algodón. Su mirada revelaba que estaba buscando a alguien y yo le pregunté:

—¿Tú eres Alf?

—Sí, soy yo. El último de nueve hijos, mis padres querían un nombre corto, y así fue. Alf.

Gesticuló y se rio un poco. Por un acto reflejo, di un paso atrás. Pero también quise saber más.

—Qué alto eres —dije.

—Sí, ¡mido uno noventa y cinco! De joven era muy rápido. He corrido con Gunder Hägg. Me dijo que, si entrenaba, sería más rápido que él.

Gunder Hägg había batido diez récords mundiales en ocho días, por ejemplo en los 1.500 y en los 5.000 metros. Era algo que recordar, sin duda. No obstante, quedaba claro que Alf no estaba bien. Demasiada información, demasiado rápido. Enseguida se nos unió su amigo Bo, mucho más tranquilo: un hombre de setenta años normal y corriente, con anillo de casado y bien vestido.

La decoración en la cafetería había cambiado desde la última vez que había

estado: de un ambiente acogedor, con butacas de terciopelo oscuro y mesas de mármol, a lo que alguien debía de considerar un estilo más moderno, con sillas de diseño oscuras y mesas cuadradas de color blanco. Siguiendo las costumbres de todo buen anciano, tanto Alf como su amigo querían un café y sendas pastas de hojaldre crujiente.

—He leído tu página web, Alf. Parece que has llevado una vida de lo más emocionante.

—Sí, era el más inteligente de toda la escuela, así que pude ir a Gävle, al otro lado del río. El único en la familia que tuvo la oportunidad de cursar el bachiller e ir a la universidad; me licencié tanto como mecánico de aviación como de oficial de vuelo. Por suerte, nunca tuve que volar con el Tunnan, el barril volador de Saab; entonces ya no estaría aquí sentado. La mitad de los pilotos murieron. Luego empecé en la planta de Saab en Linköping; cuando me cansé de eso, estudié para médico. He tenido más de ciento cincuenta mil pacientes.

Obviamente, mis temores sobre cómo entablar conversación con él eran infundados. Saltaba a la vista que Alf era el centro de todo y no le importaba compartir un montón de historias, algunas más creíbles que otras.

Pensé que todo lo que Bo me había dicho por teléfono debía ser cierto. Había asumido la tarea de ayudar a Alf con distintos problemas (al parecer, surgían más de los que tenía tiempo de resolver).

Llevábamos un buen rato hablando (mejor dicho, Alf llevaba un rato hablando y nosotros escuchando) cuando entramos en un terreno que me interesaba especialmente.

—Gio y yo nos mudamos a un piso espectacularmente bonito. Lo convertimos en el cuartel general de nuestra labor política.

—¿Te refieres al piso en el número 24 de Norr Mälarstrand, donde tuvieron lugar los crímenes de Von Sydow? —pregunté.

—Exacto. El mismo piso. ¿Te lo puedes creer?

—No parece que se te hiciera raro mudarte a una casa donde tres personas habían sido brutalmente asesinadas.

—El piso era fantástico. Y nos dejaron el alquiler a buen precio.

Así pues, confirmado: era el mismo piso. Había conseguido una buena cita para mi libro sobre lugares, pero intuí que detrás había una historia aún mejor.

—Háblame un poco de tu relación con Gio.

—Gio, Gio. Era la mujer más guapa del mundo. En Estados Unidos también lo pensaban cuando estuvo allí. La entrevistaron para *Life* y *Playboy*. Se

detuvieron en describir su belleza. Luego vino a Suecia. Empezamos a trabajar juntos en política. Yo soy socialdemócrata. Al principio, trabajamos para Palme. Sin embargo, cuando lanzó su propuesta de legalizar el aborto por completo, tuvimos suficiente y empezamos a viajar por todo el país para hablar con la gente. Nos convertimos en los opositores más fuertes de Palme. La gente quería ver a Gio. Sabía embrujar al público. Los trabajadores normales la escuchaban.

—Pero ¿de verdad fue Palme quien propulsó la cuestión del aborto libre?

—Sí, fue él. Era parte de lo que había empezado a aflorar. Es lo que yo llamé «palmeísmo». Pero también supuso su derrota en 1976, cuando perdió las elecciones gracias a la campaña de Gio y mía. Es lo que decidió los resultados. Si él se hubiese mantenido fiel a lo que había acordado con nosotros, podría haber continuado en el puesto. Pero de Palme no te podías fiar. Eso también era parte del palmeísmo. Olof Palme era el único que contaba. Escribimos un libro sobre cómo habíamos influido en las elecciones y por qué. Se titulaba *Nosotros hicimos caer el Gobierno: una caída para Olof Palme*.

Yo llevaba el libro conmigo, había doblado las esquinas de las páginas en las que me había parecido encontrar algo interesante. La mitad de los textos estaban firmados por Alf; la otra mitad, por Gio. A medida que avanzaba en la lectura, el tono contra Palme se iba endureciendo.

—En este texto de Gio pone que «ha entendido que ha visto al demonio». Se refiere cuando conoció a Olof Palme. ¿Qué quería decir con eso?

—Pero si está claro. ¿Conoces Grecia? En su momento, fue el mejor país del mundo. Ahora es el peor. Si Palme hubiese continuado, Suecia habría terminado como Grecia. Se cargó el país. Alguien tenía que pararle los pies.

—Pero eso no puede implicar llegar a asesinarlo, ¿no?

Alf me miró con unos ojos entornados que de pronto se habían vuelto fríos y duros. Se frotó brevemente el mentón sin responder.

—De eso hace mucho tiempo. Mi cerebro ha quedado tocado de tantas medicinas. No me acuerdo bien... Pero que Olof Palme era malo para Suecia... Bueno, de eso estoy seguro. Si hubiese continuado, en este momento no nos quedaría ninguna de las grandes empresas suecas.

Alf empezaba a cansarse. Tuve claro que aquel día ya no conseguiría llegar más lejos. Había conocido al famoso Alf Enerström. Su personalidad me admiró y me asustó a partes iguales. Era inevitable pensarlo: aquel hombre parecía lo bastante loco como para estar implicado en un asesinato, y quizá fuera lo bastante inteligente como para salir impune. No había leído en ningún sitio que

las sospechas contra Enerström por el asesinato de Olof Palme hubiesen prescrito. Al contrario, el capítulo dedicado a Alf Enerström en el informe de la Comisión de Revisión terminaba con una cita extraída del memorando del caso Palme de 1996: «Si se cree en una posible conspiración tras el asesinato, sigue habiendo mucho por destapar en lo referido a Alf E.».

Sin embargo, lo que más me había consternado era la historia de cómo él y Gio habían iniciado su larga relación después de dos hechos terribles: se habían encontrado porque compartían un mismo destino.

El guionista Henry Sidoli, que conocía tanto a Alf como a Gio, sabía en qué se sustentaba su relación. Cuando se conocieron, habían pasado tres años desde que Gio había perdido a sus hijos entre las llamas de un incendio, y apenas un año, desde que las hijas de Alf habían muerto ahogadas tras un accidente de avión.

Henry había comprendido que la pérdida de dos hijos y el abrumador sentimiento de culpa era algo con lo que difícilmente podía lidiar una persona. Alf Enerström y Gio Petré se conocieron gracias a él y empezaron a salir juntos.

LOS NIÑOS MUERTOS #1

*EXTRACTO DEL INFORME DE EVALUACIÓN SE - BZR AUSTER V.
ENSENADA DE SIGTUNAFJÄRDEN, SV SIGTUNA, DIPUTACIÓN DE
ESTOCOLMO. 12 DE JULIO DE 1971*

En relación con el despegue en la ensenada de Sigtunafjärden con rumbo SO, los testigos han explicado que la avioneta parecía avanzar con pesadez y que tras un tramo recto no definido se alzó poco más de un metro sobre la superficie del agua, tras lo cual la avioneta volvió a amerizar. El intento de despegue se prolongó otro tramo antes de elevarse de forma bastante abrupta, para acto seguido comenzar a virar a la izquierda. Tras este giro, la avioneta cayó en picado al agua.

A Alf Enerström lo recogió un barco que se apresuró hasta el lugar del accidente. Flotaba junto a la avioneta, que casi se había hundido por completo. Tras más de media hora de labores de rescate, un buzo subió con las dos niñas muertas: habían quedado dentro del avión siniestrado, a cuatro metros de profundidad. Las niñas fueron trasladadas en ambulancia hasta el hospital Löwenströmska, donde el doctor Strömstedt confirmó su fallecimiento. Las llevaron al depósito de cadáveres del centro hospitalario.

* * *

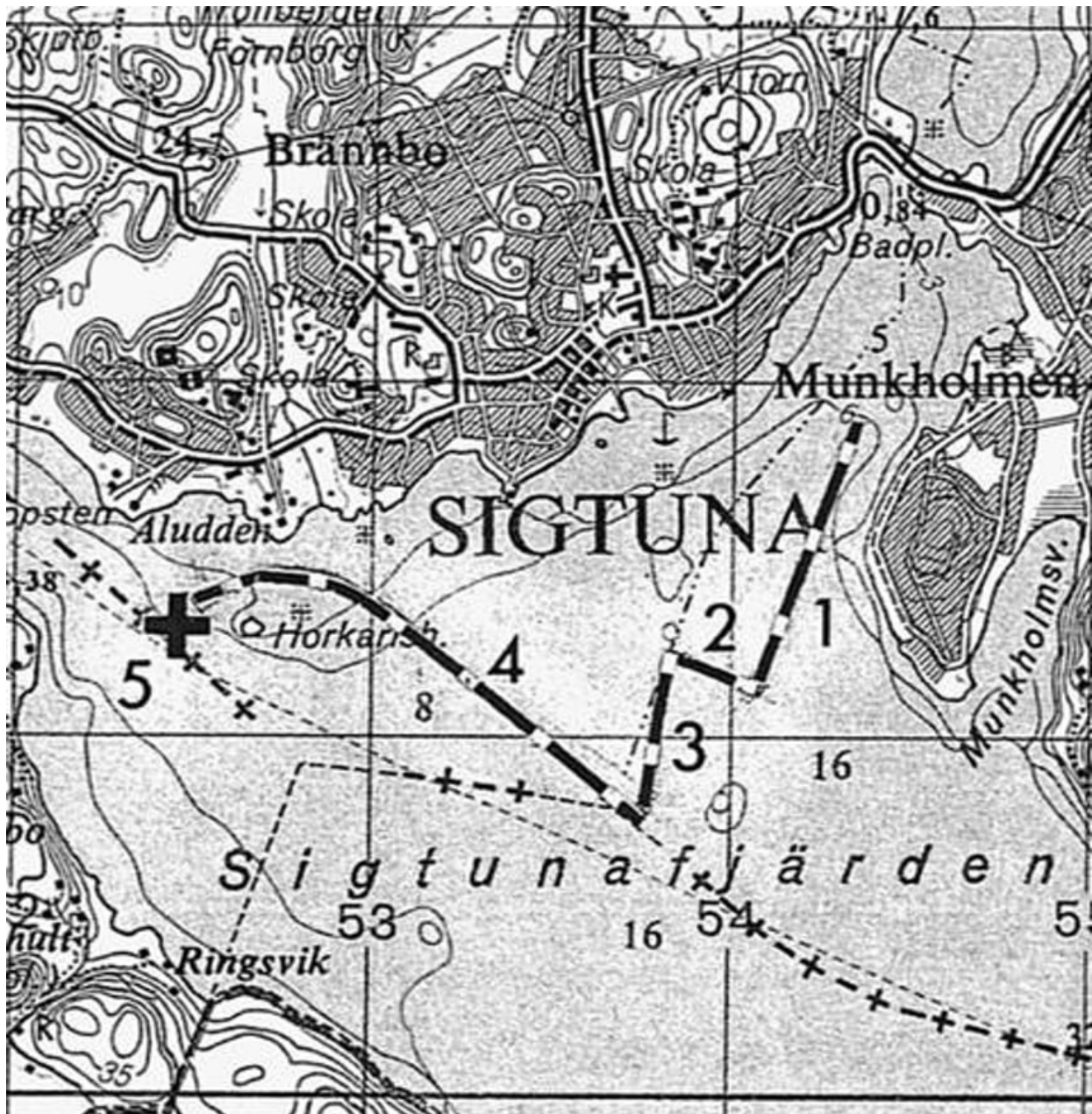
Skans: Grabaré la conversación en cinta y mi compañero tomará algunas notas.
¿Podrías explicar lo que ha pasado?

Enerström: ¿Estuviste allí?

Skans: Llegué un poco después.

Enerström: ¿La avioneta se hundió?

Skans: Se hundió.



Mapa de la investigación del accidente de la ruta aérea de Alf Enerström.
(Archivo del autor.)

Enerström: ¿Qué me pasó a mí?

Skans: Saliste por tu propio pie. La cola estaba parcialmente fuera del agua cuando el primer barco llegó. Te estabas agarrando a ella.

Enerström: No guardo ningún recuerdo de eso. Me acuerdo de todo hasta que chocamos contra el agua. Debí de salir despedido. No salí por mi cuenta.

Skans: ¿A qué hora teníais previsto salir?

Enerström: Bueno..., ¿qué hora debía de ser? Las cuatro o las cinco... ¿Qué hora es ahora?

Skans: Son las ocho menos cinco. Así que han pasado unas cuatro horas. ¿Habías alquilado la avioneta o la tomaste prestada a Scherdin y la fuiste a buscar?

Enerström: Sí, eso.

Skans: ¿El Amazon que está allí fuera es tuyo?

Enerström: Sí.

Skans: ¿Podrías explicar brevemente cómo fue?

Enerström: Sí. Bajé hasta el avión y eché un vistazo, comprobé el aceite, reposté. Depósito lleno. Hinché el flotador con la bomba. Luego senté a mi hija pequeña detrás.

Skans: ¿Cómo se llama?

Enerström: Laila. ¿De dónde me sale la sangre?

Skans: De la aleta izquierda de la nariz.

Enerström: Pues la senté allí y le puse el cinturón. Y una maleta a su lado y una americana encima de esta. Eva, mi hija mayor, se sentó a mi lado. Se puso el cinturón y luego salimos.

Skans: ¿Cuál era el propósito? ¿Ibas a volar lejos?

Enerström: Solo volar.

Skans: ¿Salir a dar una vuelta? ¿Pasar el día?

Enerström: Sí, pasar el día, ir a la isla de Vaxholm.

Skans: ¿Y de vuelta?

Enerström: Trabajo en el hospital Karolinska. Por las tardes, compenso las guardias. Y mi mujer tenía muchas ganas de venir. Tenemos cachorros y un hijo, que tiene nueve años, por eso íbamos a buscarlos. ¿Entiendo que mis hijas no han conseguido salir?

Skans: No, no lo han conseguido.

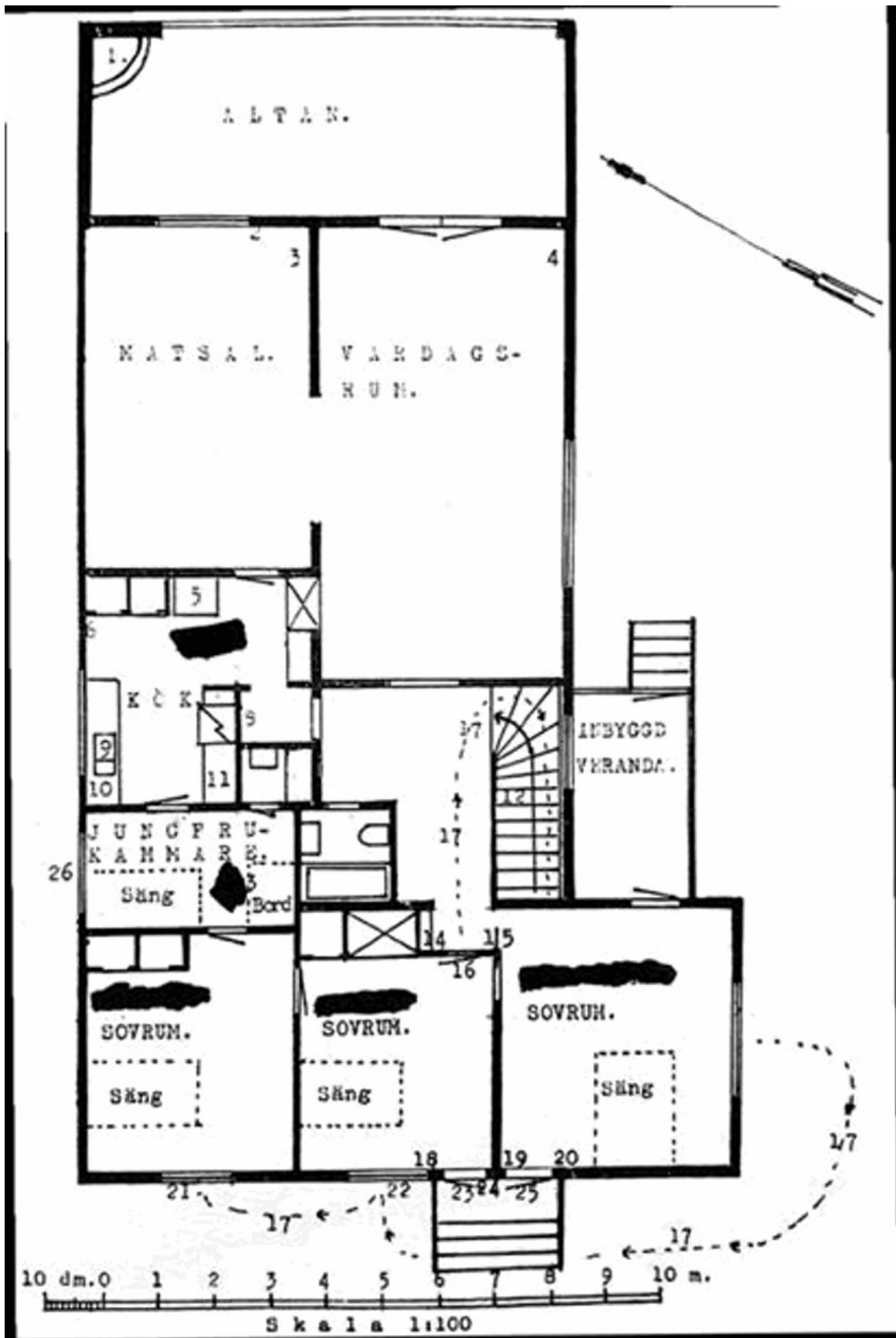
A partir de aquí la conversación gira en torno a las circunstancias de las niñas.

LOS NIÑOS MUERTOS #2

*EXPRESSEN, 27 DE AGOSTO DE 1969,
POR BARBRO FLODQUIST*

Pobre, pobre Gio Petré. ¿Cuántas penas tiene que pasar una persona antes de que la vida acabe con ella? Primero le arrebató a su marido, el carismático productor de cine Lorens Marmstedt. Se queda sola, una viuda de veintiocho años con dos críos pequeños, Pierre y Lovisa. El niño de dos años y medio; la niña de apenas unos meses.

Ahora, más de tres años más tarde, fallecen sus dos hijos. Delante de sus ojos, después de que Gio tratara en vano de salvarlos de la casa en llamas. Esas dos criaturas..., lo único por lo que la vida merecía la pena tras la pérdida de su marido. Ahora los médicos se han ocupado de Gio. Está ingresada, ha sufrido heridas. Pero consciente de la macabra soledad que la rodeará de ahora en adelante.



Plano de la vivienda de Gio Petré sacado del informe de actuación de los bomberos. (Archivo del autor.)

VIUDA POR PARTIDA DOBLE

Värmland, enero de 2012

El mismo sonido de siempre. ¿Alguna vez ha pasado que un Volvo no se ha puesto en marcha? El camino hasta Örebro era como cualquier otra carretera nacional: intervalos de autovía y vía rápida, con mucho bosque de coníferas y algún que otro lago. Después el paisaje cambió. Empezó a ondularse más, los bosques se espesaron y los lagos se oscurecieron. Los montículos ocasionales de nieve se tornaron un completo manto. Granjas pintadas de rojo y pueblos obreros. Si tuviera que describirle Suecia a alguien que estuviera planeando un viaje, lo describiría como la provincia de Värmland. Pasada la ciudad de Karlstad, eso se hizo aún más plausible: medio metro de nieve y un sol radiante. Los últimos treinta kilómetros no vi demasiadas casas y aún menos personas. A menudo había uno o más coches americanos de los años cincuenta junto a las casas, uno de los últimos vestigios de aquella moda.

Estaba esperando a que el edificio apareciera tras la siguiente curva. La laguna de Glafs fjorden serpenteaba con calas y peñascos en la otra orilla. Al final la vi: Finca Sölje. Una alameda de unos doscientos metros llevaba hasta la vivienda: un caserío de color amarillo del siglo XVIII. Las fotos que había visto mostraban una casa más bien en ruinas, con un montón de escombros delante, incluidos una decena de coches que Alf Enerström había colocado allí adrede para bloquear a eventuales e indeseados visitantes. Ahora la casa le hacía la competencia al sol. Me acerqué hasta la rotonda, donde había una fuente algo exagerada y vacía en invierno, con balastrada alrededor y una diosa griega en el centro. Al lado del vestíbulo, vi un Mercedes blanco y otro negro, ambos antiguos de los sesenta y setenta. Estaban en perfecto estado.

Sin embargo, yo estaba más pendiente del enorme perro que estaba entre mi coche y la entrada. Una especie de san bernardo. Aunque más grande. Con

cuidado, abrí la puerta. El perro se volvió inmediatamente para mirarme y comenzó a gruñir. Cerré la puerta otra vez. Repetí el mismo proceso un par de veces más. Aunque el perro no se moviera del sitio, no me atrevía a poner un pie en el suelo.

Deshice el camino por la alameda. Había hecho todo el trayecto desde Estocolmo y ahora no me atrevía ni a llamar al timbre. Si conseguía verme con Gio, las diez horas de coche habrían merecido la pena. Quería preguntarle por Norr Mälarstrand 24, por su vida con Alf en el piso. No obstante, la idea de que quizá me contara algo sobre el caso Palme y la posible implicación de Alf Enerström me producía un hormigueo en el estómago. Si estaba involucrado, ella lo sabría.

Seguí el camino asfaltado. Al cabo de un rato, conseguí elaborar un plan que incluía un trozo de salchicha del pequeño súper ICA que había en Glava. Cuando volví a la finca, el perro seguía en su sitio, pero le tiré la salchicha al entrar en la rotonda; luego me acerqué todo lo que pude a la entrada. Cuando llamé a la puerta, el perro estaba totalmente absorto por la carne.

—Hola, me llamo Jan. ¿Eres Gio?

—Te he estado esperando.

Hablaba como en una película de Bergman, aunque su tono era más ligero. Gio no era una mujer corpulenta, pero llenaba toda la sala. Sabía que tenía setenta y cinco años, pero la energía que desprendían sus ojos hacía que pareciera veinte años más joven, a pesar de la melancolía. Llevaba el cabello sin cepillar. Se había puesto ropa de tejido suave, de la que se elige para estar cómoda, no para ver a alguien.

—¿Y eso? ¿Me has visto venir, hace una hora?

—¿Eras tú? En general, me paso las horas sentada junto a la ventana del pasillo, leyendo. Pensé que a lo mejor solo era alguien que quería mirar la casa. Suele pasar. Pero luego pensé en tus mensajes del contestador. A lo mejor te debería haber respondido. No obstante, si se trata de algo importante, tarde o temprano acaba surgiendo. Siempre sucede. Y ahora estás aquí.

Gio se había hecho a un lado y me invitó a pasar. El recibidor no era tan grande como cabía esperar de una finca como aquella. Aun así, habían conseguido meter una escalera doble hasta la primera planta y murales que creaban una atmósfera acogedora y rural.

—¿Tal vez te apetezca un café y una tostada?

Me había dejado el obligatorio rosco de canela en el coche y no pensaba

arriesgarme a que el perro me pegara un mordisco. Así pues, a pesar de haberme tomado tres tazas de café negro por el camino, le dije que sí a ambas cosas.

—Nos sentaremos en la cocina. Así me cuentas por qué has venido desde Estocolmo para hablar con una señora de casi ochenta años.

En los fogones eléctricos había una cafetera que vibraba por las gotas de agua que habían quedado atrapadas entre la plancha y el fondo de aluminio de la cafetera. Le hablé de mi proyecto de libro, del interés que me había despertado Norr Mälärstrand 24 y de cómo eso me había llevado hasta ella y Alf. Cuando terminé, la cafetera justo comenzaba a resoplar. Gio llenó una tacita de porcelana y yo me quedé esperando a que dijera algo mientras dejaba que el poso bajara al fondo.

—Un par de años después de que Alf y yo nos conociéramos, nos mudamos al piso de Estocolmo. También queríamos un sitio en el que pudiéramos huir de todo, y encontramos esta finca. Los dos sitios se volvieron importantes para nosotros, pero de maneras diferentes. En aquella época, Alf ya estaba obsesionado con la política, pero yo no.

—¿En qué sentido estaba obsesionado con la política?

—Bueno, en los años setenta empezó a implicarse en las campañas electorales y a viajar por todo el país. Quería que yo captara a la gente como actriz famosa, así que me tocaba leer poemas. A mí nunca me interesó la política. ¿Cómo iba a tener tiempo para eso? Teníamos cinco caballos, ochenta ovejas y una vez al año llegaba un hijo nuevo. Al final tuvimos cuatro. Él se aprovechó de mí. Prácticamente, me obligaba a acompañarlo a sus encuentros políticos.

Más rápido de lo que me esperaba, Gio se había lanzado a hablar. Saltaba a la vista que llevaba tiempo guardándose cosas y que no había tenido a nadie con quien hablarlo.

—Nunca le he contado esto a nadie. No sé si...

—A veces es importante hablar —dije.

—Pero a mí nunca me interesó la política...

Gio se repetía, como si cogiera carrerilla para continuar.

—Alf quería convertirse en algo grande y tenía ideas. Estaba obsesionado con eso. Al final, tuvo problemas psíquicos.

—¿Y cuándo comenzaron?

—Supongo que fue gradual. Había perdido a sus dos niñas en un accidente de avioneta; puede que en el accidente él se golpeará la cabeza. No quedó claro.

Luego vino el asesinato de Palme... Y entonces la cosa empeoró.

—¿Qué pasaba con Palme?

—Fue muy desagradable. En aquella época, los niños iban a la Escuela Francesa en Estocolmo. A raíz del asesinato, Alf los trajo a la finca y no les dejó ir a la escuela por culpa de su manía persecutoria. Fue muy difícil. Realmente difícil. Luego se volvió violento y vino la policía y tal. Fue terrible... A mí me pegaba cada vez más. Una agresividad enorme. Tiraba muebles y cosas así.

—Suenan horrible... Insoportable.

—Al final nos echó a mí y a los niños el día de la boda de mi hija. Íbamos a celebrarla aquí en la finca, pero Alf estaba metido de lleno en lo que él llamaba la campaña electoral. Así pues, tuvimos que mudarnos. Luego volvió a venir la policía con un grupo de asalto y lo detuvieron por tenencia de armas y cosas...

—Pero eso fue mucho más tarde, ¿verdad?

—Eso fue doce años después del asesinato de Palme.

—Vaya, hemos ido un poco deprisa. ¿No podrías hablarme de su fijación con Palme? ¿Cuándo comenzó?

—Cuando Alf y yo nos conocimos, él solo hablaba de Palme y de Ingmar Bergman. Eran sus grandes ídolos.

—¿Palme era su ídolo?

—Sí, lo era. Pero luego la cosa dio un giro. Se obsesionó más y más con la política y fue saltando de un partido a otro, hasta que comenzó Oposición Socialdemócrata. Lo apostó todo por trabajar en contra de Palme.

—¿No había nada que tú pudieras hacer?

—Al principio, pensé que sí. Cuando nos conocimos, éramos como dos pajarillos heridos. En mi vida habían muerto todos. Mi marido Lorens murió, mis hijos murieron, mi padre murió. Alf dijo: «Necesitas críos», así que compramos esta fantástica finca y tuvimos hijos y caballos para los hijos. Tendría que haber sido una vida ideal, pero luego algo se torció.

—¿Cuándo lo notaste?

—Muy pronto. Él tenía un humor horrible. Su hijo, Ulf, lo soportó como pudo.

—¿Ulf es el hijo que estaba esperando con su madre cuando las niñas murieron en el accidente?

—Sí. Vivía con nosotros, pero Alf le pegaba. Cuando los servicios sociales vinieron para cuidar de Ulf, Alf se convenció de que era Palme quien estaba detrás de todo. Cuando nuestros hijos crecieron y comenzaron a tener su propia

opinión, se vieron atrapados. Al final, nos separamos en 1998. Yo me fui a vivir a Estocolmo, a casa de mi madre. Luego conocí a Lars Thunholm, por casualidad. Un viejo director de banco que había sido amigo de la familia.

—¿Lars Thunholm? ¿Verdad que trabajaba en la esfera Wallenberg, para el banco SEB y la compañía Bofors?

—Sí, pero, cuando nos juntamos, ya estaba jubilado.

Dejé que Gio viajara en el tiempo una vez más. Era la primera vez que le contaba su historia a alguien ajeno. A medida que avanzaba en su narración, parecía que se le iban abriendo nuevas puertas que llevaban años cerradas a cal y canto.

—Pero tú ya conocías a Lars de antes.

—Alf conocía a su mujer, May: había recaudado dinero para las campañas entre los suecos que vivían en el extranjero, pero había muerto unos años antes. Luego yo me crucé con Lars y me invitó a la ópera. Hacía veinte o treinta años que no iba. Entre nosotros surgió un gran amor.

—Y fuisteis pareja.

—Sí. Ocho años maravillosos. Pude comprarle a Alf su parte de la finca. Tras la separación, yo llevaba un tiempo sin venir por aquí. La finca se había ido deteriorando. Quedó hecha una piltrafa. Alf vivía aquí con otra persona. Se llamaba Rickard.

—¿Quién era?

—En verdad se llamaba de otra manera, pero llevaba peluca, se hacía llamar Rickard y era otro hombre.

—¿Otro hombre...? ¿Qué quieres decir? ¿Estaban juntos?

—¡No, no! Él quería ser otra persona. Era el lacayo de Alf. Seguía la misma línea política que Alf.

—¿A qué te refieres?

—Bueno. Estaba escribiendo un libro con el que yo le había echado una mano.

—¿De qué iba?

—Palme, por supuesto.

Hojeé mis apuntes, más que nada para tener un poco de tiempo para pensar. La conversación había comenzado discretamente. Sin embargo, en cuanto había pulsado el botón de «háblame de tu relación con Alf», fue como si se hubiese roto una presa.

—Yo me ocupaba de la familia y de la finca. Mientras, Alf daba vueltas

reuniendo dinero para sus campañas —continuó Gio—. Recogía grandes fajos en el lavabo del Sheraton en Estocolmo. Y luego tenía a sus señoras ricas, May Thunholm y Vera Ax:son Johnson. Lo ayudaban a recaudar dinero tanto en Suecia como en el extranjero. Pero nunca nos contó quiénes eran los donantes. Y la familia nunca recibió nada. Alf sabía en qué fecha llegaban las becas de estudios de los niños y sacaba el dinero. Les complicó tanto las cosas...

—¿A los niños?

—Sí, aún están lidiando con ello. Aunque la primera época fue muy bonita, con los animales y todo eso.

—¿Podrías hablarme un poco del tiempo en Norr Mälarstrand? En realidad, mi libro hablará de eso.

—¿Qué quieres saber? Hay tantas cosas que he olvidado o borrado de mi memoria. Muchas veces, cuando me viene algo a la cabeza, me digo: «No pienses en eso, no pienses en eso, no pienses en eso». Y dejo de pensar.

—¿Qué sabes, por ejemplo, de cuando Alf fue desahuciado del piso, en 2003?

—No mucho más de lo que leí en la prensa. Y lo poco que me contó la policía.

—¿Se pusieron en contacto contigo?

—Los llamé yo. Y les dije que Alf tenía un Smith & Wesson de esos.

—Espera un momento. ¿Alf tenía un revólver como el que se usó para matar a Palme?

—Así es.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. En el tiempo que estuvimos juntos, siempre lo tuvo.

—¿Desde antes del asesinato de Palme?

—Sí, mucho antes.

—¿Y qué dijo la policía al respecto?

—Dijeron que no habían encontrado ningún arma. Pero entonces nuestro hijo Johan les contó dónde solía esconderlas. En una estufa de cerámica, detrás de una trampilla. Encontraron una pistola, pero no era una Smith & Wesson.

—¿Tenía más armas?

—Tenía un montón de armas. Rifles y pistolas. Le cayó una condena por eso. Cada noche, Rickard tenía que dar una vuelta por la finca con un rifle y comprobar que no hubiera nadie escondido.

—Vaya tela... Volviendo a lo de Olof Palme..., ¿qué hicisteis el día del asesinato?

—Los niños tenían semana blanca y estábamos aquí en la finca. Tendríamos que haber ido a una cabaña que teníamos en la provincia de Dalarna, pero, de pronto, a Alf le dio por trabajar en un texto sobre Palme. Así pues, el miércoles antes del asesinato dejamos a los niños en la finca con una canguro y nos fuimos a Estocolmo. En realidad, yo no quería, pero no podía negarme. Fuimos en una vieja furgoneta Volkswagen y cambiamos de coche en Grums, para coger una de esas cafeteras que tenía Alf. Tenía manía persecutoria, así que cambiaba de coche a menudo. Yo quería comprar unas joyitas para dos Marias a las que conocía y que celebraban su santo el viernes, el día del asesinato. Primero comimos algo en un restaurante, luego fuimos a la avenida Sveavägen (poco antes de que las tiendas cerraran) y después nos marchamos a casa. Por la noche, vimos las noticias. Luego, Alf dijo que se iba para meterle más monedas al tique de aparcamiento. Más tarde, reparé en que los viernes no hay que pagar por aparcar. Es gratis todo el fin de semana. Me fui a la cama y me dormí. Cuando más tarde me desperté, vi una sombra al otro lado de las puertas de cristal.

—¿Era Alf?

—Debió de serlo... —dijo Gio, aunque no parecía segura.

—Pero ¿la policía sabe todo esto? Yo solo he leído que Alf tenía coartada: que había estado toda la noche en casa, contigo.

—Sí, llamé a la policía después de separarnos, en 1998. Entonces por fin me atreví a contarle. Los he llamado un par de veces, pero no han hecho nada al respecto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque imagino que me habrían llamado para preguntarme cosas, o porque habríamos leído algo en la prensa.

—Sí, claro. Alf dijo que no se habían puesto en contacto con él desde hacía muchos años.

—¿Has visto a Alf? ¿Sigue vivo? —preguntó Gio.

—Desde luego, no paraba de decir cosas buenas de ti.

—Ah, vaya...

Había evitado mencionar que me había reunido con Alf, pues la relación entre ellos no era buena. Gio se limitó a arquear las cejas y a dar un sorbo al café.

—Evidentemente, he dado unas cuantas vueltas a la idea de que Alf podría

haber estado relacionado con el asesinato. Además, por lo que yo sé, Rickard también estaba en Estocolmo en aquel momento. Pero ¿por qué habría disparado Alf a Palme? Ten en cuenta que Palme era su sustento principal. Después del asesinato, tuvimos aún menos dinero.

—¿Habló contigo la policía después del asesinato?

—Vino un agente. Se llamaba Alf Andersson, me parece. Apareció un par de veces y hablamos. Más tarde, los buzos estuvieron buscando el arma aquí, en la laguna de Glafsforden.

—Esto sucedió en la época en la que Alf tenía coartada. La coartada que tú le diste.

—Sí, así es.

Los últimos rayos de sol entraban por la ventana de la cocina y la conversación fluía con facilidad. Gio me contó historias de su vida después de Alf, pero volvía con frecuencia a cosas relacionadas con el caso Palme y yo me dejaba llevar. Gio era una de las personas cuya vida había cambiado por el asesinato. Dos tiros en Sveavägen habían cambiado Suecia y sus consecuencias habían removido la vida de una serie de personas, ya fueran testigos, sospechosos o, simplemente, gente que conocía a alguien que había estado bajo la lupa de aquella gigantesca investigación.

Gio aprovechó una pausa en la conversación para enseñarme la casa. Empezamos por la parte de atrás, que tenía vistas a las aguas de Glafsforden. La belleza era casi indescriptible, pero el agua oscura, las rocas afiladas y el sol que asomaba por encima del bosque frondoso la cargaba de malos augurios. Aunque, no sé, puede que estuviera sugestionado por el relato de Gio.

—Aquí, en el siglo XVII, hubo una finca de estilo carolino, pero la casa actual es de la época dorada de esta zona, a finales del siglo XVIII. En aquella época, había mil trescientos habitantes viviendo en los alrededores. Había tanto siderurgia como industria del vidrio. Desde entonces, la finca ha pasado sus momentos buenos y sus momentos malos. Cuando Alf y yo la compramos, no pasaba por su mejor momento. Luego fue a peor.

—Pero está en muy buen estado.

—Heredé algo de dinero de Lars-Erik, así que he podido salvarla. Aquí está la escalera doble. Mi hijo Johan es organizador de eventos en Estocolmo; cuando se ocupa de una fiesta de Halloween, por aquí aparecen un montón de famosos. La reina de la novela negra, Camilla Läckberg, su marido (Martin Melin) y gente así. Las mujeres suben por la escalera de la izquierda; los hombres, por la de la

derecha. Se encuentran arriba.

Gio y yo subimos por nuestro respectivo lado y nos reunimos en el primer piso, igual que las celebridades de Estocolmo. Me enseñó una habitación en la que las paredes y los armarios estaban recubiertos de fotos de niños y parientes. En un pequeño escritorio de estilo imperio, había una foto de Lars-Erik Thunholm. Entramos en un salón con ventanas al patio y a la fachada delantera.

—Esta la ha hecho Elsa Stolpe. Quien está ahí tumbado es Olof Palme.

Soltó una carcajada y señaló una pintura acrílica en la pared; en efecto, en ella se veía un cuerpo de color rojo chillón con nariz aguileña. La mayor parte del cuadro estaba formado por cuatro flores con un rostro estilizado en cada una.

—Esta es de las elecciones de 1976, cuando los conservadores ganaron contra Palme. Ese es Fälldin; ese, Bohman.

—Vaya... Hay que ser valiente para tenerlo en la pared después de que asesinaran a Palme.

—Sí, pero solo era una campaña electoral —dijo Gio.

—Parece bastante muerto.

—¿Tú crees? A mí no me lo parece.

Habíamos dado la vuelta por la casa. Gio parecía cansada. Ambos lo estábamos. Mi viaje hasta la provincia de Värmland estaba lleno de impresiones, pero cuando me senté al volante recordé que tenía que preguntarle otra cosa.

—¿Qué fue de Ulf?

—¿El hijo de Alf? Se hundió con su coche en el muelle de Arvika. Se ahogó. Quería morir como sus hermanas.

Saqué la llave de plástico negro y dientes afilados, la giré y el coche arrancó con una sacudida. Me esperaban cuatro horas de viaje, tiempo suficiente para digerir la historia de Gio. Paré en un restaurante de carretera de Grums. El patio de gravilla era lo bastante grande como para meter doscientos Cadillac, pero hoy no era una tarde de esas. El aparcamiento estaba vacío. El *wrap* me sentó de fábula, puse mi viejo casete de música variada y subí el volumen para compensar el zumbido del Volvo a más de noventa kilómetros por hora. «The Final Countdown» de Europe era una buena elección después de haber hablado tanto rato de los años ochenta con Gio.

Había algo en ella con lo que no me había encontrado nunca. Su vida contenía más vivencias trágicas que la de ninguna otra persona con la que me hubiese cruzado. Su personalidad, su destino y la finca me hacían pensar en un

thriller británico. En su vida, costaba trazar el límite entre la verdad y la literatura. De alguna manera, me recordaba al personaje de Henrik Vanger, de Stieg Larsson, en *Los hombres que no amaban a las mujeres*, que también cargaba con secretos y vivía solo en una gran finca.

Gio era actriz. Seguro que su papel de víctima de Alf era cierto en su mayor parte, pero sus textos del libro *Nosotros hicimos caer el Gobierno* eran igual de agresivos que los de Alf, así que en ella también había ideas políticas. Por otro lado, teniendo en cuenta todo esto, ¿quién tiene un cuadro en el que Olof Palme parece yacer muerto en la pared del salón?

Gio había querido hablar de Alf y del asesinato de Palme. Según ella, su pareja tenía un revólver Smith & Wesson. Además, su coartada presentaba fisuras. Esa misma coartada que la policía y la Säpo habían usado como principal argumento para no seguir investigándolo. Y, por otro lado, ¿quién era Rickard, de quien ella había subrayado que se había encontrado en Estocolmo la noche que mataron a Palme?

Mientras intentaba ordenar mis pensamientos, reparé en que mi libro sobre lugares propensos al crimen estaba quedando relegado. En silencio, planeé el siguiente paso respecto a Alf Enerström y el caso Palme.

EL BIBLIOTECARIO

Estocolmo, enero de 2012

La mujer detrás del mostrador de la biblioteca ya había ido a buscar el libro, tal como me había prometido por teléfono, pero quería decirme algo antes de soltarlo.

—Hay alguien que te quiere ver. Te puedes sentar un momento a leer. Vendrá enseguida.

Cuando, en 1977, Alf Enerström y Gio Petré escribieron *Nosotros hicimos caer el régimen*, el Gobierno socialdemócrata, con Olof Palme a la cabeza, acababa de perder las elecciones. El matrimonio describía en textos muy agresivos que gracias a ellos Suecia se había salvado del tirano de Olof Palme.

Sin embargo, Palme volvió y ganó las elecciones de 1982, lo cual supuso que la campaña de Enerström contra Palme se volviera a intensificar. De cara a las elecciones de 1985, Alf y Gio publicaron un nuevo libro, que titularon *Nosotros hicimos caer el Gobierno*. En cuanto el recuento de votos hubo terminado, quedó claro que aquel título no era el más oportuno. Olof Palme había vuelto a ganar las elecciones: ningún Gobierno había caído.

El único ejemplar disponible de *Nosotros hicimos caer el Gobierno (segunda parte)* estaba en la biblioteca y el archivo del Movimiento Obrero. La estructura era la misma que la del primer tomo. Parte de los textos estaban escritos por Alf; parte, por Gio. Comparado con el primer libro, el tono era aún más rudo.

En el prólogo, firmado por Gio, se describía cómo las autoridades les habían quitado a Ulf, el hijo mayor, con la colaboración de Olof Palme. Era tan difícil desprenderse de él: «Hizo falta una guerra mundial para deshacerse de Hitler. ¿Cuánto va a hacer falta para deshacernos de nuestro propio Hitler: Olof Palme?».

Los capítulos que seguían eran una mezcla de artículos, anuncios y ensayos

cuyo único elemento común es que atacaban a Palme. El epílogo también estaba firmado por Gio. Terminaba diciendo que el traidor a la patria Georg Heinrich von Görtz, ejecutado en 1719, «era un principiante comparado con Palme» y que «a Olof Palme, sí, a él es a quien habría que someter a juicio político».

La decepción debió de ser importante para Alf cuando ni la campaña ni el libro surtieron el efecto esperado y Palme fue reelegido en 1985. Faltaba menos de medio año para su asesinato.

Justo estaba terminando de hojear el libro cuando un chico de unos veinticinco años se me acercó.

—He oído que tenemos un interés en común —dijo.

Daniel Lagerkvist era rubio, llevaba gafas de montura metálica y tenía una presencia modesta, como la que esperarías de alguien que trabaja en una biblioteca. Le pregunté cómo había logrado dar con el libro.

—Lo encontré entre un montón de papeles mientras investigaba a Alf. Cuidé de él y lo añadí a la colección de la biblioteca. La verdad es que no sé si queda ningún ejemplar más.

—¿Por qué te interesaba Alf? Pensaba que yo era el único.

—Huy, no, hay más. Llevo un par de años con el asunto. Supongo que lo que me hizo empezar era el misterio de cómo alguien podía dedicar tanta energía a odiar a Palme. Primero pensé en escribir un libro sobre Alf, pero por el momento no he pasado de recopilar información. Creo que tengo casi todo lo que hay en cuanto a textos oficiales, tribunales y tal. El siguiente paso será intentar conocer a Alf. Y a Gio.

—Yo he hablado con ellos. Con los dos —dije—. A lo mejor podemos hacer un pequeño intercambio.

Estuvimos más de una hora intercambiando ideas y material. Le pasé las grabaciones que había hecho de las conversaciones con Alf y Gio. Él me proporcionó copias del material de todos los juicios en los que Alf se había visto implicado. Y eran muchos. Varios casos de malos tratos, amenazas y vejaciones. Además, tenencia ilegal de armas y delito de armas grave. Había sido condenado a prisión y a recibir tratamiento psiquiátrico. Para completar el cuadro, sobre él pendía una orden de alejamiento respecto a toda su familia.

—Este personaje es raro —dijo Daniel, y señaló a cierto testigo de la defensa, en uno de los juicios—. Se hace llamar Rickard.

—¿Rickard? Gio también me habló de él, pero no conseguí entender quién era.

—Trabajó para Alf durante al menos quince años, sin sueldo. Rickard no era su nombre real. Llevaba peluca y era completamente leal a Alf. Incluso en los juicios. Ya lo comprobarás cuando lo leas.

—Pero ¿cuál es su nombre real? —pregunté.

—Se llama Jakob. Jakob Thedelin —dijo Daniel.

No fue difícil dar con Jakob Thedelin. Puse su nombre en el buscador de personas hitta.se y allí estaba. No aparecía ningún teléfono, pero vivía en Hedestad, en la provincia de Västergötland. En Facebook, había tres Jakob Thedelin, pero solo uno sueco. En la foto de perfil y otras que eran de libre acceso se lo veía posando con uniforme ceremonial escocés. En una foto aparecía con una americana corta de esas que habían estado de moda en los años ochenta. Las demás fotos eran del palacio real inglés y de distintos símbolos judíos.

Entre sus amistades, una serie de nombres famosos en los medios de comunicación actuales. Allí estaban, por ejemplo, Kent Ekeröth, Björn Söder y otros miembros de Demócratas de Suecia que habían estado implicados en escándalos y que habían tenido comportamientos xenófobos. Todos representantes del partido del que Stieg Larsson y otros habían advertido hacía más de veinte años. Ese partido que ya había entrado en el Parlamento.

Una persona destacaba entre sus contactos en Facebook. La foto de perfil era de una chica guapa, de treinta años y con nombre checo: Lída Komárková. Me pregunté cómo una chica joven y exageradamente guapa de Chequia se había puesto en contacto con un tipo de Demócratas de Suecia con falda escocesa. No encajaba con el resto de las amistades. Supuse que sería un perfil falso. Pero ¿por qué estaba entre sus amistades? Sin ningún objetivo en concreto, escribí un breve saludo y lo mandé como mensaje privado a Lída Komárková.

El perfil de Facebook de Jakob Thedelin era abierto al público. No tardé en encontrar un par de entradas que hablaban mal de Palme. Además, vi que celebraba el aniversario del asesinato de Olof Palme con una copa de vino. Sin duda, había encontrado a la persona correcta. También era evidente que ese individuo era más un chiflado que alguien a quien vincularías con el asesinato de Olof Palme. Pero Gio había insistido en que Jakob Thedelin estaba en Estocolmo la noche del crimen. Además, en un par de fotos se podía deducir que medía alrededor del metro ochenta, lo cual se acercaba bastante más a la descripción que habían hecho los testigos del asesino que el metro noventa y cinco de Alf

Enerström.

Definitivamente, el libro sobre lugares propicios al crimen debía quedar a un lado. Ahora tenía a dos personas que investigar en relación con el caso Palme.

EL ANÁLISIS

Estocolmo, febrero de 2012

Solía bajar al café Nybergs. Gran parte de la nevera de la izquierda estaba ocupada por *semflas*, a pesar de que aún no había sido martes de carnaval. Un estante entero repleto del tradicional bollo de harina de trigo relleno de mazapán y nata fresca montada, todos con la tapa redonda espolvoreada de azúcar glas. El siguiente estante contenía variaciones del mismo tema: *minisemflas*, *semflas* de hojaldre con tapa triangular y *semflas* de lujo con un poco más de todo.

Yo estaba sentado al fondo. Allí, sumando kilos.

Si Jakob, o Rickard, como se hacía llamar, de alguna manera hubiese estado implicado en el asesinato junto con Enerström, la policía debería de haberle echado un vistazo en algún momento. En el informe de mil páginas de la Comisión de Revisión no había ningún capítulo dedicado a él, pero en el de Alf Enerström encontré un par de líneas: «En junio de 1987, la junta directiva del caso Palme trató de obtener permiso para pinchar las líneas telefónicas de Alf E. y su esposa, así como la de Jakob T. Jakob T. era una persona un tanto extraña del círculo más íntimo de Alf E.».

Por lo visto, la policía le había echado el ojo a Jakob, pero no habían tenido suficiente material contra él como para conseguir el permiso y poder pincharle el teléfono. Eso de «una persona un tanto extraña» coincidía con la impresión que Jakob daba en Facebook.

Una vez que empecé a centrarme en el caso Palme, me di cuenta de que el material que se había escrito al respecto era infinito. Había artículos de prensa, libros, informes policiales publicados y cantidades ingentes de documentos más o menos relevantes escondidos en archivos que esperaban a que alguien los sacara de la penumbra. También me quedó claro que había casi tantas teorías

como interesados en el asesinato. Nada impedía que yo esbozara mi propia versión de los hechos.

Como el puzle contenía un millón de piezas, de las cuales muchas en realidad ni siquiera pertenecían a la foto final, elegí mi propio método. Repasé los pocos hechos consolidados que había sobre el crimen e hice mi lectura particular. Si había piezas cuya lectura no quedaba clara, las descartaría o las añadiría después de haber hecho mi valoración.

Empecé por donde había comenzado mi viaje: con un análisis del lugar.

Escenario del crimen

A Olof Palme le dispararon en la esquina de la avenida Sveavägen con la calle Tunnelgatan. ¿Estaba el sitio escrupulosamente elegido o fue improvisado? Los análisis iban desde verlo como un lugar idóneo elegido a conciencia por un profesional hasta como un sitio fruto del azar y no especialmente bueno.

La avenida Sveavägen es una de las vías más anchas, largas y transitadas de Estocolmo. En cambio, la calle Tunnelgatan es corta y extraña, en tanto que termina con las escaleras por las que se escabulló el asesino. Además, en esa calle hay un paso subterráneo que atraviesa la loma de Brunkebergsåsen, pero la noche del crimen lo cerraron a las 22.00. A la hora del asesinato estaban abiertas las escaleras, la escalera mecánica de al lado y un ascensor; todos llevaban hasta la continuación de Tunnelgatan, que arriba cambiaba de nombre. Allí empezaba la calle David Bagare.

Incluso una fría noche de febrero, el cruce de la avenida Sveavägen con Tunnelgatan era un lugar transitado. Estaba oscuro, pero la visibilidad era buena gracias a la iluminación de las farolas y a la ausencia de barreras en todas direcciones, excepto en la Tunnelgatan en sentido este. Poco después de las 23.00, había relativamente muchas personas en movimiento: cerraban los cines, se terminaban las cenas y la gente joven iba de los bares a las discotecas. Esto también quedaba reforzado por la cantidad relativamente alta de testigos oculares: más de diez. El número de calles que se cruzaban era relativamente numeroso; por cada manzana, los posibles caminos de huida aumentaban exponencialmente. A pesar de ello, el asesino había elegido correr hacia el este: allí, el Brunkebergsåsen era una barrera natural de una altura considerable y las posibles vías de escape eran menos. Las escaleras en sí eran un factor de riesgo: el asesino podría haberse visto en una situación de inferioridad física si se hubiese topado con alguien.

Otra circunstancia que afectaba en gran medida la elección del lugar del crimen era que, en realidad, habría sido más natural que los Palme hubiesen ido en la dirección contraria al salir del cine, para coger el metro en la calle Rådmandsgatan, en la boca que había en la plaza Hötorget. Cuando salieron del cine, es probable que ni el propio matrimonio Palme supiera que iban a pasar por la esquina donde mataron a Olof.

Así pues, concluí que el escenario del crimen fue improvisado y que, además, era una mala elección.

La hora

La siguiente parte era la hora del asesinato. El ataque tuvo lugar a última hora de la noche de un viernes de febrero. Estaba oscuro, hacía frío y soplaba viento. La temperatura era de siete grados bajo cero, pero la sensación térmica era de menos quince debido a la ventisca: unas condiciones climáticas favorables para matar a alguien en la calle, pues mucha gente habría elegido quedarse en casa. Lo que hablaba en contra de la elección de una hora en concreto era que a las once de la noche había más gente en movimiento, personas que iban de un sitio a otro.

Una de las circunstancias más chocantes era que en aquella ocasión Olof Palme no llevaba guardaespaldas; al mediodía, había informado a la Säpo de que no lo necesitaría. El matrimonio no había decidido que irían al cine hasta media tarde. Y aún más tarde decidieron qué película irían a ver. Dado que entraron en la sala unas dos horas antes de que tuvieran lugar los disparos, habría bastado con que el autor de los hechos o un cómplice suyo los hubiese visto entrar sin guardaespaldas para tener tiempo de preparar el arma y el escenario del crimen, así como el camino de huida.

Mi conclusión fue que la hora elegida era relativamente buena para un crimen en plena calle, pero que era improvisada.

Los disparos

El asesino efectuó dos disparos con el revólver en un breve intervalo de tiempo: la mayoría de los testigos calcularon un lapso de entre uno y dos segundos. El primer disparo acertó en la espalda de Olof Palme a una distancia de veinte centímetros (diez más, diez menos). El primer ministro se desplomó en el acto. La bala entró en mitad de la espalda y le partió la columna vertebral. Luego la bala se desvió levemente y afectó diversas partes vitales, incluida la

aorta. Podemos considerar que Olof Palme había fallecido antes de llegar al suelo. El segundo disparo se efectuó instantes después a una distancia de entre setenta y cien centímetros; penetró en el abrigo de Lisbet por su lado izquierdo, le rozó la espalda y salió por la parte derecha. Sobrevivió por mero capricho de la suerte. Fue increíble que saliera ilesa.

Desde la perspectiva del asesinato, el primer tiro debe contemplarse como éxito rotundo. El segundo fue errado, independientemente de si su intención era darle a Lisbet o a Olof. En mi opinión, con tan solo un disparo acertado, el riesgo de que la víctima sobreviviera era bastante elevado, por mucho que Palme cayera redondo al suelo. Para el asesino, era imposible saber con certeza que Olof Palme estaba muerto tras un solo disparo y sin agacharse a comprobarlo. Si el tirador hubiese calculado mal el punto de la espalda (o si la víctima se hubiese girado o desplazado apenas unos centímetros), la bala no habría acertado en la columna y podría haber atravesado el cuerpo sin tocar ningún órgano vital. Para un tirador profesional, lo más sensato habría sido asegurarse el resultado con al menos una bala más.

Si el segundo disparo también iba dirigido a Palme, tendría que haber sido más fácil dar en el blanco, pues el primer ministro ya se había desplomado y yacía inmóvil. Con tan solo dar dos pasos al frente, el tirador podría haberse situado encima de Palme y pegarle fácilmente uno o varios tiros en el pecho o la cabeza. Si iba dirigido a Olof, el segundo disparo fue un fallo garrafal.

En cuanto a la balística, el primer disparo es fácil de efectuar con un revólver magnum si ya has levantado el martillo. Para el siguiente disparo, el tirador debe levantar de nuevo el martillo o usar el sistema de acción doble y apretar el gatillo con fuerza, para que el martillo se levante y la bala se dispare en un solo movimiento. La acción doble requiere más fuerza, pero es más simple y rápida.

Si se usa la acción doble, es fácil que una persona no habituada rodee demasiado el gatillo con el dedo, lo cual le da más fuerza, pero también hace que el disparo tienda a desviarse a la derecha (si es una persona diestra). En este caso, en dirección al lugar en el que se hallaba Lisbet Palme. Así pues, es probable que la bala que rozó a Lisbet hubiese sido para su marido.

Si el objetivo del segundo disparo era Lisbet Palme, seguía siendo un tiro errado, puesto que la mujer salió ilesa. Independientemente de a quién hubiese apuntado el autor de los hechos, abandonó el escenario sin estar seguro de si Olof Palme estaba muerto y con la certeza de que Lisbet Palme había sobrevivido y de que era una testigo importante.

Concluí que los disparos no habían sido efectuados con profesionalidad.

El arma y la munición

Las dos balas empleadas en el magnicidio eran munición magnum perforadora del tipo Winchester Western .357 158 grains. A diferencia de la munición normal, las balas eran blindadas. Eso da la ventaja de que pueden atravesar materiales duros, como, por ejemplo, un chaleco antibalas. La desventaja es que pueden atravesar de cuajo un cuerpo; por ende, causarle a la víctima heridas considerablemente menos graves que las de la munición semiblandada, mucho más habitual y pensada para deformarse al impactar y así causar más daño. Por esta razón, las balas blindadas están prohibidas en caza mayor, pues aumentan el riesgo de lesiones no mortales. El uso de balas blindadas potencia el riesgo de que la única bala que le dio a Olof Palme pudiera haber atravesado su cuerpo sin dañar ningún órgano vital, algo que un tirador profesional no habría pasado por alto.

Las marcas en las balas demostraban que el arma empleada era un revólver. El hecho de que no se encontrara ningún casquillo en el lugar también señalaba en esta dirección, pues en ese caso los casquillos se habrían quedado dentro del tambor. Sin embargo, la marca y el modelo resultaban más inciertos. Sin duda el arma más habitual para un calibre .357 es la Smith & Wesson, pero hay más marcas que fabrican revólveres para ese tipo de munición. También existe la posibilidad de volver a perforar el cilindro de un revólver del .38 y emplear munición .357. ¿Una alternativa? Montar una bala del .357 en un cartucho del .38. Lo único que al final se podía decir con seguridad era que lo que se había usado era un revólver para munición magnum de gran calibre y que la marca más habitual era Smith & Wesson.

Dos de las características de un revólver con munición magnum son su gran fuerza explosiva y lo ruidoso que es. El revólver es pesado y el retroceso es tan potente que resulta difícil dispararlo con una sola mano, sobre todo si la intención es efectuar varios disparos en un breve lapso de tiempo. El nivel sonoro ronda los 164 decibelios. Como la escala de decibelios es logarítmica, eso corresponde a un nivel muy por encima de los 120 que marcan el límite del umbral del dolor acústico. En comparación, una pistola con silenciador emite un sonido más o menos equivalente al umbral del dolor. El riesgo de sufrir lesiones auditivas permanentes es más que considerable si te encuentras sin protector de oídos cerca de un revólver magnum que abre fuego.

Una pistola más pequeña, con un nivel de ruido menor y de más fácil manejo, habría facilitado la ejecución del asesinato y habría llamado menos la

atención. El tirador podría haber efectuado más disparos (con más probabilidad de acierto en menos tiempo) y haber generado bastante menos ruido.

Sin embargo, si el tirador no hubiese tenido la posibilidad de elegir, debido a una combinación de falta de tiempo y acceso, quizá su única opción hubiera sido el revólver magnum. Esto apuntaba a que el asesinato habría sido planeado con poca antelación y que el asesino no tenía acceso libre a armas y munición.

Saqué la conclusión de que el autor de los hechos había empleado un arma innecesariamente potente y una munición incorrecta.

La huida

La huida del asesino podría explicar muchas cosas sobre el *modus operandi* y acerca del autor, pero aquí me tocaba fiarme de los testigos, cosa poco segura. Aun así, si me ceñía a la regla de que, cuanto antes llegaba el testimonio, más importante era, albergaba la esperanza de poder contar con datos suficientemente fiables.

El autor se metió corriendo por la calle Tunnelgatan casi inmediatamente después del crimen, continuó por la izquierda de las casetas de obra, cruzó la calle Luntmakargatan y siguió hasta la empinada escalera. Ya había constatado que la loma de Brunkebergsåsen era un obstáculo para una huida rápida. Sin embargo, al llegar a las escaleras, el asesino tuvo que tomar una nueva decisión. Las escaleras comenzaban con dos tramos, uno a cada lado del paso subterráneo. El túnel estaba cerrado y el tramo de la derecha estaba cubierto por un andamio. Eso dejaba dos alternativas: el tramo izquierdo de la escalera o la escalera mecánica (que estaba dos metros más a la izquierda). Por razones obvias, el ascensor quedaba descartado.

Si el asesino hubiese estado familiarizado con el lugar y hubiese querido subir a Brunkebergsåsen de la forma más segura posible, la escalera mecánica, dos metros más allá, debería haber sido su preferencia. Por ahí el riesgo de toparse con alguien era prácticamente inexistente; además, habría estado menos expuesto a miradas ajenas. Pero eligió las escaleras normales.

Al subir corriendo los ochenta y nueve escalones de aquella empinada escalera, aumentaba el riesgo de verse superado. La ventaja física de estar en la parte alta de una escalera (de una o varias personas que estuvieran bajando), podría haber sido suficiente para reducir incluso a un supuesto asesino corpulento.

Uno de los testigos que había visto al autor con más claridad era Lars J.

Estaba de pie al otro lado de las casetas de obra (visto desde el escenario del crimen) cuando oyó los disparos. Vio al asesino de perfil y por detrás cuando este corría en dirección a las escaleras. Lars lo siguió con la mirada hasta que llegó a la cumbre. Entonces decidió perseguirlo. Cuando llegó arriba, se topó con una mujer y un hombre que habían visto a una persona seguir por la calle David Bagare. Lars se metió por dicha calle; más o menos a una manzana de distancia, vio a un hombre meterse entre dos coches y no salir al otro lado. Entonces Lars se distrajo con un coche de policía que pasó lentamente por su lado sin detenerlo. Estuvo un rato buscando al hombre, pero ya no lo volvió a ver. En los interrogatorios, dijo que pensó que tal vez el sospechoso se había metido por la calle Johannesgatan.

Los testigos que describían la huida del asesino eran menos tajantes y parcialmente contradictorios. Al doblar la esquina de Regeringsgatan, viniendo de David Bagare, la pareja Gerhard S. y Ann-Cathrine R. se toparon con un hombre que murmuraba algo inaudible y que desapareció rápidamente antes de que ellos dejaran de prestarle atención.

Sara, la joven estudiante de Arte, salió al callejón Smala Gränd del bar de copas Alexandra's por una puerta trasera. Casi le dio un golpe a un hombre que estaba pasando en dirección a Snickarbacken con los brazos pegados a los costados y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Antes de subirse el cuello para esconder la cara, pudo ver al hombre claramente. Era delgado, atlético, tenía una postura encorvada, cara delgada y varonil, con la nariz estrecha, larga y recta. Pelo castaño y corto aunque colgaba un poco por detrás de las orejas. Llevaba un abrigo azul marino hasta media pierna y cuello estrecho, jersey más claro y pantalones también azul oscuro. El testimonio de Sara fue la base del «retrato robot». Según los expertos de la policía alemana del BKA, la Oficina Federal de Investigación Criminal, la fiabilidad de su testimonio era muy alta.

La agente de tráfico Birgit D. estaba sentada en su coche de servicio a unos metros de Smala Gränd, debajo de las escaleras de Snickarbacken, cuando vio a un hombre bajando a paso ligero desde el pie de las escaleras en dirección a Birger Jarlsgatan. Caminaba por en medio de la calle y trataba de taparse la cara con la mano derecha.

El taxista Hans H. estaba esperando delante del restaurante Karelia de Snickarbacken cuando vio a un hombre aparecer corriendo desde las escaleras de esa calle y abrir la puerta de un Volkswagen Passat que lo estaba esperando, probablemente azul o verde. Antes de subir, se quitó el abrigo oscuro y se puso

una chaqueta de napa. El coche salió a toda prisa derrapando en la nieve.

Si la persona que algunos o varios de los testigos describían era el asesino, había tardado mucho tiempo en ir desde el escenario del crimen hasta el otro lado de Brunkebergsåsen. Varias de las observaciones se habían hecho entre diez y veinte minutos después del crimen.

Había todavía más testigos que vieron lo que pasó en los alrededores de Brunkebergsåsen. Varios de ellos describían a una persona que no tenía muy claro dónde meterse. Quizá lo cierto fuera que el asesino había estado un rato dando vueltas por la zona. Eso indicaría que era un principiante y no un profesional curtido. En este segundo caso, se habría alejado enseguida del escenario y habría procurado salir del país.

Tras estudiar el *modus operandi* del autor del crimen, el equipamiento y la ruta de huida escogida, tenía claro que quien mató a Olof Palme no era un delincuente profesional. Al contrario, casi todo apuntaba a que era un principiante. Alguien como Alf Enerström... Sin embargo, él era exageradamente alto (casi dos metros), lo que no habría pasado desapercibido para los testigos.

O alguien como Jakob Thedelin. Pero costaba aceptar que una persona que se ponía falda escocesa y escribía cosas contra Palme en Facebook casi treinta años después del asesinato pudiera haber cometido un magnicidio y haber conseguido callárselo tanto tiempo.

O alguien como Christer Pettersson, señalado por Lisbet Palme, la única testigo que con total seguridad había estado a menos de un metro del asesino.

LISBET #1

Estocolmo, febrero de 2012

Encontré y leí rápidamente los interrogatorios y testimonios de Lisbet Palme, pues eran de acceso público. Eran pocos y breves. Después del asesinato de Olof Palme, Lisbet era viuda, testigo principal y parte demandante (también le habían disparado a ella). Además, era de familia burguesa, mujer de un primer ministro y psicóloga de profesión. A juzgar por los documentos, quedaba claro que la policía no sabía en función de cuál de estos roles tenía que interrogarla ni cómo había que tratarla. Más de tres años después del asesinato, ella estaba segura de quién había matado a su marido, pero al volver a sus testimonios de la primera época pude comprobar que al principio no estaba tan convencida.

El 26 de junio de 1989, más de tres años después del asesinato, Lisbet Palme identificó con contundencia a Christer Pettersson como el hombre que había visto en la esquina de Tunnelgatan con Sveavägen.

El 14 de diciembre de 1988, casi tres años después del asesinato, señaló a Christer Pettersson en una rueda de reconocimiento por vídeo en el que dijo que «sí, el número 8 es el que coincide con mi descripción».

El 5 y 6 de mayo de 1986, más de dos meses después del asesinato, el jefe de la Policía Nacional, Tommy Lindström, ayudó a interrogar a Lisbet Palme. El recuerdo del rostro del asesino era detallado. El hombre «tenía una mirada fija y penetrante, labios finos y claros, labio superior plano, frente recta con cejas rectas, así como una forma de cara rectangular, con mentón pronunciado y pómulos marcados».

El 25 de marzo de 1986, más de tres semanas después del asesinato, la imagen que recordaba se limitaba a «el asesino tenía una mirada penetrante. Mirada clara. Los pómulos eran como rollizos. Tenía el labio superior blanco».

El 8 de marzo de 1986, una semana después del asesinato, Lisbet describió el

rostro del autor del crimen comparándolo con el retrato robot: «El hombre que se metió corriendo por la calle Tunnelgatan tenía una cara un poco más redonda y rellena que el de la foto. En general, los rasgos, boca y nariz, parecían rectos».

El 1 de marzo de 1986, al mediodía del día siguiente al asesinato, Lisbet no hizo ninguna descripción de la cara del atacante.

Ese mismo día, poco después de que Lisbet Palme llegara al hospital Sabbatsberg, respondió a la ronda de preguntas sin referirse a ningún rasgo de la cara. Aseguró haber observado a dos personas en el escenario del crimen que podrían ser los mismos hombres a los que había visto delante de su casa entre dos y tres semanas antes.

Me costaba entender cómo podían haber condenado a Christer Pettersson en primera instancia cuando la mayor parte de la causa se basaba en el testimonio de Lisbet Palme. Por lo visto, tres años después del asesinato, sí que tenía claro que Christer Pettersson era el culpable; sin embargo, cuando en una fecha más cercana al asesinato le habían preguntado por lo mismo, Lisbet se había mostrado menos segura del aspecto del asesino. Chocaba de plano con lo que se sabía respecto a la psicología de testigos y de cómo funciona la memoria.

Además, la noche del crimen, Lisbet aseguró haber visto a dos autores, sin poder describir sus rostros y sin saber con certeza cuál de los dos había sido el que había disparado. Esa descripción era también la base de la alarma nacional meticulosamente controlada que se emitió la noche del asesinato: «Dos asesinos, 40-45 años de edad, pelo castaño, uno de los dos es notablemente alto».

Eso sugería que no se estaba ante un asesino solitario, sino más bien ante una conspiración. Quizás una conspiración pequeña, de principiantes. Tal vez de Alf Enerström y su ayudante Jakob Thedelin.

ANNA-LENA

Estocolmo, marzo de 2012

Cuando estuve en la biblioteca, Daniel Lagerkvist mencionó que había hablado con una de las mayores expertas de Suecia en temas de extrema derecha; tal vez tendría material sobre Alf Enerström y su red de contactos. Aunque Enerström se definiera como socialdemócrata, cabía considerarlo como extremista de derechas debido a sus opiniones y a su círculo de amistades.

Me puse en contacto con Anna-Lena Lodenius.

Anna-Lena vivía en un piso del clásico bloque de viviendas sueco, una casa de madera de tres plantas y tejado a dos aguas, tres escaleras y ningún ascensor. Este edificio en concreto estaba ubicado en uno de los barrios de la periferia sur de Estocolmo. Era un día de invierno normal y corriente en un barrio de las afueras perfectamente normal. Incluso el quitanieves había hecho su trabajo como de costumbre, lo cual implicaba que los coches estaban aparcados un metro calzada adentro y que había montones de nieve en sus bordes y entre los automóviles. Tardé un buen rato en encontrar aparcamiento.

Anna-Lena me abrió con una sonrisa enérgica y me dejó en la puerta mientras se fue a buscar las llaves de su archivo. Desde el pequeño recibidor, vislumbré un piso sueco como cualquier otro, pero este me parecía acogedor, a pesar de estar lleno de carpetas, libros y papeles. Fuimos hasta el archivo de Anna-Lena; cuando me enseñó las filas de estanterías Ivar sobrecargadas que se apretujaban en el pequeño local, me quedó claro por qué era una de las grandes expertas suecas en extrema derecha.

—Aquí tengo el material de los años ochenta, donde debería estar Alf Enerström. En los setenta, ya estaba activo y continuó hasta los noventa, pero podemos empezar por aquí, a ver qué encontramos.

Anna-Lena sacó dos carpetas gruesas y las dejó sobre una mesa en el pequeño *office* que colindaba con la salita del archivo lleno de estanterías.

—Te puedes quedar aquí leyendo. Yo estaré aquí mismo, si me quieres preguntar algo.

Empecé por la carpeta marcada como «Alf Enerström». Las hojas estaban amarillentas. Algunos documentos eran originales; otros, copias, pero todo se había descolorido por el tiempo. En la carpeta había buena cantidad de los anuncios de Alf y Gio. Textos largos y corridos que se habían embutido en un espacio para anuncios demasiado pequeño, para ahorrar. Había algunos artículos que no había visto antes. En uno de ellos, el director de banco Lars Thunholm, de la esfera Wallenberg (que mucho después se casaría con Gio), trataba de explicar por qué él, como director del diario *Svenska Dagbladet*, recomendaba al periódico aceptar anuncios de Enerström.

Uno de los documentos captó especialmente mi atención. Era un memorando escrito a máquina sobre Alf y Gio de tres páginas, incluido un resumen de alguno de sus anuncios. No estaba firmado, pero quien lo había redactado era meticuloso al expresarse. En pocos párrafos, conseguía dejar constancia de lo más destacado sobre el matrimonio.

Cambié a la otra carpeta, en cuyo lomo ponía «Mezcla década 80». Enerström aparecía en un par de papeles, pero el material hablaba más que nada de nombres y organizaciones que me eran desconocidos: la WACL, Resistance International, EAP, Alianza Democrática, *Contra*, Anders Larsson, Carl G. Holm, Filip Lundberg. Muchos de los papeles tenían la misma tipografía un poco rara; parecían escritos con la misma máquina. Otra cosa que los documentos tenían en común era que trataban del caso Palme; varias veces se mencionaba una posible implicación en el asesinato de Palme.

Dejé los papeles a un lado de la mesa. Ninguna firma, ninguna fecha, el mismo lenguaje bien formulado y efectivo que en el memorando sobre Alf. No lograba entenderlo. Me levanté y fui a la habitación contigua, donde Anna-Lena estaba ordenando papeles.

—Oye, ¿esto qué es?

Anna-Lena hojeó los papeles y leyó algunas líneas.

—Es de Stieg —dijo.

—¿De Stieg?

—Lo ha escrito Stieg Larsson. Parece algo que escribió cuando estaba muy interesado por el caso Palme.

—¿Te refieres al escritor de novela negra? ¿Le interesaba el caso Palme?

—Paralelamente a sus investigaciones sobre la extrema derecha, tenía un ojo puesto en el caso Palme —dijo Anna-Lena—. Eso fue mucho antes de que escribiera las novelas. La mayor parte del material que hay en esas carpetas viene de Stieg. Siempre me pasaba copias de documentos importantes, por si le pasaba algo al original.

—¿Tú también trabajabas con él en el caso de asesinato? —dije.

—No, a mí no me interesaba demasiado. A veces compartía ideas conmigo, probablemente porque sabía que yo era un poco más fría a la hora de valorar las cosas. A Stieg le encantaban las conspiraciones; solía dibujar redes de personas que estaban en contacto.

—Suena superinteresante —dije.

—Lo es, sin duda, pero para mí no tiene sentido, porque al final empiezas a ver nexos que no existen entre personas que a lo mejor solo han coincidido en una conferencia.

—Sí, eso es cierto —dije, aunque lo que más me habría gustado era ver los esquemas de Stieg sobre esas redes.

—Si estás interesado en el caso Palme, seguro que hay más cosas de Stieg en alguna parte —apuntó Anna-Lena.

—¿En serio? ¿Dónde?

—No lo sé. Prueba con la gente que trabajaba con él en aquel momento. Håkan Hermansson, Tobias Hübinette, Daniel Poohl, Sven Ove Hansson. Y, claro, con Eva Gabrielsson, su pareja.

—¿Por dónde empiezo?

—Eso tampoco lo sé. Lo único que sé es que lo llaman «investigar». No sabes muy bien lo que estás buscando ni dónde buscar. Eso es justo lo que lo hace tan emocionante. De pronto, encuentras un documento que te lleva al siguiente. Adónde te conducirá al final es algo que no puedes saber. ¿Quieres una copia de estos?

Cuando me fui de casa de Anna-Lena, ya nada era como antes. Me había llevado copias de documentos escritos por el autor de novela negra más famoso de Suecia. ¡Y trataban del caso Palme! Además, Larsson había escrito sobre Alf Enerström, a quien yo mismo había estado investigando. Tenía que enterarme de más cosas sobre las pesquisas de Stieg Larsson.

LISBET #2

Estocolmo, marzo de 2012

Igual que gran parte de la población sueca y de decenas de millones de personas alrededor del mundo, yo había leído los libros de Stieg. Después de *Los hombres que no amaban a las mujeres*, que me ventilé en un par de días, me morí de ganas de leer el siguiente. Pero *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina* era demasiado larga y las capacidades casi sobrenaturales de Lisbeth Salander me parecieron demasiado. La tercera parte, *La reina en el palacio de las corrientes de aire*, me pareció la mejor. Cuando leí las cosas que contaba sobre la Sección para el Análisis Especial de la Säpo, me pareció que era algo que realmente podría existir en la Suecia real.

Anna-Lena Lodenius me había contado algo que quizá yo ya había oído. En cualquier caso, si así era, lo había olvidado. El proyecto más importante de Stieg era su lucha contra la extrema derecha. Y era eso lo que le había conducido hasta el caso Palme. A lo mejor había empleado la misma investigación en sus novelas. ¿Había una verdad de fondo en las obras y, sobre todo, en la tercera parte de su trilogía? Recuperé mi ejemplar de *La reina en el palacio de las corrientes de aire* y me lo leí del tirón de nuevo, pero esta vez con un bolígrafo rojo en la mano.

A lo mejor, lo que había en el margen de la historia inventada de Zalachenko y Lisbeth Salander era lo que me había hecho engancharme al libro la primera vez. En Google busqué organizaciones, nombres de personas y libros. Había más elementos basados en hechos reales de lo que había imaginado.

El libro transcurre unos años después del asesinato de Palme; la fuga del espía Stieg Bergling y los dos hechos se mencionan a menudo. Hay un grupo de personas de la Säpo que desempeñan un papel clave y que forman parte de la Sección para el Análisis Especial (o, simplemente, la Sección): una

«microorganización» dentro de la Säpo. Varios de sus trabajadores habían sido miembros de la Alianza Democrática, la difunta organización de extrema derecha de los años setenta.

P. G. Vinge es el nombre del antiguo jefe de la Säpo, la Policía Secreta, tanto en la ficción como en la realidad. La coordinadora de la Sección se llama Evert Gullberg (un nombre ficticio). Tore Forsberg, jefe de contraespionaje durante los años en que transcurre la obra, sería su referente en la realidad.

En la novela, Gullberg se siente intranquilo por lo que podría pasar si el archivo de la Sección se abre: «Sin dudarlo, los periodistas, enloquecidos, lanzarían la teoría de que la Sección estaba detrás del asesinato de Palme. Eso, a su vez, generaría un nuevo laberinto de revelaciones y acusaciones».

Era fácil dejarse absorber por la idea de que uno de los autores de novela negra más populares del mundo hubiera descubierto algo sobre el caso Palme y lo hubiera escrito en sus novelas.

Anna-Lena Lodenius me había dicho que debía de haber más documentos en torno a la investigación de Stieg sobre el asesinato de Palme. Así pues, decidí seguir buscando. ¿Y quién sabe? A lo mejor al final encontraría a una auténtica Lisbeth Salander. Llena de tatuajes, diagnosticada y con amigos que sabían hackear ordenadores.

AL ARCHIVO

Estocolmo, marzo de 2012 - marzo de 2013

Tras mi encuentro con Anna-Lena, me reuní con varios amigos y compañeros de trabajo de Stieg. Compartieron conmigo la idea que tenían de él y de su trabajo. Un año no es nada cuando estás llevando a cabo una investigación o pasando por un divorcio, y yo estaba con ambas cosas. En algún momento, me detuve y me pregunté si merecía la pena todo el tiempo que estaba invirtiendo en hurgar en busca de nuevos hilos, cuando ya ni siquiera estaba escribiendo el libro. La respuesta siempre era que no, pero aun así continuaba. Me refugié en el enigma de Stieg y en el caso Palme cuando saboreé el fracaso de mi vida personal, cuando lo que significa un matrimonio naufragado se me hizo demasiado tentador.

El periodista Håkan Hermansson me describió el trabajo que se hizo con *Misión Olof Palme* y me confirmó las increíbles dotes investigadoras de Stieg. Me explicó cómo habían trazado juntos el esquema de la estructura de odio contra Palme y cómo, paralelamente, Stieg había llevado a cabo sus pesquisas sobre el asesinato.

Sven Ove Hansson, veterano en la identificación y el seguimiento de la extrema derecha sueca, había trabajado con Stieg. Me confirmó su imagen de investigador excepcional. Además, era Hansson quien había puesto en contacto a Stieg con Håkan Hermansson y Anna-Lena Lodenius.

Tobias Hübinette, jefe de investigación en la revista antirracista *Expo* y uno de sus cofundadores, me contó que, entre otras cosas, Stieg había recopilado las cartas que un tal Anders Larsson les había enviado a distintas personas, entre ellas al secretario de gabinete Pierre Schori. Las cartas y demás podían estar en *Expo* o quizás en casa de la pareja de Stieg, Eva Gabrielsson.

Eva y yo nos vimos en varias ocasiones. A menudo nuestras conversaciones se desviaron a nuestro interés en común por la arquitectura, pero entre medio hablábamos de Stieg antes y después de su fallecimiento. Me contó que la pista que más convencía a Stieg era la de Sudáfrica y la extrema derecha sueca. Pero no tenía ningún material de Stieg sobre el caso Palme.

Mi decepción no fue poca cuando me enteré de que Stieg creía que se trataba de una gran conspiración que implicaba al servicio secreto sudafricano. No encajaba en absoluto con mi teoría sobre Alf Enerström, que habría actuado con la ayuda de una o dos personas.

Daniel Poohl, redactor jefe de *Expo*, me contó que el interés de Stieg por el caso Palme seguía latente incluso cuando comenzaron a trabajar juntos, en 2001. También mencionó que *Expo* tenía documentos en un almacén. Tal vez fueran relevantes. Tardó unos días en volver a ponerse en contacto conmigo. Nos citamos al día siguiente en el aparcamiento de delante del trastero de alquiler en el que estaban guardadas las cajas de mudanzas con los papeles de Stieg. Por la noche, comenzó a nevar profusamente.

OCR

Estocolmo, marzo de 2013

De la visita al trastero de *Expo* me llevé dos grandes cajas de mudanzas con papeles de Stieg. La selección había sido apresurada, pues había querido quedarme leyendo todo lo posible. A pesar de eso, sabía que lo que tenía era valioso.

Mientras clasificaba los papeles, aparecieron documentos que Stieg había escrito en forma de carta, memorando o resumen, mezclados con documentos de la policía y otras instituciones, que en ocasiones estaban selladas con la palabra «Confidencial».

Reconvertí el salón de mi casa en un taller de investigación con una mesa-escritorio desproporcionada, un escáner e impresora todo en uno, así como una librería para mi creciente colección de libros sobre Palme. Mi viejo mapamundi escolar que había pegado sobre un tablón de corcho y que cubría la pared del fondo sería una suerte de tablón de anuncios.

Stieg había organizado todo el material en carpetas de cartulina. Cada una tenía un papelito escrito a mano en el canto superior para indicar el tema de su contenido. Al echar un vistazo a las cajas, vi que había tres tipos diferentes de carpetas. Algunas eran de cartulina marrón; otras, de color verde o azul chillón; algunos títulos aparecían dos o más veces. Sobre todo había carpetas marrones. Enseguida me di cuenta de que el material era de finales de los setenta y de los años ochenta. Las carpetas de colores cubrían parte de la década de los ochenta, pero continuaban en los noventa.

Cogí dos carpetas marcadas con «Resistance International» y puse sus contenidos uno al lado del otro. En ambas carpetas, había cartas, informes, artículos y resúmenes. Las fechas se solapaban, aunque en una de las carpetas había sobre todo documentos de 1985; en la otra, de 1986 en adelante. No había

ningún documento duplicado ni que estuviera en dos carpetas. No había más explicación de que hubiera dos carpetas que la ingente cantidad de material. Cuando una estuvo llena, Stieg había añadido otra con el mismo nombre. Hice las comprobaciones correspondientes con tres carpetas marcadas como WACL y con dos que llevaban el nombre de Anders Larsson. La conclusión fue la misma. Stieg había ido llenando gradualmente las carpetas y se había buscado un archivador con otro tipo de carpetas. Cuando pensé en que había descartado toda una serie de cajas con material de Stieg que resultaba menos relevante, me di cuenta del enorme tamaño de su archivo.

El siguiente paso era empezar a escanear el material en el mismo orden en que lo había distribuido sobre la mesa. Con las hojas sueltas, la cosa fue rápida gracias a la bandeja de alimentador automático que había en la parte superior del aparato. Peor era con los documentos grapados, muchos tenían cincuenta páginas o más. Los desmonté (consideré que podría volver a graparlos sin romperlos); otros los dejé aparte, para leerlos más adelante. La tarea era monótona, pero comencé a entender no solo la magnitud del trabajo de Stieg, sino también su método. Era una especie de caos estructurado. Los documentos que Stieg había escrito para sí mismo estaban escritos a mano y de cualquier manera; los destinados a otras personas estaban escritos a máquina y de forma minuciosa, casi pedantemente presentados con margen recto a izquierda y derecha.

En total, pude distinguir tres tipos diferentes de documentos redactados durante los años ochenta, pero en aquella época él no podría haber dispuesto de un procesador de textos y aún menos de una impresora láser. Supuse que Stieg había tenido una máquina de escribir eléctrica con varias tipografías. Aposté por una IBM Selectric con bola intercambiable y función de borrado; eso explicaría los márgenes tan rectos: ese modelo contaba con función de memorizado para una o varias líneas.

Cartas, anotaciones, resúmenes y documentos que Stieg había escrito conformaban, más o menos, una décima parte del material que yo había seleccionado. Más de la mitad eran periódicos, artículos recortados o copiados, así como documentos de dominio público. El resto eran cartas, informes y otro material que fuentes confidenciales le habían enviado a Stieg o que él mismo había logrado encontrar.

Resultaba obvia la cantidad de tiempo que Stieg debía de haber dedicado (noches largas, fines de semana y jornadas laborales) a leer, reflexionar, escribir y clasificar material. Muchas horas que podría haber dedicado a hacer cosas con Eva y con sus amigos; tiempo que podía haber dedicado a cualquier otra

ocupación. Podría haber creado una familia normal y corriente; podría haberse instalado en Bromma. Pero entonces no habría sido Stieg Larsson. Las novelas no se habrían escrito, la extrema derecha podría haber actuado más libremente en Suecia y sus investigaciones sobre el asesinato de Palme jamás se habrían llevado a cabo.

Hacia el final del proceso de revisión del archivo de Stieg Larsson, pasé el material a un ordenador completamente nuevo y me busqué un programa OCR, el cual me permitía hacer búsquedas en el material. Diez noches después de empezar, terminé con el escaneo y la clasificación de los documentos de Stieg. En el proceso había encontrado un memorando de 1987. Hablaba de un tal Bertil Wedin. La primera frase decía: «Pistas para *Searchlight* de persona vinculada a la extrema derecha: rumores de que Wedin hizo de “intermediario” en el asesinato de Palme».

Eso activó mi imaginación, pero solo era otro hilo más del que tirar. No aportaba nada nuevo a mi teoría sobre Alf Enerström y Jakob Thedelin.

MOSCOW MULE

Praga, abril de 2013

—*Co chcete?*

El mensaje privado era solo de dos palabras en checo: «¿Qué desea?». Aun así, era un comienzo. Lída Komárková, aquella belleza checa, había elegido hacerse amiga de Jakob Thedelin en Facebook, a pesar de estar viviendo en Praga y ser demasiado guapa en su foto de perfil. Aunque fuera falso, quería saber quién era ella (o quizás él).

Al cabo de un mes, me había olvidado por completo de que le había enviado aquel breve mensaje a Lída. Ahora había pasado un año y no tenía ni idea de por qué de repente me llegó una respuesta. Con una contestación tan tardía aumentaban las probabilidades de que se tratara de un perfil falso usado muy esporádicamente. Intercambiamos unas pocas líneas un par de veces. Lída me contó muy poco de sí misma y más bien parecía querer pescar información sobre mí. Por otro lado, yo estaba haciendo lo mismo. Al final le propuse reunirnos en Praga. La respuesta llegó enseguida: «*Blue light v útery 22. hodin. 2x Moscow Mule*».

El avión a Praga solo tardaba dos horas. El sitio en el que Lída quería quedar estaba cerca del estribo del puente de Carlos en Malá Strana, el lado del río que el ejército sueco había ocupado durante un tiempo en la guerra de los Treinta Años y cuyas riquezas había expoliado.

Sentado en aquel lúgubre local, trataba de dilucidar si eso era un bar para turistas o para praguenses. Supongo que para todos un poco. Delante de mí había dos Moscow Mule servidos en tazas de metal. Ya habían dado las diez y media cuando una de las chicas que se había estado paseando por el bar y que parecía conocer a todo el mundo se sentó y comenzó a beber descaradamente de la taza que seguía sin tocar.

—Espera un momento. Eso está reservado —dije.

—Exacto. Es de Lída.

No se parecía a la de la foto de perfil. Rondaba los treinta, un poco por debajo de la estatura media, pelo teñido de rojo, ojos castaños de un matiz inusual y una sonrisa ganadora; sin lugar a dudas, una chica distinta a la de la foto. Un tatuaje en la muñeca y otro en la nuca. En hebreo, ¿sería judía?

—He esperado un rato para comprobar que habías venido solo —dijo—. Cuéntame, *what's your story?*

Fue como un baile: yo le contaba un poco y luego la esperaba a ella, antes de contar un poco más. La cosa no fluía del todo, no solo porque íbamos con cuidado, sino también porque ella me interrumpía todo el rato. Cuando se decidía a contarme algo, se quedaba encallada en una misma frase y era yo quien tenía que completarla. Pero era fácil cogerle cariño, lo cual se veía claramente cuando hablaba con el personal y la gente de nuestro alrededor.

Su historia era bastante simple. Su amistad con Jakob en Facebook se basó en su interés por el judaísmo. Durante bastante tiempo, ella había estado contemplando la idea de convertirse. Tenían varios amigos en común en Facebook que eran judíos. Quizás ella (o él) había enviado una solicitud de amistad al comentar algún post en Facebook de algún amigo en común, pero nunca había intercambiado ningún mensaje en privado. Lo había comprobado antes de quedar conmigo. Había contestado mi mensaje ahora, simplemente, porque había estado buscando otro mensaje en Messenger. Entonces había visto el mío.

Le pregunté por qué su perfil tenía otra foto y otro nombre. Tras dudar un momento, me contó que era una especie de juego de rol en el que podía verse con otras personas y escribir cosas que se alejaban de lo que hacía en su vida normal. Por un momento, podía ser otra persona. Además, no veía la necesidad de que yo supiera su nombre real.

Eso fue todo lo que conseguí sacarle, aunque intuí que había más cosas que no me estaba contando.

Le describí mi proyecto. Olof Palme y el asesinato eran nuevos para ella, pero sí que conocía a Stieg Larsson. Al cabo de un par de horas de charla, estaba bastante seguro de que esa chica me podía ayudar. Pero ella se adelantó:

—¿Puedo participar?

—Podrías ayudarme a descubrir qué otros amigos tiene, conseguir más información sobre Enerström y, sobre todo, qué sabe Jakob del asesinato de

Palme.

—Me parece que el papel encaja conmigo —dijo Lída—. Dame un par de meses y te digo algo. A lo mejor hablo con alguna amiga a quien también le gustan estas cosas.

No entendí a qué se refería con eso, pero Praga es la ciudad de las sorpresas. Al día siguiente, volví a Estocolmo, un lugar mucho más predecible.

GT

Estocolmo, verano de 2013

En el mapamundi del salón había documentos que me parecían interesantes. Era fácil clavar chinchetas en la base; a veces había cosas que se quedaban bastante tiempo colgadas, otras las cambiaba enseguida. Cada día contemplaba lo que había estado pasando por la cabeza de Stieg muchos años atrás. Las líneas generales de su teoría eran fáciles de entender: Sudáfrica, Craig Williamson, agentes sudafricanos, Bertil Wedin, suecos de extrema derecha. Los detalles eran más difíciles de descifrar.

Un artículo que tuvo mucho tiempo colgado en el tablón fue uno que publicó el periódico *GT* en mayo de 1987. Supuse que Stieg debió de observar mucho el artículo, pues describía aquello en lo que él mismo había estado trabajando intensamente en esa época. Durante el mismo periodo de 1987, los periódicos *Svenska Dagbladet* y *Arbetet* también publicaron artículos. Parte de los datos provenían de la misma fuente anónima con la que la periodista Mari Sandström se había puesto en contacto en Ginebra. El informante se dedicaba a violar sistemáticamente las sanciones administrativas, actividad conocida como *sanction-busting*. De ese modo, había hecho buenos contactos con la cúpula del régimen del *apartheid* y su servicio de seguridad. Podía dar detalles sobre cómo se había gestado el asesinato de Olof Palme.

Pero el *GT* contaba también con al menos una fuente dentro de la policía sueca y había conseguido describir gráficamente una teoría coherente con la que la policía estaba trabajando. Además, Bertil Wedin desempeñaba un papel importante en el escenario que se describía, igual que en el memorando de Stieg sobre él.

El título era «La Säpo señala a Sudáfrica». En el texto se describía cómo la Säpo, la Policía Nacional y la Policía Provincial de Estocolmo, más de un año

después del crimen, trabajaron juntas para identificar a un grupo de personas de extrema derecha. Varios de sus componentes habían sido avistados en las cercanías del lugar del asesinato con *walkie-talkies*.

Según un informante con vínculos con Sudáfrica, los suecos habrían colaborado con un «equipo de asesinos» formado por tres hombres sudafricanos. El magnicidio habría sido planeado por el agente sudafricano Craig Williamson junto con un europeo afincado en Sudáfrica y un ciudadano de Alemania Occidental. Además habrían contado con la ayuda de funcionarios sudafricanos en Suecia, así como de un sueco en el extranjero que trabajaba para Sudáfrica. Para hacerlo inteligible, había una ilustración al más puro estilo de los años ochenta.

Traté de ponerles nombre a las personas anónimas cruzando el artículo con los documentos de Stieg y con el informe de la Comisión de Revisión, en el que había un total de doscientas páginas que hablaban de Sudáfrica y sobre miembros relevantes de la extrema derecha. Al final conseguí elaborar una lista.

Grupo de planificación

1. Craig Williamson.
2. Mario Ricci. Italiano con el que Williamson trabajaba.
3. Franz Esser. Comercial de coches de Alemania Occidental que habría facilitado los vehículos.

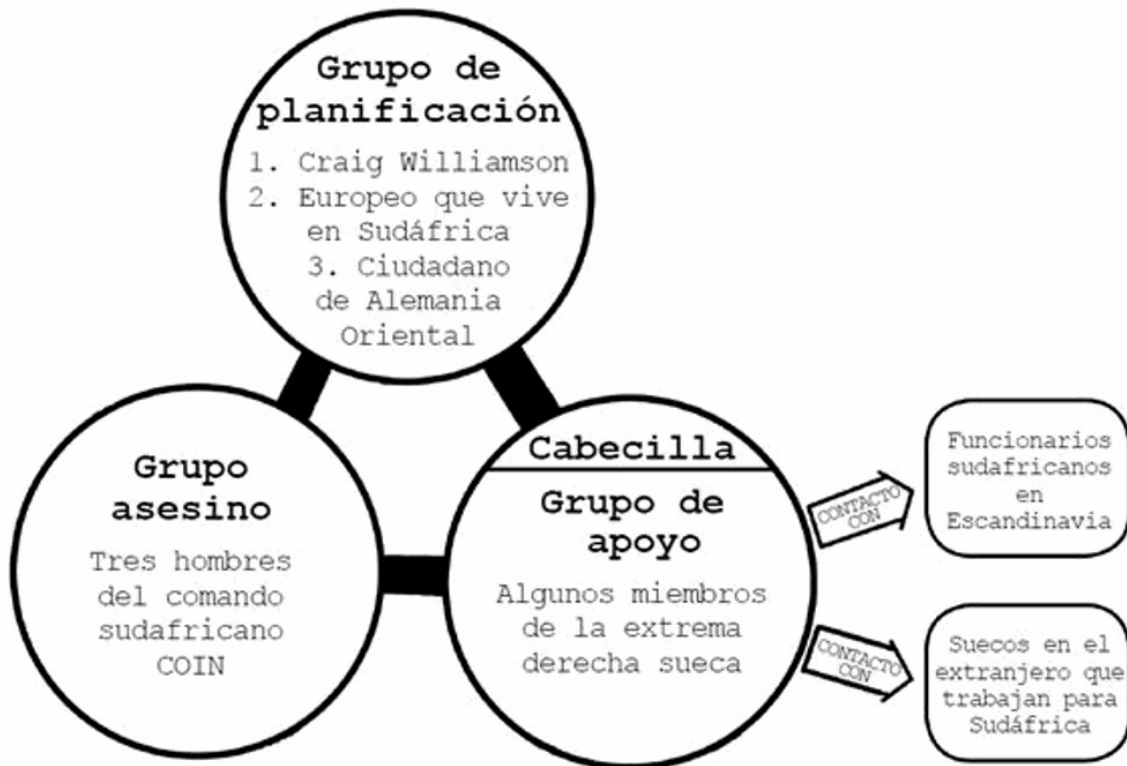
El único que no era seguro en el grupo de planificación era Mario Ricci, que no vivía en Sudáfrica, sino en las Seychelles. Sin embargo, tal y como decía el artículo: era europeo, trabajaba con Williamson y estaba muy metido en negocios con Sudáfrica.

Grupo de asesinos

1. Anthony White. Era el que aparecía mencionado más veces en artículos y documentos.
2. Roy Allen. Su nombre aparecía en un recibo de viaje que, probablemente, estaba falsificado.
3. Nigel Barnett, alias Henry Bacon *et al.* Hablaba sueco y tenía un revólver magnum.
4. Paul Asmussen. Compañero de colegio de Williamson y mencionado en

un memorando filtrado.

En el artículo se hablaba de tres personas. Sin embargo, según otra fuente, el grupo sudafricano habría estado compuesto por dos. En total encontré al menos cuatro nombres posibles.



«La nueva teoría de la policía.» La organización asesina según el artículo en el GT del 28 de mayo de 1987. (Ilustración a imagen de la publicada en el mismo artículo.)

Equipo de ayuda

1. Anders Larsson (cabecilla). Contacto con instituciones sudafricanas.
2. Victor Gunnarsson. Se relacionaba con Anders Larsson.
3. Policías de extrema derecha. Carl-Gustaf Östling y compañeros.

Anders Larsson era el extremista de derechas de Alianza Democrática que

había dado un aviso sobre el asesinato. Victor Gunnarsson había sido sospechoso de ser cómplice en al menos dos ocasiones. El agente de policía Carl-Gustaf Östling era quien más aparecía en la «pista policial». Otras personas interesantes eran el taquígrafo del Parlamento, Bengt Henningsson, el librero Bo R. Ståhl (ambos amigos íntimos de Anders Larsson) y el llamado Hombre de Skandia, que había aparecido tan oportunamente en el escenario del crimen.

Funcionarios sudafricanos en Suecia

1. Luis Antunes. Representante de la angoleña UNITA y contacto de Anders Larsson.

2. Heine Hüman. Se puso en contacto con la policía en 1986. Se le pidió que se encargara del hospedaje de sudafricanos.

3. Jan W. Profesor sueco residente en Estocolmo e informador para Sudáfrica.

Sueco en el extranjero que trabaja para Sudáfrica

1. Bertil Wedin.

Llamaba la atención que apenas dos meses después de que Holmér dejara su cargo como jefe de equipo la policía hubiese investigado y que varios periódicos hubiesen escrito acerca de lo que sugería la teoría de Stieg sobre Sudáfrica como organizadora. Una vez que Holmér hubo desaparecido del mapa, la policía pudo trabajar siguiendo sus métodos habituales y tuvo la libertad necesaria para encontrar nuevas pistas. Enseguida dio con una teoría respaldada por datos concretos.

Lo que yo no encontraba era ningún dato que conectara Sudáfrica o a Bertil Wedin con Alf Enerström o Jakob Thedelin.

Seguía viendo dos teorías distintas: la de Stieg y la mía.

CON EL INTERMEDIARIO

Kyrenia, septiembre de 2013

La policía nunca había interrogado a Bertil Wedin. Según ellos, porque Wedin llevaba evitándolos casi tres décadas. Según este, porque la policía no quería. Quise pensar que Stieg pretendía ponerse en contacto con Wedin, pero que había fallecido antes de poder intentarlo. Había llegado el momento de armarme de valor.

La vida de recién divorciado en Estocolmo era monótona y solitaria; en realidad, me daba la sensación de que no tenía nada que perder. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Antes de cambiar de idea, había reservado un billete de ida a Chipre.

Con la compañía Norwegian, un asiento de Estocolmo a Lárnaca no costaba ni mil coronas; el viaje duraba cuatro horas, sin escalas. La parte negativa fue que me tuve que apretujar entre los turistas de un viaje organizado, medio borrachos y que querían aprovechar los billetes baratos de otoño para que les diera un poco el sol antes de que el pesado invierno se cerniera sobre Suecia.

Aterricé después del anochecer. Encontré un taxi que estaba dispuesto a cruzar la frontera de la República Turca del Norte de Chipre, que es el nombre que identifica uno de los países más pequeños de Europa. El país, de trescientos mil habitantes, se creó en 1966 tras la invasión turca de la mitad de la isla. Solo Turquía lo reconoce como Estado independiente. Entre otras cosas, funciona como tierra de asilo para criminales, pues carece de acuerdos de extradición con otros países.

Por correo electrónico había conseguido reservar mi primera noche de hotel sin tarjeta de crédito. No quedaba claro si las tarjetas normales funcionarían, debido a la situación de no-Estado del país. Había sacado dos mil dólares en Suecia para asegurarme de que podría apañármelas durante un par de semanas.

Cruzamos la frontera. El taxista conducía bastante por encima del límite de velocidad por carreteras serpenteantes y pequeñas localidades. Debía de tener prisa por volver a su lado de Chipre. Ya era más de medianoche cuando nos hicieron parar en un control de velocidad. Ahí perdió todo lo que yo le había pagado.

La primera mañana fue pesada. Estaba desayunando en el gran comedor del hotel rodeado de turistas ingleses, alemanes y holandeses que se habían dejado embelesar por los precios bajos y a quienes no les importaba si el país estaba ocupado o no. El hotel era viejo. En el salón, el ruido de los cubiertos y de los platos resonaba en las paredes de azulejo y en el suelo de baldosas. Las vistas debían de ser maravillosas, pero no les presté ninguna atención. Estaba tratando de concentrarme en el libro que me había llevado: *La extrema derecha entre la clase alta de Suecia*, de Alvar K. Nilsson. Ya me había leído la mitad. Había ido doblando las esquinas de las páginas donde me parecía que había algo interesante, pero aquel día no me podía concentrar. Me sentía tremendamente solo. Comencé a sopesar la posibilidad de buscar un billete de vuelta a Estocolmo. Irme a Chipre y sumirme en el caso Palme para huir de todos mis problemas me había parecido una buena idea, pero ahora se me estaba viniendo el mundo encima.

Tras engullir una crep de chocolate con nata montada, me sentí un poco mejor e hice unos pocos kilómetros en taxi para dar un paseo por Kyrenia (o Girne, que era el nombre de la ciudad en turco). El centro de esa pequeña urbe es pintoresco, con un puerto pesquero relativamente pequeño donde una hilera de restaurantes dejan claro que una de las principales fuentes de ingresos es el turismo. En un extremo del puerto, hay un fuerte construido en el siglo XVI, pero que sigue casi intacto. Continué en la dirección contraria, por la calle que se extiende junto al agua. A unos cien metros, vi el clásico hotel Dome. Allí, en 1986, periodistas de diversos países habían entrevistado a Bertil Wedin después de que compañeros sudafricanos le acusaran de estar implicado en el asesinato de Palme. El Dome era una belleza de estilo funcional, deslucido ya hasta un nivel aceptable de decadencia.

Me di una vuelta de media hora larga por la ciudad y me hice una idea de sus medidas. No debería suponer ningún problema descubrir dónde vivía Wedin. Por las fotos que había visto, sabía que era una casa en las afueras de Kyrenia, pero la ciudad se había expandido. Volví a mi hotel para prolongar la estancia una noche más; luego me concedí el resto del día libre.

A la mañana siguiente, fui más eficiente. A primera hora, ya había conseguido repasar lo que necesitaba para localizar a Wedin; había alquilado un coche por una semana y había enviado un *e-mail* a la redacción de *Svenska Dagbladet* para ver si estaban interesados en una entrevista con Wedin. Como documento adjunto, les mandé el memorando que Stieg había elaborado sobre él, lo que debería hacerles arquear una ceja. Por seguridad, firmé con otro nombre que había pensado emplear cuando encontrara a Wedin: Fredrik Bengtson.

Antes de que empezase a hacer demasiado calor, había dado una vuelta de una hora con el coche de alquiler por los barrios de chalés; había avistado tres casas que podrían ser la de Wedin. Delante de la que me parecía la más probable, había dos Renault 12 destartados de finales de los setenta, un modelo que me parecía haber visto en una entrevista a Wedin. El jardín que rodeaba la casa estaba asalvajado: casi parecía una selva. La casa necesitaba mantenimiento.

En lugar de llamar al timbre, decidí darle un día o dos. Bertil Wedin llevaba casi treinta años viviendo en el mismo sitio. Difícilmente intentaría huir solo porque un periodista hubiera aterrizado desde Suecia. Cuando vi lo fácil que había sido localizarlo, me pareció incomprensible que la policía sueca hubiese fracasado en sus intentos de interrogarlo, a pesar de haber tenido tanto tiempo y tantas razones para hacerlo.

La oficina de correos estaba en la calle Mustafa Cagatay. Al lado de una línea de ventanillas, aún quedaban algunas cabinas de teléfono de madera donde una telefonista todavía podía pasar llamadas internacionales. Un poco más allá, encontré lo que estaba buscando: una hilera de listines telefónicos colocados en un trípode con los lomos hacia arriba. Podía sacarlos de uno en uno y leerlos con el resto de los listines a modo de soporte. Como solo había unos pocos cientos de miles de habitantes en el Norte de Chipre, debería ser fácil encontrar a alguien en la guía de teléfonos; cuando elegí el más delgado, vi que había acertado. Ya tenía sus años y estaba muy manoseado. Bajo la W encontré dos números de teléfono de Bertil Wedin. Me los apunté.

De regreso al hotel, di un par de vueltas a la casa. Había empezado a oscurecer. Los dos Renault 12 seguían aparcados en la parte delantera. Vislumbré un par de luces tenues a través de la vegetación. Había caído la tarde en casa de los Wedin. Una de las diez mil tardes que habían pasado allí desde noviembre de 1985.

Al día siguiente, me sentía rebosante de energía. Le saqué punta a mi historia y probé un par de variantes antes de decidirme por la más sencilla. Me senté en

la cama de mi austera habitación de hotel y descolgué el auricular del teléfono fijo. El cartel de no molestar colgaba de la manecilla de la puerta; el balcón estaba cerrado. Marqué el número de Bertil Wedin. Tras varios tonos oí una voz al otro lado de la línea:

—¿Hola?

—Buenos días, mi nombre es Fredrik Bengtson —dije—. ¿Estoy hablando con Bertil Wedin?

—Depende de quién pregunte. ¿Cuál es el motivo de la llamada?

—Soy periodista y estoy fascinado por ti. Me gustaría entrevistarte.

Sujetaba el teléfono con fuerza a la espera de su reacción.

—Vaya, muy halagador. ¿Para quién trabajas?

—Distintos periódicos. Soy *freelance*. Para este artículo he hablado con *Svenska Dagbladet*.

Mi *alter ego* no era del todo inventado. Fredrik era mi tercer nombre; Bengt, el de mi padre. De ahí Bengtson. Había practicado un poco para expresarme con amabilidad, decisión y en un sueco elegante, pues pensaba que Wedin lo apreciaría. Había elegido el diario conservador *Svenska Dagbladet* porque era el único que me parecía que Wedin podría aceptar políticamente. Además, su respuesta al correo electrónico que les había enviado el día anterior había sido discretamente positiva: «Escríbenos cuando hayas hecho la entrevista. No lo interpretes como un encargo». También sabía que, en la medida de lo posible, estaba obligado a decir toda la verdad. Si no, seguro que Wedin me pillaría.

—¿De qué quieres hablar?

—De tu apasionante vida. En Suecia, en Gran Bretaña y aquí en Chipre.

—¿Quieres preguntarme por el asesinato de Olof Palme?

—Sí, me encantaría. Si se tercia.

Ahora casi podía oír que estaba pensando. Sabía que había rechazado muchas entrevistas a lo largo de los años.

—¿Hay espacio para algún tipo de compensación económica?

Era algo que había previsto, aunque quizá no tan pronto. La casa desvencijada y los coches destartados eran indicio de que la economía privada de Wedin no estaba en su apogeo. ¿Cuánto dinero sería lo razonable?

—Puedo pagar doscientas cincuenta libras esterlinas por una entrevista —dije al final.

—De acuerdo —respondió Wedin tras una breve pausa—. Doscientas cincuenta libras por una entrevista de entre una y dos horas. Nos vemos mañana,

a las once en punto en el hotel Dome.

¡Había funcionado! Había conseguido lo que la policía sueca no había logrado en casi tres décadas. Al día siguiente, iba a verme con uno de los agentes y personajes de extrema derecha más destacados y legendarios de Suecia.

EL INTERMEDIARIO: PRIMER DÍA

Kyrenia, septiembre de 2013

El desayuno de la mañana siguiente fue igual que el primero. El mismo café flojo, los mismos huevos revueltos y el mismo pan blanco. Pero yo estaba concentrado y casi me olvidé de comer. No necesité ninguna crep.

Me había puesto una camisa de rayas, de manga larga y bien planchada, pantalones de pinza grises y zapatos de vestir. Estuve escribiendo preguntas como un poseso. Daba la nota entre las camisetas de colores, las bermudas y las chanclas que llevaban los turistas.

Procuré llegar al bar del hotel Dome, que daba a la calle, a las once menos diez, para así tener tiempo de tranquilizarme. El local, decorado de forma espartana con mesas marrones y sillones forrados de color burdeos, estaba completamente vacío. Me pregunté si estaría en el sitio correcto.

A las once en punto, apareció Bertil Wedin. Pantalones claros planchados, camisa impecable arremangada y zapatos lustrados. Iba vestido como me había esperado; por suerte, mi elección de ropa había funcionado. La cara de Bertil seguía como esculpida en un bloque de granito, igual que en las fotos relativamente antiguas que había visto. Eso sí: su rostro estaba más ajado. No pude atisbar ni un asomo de sonrisa: estaba claro que aquel era un tipo duro. Dominando mis nervios, puse en marcha la grabación con el videobolígrafo que me había comprado antes de ir a Chipre. Me lo había puesto de forma estratégica en el bolsillo de la camisa; con un poco de suerte, conseguiría grabar tanto la imagen como el sonido de nuestra reunión.

—Fredrik Bengtson, *I presume*.

—Sí, soy yo. Un placer conocerte, Bertil.

—¿Nos sentamos ahí fuera y pedimos una cerveza?

—Me parece bien.

Wedin me condujo con familiaridad por el vestíbulo y la parte trasera del bar hasta la terraza de delante de la piscina. En el lado que daba al mar, pude reconocer la barandilla junto a la que lo habían fotografiado hacía casi veinte años. Nos sentamos a una mesa, a la sombra de un parasol. Saqué mi iPhone y lo puse en modo avión para que la grabación no se viera interrumpida si alguien me llamaba. Una medida extra de seguridad, por si el bolígrafo fallaba.

—Me he tomado la libertad de llamar a *Svenska Dagbladet* —dijo Wedin—. Para comprobar tus datos. Me han dicho que nunca han publicado ningún artículo de Fredrik Bengtson.

El pulso se me aceleró y noté que en cualquier momento me ruborizaría.

—Pero luego me confirmaron que estaban interesados en comprarte un artículo, así que podemos empezar —continuó Wedin—. ¿Has traído el dinero?

Le di las gracias a mi estrella de la suerte por haber sido meticuloso con los preparativos, por una vez en la vida. Por lo visto, *Svenska Dagbladet* se estaba tomando el asunto lo bastante en serio como para confirmárselo incluso a Wedin. Saqué la cartera y puse doscientas cincuenta libras en billetes sin doblar encima de la mesa. Wedin se las guardó rápidamente sin contarlas.

—Bueno, ¿de qué quieres hablar?

—Empecemos por el principio. Háblame de tu estancia en el Congo.

—Eres muy minucioso, a ver cuánto nos dan de sí dos horas —dijo Wedin—. Empezamos por el 6 de agosto de 1963, que es un día importante de mi vida. Yo llevaba un tiempo como teniente de la ONU en el Congo. El secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, había muerto en un accidente aéreo un par de años antes. Oficialmente no quedaban tropas rebeldes, pero nuestra misión era controlar que eso era verdad. La CIA se ocupaba de lo mismo desde el aire. Nos informaron de que no podían divisar ninguna tropa. Pero el área que cubríamos era más grande que Suecia y habíamos oído rumores de que en cierto pueblo seguía habiendo rebeldes. Un pequeño grupo de soldados volamos hasta allí. Para demostrar que íbamos en son de paz, no llevábamos armas, solo una pistola Husqvarna. Mientras estábamos hablando con el jefe de la tribu, de pronto nos rodearon ciento cincuenta soldados con metralletas que disparaban al aire.

—¿Y tú sacaste la pistola?

—Todos estaban prisioneros, incluido nuestro capitán, el noruego Axel Munthe-Kaas. Yo estaba con mi pistola apuntando a dos katangueses con metralletas cuando, en el último momento, el capitán me dio la orden de entregar

el arma.

—Pero ¿por qué la desenfundaste ante tantos enemigos?

—Yo era oficial de inteligencia, pero también guardaespaldas del capitán. Era mi deber. En cualquier caso, nos hicieron prisioneros y enseguida nos condenaron a muerte por espionaje. Nos colocaron varias veces contra una pared para ejecutarnos, pero cada vez empezaban a discutir sobre cómo proceder. Al final a alguien se le ocurrió la idea de que podían cortarnos los penes para que la primera esposa de su líder pudiera secarlos y colgárselos al cuello.

—Una idea bastante primitiva.

—Se podría decir así, sí —dijo Wedin—. Si empezaban a cortar penes, yo tenía claro que me abalanzaría sobre el primer katangués que viera para que me pegaran un tiro. Pero Munthe-Kaas tenía formación diplomática y siempre conseguía posponerlo. Nos sirvieron nuestra última comida, que fue a base de Coca-Cola y sardinas en lata. La Coca-Cola no me gustaba, pero las sardinas estaban buenas. El acuerdo con el cuartel general en Elisabethville era que, si no habíamos vuelto a las 16.00, enviarían dos mil hombres a la zona. Por su parte, los katangas decían que, si llegaban refuerzos, nos dispararían. Por suerte, nuestro oficial de guardia en el cuartel general se había quedado dormido después de comer y las tropas no vinieron. A las 18.00, los katangués lo interpretaron como que nadie iba a venir a rescatarnos y nos dejaron subir al avión y volver.

—Entonces, os librasteis sin sufrir daños ni bajas.

—Sí. Pero los rebeldes no corrieron la misma suerte. A pesar de los intentos del mayor Munthe-Kaas de evitarlo, el general de la ONU dio la orden de enviar tropas y aniquilar a todos los rebeldes, que fue justo lo que pasó.

—¿Y tú qué hiciste luego?

—Aquello tuvo dos resultados. El 6 de agosto de cada año me como una lata de sardinas para celebrar que sobreviví a mi sentencia de muerte de 1963.

—¿Y el otro?

—Desde entonces he dedicado mi vida a luchar contra el comunismo.

El camarero se acercó y nos preguntó si deseábamos algo más y le dijimos que sí.

—*Large beers?*

—*No, today we go for lady beers* —respondió Bertil con su sonrisa correcta, pero un tanto rígida.

Bertil me habló rapsódicamente de la temporada que pasó en el Congo. Me

costaba un poco seguirle el hilo. Había sido asistente en Viena del periodista conservador Arvid Fredborg, que había organizado conferencias contra el comunismo y que había sido íntimo amigo de Alvar Lindencrona, el fundador de Stay Behind. La red secreta de defensa Stay Behind, me aclaró, era la última línea defensiva si Suecia se veía ocupada. Estaba formada por células independientes con pocas personas en cada una de ellas. Bertil también había participado en esa red, «la rama conservadora», tal como él lo expresaba.

De vuelta en Suecia, cuando trabajaba para el Estado Mayor, se le acusó de tener vínculos con el Gobierno de Vietnam del Sur. En 1967, tuvo que dejar su trabajo. Entonces Marcus Wallenberg le hizo responsable de un bufete que se llamaba Información de la Industria. El bufete elaboraba informes propios y externos, así como proyectos para la Säpo y el Departamento de Seguridad del Estado Mayor entre otros. Un trabajo alternativo, según Bertil. Un día tuvo un encontronazo con Ebbe Carlsson en el bar de la Ópera, y al día siguiente tenía una conferencia y participaba en un debate público.

—Espera un segundo, ¿conocías a Ebbe Carlsson? —pregunté.

—No lo conocía más que los que solían frecuentar el bar de la Ópera o los que iban a las ruedas de prensa. Nos saludábamos. Y luego unas pocas frases más. En aquella época, la cosa funcionaba así —respondió Bertil.

Hizo una pausa. Le dio un trago a la cerveza y bajó un poco la voz.

—Luego tuvo lugar el siguiente acontecimiento que marcó un nuevo rumbo en mi vida. Un compañero del bufete me pidió que quedara con su hijo para hablar de su deseo de ir a Rodesia y hacerse mercenario. Yo nunca había estado en ese país, pero sí estaba familiarizado con África, claro. Decidimos vernos en el bar Tudor Arms, en el barrio de Östermalm, al que yo solía ir. Allí nos encontramos por casualidad con otro conocido que se sentó con nosotros.

—¿Quién era?

—Un diplomático de la embajada de Estados Unidos. Mi destino quedó sellado. La revista *FiB Kulturfront* publicó un reportaje en el que decía que yo me dedicaba a reclutar mercenarios para el régimen racista de Ian Smith en Rodesia, por encargo de la CIA. Me tendieron una trampa y yo caí de lleno.

Una trampa. Noté que la sangre corría a toda velocidad por mis venas y di un trago rápido a la cerveza fría, directamente de la botella. Crucé los dedos para que no se viera que nuestra cita, a su manera, también era una trampa.

—El resultado fue que, una vez más, perdí mi trabajo. Me harté de todo y no quería tener que pasar la Navidad en Suecia. Así pues, decidí ir a Saigón, en

Vietnam del Sur.

Me quedé pensando durante un momento.

—Pero ¿esto no fue durante la guerra de Vietnam? ¿Por qué quisiste ir justo entonces?

—Conocía a un monje budista de un monasterio. Pensé en ir a verlo.

Si las historias de Bertil quedaban dentro o al menos cerca del límite de la credibilidad, esta en concreto la superaba en grado sumo. Bertil era uno de los pocos simpatizantes de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, motivo por el cual la prensa se había ensañado con él en varias ocasiones. Hubiera sido más fácil creer que había ido a Vietnam a luchar.

—¿Y fuiste?

—No, cambié de idea en el aeropuerto y cogí un vuelo a Chipre. Allí conocí a la que sería mi esposa dos semanas más tarde. Tras un par de años más en Suecia, nos mudamos a Londres. Eso fue en 1975.

Alcé ligeramente una mano para frenar a Bertil; en el archivo de Stieg, había varias carpetas sobre organizaciones y personas con las que habría tenido relación.

—Pero te has saltado un par de cosas. Tengo que preguntarte por las organizaciones en las que participaste. Alianza Democrática, por ejemplo. Eso fue antes de que te fueras de Suecia, ¿es correcto?

—No fui miembro. Iba a menudo, pero nunca fui miembro.

—Pero a Anders Larsson, de Alianza Democrática, lo conocías, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—¿Qué puedes decir de él?

—Nada bonito. Anders Larsson era un falso. Era una mala persona. No me gusta decirlo, pero no era quien decía ser.

—¿En qué sentido?

—KGB. Todo el tiempo. Mentalmente, un tanto débil, por así decirlo. Tenía un intelecto despierto, pero sufría ciertos problemas, esquizofrenia, o como se llame. Había algo que no estaba del todo bien. No era capaz de tener un trabajo normal, así que lo colocaron de bibliotecario en el Comité Báltico. Así cobraba un sueldo del Estado. El Comité Báltico consiguió un bibliotecario gratis, y Anders Larsson, trabajo.

Eran palabras muy duras para decirlas de un muerto. Tenía que averiguar por dónde quería ir. Conté en silencio hasta diez para no ponerme a hablar yo primero. Al cabo de una larga pausa, Bertil continuó.

—Yo era muy activo en el Comité Báltico, que a su vez formaba parte de la WACL. Y del Nuevo Club de los Martes. Y del Consejo Sueco por la Libertad. Anders Larsson estaba en todas partes.

Bertil y yo llevábamos cuatro horas sentados y nos habíamos tomado otras tantas cervezas. Aun así, ni siquiera habíamos llegado a su época de agente sudafricano al servicio de Craig Williamson, pero me contó historias fascinantes de una Suecia de otra época y de sus años en Londres. Era un buen narrador. Por mi parte, me acomodé en el papel de oyente. Si era la última vez que nos íbamos a ver, era un craso error no hacerle más preguntas. Si iba a haber una segunda reunión, era una buena manera de generar confianza: dejarle contar lo que le apeteciera. Cuando dieron las cinco, Wedin se levantó.

—Ha sido un gusto encontrarme con un sueco civilizado. ¿Las cervezas corren de mi cuenta o de la tuya?

—De la mía, por supuesto. Soy yo el que te ha pedido que vinieras. ¿Nos vemos mañana?

No quedaba claro si era porque yo invitaba a las cervezas o si porque realmente le apetecía, pero acordamos encontrarnos al día siguiente a la misma hora.

Conduje con cuidado hasta el hotel, exaltado por la cerveza y la euforia de haberlo conseguido. «Recuerda que se conduce por la izquierda. Recuerda cambiar de marcha con la izquierda. No, eso es el limpiaparabrisas.»

Cuando bajé al comedor lleno de turistas, sobre las ocho de la tarde, ya estaba sobrio, pero aún notaba la adrenalina de haber quedado con Bertil Wedin. Tenía muchas cosas en la cabeza, pero lo que más me llamaba la atención es que lo veía como... un ser humano. Me había imaginado una personalidad igual de dura que la fachada. Pero, en verdad, intuí que Bertil y yo compartíamos la misma necesidad de aprecio y de que alguien, a su vez, nos necesitara. Sin embargo, en sus treinta años de exilio voluntario en el Norte de Chipre, no parecía haber logrado ninguna de las dos cosas.

Me asignaron la última mesa. Poco después, dos turcos que no sabían ni una palabra de inglés se habían sentado conmigo. En otra situación habría sido una cena silenciosa. Pero esa noche, aquellos dos operarios de grúa de Ankara y yo consumimos cantidades copiosas de *raki* mientras comíamos toneladas de *meze* y resolvíamos los misterios de la vida sin siquiera compartir una lengua. Mañana sería otro día.

EL INTERMEDIARIO: SEGUNDO DÍA

Kyrenia, septiembre de 2013

Me levanté de la cama, pero poco más. Plancharme una camisa se me antojaba una tarea casi sobrehumana y en el comedor pedí un café extrafuerte. Volvía a estar impecablemente vestido (siendo generoso). Mientras escuchaba la grabación del día anterior, tomaba apuntes a ritmo frenético. Hasta este momento no me di cuenta de que Wedin me había hecho una vieja jugada. Al principio de la conversación, me preguntó mi edad. Apenas una hora más tarde, me había preguntado de qué año era. Si le hubiese mentido sobre la edad, probablemente habría titubeado ante la segunda pregunta. Podía parecer un gesto amigable, pero ambos sabíamos de qué iba la cosa. Íbamos a hablar de su trabajo en el servicio secreto sudafricano y su posible implicación en el asesinato de Olof Palme.

Wedin era puntual, pero mi falta de disciplina quedó patente. Estuve un rato buscando aparcamiento y llegué un cuarto de hora tarde. Bertil estaba sentado en la terraza a la misma mesa que el día anterior. A pesar de empezar en desventaja, decidí probar de ir más directo al grano, lo cual pareció irle bien a Wedin. Tampoco reaccionó cuando dejé el teléfono encima de la mesa. Ya había empezado a grabar.

—¿Cuándo conociste a Craig Williamson?

—Eso es una historia por sí misma. Cuando me mudé a Londres en 1975, al cabo de un tiempo empecé a hacer algunos trabajos para Brian Crozier. Era un periodista estupendo que trabajaba para *The Economist* y para Reuters, pero su apuesta más importante era ni más ni menos que la organización de espionaje bautizada con el discreto nombre de The 61. Había empezado en 1977, junto con personas veteranas de la CIA y el MI6.

—¿Y tú hacías misiones en Inglaterra?

—No. En Estados Unidos y en el sur de África. Era a finales de los setenta.

Me encargaba de hacer un seguimiento del espionaje soviético en territorio estadounidense. En realidad, era tarea del FBI, pero la CIA quería saber más y no la dejaban meterse. Yo sí podía, como periodista. Si me surgían problemas, contaba con el apoyo de la CIA, pero mis contratistas eran Crozier y The 61. Cuando terminé la misión, la CIA quería el informe directamente, pero yo se lo pasé a Crozier, quien se lo entregó personalmente a Ronald Reagan. Su comentario fue: «Esto acabará con la Unión Soviética».

Enseguida noté que era una sobredosis de información para mí. Tenía resaca y estaba en un país que casi no existía con un exagente sudafricano a quien habían acusado de desempeñar varios papeles en el asesinato de Olof Palme, pero a quien nunca habían interrogado por el caso en cuestión. Ahora me estaba hablando de importantes acontecimientos en los que su trabajo habría afectado a la política de Estados Unidos respecto a la Unión Soviética. En aquel momento, yo no tenía forma de comprobar que aquellos datos fueran ciertos. Supuse que después tampoco podría hacerlo. Seguí atendiendo para ver adónde me llevaba el relato de Wedin.

—La siguiente misión para The 61 fue viajar a África y buscar información sobre lo que los soviéticos tenían entre manos. Eso se me daba bastante bien; estaba acostumbrado a ese tipo de trabajo. Y también escribí artículos que Crozier colocaba en grandes periódicos bajo otro nombre. Los países que me pusieron a vigilar fueron Sudáfrica, Namibia y Rodesia, que en aquel momento se estaba cambiando de nombre: pasó a ser Zimbabue.

Wedin dio un trago a la botella de cerveza, como para tener tiempo para pensar.

—Pues bien. En uno de los viajes, estamos hablando quizá de 1980, yo estaba en Johannesburgo cuando leí un artículo relacionado con Suecia. Un espía sudafricano llamado Craig Williamson se había infiltrado en una organización llamada IUEF, dirigida por suecos. Me puse en contacto con él de inmediato y acordamos una cita.

—Esto todavía era en Johannesburgo, ¿no?

—Sí. Nos vimos en el bar de un hotel, yo pedí una copa, pero él tomó una Pepsi-cola *light*. Estaba muy gordo.

—Sí, he visto fotos.

—Pero era muy interesante y estaba predispuesto a ayudar. Confirmaba más o menos todo lo que ponía en la prensa. Tiempo más tarde, lo llamé y le pregunté si estaba interesado en ese tipo de informes que a mí se me daban tan

bien. Enseguida me llamó una persona de su empresa pantalla, la African Aviation Consultants: me ofreció mil libras al mes, bastante dinero para la época. Acepté. Así es como empecé a trabajar para Craig Williamson.

—¿Y fue entonces cuando organizasteis el asalto a las oficinas del movimiento de liberación? Me refiero al CNA, el PAC y la SWAPO.

Wedin se reclinó en la silla.

—Todo lo que hice para African Aviation Consultants y Craig Williamson era legal. Mi trabajo consistía en reunir información, como cualquier periodista. También fui absuelto en todos los puntos relacionados con el asalto. Es decir: soy inocente de colaboración ilegal con el servicio secreto sudafricano, de haber aceptado documentos robados a sabiendas de que habían sido sustraídos en un allanamiento. Totalmente inocente.

—Pero ¿trabajabas con Peter Casselton?

—Lo conocía. A él lo condenaron a cuatro años de prisión por el asalto. Consumó dieciocho meses.

—Cumplió.

—Pues eso. Después de cuarenta años en el extranjero, a veces me olvido del sueco.

Wedin se inclinó hacia delante y bajó la voz. Me había dado cuenta de que solía hacerlo cuando quería remarcar algo, así que atendí en silencio.

—Cuando me absolvieron y mi victoria estaba asegurada, llegaron montones de periodistas. Yo era miembro de la Asociación de Prensa Extranjera. Todo el mundo vino a felicitarme. Pero hubo algunos periodistas que no se me acercaron; era el grupo sueco. Los dirigía un primer secretario de la embajada sueca; simplemente, se fueron en fila. Como si no me hubiesen visto. Ninguno me felicitó. Ninguno escribió ni una sola palabra sobre mi triunfo. Sobre el desenlace de la causa.

Wedin volvió a reclinarse.

—Como comprenderás, no tengo demasiada consideración por los medios suecos. *Svenska Dagbladet* puede que sea la excepción.

—¿Y qué clase de persona era Craig Williamson?

—Como supongo que leerá esto, no seré muy crítico. Era... Estuve charlando con él en varias ocasiones y era simpático.

—¿Era peligroso?

—Peligroso... Bueno, a mí no me disparó, pero recuerdo que cuando entrábamos en el terreno político... Yo me definía a mí mismo como liberal. Él

aseguraba que también lo era. Pero se puede ser liberal de muchas maneras.

—¿Qué hiciste por Craig?

—En realidad, no fue gran cosa. Me han descrito como agente de los sudafricanos, pero lo cierto es que no fui más agente suyo que del KGB cuando vivía en Suecia.

—¿Tuviste noticias de Craig luego, cuando los sudafricanos comenzaron a acusarse entre ellos del asesinato de Palme?

—No, nunca me ha llamado. Peter Casselton sí me llamó, pero debía de estar borracho. Poco después murió en un accidente.

—¿Cómo?

—Creo que estaba en casa de un amigo reparando un camión cuando el motor arrancó y murió aplastado contra una pared. Una historia un poco desagradable.

—Sí, desde luego. Vaya.

Wedin se frotó el mentón y titubeó.

—Oye, Fredrik, tendría que terminar ya, si no tienes más preguntas.

Lo que tanto me había preocupado estaba a punto de pasar. No había conseguido llegar a las preguntas sobre el caso Palme y Bertil quería irse. Dada la situación, decidí lanzarme a probar suerte.

—La verdad es que sí tengo un par de preguntas más. Pero nos llevará un rato —dije—. Tengo un memorando que Stieg Larsson escribió sobre ti.

—¿Stieg Larsson? ¿El autor de novela negra?

Asentí con la cabeza.

—Escribió un memorando sobre ti y lo entregó al caso Palme a finales de 1987.

—¿A ver?

Wedin alargó con ímpetu una mano y miró mi mochila, como si pudiera ver que el documento realmente estaba allí, pero mi mentira era fácil de sostener.

—Lo tengo en el hotel. Si nos vemos mañana, puedo traerlo y hacerte unas últimas preguntas para terminar.

La vanidad es una pulsión poderosa. «Si uno de los escritores de novela negra más destacados del mundo ha empeñado su alma en un memorando sobre ti, es obvio que vas a querer verlo», pensé.

Por momentos, Wedin libró una batalla interna, pero al final se rindió.

—Vale. Mañana es la última vez. Y tendré que acabar pronto: es viernes.

Daba igual cuánto rato pudiéramos estar. Lo importante era que había conseguido una última cita. Esta vez tenía que procurar encontrar la manera de filmarlo otra vez. El teléfono captaba el audio sorprendentemente bien, pero la función de vídeo del bolígrafo espía se había colgado. Había llegado el momento de ir de compras por Kyrenia.

Una hora más tarde, después de visitar la tienda local de fotografía, estaba de vuelta en el hotel como orgulloso dueño de una cámara digital de color burdeos de la marca Canon. Podía grabar sin que se encendiera ninguna lucecita roja y solo me costó mil coronas.

Aquella noche, el hotel ofrecía una cena temática sobre Hawái. Me dejé arrastrar por la dimensión paralela de los viajes organizados. Cuando dieron las diez, todo el mundo se trasladó al bar del hotel. De camino, noté un firme apretón en el brazo. Al darme la vuelta, una mujer (unos años más joven que yo, alrededor de los cuarenta) me clavó los ojos sin soltar su mano.

—¿Quién es usted? Por la mañana parece autista, se sienta de punta en blanco a escribir en una libreta. Por las noches, está en todas partes, bailando y bebiendo. Y los turcos de anoche. ¿Quiénes son? ¿Qué negocios tiene con los turcos?

Si ya estaba aturdido por haber pasado dos días con Wedin, ahora me quedé en blanco. Al final solo pude preguntarle a aquella mujer de acento holandés si la podía invitar a un Mai Tai: con su sombrillita de papel y una guinda.

EL INTERMEDIARIO: TERCER DÍA

Kyrenia, septiembre de 2013

Ocho horas de conversación con Wedin en dos días y yo aún sufría por mi propia seguridad, pero también comenzaba a sentir simpatía por él. Aunque no supiera hasta qué punto lo que me contaba era verdad, en cierta medida, Bertil Wedin había purgado sus actos del pasado mediante una especie de arresto domiciliario en aquella isla. Desde 1986, su vida había quedado petrificada en su Pompeya particular. Abandonado en un país que no existía, en una casa que se estaba cayendo a trozos y a la que la naturaleza le estaba ganando la batalla. Lo único que quedaba eran los recuerdos de la época de la Guerra Fría, cuando Wedin estaba en el epicentro. Paradójicamente, había luchado por Occidente contra la Unión Soviética y había formado parte del bando ganador. Aun así, se habían olvidado de él cuando la guerra terminó y el humo se hubo disipado.

Tras haber conocido a la persona que había detrás de los rumores, dudé. Pero también había visto su doblez en aquellos ojos azules y fríos. Pensé que, a pesar de todo, el memorando de Stieg sobre Wedin debía de ser cierto en su mayor parte.

Para el último día, estaba mejor preparado. Llegué a la hora. Llevaba todo el equipo necesario, todos los documentos. Además, había apuntado todo lo que necesitaba. Quedamos otra vez en la terraza del hotel Domes. El teléfono grababa y la cámara digital estaba encima de la mesa, filmando hacia donde Wedin se acomodó. Su postura, en el canto de la silla y con la espalda erguida, me dejaba claro que hoy no íbamos a hablar demasiado.

—¿Has traído el memorando de Stieg?

—Desde luego, pero pensaba empezar con una lista de nombres que he sacado un poco de aquí y allí, para ver si los conoces.

Wedin no parecía entusiasmado, pero tampoco se negó. Comencé a cantarle

la lista, que se extendía más de tres páginas. En ella, había incluido tanto nombres de gente que ya sabía que él había conocido, como nombres de personas con las que estaba casi seguro que no había mantenido contacto.

Lo de Anders Larsson y Ebbe Carlsson ya estaba aclarado. Más sorprendente fue oírle decir que no conocía al taquígrafo Bengt Henningsson. Sorprendente porque varios periódicos, entre ellos el *GT*, habían escrito que Bertil Wedin, Bengt Henningsson y Anders Larsson habían hablado antes del asesinato.

Wedin estaba familiarizado con la mayoría de los miembros de la revista *Contra*; incluso había sido su corresponsal en Oriente Medio durante muchos años. Al redactor jefe Carl G. Holm lo había descubierto el propio Wedin. De hecho, se lo había recomendado a la Federación de Industrias: lo contrataron.

A Hans von Hofsten y Joel Haukka los conocía de sobra, pero no tenía claro si había coincidido alguna vez con ellos.

La reacción de Wedin ante el nombre de Bernt Carlsson, estrecho colaborador de Palme, fue interesante. Le hablé de él porque Bernt Carlsson había sido uno de los directores del IUEF cuando Craig Williamson se había infiltrado en la organización. Wedin no lo conocía, pero dijo estar convencido de que el avión sobre Lockerbie voló por los aires porque Bernt Carlsson iba a bordo. Un par de semanas antes de la catástrofe, explicó Wedin, Carlsson había invitado a sus amigos más íntimos a una cena en su casa. Entre lágrimas, les había contado que iba a morir en breve. Wedin se echó a llorar para imitar las lágrimas de Bernt. Me impresionó que supiera llorar por encargo. Me quedaron claras sus dotes de actor.

—¿Podemos mirar el memorando? —dijo cuando terminamos de repasar los nombres de mi lista.

Había cruzado las piernas y se había girado hacia un lado. Estaba claro que se quería ir de allí. No lo hacía porque quería ver el documento. Ya no podía postergarlo más. Por suerte, en ese momento, un camarero nos preguntó si nos apetecía una segunda ronda. Esa interrupción me permitió comprobar que la cámara digital seguía funcionando.

—He pensado que te iré dando las hojas de una en una para que tengas tiempo de reaccionar ante lo que pone.

Wedin cogió la primera, la leyó con detenimiento y me pidió la siguiente, y luego la siguiente, hasta que hubo leído todo el memorando. Pude vislumbrar tanto asombro como orgullo en su rígido rostro. Luego empezó a negar.

—No sé a qué se refiere con lo de intermediario en este caso. Yo no medié en

nada. Nunca se me pidió ayuda de ningún tipo. Nadie en todo el planeta me dijo nada de Palme ni de sus planes de asesinarlo. Ni siquiera se me preguntó nunca nada que pudiera servirle de ayuda a nadie. Y jamás he facilitado ninguna información que pueda haber llevado a algo. Ninguna. Ninguna. No he hecho nada en esa línea. Nada de nada, no hay nada... Siempre se dice que no hay humo sin fuego, pero en esto no hay nada. Conozco los rumores que corren sobre mí, que soy de derechas y conservador; que no me gustaba Palme y mil historias, pero yo no hice nada de todo esto. Ni lo más mínimo. Y tampoco nadie me pidió que hiciera nada. Así que fuera quien fuera, no sabía nada de mí... o no se fiaba. En todo caso, a mí no me preguntaron nada.

La negación de Wedin era contundente. Además, resultaba convincente. Habría bastado con un simple «yo no estuve involucrado». Pero era comprensible que quisiera decir más, cuando una y otra vez, año tras año, lo acusaban de lo mismo. Pero él lo negaba completamente. No le hice más preguntas sobre su papel en el asesinato de Olof Palme. No llevaba a nada. Aun así, tampoco quería dejar el tema tal cual.

—¿Quién mató a Olof Palme?

—Escribí un artículo en *Contra* al respecto. Imagino que lo has leído. Tal y como describo en él, he hecho mis propias investigaciones y he recopilado cierto material. En repetidas ocasiones, he intentado entregárselo a las autoridades suecas. Primero al secretario de Gabinete, Pierre Schori; luego, a la policía sueca. Jamás ha interesado a nadie. Al contrario, me han puesto pegas.

—Podrías haberles enviado el material por correo certificado y, al mismo tiempo, haber hablado con los medios de comunicación.

—Son cosas demasiado graves como para involucrar a los medios. Además, con correo certificado no hay forma de controlar qué es lo que he enviado. Dicho en pocas palabras: fue un ciudadano turco perteneciente a lo que más tarde supe que se llamaba PKK. Lo hizo por encargo junto con una mujer de Alemania Oriental, entre otros; estaba en Chipre para acusarme a mí de la operación. Sin duda alguna, Anders Larsson estuvo implicado de alguna manera.

Le había preguntado todo lo que quería saber. Ya el día anterior, Wedin había estado a punto de despedirse. Poco a poco, parecía darse cuenta de que estaba hablando de más. De ser así, eso me dejaba en buen lugar. Nadie más había entrevistado a Bertil Wedin durante once horas. Estaba orgulloso de mí mismo. Me relajé demasiado pronto.

—¿Cuál es tu correo electrónico? —me preguntó.

Ya había pensado antes en eso, pero como todo fluía lo había dejado pasar. Ahora estaba obligado a tranquilizarme e inventarme un *e-mail* que encajara con mi nombre falso. Fredrik Bengtson era demasiado normal como para apostar por un correo de Gmail o de Yahoo normal y corriente. Crucé los dedos para que los colores que notaba por el cuello tardaran un poco más en subir y al final conseguí responderle.

—437 bengston punto Fredrik arroba Gmail punto com. Bengtson con una sola s.

—Una s. Qué fino.

Mi última mentira parecía haber colado, pero me di cuenta de lo frágil que era mi seguridad. Bastaría con que Wedin le pidiera a alguno de sus amigos locales que me siguiera hasta el hotel para comprobar que no había ningún Fredrik Bengtson hospedado en él. Lo primero que iba a hacer sería abrir una cuenta de correo para que Wedin no empezara a sospechar demasiado pronto. Lo siguiente, hacer una copia de seguridad de las once horas de audio grabadas con mi iPhone y de las varias horas de vídeo grabadas con el bolígrafo espía y la cámara digital.

Luego, largarme de Chipre como alma que lleva el diablo.

Y

Conseguí un billete para el avión de Norwegian del día siguiente. Esta vez, el trayecto en taxi hasta Lárnaca transcurrió sin paradas imprevistas. Comencé a darle vueltas a lo que Wedin me había explicado, preguntándome si de verdad era cierto. O mejor dicho, me pregunté en qué momento me había mentido (porque mentir seguro que me había mentido). Al repasar nuestra conversación, vi claro que, cuando Wedin intentaba recordar viejas mentiras, hablaba más despacio. Era como si tuviera que hurgar muy a fondo para encontrar el recuerdo de lo que en su día había falseado. Y eso era justo lo que ocurrió, por ejemplo, cuando compartió conmigo su teoría acerca de quién mató a Olof Palme.

LA ENTREGA

Estocolmo, septiembre de 2013

Detrás de la puerta de casa me topé con una montaña de propaganda y recibos. Pero también había un pequeño sobre acolchado sin remitente. Sellado en Praga. Las cartas bomba que Craig Williamson había hecho mandar y que habían matado a dos mujeres y una niña pasaron por mi mente. Abrí el sobre por el lado contrario, algo que los amigos de Stieg me habían contado que les había enseñado a sus compañeros de *Expo*. Pero dentro solo encontré una memoria USB.

La ventana de diálogo exigía una contraseña. Revisé el sobre: nada.

¿Quién me habría mandado un USB protegido? Praga. Lída Komárková. Noté el sabor a jengibre y a lima de nuestros Moscow Mule. Al despedirnos delante del bar, Lída me había confirmado que se pondría en contacto con Jakob Thedelin a través de Facebook y que le haría preguntas sobre Enerström y el caso Palme. Yo no sabía qué esperar, Lída parecía ser una persona de palabra. A lo mejor esto era el resultado.

Comprobé los mensajes de mi contestador. Había uno de Lída, muy breve: «Wedin». Podía ser la contraseña. Pero ¿cómo podía conocer ella a Bertil Wedin? Estaba casi seguro de que no le había mencionado el nombre de Wedin ni siquiera cuando hablamos de Stieg, puesto que quería que ella se concentrara en Jakob, Alf y Gio. Nada más.

Probé con «Wedin». Al instante, se abrió el contenido del lápiz de memoria. Un archivo pdf y otro pst. Una búsqueda en Google me aclaró que los archivos pst son para guardar mensajes, por ejemplo e-mails de Outlook. Era un poco lioso instalar el archivo de correo, por lo que empecé por el pdf. Eran cien páginas de mensajes privados de Facebook en inglés entre Lída Komárková y Jakob Thedelin.

*Hello Jakob, you have many friend with me. Tell me you and family?
Best regarding,*

LÍDA KOMÁRKOVÁ

Dear Lída Komárková:

Me alegro de saber de ti. Me has preguntado por mi familia. Bueno, mi padre sigue vivo, pero mi madre lleva muerta desde 1994. Mi padre vive en otra ciudad, pero nos llamamos de vez en cuando, igual que con mis amigos. Tengo pocos, pero buenos. Hay uno que es un auténtico gentleman.

Abrazos,

JAKOB

Lída había comenzado con cautela, pero parecía haber captado enseguida que Jakob era fácil de manejar. A lo mejor había exagerado su mal inglés, pero Jakob había respondido a todos y a cada uno de sus mensajes. Yo tenía la sensación de estar entrometiéndome en una conversación privada entre dos personas a las que no conocía, lo cual no quedaba lejos de la verdad. Pero una de las partes, Lída, había aceptado que leyera aquella conversación. Una buena foto de perfil y unos mensajes afables eran la versión moderna de un cebo. Igual de efectivo que los métodos de Mata Hari..., y bastante más sencillos. Al cabo de una semana y tras unos cuantos mensajes, Lída había conseguido intimar un poco con Jakob.

Hello Jakob:

Ahora te escribo en Word, lo cual me ayuda a escribir de forma más correcta en inglés. Así te puedo contar más de mí misma y de mi vida. Alguna vez quiero ir a Suecia. A lo mejor en verano.

¡Me parece muy interesante que te convirtieras al judaísmo! Después de lo que hice hace muchos años, pienso muy seriamente en convertirme a la religión de mi abuelo materno. ¿Cómo me puedo convertir? ¿Cuándo lo hiciste tú? ¿Es diferente para una chica?

Un gran abrazo,

LÍDA

Dear Lída:

Me has preguntado cómo convertirte. Puedes hacer una conversión ortodoxa o liberal o conservadora. Yo hice una conversión conservadora. Hay que saber qué comida es kosher y las leyes básicas del judaísmo; no es difícil. Una chica no tiene las obligaciones religiosas que tienen los hombres; las conversiones de las chicas no son tan estrictas. Pero deberías preguntarle a la sinagoga de tu zona para obtener más información.

Un abrazo,

JAKOB

Lída había descubierto que Jakob se había convertido al judaísmo, lo cual explicaba todos los símbolos judíos en su muro de Facebook. Sus mensajes se iban haciendo cada vez más largos, mientras los de Lída eran más breves y directos. En general, ella le pedía que le contara más cosas. A veces le hacía preguntas concretas, y a menudo obtenía respuestas concretas, pero mezcladas con largos mensajes llenos de reflexiones de Jakob. Ella lo exhortaba a decir siempre la verdad, ya la habían engañado antes y exigía sinceridad pura.

Dear Jakob:

Me gusta mucho que pongas «dear». ¿No serás tú el gentleman que mencionaste? ¿O tu amigo existe de verdad? Olof Palme era sueco, ¿él era un gentleman? ¿Un héroe?

Gran abrazo,

LÍDA

Dear Lída:

Me alegro de saber de ti.

Hablabas de gentleman, ¿todavía existen? Bueno, yo conozco algunos, uno de ellos vive siguiendo los viejos modales y habla mucho de caballerosidad. Yo hago todo lo que puedo para vivir acorde con ella.

Olof Palme era el dirigente del Partido Socialdemócrata en Suecia. Palme fue asesinado en 1986. Fue alabado por la Unión Soviética con un sello oficial con su retrato. El único extranjero, aparte de él, que recibió tal honor fue Kim Philby, un espía soviético y ciudadano británico.

Además, a mí no me sorprende que Palme sea visto como un héroe en

el extranjero, pocas cosas se dicen de él en sentido negativo.

Pero hay excepciones, el periódico italiano La Stampa publicó un artículo en 1982 titulado Palme, un dictador confabulado con Moscú.

Love,

JAKOB

Tal como cabía esperar, Jakob hacía referencia a Olof Palme como traidor y agente del KGB. Además, contaba que él mismo solía celebrar cada año «el aniversario de la muerte del traidor a la patria con una copa de vino». Lída continuó recabando información, pero sobre todo referente a quién era el amigo de Jakob. Él respondía con largos mensajes llenos de reflexiones. Lída lo fue acercando cada vez más al tema.

Dear Lída:

¡Gracias por tu mensaje!

Me preguntas si he disparado un magnum alguna vez. Y sí, lo he hecho. Apoyé el brazo en el marco de una ventana para conseguir un mejor disparo. El resultado fue el esperado.

También me escribes en tu carta sobre la sinceridad. A mí tampoco me gustan las mentiras. Ni siquiera las más pequeñas son bienvenidas. Las mentiras destruyen las relaciones.

Cuando hable de cosas interesantes, intentaré ser lo más exacto posible.

Mi amigo caballeroso es el señor Bertil Wedin. Conocí a Wedin hace muchos años, por teléfono. Era una de las personas que se comunicaba con el doctor Enerström. Nunca he visto a Wedin en persona. Vive en Chipre. Pero hablamos por e-mail cada semana. La primera vez que establecimos contacto fue en 1998, si no me falla la memoria. Otro día te cuento más.

Love,

JAKOB

Así pues, Lída había sabido de Wedin por esa respuesta. ¡Había confirmado que Wedin conocía tanto a Jakob como a Alf Enerström! Yo no había conseguido encontrar semejante vínculo, ni en el archivo de Stieg, ni en los informes de la Comisión de Revisión ni en ningún otro documento. Pero Lída había continuado sacándole información. Revisé los mensajes de Jakob, que solían extenderse dos

páginas o más. Encontré unos cuantos fragmentos relevantes.

Trabajé en un hospital como auxiliar de enfermería. Luego me fui a Israel y volví a Suecia. El sistema parecía adaptarse a mí. Como si se sintiera comprometido. Casi por compromiso. Yo era demasiado problemático para la comunidad, así que me dieron la jubilación anticipada, ¡y no fui el único! ¡Menudo sistema! ¿Te lo puedes imaginar? Ahora trabajo un poco para un pequeño partido político, Demócratas de Suecia, en la ciudad.

Me preguntabas si cojo mucho el coche. Bueno, la situación es la siguiente: mis padres me dieron a escoger entre irme a Inglaterra para mejorar mi inglés, adonde estuve yendo cada verano durante siete años, o sacarme el carné. Así que puedo montar a caballo, pero no coger un coche..., no todavía.

Mi ordenador es un Acer. Y, por supuesto, ya sabes que la integridad total nunca es para siempre. ¡Eso lo resuelven las cartas de toda la vida!

El amigo mío que conoció a Otto von Habsburg era dirigente de la oposición socialdemócrata. Su nombre es doctor Alf Enerström. Lamentablemente, la presión política y otras dificultades hicieron mella en él, hasta el punto de que perdió el oremus.

Conocí al doctor Enerström a través de su mujer, con quien mantenía contacto. Me interesaba la campaña que el doctor Enerström dirigía contra Palme. La primera vez que lo vi fue en su consulta. Nos hicimos amigos.

Me preguntas por las gafas. Las llevo casi siempre, excepto para escribir y leer.

Well, el bueno del doctor alquilaba un piso de seis habitaciones en la capital, Estocolmo. Él pagaba la mitad del alquiler; su partido clandestino, la otra mitad, aunque eso no es relevante para el caso.

Lo que sí es importante es que el doctor Enerström tenía una cuenta bancaria secreta en Luxemburgo. El dinero que tenía allí venía de donaciones que apoyaban su causa. Sobre todo de suecos que vivían en el extranjero. Una de las que recaudaban dinero era Vera Ax:son-

Johnson, que pertenecía a una de las familias más destacadas de la industria sueca. Luego el dinero se empleaba para poner anuncios para las elecciones al Parlamento.

Me impresionaba leer cómo Lída guiaba a Jakob con preguntas que a ella le parecían relevantes. Carné de conducir, tipo de ordenador, cómo había conocido al doctor Enerström, problemas de vista... Poco a poco, conseguía llevarlo adonde ella quería.

... el diplomático sueco Bernt Carlsson de la ONU tenía información sobre el caso Palme en su caja fuerte. Alguien la forzó. El señor Carlsson les dijo a sus amigos que «en breve lo matarían». Y fue justo lo que pasó. En el atentado de Lockerbie, en Escocia. ¡Murieron cientos de personas!

También me preguntaste por la CIA. El hombre de la CIA con el que yo colaboraba trabajaba fuera de la embajada de Estados Unidos como reportero. En sus viajes a Europa del Este, recopilaba información sobre esta parte del mundo. También viajaba a Checoslovaquia, porque hablaba el idioma, igual que el alemán. Me preguntabas si es estadounidense. No lo es.

Así es como conocí a mi contacto. Era un reportero. Me decidí a hablar con él después de leer un artículo en un periódico. En nuestra primera cita, le di información que me había pasado el doctor Enerström sobre la visita de un importante oficial de un servicio secreto que le hizo a Olof Palme en 1982. A mi contacto, la información le parecía valiosa; luego continué pasándole información a la CIA.

Una vez la CIA hizo una valoración del material que yo les entregaba. Llegaron a la conclusión de que podrían utilizar el setenta y cinco por ciento de mi material. Para los agentes que estaban formados por la CIA, en el cuartel general en Langley, la cifra era del cincuenta por ciento. ¡Imagínate si me sentía orgulloso! Aquello me motivó aún más.

Jakob repetía varias veces que le había pasado información a un mediador de la CIA y daba pistas de quién era. Parecía demasiado bueno para ser cierto, pero tomé nota de buscar a una persona que hubiese trabajado de reportero y que

supiera hablar checo.

Me preguntabas quién asesinó a Palme, si un grupo o un individuo. Para resumir: parece ser que Palme se había reunido con oficiales soviéticos del GRU un día antes de que lo mataran.

Me preguntas cuántas personas hacen falta para conseguir algo así. En una entrevista por televisión, plantearon una pregunta parecida: ¿un grupo grande podría mantenerse callado? He oído decir que, para seguir a alguien, hacen falta unas veinte personas. Pero más, obviamente, para poder hacer guardias cuando unos duermen o tienen que comer. Para que veinte personas mantengan la boca cerrada se necesita autodisciplina, motivación personal, honor.

En el caso de Palme, me pregunto si su teléfono estaba pinchado. La pregunta es quién sabía que iba a ir al cine aquella noche. Pues bien, si su contacto del GRU lo sabía, para ellos, para el GRU, sería algo fácil matarlo. Cogerlo, asesinarlo, antes de que se metiera en el metro para volver a casa. A Palme le dispararon justo delante de la boca del metro. Así que solo habrían hecho falta uno o dos asesinos (uno de reserva, por si el primero se ponía enfermo).

Lída había conseguido que Jakob le hablara del asesinato de Palme, pero su respuesta resultaba desconcertante. Una conspiración, sí, pero ¿de los rusos? Si Palme era un agente soviético, ¿por qué iban a matarlo? No conseguía verle la lógica. Pero se iba acercando a la gran pregunta. Quedaba claro en los mensajes de Jakob.

Dijiste que no me crees y que no encuentras la respuesta que buscas en mis cartas. Estoy repasando partes de mi carta y buscando lo que podría haberme dejado o si hay algún punto en el que no he sido del todo claro.

Quiero que sepas esto: me caes muy bien. Y tampoco quiero perderte.

Con esto paso a hablar del otro tema, de Olof Palme. ¡Ay! Desearía haberle disparado entonces, cuando yo tenía doce o trece años. Así le habría ahorrado a mi país muchos quebraderos de cabeza. (A

continuación, toda la historia.)

Ya en aquella época, con solo trece años, pensé que podría usar las pistolas de mi padre, que tenían doscientos siglos de antigüedad, cargarlas con cosas de metal y ver si podía acercarme lo suficiente al primer ministro. Pensé que, siendo un crío, no me meterían en la cárcel..., y también que me permitirían acercarme a Palme. Así lograría llevar a cabo mi plan.

No estaba seguro de si Palme habría sobrevivido gracias a la medicina del momento, dependía de la puntería y de la suerte.

Al rey Gustavo III lo mataron con una pistola como la que yo pensaba utilizar. Aquel monarca murió de una infección, más que de la bala. Y eso yo lo sabía con doce o trece años. Era consciente de que lo tenía que hacer bien: apuntar al pecho, de cerca, parar los latidos del corazón. Sería imposible salvarlo. Recuerdo que me preocupaba la munición que iba a usar.

Pero como el sitio en el que yo vivía quedaba muy lejos de la capital, mis planes de adolescente no se materializaron. Me arrepiento de ello. Además, si hubiese disparado contra Palme, con trece años, no solo me habrían querido mis padres, sino también la mitad del país. Sería fácil aguantar un año de cárcel, si es que me caía algo. A lo mejor era demasiado joven.

Mientras lo planeaba, pensaba que le contaría a la prensa por qué había matado a Palme. Estaba convencido de que era un traidor. Eso diría. Estaba seguro de que recibiría apoyo para arrojar luz sobre los hechos. Ahora sé que algunas de las personas que conozco hoy en día habrían declarado a mi favor por la traición de Palme. Así, la historia de Suecia habría sido distinta de la que ha terminado siendo.

Como no maté a Palme, a medida que me iba haciendo mayor, me sentí culpable más allá de lo razonable. Entonces decidí que recopilaría pruebas y que escribiría y publicaría sobre el tema. Asimismo, haría todo lo posible para trabajar contra Palme y lo que representaba. Esa fue la razón por la que me puse en contacto con el doctor Enerström en 1980-1982.

Love,

JAKOB

Dear Jakob:

*Es importante decir la verdad y no retener nada. Pero la pregunta...
No veo la respuesta a la pregunta directa: ¿disparaste tú contra Palme?*

Love,

LÍDA

Dear Lída:

¡Así que esa era la pregunta! Pensaba haber respondido a la cuestión de Palme. Aquí tienes ahora mi respuesta: yo no le disparé a Palme en 1986. Tampoco estuve implicado en su asesinato, el 28 de febrero de 1986. Me llegó la noticia igual que a todo el mundo. Me sorprendió la buena nueva, aunque hubiese llegado quince años tarde como para cambiar el desarrollo del país y el daño que ya se había hecho.

Hug and love,

JAKOB

Jakob:

Estoy muy apenada. Esto es por lo que temo perderte.

Siento que tu respuesta sobre Palme es un engaño. Entiendo que pueda ser un problema decir toda la verdad después de tanto tiempo. Pero puedo ver que tu respuesta no es sincera. Antes te dije que solo la verdad, que no hay que retener nada. Debido a mi experiencia. Mi mala experiencia.

Jakob. Siento que no puedo confiar en ti. Lo siento. Te pierdo.

Adiós,

LÍDA

Lída había conducido a Jakob hasta la pregunta de si había matado a Olof Palme. Él la había esquivado o la había contestado de forma indirecta hasta que ella, explícitamente, le había dicho que tenía que responder y ceñirse a la verdad. La respuesta de Jakob era unívoca. Él no había asesinado a Olof Palme ni había estado implicado en el magnicidio. Pero ¿por qué había tenido que añadir forzosamente el año en la primera respuesta? ¿Y fecha y año en la segunda? A lo mejor era una forma de subrayar su inocencia, pero el efecto final era casi el opuesto. Sobre todo teniendo en cuenta que Olof Palme había sido declarado

muerto seis minutos después de la medianoche: no murió el 28 de febrero, sino el 1 de marzo.

La reticencia de Jakob al responder y aquel misterioso modo de expresarse no me ayudaron a diluir los interrogantes. Al contrario, mis sospechas sobre su implicación en el asesinato aumentaron.

Pero el diálogo de Lída con Jakob había terminado de forma abrupta. Ella había cortado la comunicación después de constatar que no se fiaba de él. Los intentos desesperados de Jakob por retomar el contacto quedaron en nada.

MISILES QUE NO VUELVEN

Estocolmo, septiembre de 2013

Me costó más abrir el otro archivo que había en el USB. Cuando lo conseguí, me pareció igual de interesante que el primero. Instalé Outlook en mi ordenador y al final logré importar el archivo pst. Al cabo de un cuarto de hora, pude navegar libremente por los correos que se habían intercambiado Jakob Thedelin y Bertil Wedin.

No me cuadraba con la personalidad hiperactiva y desconcentrada de Lída. En las preguntas concisas del diálogo con Jakob, reconocí la forma de expresarse de Lída, aunque parecía que le era más fácil escribir que hablar. Intuí que había sido otra persona la que había hackeado la cuenta de correo, lo cual debía de ser justo lo que había pasado. Quizá el hacker era la amiga a la que Lída le había dicho que le pediría ayuda. Independientemente de quién lo había hecho, ahora tenía la oportunidad de leer lo que dos personas que podrían haber estado implicadas en el asesinato de Olof Palme se decían por correo electrónico. Dos personas que nadie sabía que se conocían (ni la policía, ni yo: nadie). Y menos podíamos sospechar que eran íntimos amigos.

Revisé miles de correos. Jakob se sentía vigilado; Bertil le explicaba cómo podía averiguar si alguien lo estaba siguiendo y si había micrófonos en su piso. A menudo mencionaban que tenían que ir con cuidado con lo que escribían, puesto que alguien podría haber hackeado sus cuentas. «Correcto», pensé. Los teléfonos les parecían un poco más seguros. Las cosas importantes que no querían que nadie leyera se las mandaban por correo ordinario.

Había algunos temas recurrentes. En primer lugar, el caso Palme. A menudo, escribían sobre lo que se informaba respecto de la investigación y lo que la policía hacía o dejaba de hacer. Hablaban de una teoría según la cual Olof Palme era agente de la Unión Soviética; el KGB lo habría matado porque lo estaban a

punto de delatar. Esa teoría solía repetirse en sus correos y se distanciaba de lo que Wedin me había contado en Chipre. Coincidió más con lo que Jakob le había escrito a Lída. A pesar de ello, costaba verle la lógica. ¿Por qué iba el servicio secreto soviético a matar a su propio agente, que además era primer ministro? El hecho de que no hubiese surgido nada tras la muerte de Olof Palme que apuntara a su eventual colaboración con los rusos hacía que la teoría fuera aún más inverosímil. Además, mucho de lo que se decía sobre el KGB parecía metido a la fuerza, cuando el correo electrónico en verdad trataba de cualquier otra cosa. Intuía que aquellos correos eran una cortina de humo para despistar a los lectores furtivos, como yo.

Otro tema recurrente era el atentado de Lockerbie en diciembre de 1988. Wedin también lo había mencionado. Le había encargado a Jacob que lo informara en cuanto la prensa sueca dijera algo al respecto. Según su teoría, el objetivo del atentado habría sido Bernt Carlsson; parte del móvil, que Carlsson sabía quién había asesinado a Palme y por qué. Si partías de la teoría de Wedin y Jakob sobre el asesinato de Palme, debería haber sido el KGB quien hubiese cometido el atentado, pero, curiosamente, no lo mencionaban en ningún correo.

Quedaba claro que Wedin no se tragaba la versión oficial de que Libia estaba detrás de aquel atentado. Cuando seguí leyendo, vi que existía la posibilidad de que estuviera en lo cierto. El libio Al-Megrahi (el único condenado por el atentado) había sido puesto en libertad en 2009 por razones humanitarias, después de que se desvelara que uno de los testigos principales había mentado. Un nuevo juicio llevaría tanto tiempo que Al-Megrahi, enfermo que padecía una enfermedad mortal, habría fallecido antes de que pudiesen celebrarlo.

A juzgar por la conversación en los *e-mails*, era evidente que Jakob no tenía a nadie tan cercano como Bertil Wedin. Casi todos los correos que escribía en tono personal iban dirigidos a Bertil; no había nadie en quien confiara más. Ni siquiera en sí mismo. Cuando Jakob escribió que «la cosa marcha bien» (en relación con el foco que los medios suecos ponían sobre el atentado de Breivik en Noruega), Bertil lo contradujo rotundamente y escribió que «no hay excusa para matar a mujeres y niños». Jakob reculó, como si Bertil fuera su brújula moral. Más difícil era ver qué sacaba Bertil de la conversación. Una vez más, puede que la explicación más simple fuera la válida. Ambos estaban aislados, sin contacto con otros seres humanos. Solo tenían los *e-mails*, las cartas y alguna que otra llamada de teléfono. Así pues, puede que solo sucediera una cosa: se sentían solos.

Un *e-mail* rondó en mi cabeza durante un tiempo. Era la respuesta de Jakob

al primer correo de todos los que le había enviado Bertil:

1 septiembre de 2009

Estimado Jakob:

Por favor, cuéntame sobre la vida musical en Västra Frölunda.

Saludos,

BERTIL

5 septiembre de 2009

¡Bertil!

En Västra Frölunda, ninguna música en directo tenemos para presenciar, pero un portavoz de IDF puede dar fe de que el estruendo en un búnker, mezclado con otros ruidos que suenan después de que caigan las bombas, auguran misiles que no van a volver.

Un cordial saludo,

JAKOB THEDELIN

(IDF = Israel Defense Force)

Bertil había preguntado por la vida musical en ese barrio de hormigón de las afueras de Gotemburgo donde Jakob pasaba tiempo. Incluso yo sabía que para Bertil y Jakob no había vida musical de la que hablar en aquellos suburbios. No eran el tipo de gente que escucha rap y hip-hop. Probablemente se estuvieran refiriendo a otra cosa. Jakob lo había entendido perfectamente.

Sin embargo, su respuesta era aún más críptica. Estuve horas tratando de aclarar de qué podía estar hablando. El correo estaba escrito en un tono desenfadado, con una especie de código o símbolos de los que remitente y destinatario comprendían el significado. Revisé el resto de correos, pero en ninguno encontré aquella manera de expresarse.

Al final concluí que había dos posibilidades. La primera, que se tratara de un *e-mail* inocuo y de broma sobre algo cotidiano; no había que darle importancia. La otra, que fuera todo lo contrario, que se tratara de algo que realmente tenían que ocultar. Estuve un rato pensando e intenté interpretar qué podría querer decir aquel correo:

Jakob (un portavoz del ejército israelí) habla de armas (misiles) que se guardan de forma segura (no van a volver) en un lugar sin ventanas (búnker) donde hay truenos y silbidos (estruendo, otros ruidos que

suenan después de que caigan las bombas).

Había logrado construir una frase comprensible y conspiratoria a partir de un *e-mail* en clave. Aunque aquel correo podría ser completamente inocente. ¿Cómo saberlo?

Mi hemisferio izquierdo empezaba a decirme que me estaba obsesionando con el caso Palme (como les había pasado a tantos que habían investigado al respecto). Por su parte, mi hemisferio derecho pensaba que sí, que era posible que Jakob hubiera escondido el arma que se había utilizado para asesinar a Olof Palme en alguna parte de Västra Frölunda.

El otro intercambio de *e-mails* que me llamó la atención era bastante más reciente. Dos días después de que Lída hubiese cortado la relación en Facebook con Jakob, este le había pedido consejo a Bertil sobre cómo gestionar la situación. En algunos correos, Jakob le había hablado de Lída y de sus conversaciones. Al final le explicaba el interés que la chica había mostrado por el asesinato de Palme. La respuesta de Bertil Wedin fue directa. No lograba entender cómo Jakob había podido hablar de temas tan importantes con otra persona. Le dijo que ya no confiaba en su amigo y que tenía que cortar toda comunicación con Jakob.

Jakob Thedelin había perdido a dos personas cercanas en cuestión de días.

Le escribí a Lída por Viber para darle las gracias por el material. Me moría de curiosidad por saber cómo lo había conseguido. Un par de días más tarde me respondió:

Hi:

No worries. Te ayudé con una condición: que nunca más me preguntaras quién me había ayudado. Es mi secreto. La persona que lo ha hecho quiere källskydd.

¡Que tengas una buena vida!

LÍDA

Por lo visto, había buscado la palabra sueca para «protección de las fuentes». O bien la fuente era sueca y la había instruido. Le mandé una respuesta y le confirmé mi promesa de no preguntar nunca más. No me respondió. Alrededor de una semana más tarde la llamé. No lo cogió. Le mandé un par de mensajes sin

obtener ninguna reacción por su parte. A lo mejor se había ido de viaje, o bien había cambiado de número. No le di muchas más vueltas: tenía otras cosas en las que pensar.

THE NEW YORKER MAGAZINE

Estocolmo, marzo de 2014

El periódico *Svenska Dagbladet* estaba muy interesado por mi entrevista a Bertil Wedin, pero aún más por el documento de Stieg Larsson. Junto con su nuevo jefe de noticias, Ola Billger, redacté cuatro artículos largos sobre Stieg y el asesinato de Olof Palme, incluida mi entrevista a Bertil Wedin. A raíz de la publicación, que tuvo una repercusión considerable, acordamos que dos de los artículos se tradujeran al inglés.

La noticia del interés de Stieg por el caso Palme corrió por todo el planeta en veinticuatro horas: tuvimos nuestros cinco minutos de gloria. El redactor jefe, Fredric Karén, nos dio las gracias y me instruyó meticulosamente para que no comentara nada de cómo había encontrado el archivo de Stieg. Esto era algo de *Svenska Dagbladet*, debía entenderlo. Y me pagaban, así que ¿por qué quejarme?

Y dos días después de la publicación, me llamaron al móvil.

—Hola, me llamo Nicholas Schmidle. Te escribo del *New Yorker Magazine* —dijo una voz con acento estadounidense.

En aquel momento, yo no tenía muy clara la importancia del *New Yorker* en Estados Unidos y en el mundo, que siempre aparecía en las listas de revistas destacadas y prestigiosas (a menudo, en los primeros puestos). Si entonces lo hubiese sabido, probablemente me habría puesto a tartamudear, pero Nicholas y yo estuvimos hablando intensamente durante más de una hora sobre el archivo de Stieg Larsson, sus teorías y mi trabajo.

Nicholas quería venderle un artículo sobre mi labor a su redactor. Tardaría un año, pero fue el comienzo de una colaboración en la que intercambiamos material interesante. Esa nueva conexión, entre otras cosas, destaparía una mentira cabal y nos llevaría a Sudáfrica.

EL RETRATO ROBOT

Estocolmo, otoño de 2014

Todavía había una serie de aspectos del caso Palme que no entendía. Stieg debió de sentirse igual. Uno de ellos era el controvertido retrato robot que se publicó la primera semana después del asesinato y que se basaba en el testimonio de Sara, la dibujante.

Stieg había escrito sobre el retrato robot en la carta al redactor jefe de Searchlight, Gerry Gable, el 20 de marzo de 1986. Más avanzado el caso, la policía alegó que tanto la imagen como el testimonio de Sara eran irrelevantes. Decidí analizar el origen de la imagen, el papel que había desempeñado en la investigación y si era interesante para mi proyecto.

Ocho días después del crimen, la policía parecía estar convencida de que la foto fantasma elaborada era un fiel reflejo del asesino de Palme. Se consideró que Sara era la mejor testigo para elaborar una imagen del asesino, que se distribuyó entre la policía, los medios y el mundo entero.

Más tarde, el jefe de la Policía Nacional, Tommy Lindström, con ayuda de un compañero, llegó a la conclusión de que la imagen era irrelevante porque debía de representar a un hombre inocente al que Sara habría visto antes esa misma noche. Estaban tan seguros de lo que decían que ni siquiera necesitaron preguntarle a Sara al respecto.

En el día del trigésimo aniversario del asesinato, la policía dio una rueda de prensa y declaró que era «poco probable» que el hombre del retrato robot fuera el asesino y que a la policía no le interesaba. El argumento era que no había una cadena ininterrumpida de testigos que hubiese visto al asesino correr todo el camino desde el escenario del crimen hasta el callejón Smala Gränd, donde Sara había visto al hombre en cuestión. Además, habían pasado diez minutos (quizá

veinte) desde el momento del asesinato. Era muchísimo tiempo para que un asesino en plena huida llegara hasta donde estaba Sara. Una vez más, la policía escogió descartar el retrato robot.

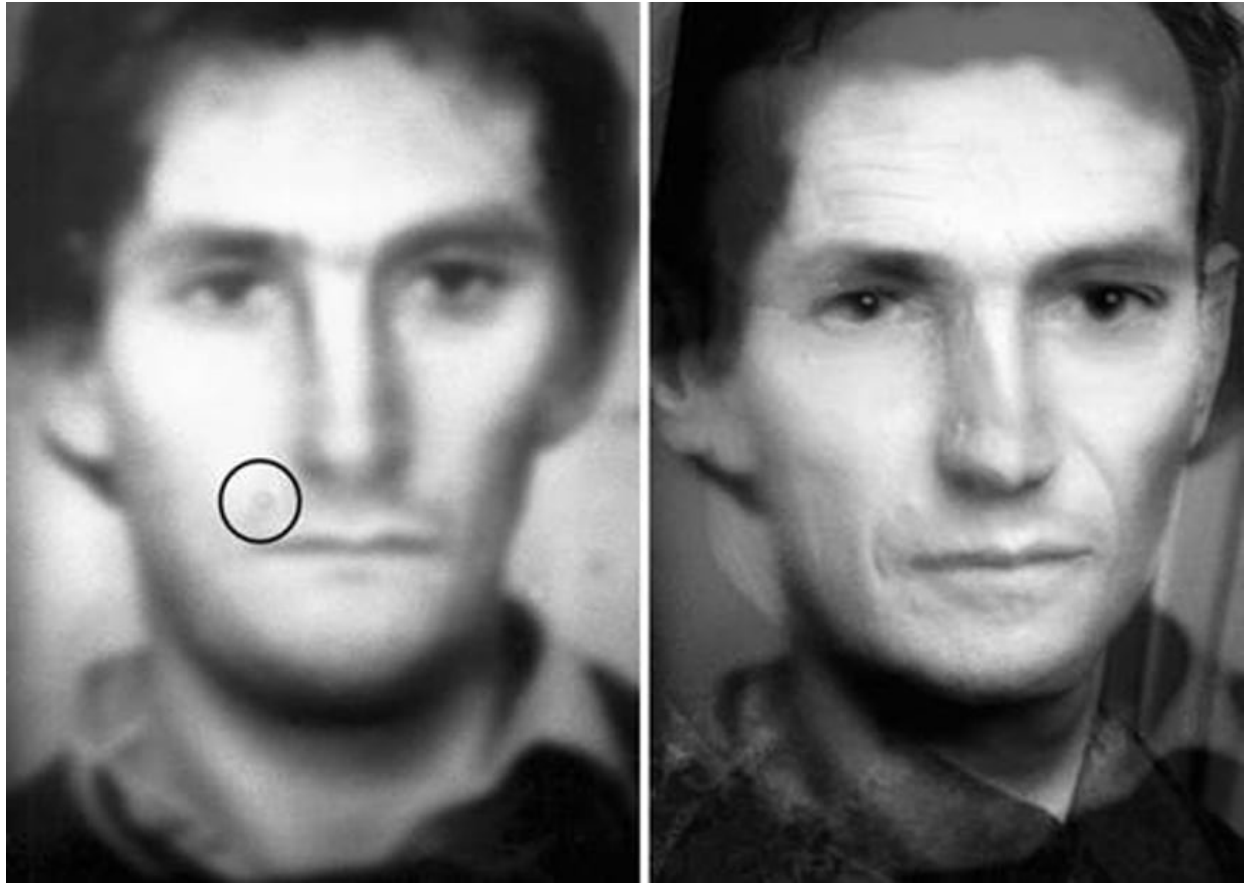
Tras haber hecho mi propio análisis de cómo se produjo el asesinato, una de las cosas que me había llevado a concluir que el asesino era un novato era que eso explicaría los testimonios contradictorios de la zona superior de la escalera que subía a la loma de Brunkebergsåsen.

Smala Gränd, donde Sara había visto al hombre, quedaba tan solo a una manzana; partía de una callejuela y terminaba en otra. La única salida posible era la calle Birger Jarlsgatan..., o subir las escaleras de Brunkebergsåsen. Que el hombre al que Sara había visto fuera el asesino implicaría que este, probablemente, se habría perdido. En tal caso, lo que explicaría la versión de Lars J. (que había visto por última vez al presunto asesino entre los coches de la calle David Bagare) sería que el asesino había buscado refugio: no sabía por dónde huir. Lo mismo valdría para los demás testigos de la loma: si el criminal se había perdido, podría haber tardado perfectamente entre diez y veinte minutos en llegar a Smala Gränd. De ser así, el hombre habría generado bastante confusión entre el resto de las personas que podían haber estado esperando al asesino.

Para mí, lo más relevante es que la policía podía estar igual de equivocada cuando descartó el retrato robot que en tantas otras ocasiones durante la investigación.

Decidí indagar un poco en el tema, para ver qué podía sacar. Quizás el retrato robot se parecía a alguna de las personas en las que yo me había fijado. Como la estatura de metro noventa y cinco de Alf Enerström no coincidía con las señas facilitadas por Sara, empecé por Jakob Thedelin.

Para asegurarme de que disponía de la imagen correcta, solicité la copia original del retrato robot. Un par de semanas más tarde, recibí por correo una copia de calidad fotográfica.



A la izquierda: retrato robot con una verruga marcada sobre la comisura derecha.
(Foto: la policía.)

A la derecha: imagen compuesta por el retrato robot y una fotografía de Jakob Thedelin. (Imagen: archivo del autor.)

Yo tenía varias fotos de Jakob Thedelin que había sacado de su página de Facebook. Elegí una en la que se le veía la cara casi de frente y con una expresión neutra. Con ayuda de Photoshop, corregí la imagen de manera que su rostro quedara en vertical. Le borré las gafas y la pasé a blanco y negro. Al final, la amplié de manera que la cara de la fotografía tuviera el mismo tamaño que la del retrato robot y aumenté la transparencia al cincuenta por ciento. Luego puse la cara de Jakob sobre una versión escaneada del retrato robot para que se solaparan.

Pude constatar dos cosas:

1. Jakob Thedelin guardaba un gran parecido con el retrato robot.

2. Jakob Thedelin tenía una verruga congénita cerca de la comisura derecha de la boca, en el mismo sitio en que el retrato robot tenía una marca circular. Los documentos del caso Palme no podían explicarme aquel círculo. Tampoco respondían a quién podía ser el hombre que, desorientado, se había metido por el callejón Smala Gränd poco después del asesinato. Se contentaban con constatar una y otra vez que ese individuo no les parecía relevante.

Utilicé el material que me había enviado Lída (la conversación por Facebook y los *e-mails* con Bertil Wedin), el parecido con el retrato robot y toda una serie de circunstancias para elaborar un memorando que se parecía al que Stieg Larsson había escrito sobre Bertil Wedin. Escribí doce páginas sobre la posible implicación de Jakob Thedelin en el asesinato de Olof Palme, con citas de testigos, ilustraciones, ejes cronológicos y citas del diálogo por Facebook y de los correos electrónicos. Le entregué el memorando a la policía.

Luego esperé a que reaccionaran. Y seguí esperando.

ESTUDIO DE UN ASESINATO

Estocolmo, primavera de 2015

Los datos que Stieg le había pasado a la policía al año siguiente del asesinato de Olof Palme giraban en torno al posible papel de Bertil Wedin en el crimen y en relación con una pista sobre el EAP. Es posible que más tarde presentara más información, pero no podía saberse con certeza, pues a lo largo de los años la policía había extraviado mucho material en aquel agujero negro que parecía ser el que se había llamado «el caso de asesinato más grande del mundo».

En la carta a Gerry Gable, redactor jefe de *Searchlight*, Stieg había descrito un asesinato profesionalmente ejecutado. Solo de pasada había mencionado la posibilidad de que lo hubiese cometido un principiante. En el último documento sobre el crimen, el artículo en *Searchlight* del año 1996, el magnicidio se seguía describiendo como obra de un profesional. La extrema derecha habría desempeñado un papel incierto en él.

Por mi parte, sabía que el interés y las pesquisas de Stieg habían proseguido hasta su muerte, ocho años más tarde. Aun así, no había encontrado nada en concreto que sugiriera que hubiese llegado más lejos que eso. Aunque quizá mi problema era que no había buscado lo suficiente. ¿Había pasado por alto algún documento en su archivo?

Lo que había escaneado lo había revisado varias veces, pero había una serie de informes encuadernados que no había escaneado. Todavía los tenía en casa. Decidí leerlos detenidamente. ¿Se me había escapado algo?

Uno de los informes se titulaba *A Study of Assassination*. «Un estudio sobre el magnicidio» sonaba académico a la vez que imaginativo. No encontré pista alguna de cómo Stieg lo había conseguido, pero, a decir verdad, lo mismo podía decir de la mayoría de los documentos que había en su archivo.

A Study of Assassination estaba compuesto por diecinueve páginas de

documentos que no llevaban ni fecha ni firma. Sin embargo, en el momento de su desclasificación, el 15 de mayo de 1997, se había considerado la fecha de su finalización el 31 de diciembre de 1953. Detrás del documento estaba la CIA, que lo había empleado para desestabilizar el gobierno del presidente Guzmán en Guatemala entre los años 1952-1954.

Las operaciones de la CIA llamadas *pbfortune* y *pbsuccess* habían tenido como objetivo derrocar el Gobierno democrático de ese país centroamericano durante la presidencia de Jacobo Árbenz Guzmán. El primer intento de hacer caer a Guzmán lo autorizó el presidente Truman en 1952. A comienzos de ese mismo año, el cuartel general de la CIA empezó a producir memorandos con títulos como «Personal comunista guatemalteco que reducir en operaciones militares». La lista A de las personas que tenían pensado asesinar contenía cincuenta y ocho nombres.

A Study of Assassination estaba redactado con un lenguaje sencillo y estructurado, como un informe o manual cualquiera. El documento empezaba con una breve contextualización en la que se definía el concepto de «asesinato con alevosía». Se animaba a hacer un uso limitado de este y se describía cómo se toman las decisiones sobre asesinatos con alevosía. También se explicaba por qué las personas sensibles no deberían intentar ejecutarlos.

Respecto a las técnicas individuales descritas para matar a la víctima, se hacía un resumen de pros y contras:

Manualmente. Pocos asesinos son lo bastante habilidosos para matar a alguien solo con las manos. En general, las herramientas más comunes son las más efectivas. Martillo, hacha, llave inglesa, destornillador o algún objeto pesado puede ser suficiente. Una cuerda o cinturón también sirven, si el asesino es lo bastante fuerte y rápido. Una metralleta no fue capaz de matar a Trotski. Lo que tuvo éxito fue un piolet.

Accidentes. Para algunos tipos de asesinato, el llamado accidente es la técnica más efectiva, puesto que limita la conmoción generada y a menudo solo se investiga lo estrictamente necesario. El accidente más efectivo es la caída desde veinticinco metros de altura o más sobre una superficie sólida. Las caídas delante de un tren o metro suelen ser efectivas, pero exigen precisión horaria y pocas veces carecen de observadores inesperados.

Drogas. Si el asesino está formado en medicina o enfermería y la víctima está sometida a cuidados, este método es simple y bueno. Una sobredosis de morfina o tranquilizante garantiza una muerte sin imprevistos. Es difícil de rastrear.

Armas de filo. Es necesario un conocimiento mínimo de anatomía humana para que esta vía resulte efectiva. Las punzadas en el abdomen pueden ser ineficientes si no se alcanza el corazón. La fiabilidad absoluta se consigue mediante la partición de la columna vertebral en la parte inferior de la nuca. Esto se puede conseguir con la punta de un cuchillo o de un golpe con un hacha pequeña. Otra manera es cortar las arterias a ambos lados del esófago.

Armas contundentes. Igual que para las armas de filo, es necesario tener nociones de anatomía. La mayor ventaja es el fácil acceso. Un martillo se puede encontrar prácticamente en cualquier parte del mundo. Incluso una piedra o un bastón pesado pueden servir y no hace falta comprar, cargar ni deshacerse de algo que se parezca a un arma. Los golpes deben ir dirigidos a las sienes, a la superficie que queda justo debajo de estas y detrás de la oreja o en la parte trasera del cráneo. Si el golpe es lo bastante contundente, cualquier parte del cráneo servirá.

Armas de fuego. El empleo de armas de fuego en un asesinato con alevosía está muy extendido y a menudo resulta inefectivo. Muchas veces, el asesino no tiene conocimiento suficiente de las limitaciones del arma; se espera mayor alcance, precisión y fuerza mortífera de lo que realmente ofrece. Dado que la prioridad máxima es una muerte fiable, habrá que emplear un arma al menos un cien por cien más potente que lo que se había considerado necesario. La distancia de tiro debe ser la mitad de la que se contemplaba como realista para el arma. Las armas de fuego conllevan muchos otros puntos desfavorables. Suelen estar sobrevaloradas como arma homicida.

La pistola o el revólver. A pesar de que las armas cortas sean ineficientes para asesinar, se emplean a menudo: en parte porque son fáciles de tener a mano y se pueden esconder; en parte porque quienes las emplean no son conscientes de sus limitaciones. Aunque muchos asesinatos se hayan cometido con armas

pequeñas (Lincoln, Harding, Ghandi), los intentos se ven frustrados con la misma frecuencia (Truman, Roosevelt, Churchill). Si hay que usar un arma pequeña, esta debe de ser lo más potente posible y tiene que dispararse justo fuera del alcance de la víctima. En manos de un experto, no cabe duda de que una pistola resulta mortífera, pero esos expertos son poco frecuentes y en general no están disponibles para misiones de asesinato. Calibres efectivos son .45 Colt, .44 Special, .455 Kly y .357 Magnum. Calibres inferiores pueden servir, pero son menos fiables. Para asegurarse del todo, la víctima debe recibir un mínimo de tres disparos, bajo cualquier circunstancia.

Material explosivo. Las bombas y otro tipo de material explosivo se han empleado con frecuencia en asesinatos con alevosía. Son un recurso que puede infundir seguridad y eludir barreras en forma de vigilantes. La carga debe ser colocada de tal manera que la víctima esté a menos de dos metros de distancia en el momento de la detonación.

La clasificación de los distintos tipos de asesinatos era directa: *simple* significaba que la víctima desconocía la operación; *chase*, que la víctima sabía de la amenaza, pero carecía de protección; *guarded*, que la víctima contaba con protección; *lost* quería decir que el asesino debía ser sacrificado y, a ser posible, asesinado; *safe* significaba que parte del plan era que el asesino debía salir ileso; *secret* significaba que el asesinato debía parecer un accidente; *open*, que no era necesario ocultar que se trataba de un asesinato; *terroristic*, que el asesinato requería publicidad *a posteriori*.

Con estos términos se consideraba que el asesinato de Julio César podía considerarse *safe*, *simple* y *terroristic*, puesto que los asesinos sobrevivieron, la víctima no estaba protegida y los culpables querían conseguir publicidad. En cambio, el asesinato del político estadounidense Huey Long era *lost*, *guarded* y *open*, ya que el individuo fue asesinado, la víctima contaba con protección y no había ninguna necesidad de ocultar que se trataba de un asesinato.

En todos los tipos de asesinato que contaban con ser *safe*, el asesino debía tener las mismas características que un agente secreto, *clandestine agent*. Tenía que ser determinado, inteligente, sagaz y físicamente activo. Si requería de equipo especial, por ejemplo un arma pequeña, tenía que ser extremadamente diestro en su empleo. Debía tener el menor contacto posible con el resto de la organización. Excepto en casos que fueran *terroristic*, el asesino debía pasar el menor tiempo posible en la zona.

En el caso de asesinatos planificados para ser *lost*, el asesino debía ser un fanático de algún tipo. Política, religión o venganza eran casi los únicos móviles posibles. Dado que un fanático es psíquicamente inestable, había que manejarlo con suma cautela. No podía conocer las identidades de ningún otro miembro de la organización, porque, a pesar de que el objetivo era que el asesino acabara muriendo, siempre había algo que podía salir mal. A pesar de que el asesino de Trotski nunca hubiese revelado nada, era peligroso confiar en ello cuando se planificaba la operación.

La planificación solo debía hacerse de forma oral. Todo tenía que ser memorizado. No debía haber ningún papel que dejara huellas de la operación.

Υ

Cuando leí el informe sobre los métodos de la CIA en la década de los cincuenta, supuse que, probablemente, eran diferentes de los que estaban usando los servicios secretos en los ochenta. Aun así, era probable que los conocimientos acerca de cómo se lleva a cabo un asesinato con alevosía se hubiesen ido afinando y extendiendo a más países, sobre todo si la colaboración entre los cuerpos estaba tan establecida como había afirmado cierta gente, entre ellos Stieg. La pregunta era si se habían vuelto más legales en sus métodos. ¿Habían dejado de asesinar a gente, simple y llanamente? Respecto al servicio de inteligencia de Sudáfrica, se sabía que durante los años ochenta habían matado a gente. Muchos de los culpables habían dado fe de ello en la Comisión para la Verdad.

Me leí *A Study of Assassination* y lo comparé con la teoría de Stieg acerca de una organización profesional. Lo tuve claro: a Olof Palme lo mató un principiante. ¿Quién sabe? Tal vez una organización profesional había recurrido a un asesino sin experiencia.

Si la operación del caso Palme era lo que llamaban «*lost*», el autor de los hechos tenía que ser un fanático. Eso explicaría algunos de los errores que había cometido y por qué llegué a la conclusión de que era un principiante.

No había disparado a la víctima «un mínimo de tres veces», tal y como se recomendaba. Además, había utilizado una munición que aumentaba el riesgo de que la víctima sobreviviera y había errado el tiro a Lisbet Palme: había dejado viva a una testigo. Revisé el análisis sobre el comportamiento del asesino que había escrito un par de años antes: destaqué las partes que hacían pensar en un

principiante.

A partir del informe, deduje que si el asesinato de Olof Palme estaba orquestado por un servicio de inteligencia que conocía los métodos de la CIA en la década de los cincuenta, la categoría era *lost, simple y open*. Eso quería decir que el asesino era un fanático, que Olof Palme desconocía la amenaza y que no hacía falta disimular el crimen.

A partir de esta hipótesis, la teoría de Stieg Larsson sobre Sudáfrica, Wedin y la extrema derecha sueca podría coincidir con mi deducción de que el asesinato lo había cometido una mano inexperta. Para aclararlo, debía reunirme con más personas implicadas.

Tenía que ir a Sudáfrica.

LOS NIÑOS MUERTOS #3

Sudáfrica, 9 de enero de 1990

En el instante antes de la colisión, el morro del camión se irguió como un muro delante del parabrisas del turismo en que iba la familia. La sombra hizo que por un momento la intensa luz del sol sudafricano languideciera en la cabina. Era el mismo instante en el que Franz Esser y su esposa Emily fueron conscientes que su coche iba a ser irremediablemente arrollado por quince toneladas de metal que se movían a setenta kilómetros por hora. El tiempo que el camión tardó en comprimir el capó y el motor del vehículo fue más o menos una décima de segundo; los adultos de los asientos delanteros no pudieron reaccionar. Las niñas en el asiento de atrás no percibieron el peligro que se les venía encima. Estaban discutiendo por algo que en cuestión de segundos no tendría absolutamente ninguna importancia. La mayor, Emily, tenía cinco años y llevaba el nombre de su madre. Sally tenía dos años menos y acababa de empezar a descubrir el mundo más allá del seno de su familia.

En abril de 1986, apenas cuatro años antes, Emily (la madre) había sido ingresada en el hospital de Johannesburgo después de que un desconocido le pegara un tiro en una pierna. Todo el mundo había dado por hecho que dispararon a la reina de la belleza por culpa de los negocios turbios de su marido, Franz, con personas de las más altas esferas del régimen del *apartheid*. El disparo en la pierna a su joven esposa era, sin duda, un simple aviso de que peores cosas podían ocurrir. En el hospital, Emily se enteró de que estaba encinta de Sally.

Cuatro años más tarde, era igual de probable que los negocios de Franz Esser fueran la causa de que el camión hubiese invadido el carril contrario y hubiera estado a punto de llevarse por delante su BMW.

Trece años antes, a pesar de los indicios de criminalidad, Franz había

conseguido comprar la ciudadanía sudafricana por algo más de medio millón de rands sudafricanos. Desde entonces, muchos habitantes de su nueva patria habían sido engañados por aquel hombre de negocios sin escrúpulos. En su Alemania natal, se lo buscaba por violación, extorsión, maltrato, estafa y fraude fiscal. En Sudáfrica, había estado mucho tiempo viviendo bajo la protección de su entorno: agentes del servicio secreto y altos dirigentes políticos, incluido el ministro de Asuntos Exteriores, Pik Botha.

Los rumores de que Franz Esser era quien había facilitado a los agentes sudafricanos los coches que necesitaban para el asesinato de Olof Palme eran persistentes. El tiro contra su esposa Emily, algo más de un mes después del magnicidio, había sido un aviso. Recientemente, había quedado claro que la paciencia respecto a sus negocios criminales había empezado a agotarse entre las autoridades sudafricanas. Pronto lo someterían a juicio por los delitos cometidos en Sudáfrica, lo que ponía a prueba la lealtad de Franz hacia sus contactos políticos.

Por lo visto, esta lealtad no se consideró suficiente para evitar que la energía cinética de quince toneladas de acero chocara contra él y su familia. El cambio fortuito de carril del camión guardaba un enorme parecido con uno de los métodos preferidos por el servicio secreto sudafricano para deshacerse de personas incómodas.

El metal que penetró en los cuerpos de Franz y Emily los mató prácticamente al instante. Emily, de cinco años, falleció en el lugar del accidente. Cuando el personal sanitario llegó al siniestro, encontraron a la pequeña Sally gravemente herida, con la columna partida.

Si el objetivo de un accidente planificado había sido eliminar a toda la familia Esser, el resultado no había sido del todo exitoso. Sally, de tres años, sobrevivió y pudo vivir su vida en silla de ruedas, sin su familia.

CRUZAR EL RUBICÓN

Sudáfrica, diciembre de 2015

Era un gran paso, pero si quería tomarme en serio lo de seguir con la investigación de Stieg sobre el caso Palme, tenía que viajar a Sudáfrica. Bertil Wedin había trabajado para su servicio secreto. Craig Williamson y una serie de agentes que aparecían con frecuencia en los documentos de Stieg también estaban relacionados. En el archivo, había un informe sobre los contactos de policías suecos con Sudáfrica en la época anterior al asesinato. Mi visita al país era inevitable, así de simple. Mientras me hacía a la idea, me puse en contacto con varias personas a las que durante mucho tiempo les había interesado el papel de Sudáfrica. Uno era el periodista Boris Ersson, que me había pasado una copia del memorando que había escrito sobre el caso Palme y que no le habían publicado. Lo había elaborado en 1994, después de quedar con una serie de agentes sudafricanos, poniendo en riesgo su propia vida. Otro era Simon Stanford: él fue quien hizo que me armara de valor para dar el paso.

—*Hi Nicholas, ¿te vienes a Sudáfrica?* —dije—. Simon Stanford y yo vamos a ir a principios de diciembre. Tenemos un mes para prepararnos.

No había sido fácil convencer al redactor del *New Yorker*, pero al final Nicholas Schmidle había conseguido vender el artículo sobre la revisión que estaba haciendo de la investigación de Stieg Larsson sobre el caso Palme. La condición había sido que Nicholas revisaría todas las partes en persona; él mismo iría a conocer a la gente que fuera relevante. Eso podía implicar viajes a ciertos destinos. De ahí mi pregunta.

—¿Quién es Simon Stanford? —dijo Nicholas.

—Sudafricano, documentalista, lleva años viviendo en Suecia —dije—. Y es lo bastante duro como para manejar a los sudafricanos.

—¿Sabe algo del posible papel de Sudáfrica en el asesinato de Palme?

—Ya lo creo. Ha estado mucho tiempo metido en ello. Ya en 1996 tenía un billete de avión para ir a Chipre a conocer a Bertil Wedin junto con Peter Casselton. Casselton no pudo ir. Lo había aplastado contra la pared un camión que estaba reparando en casa de otro agente.

—Hecho —dijo Nicholas.

Solo habíamos tenido tiempo de instalarnos en el hotel Sandton de Johannesburgo y pasar una noche antes de la primera visita programada. Nicholas había conseguido ponerse de acuerdo con Vic McPherson para entrevistarle en su casa. Había sido uno de los compañeros de trabajo más cercanos a Craig Williamson en el servicio de inteligencia civil, hasta que Williamson se pasó al Ejército, a mediados de 1985. McPherson podía hablarnos de los métodos de trabajo que empleaban.

Por la autovía se tarda menos de una hora en ir desde Johannesburgo hasta Pretoria, atravesando un paisaje accidentado. Nicholas Schmidle, Simon Stanford y yo estuvimos haciendo zigzag por las afueras de Pretoria hasta que logramos dar con una de las vías principales que aparecían marcadas en nuestro mapa (no demasiado detallado). Al final llegamos a la zona de la ciudad que buscábamos. Estaba llena principalmente de chalés; había alguna que otra gasolinera o una tienda con aparcamiento delante.

Salimos de la calle principal y avanzamos lentamente entre unos cuantos chalés en buen estado. Las casas no estaban rodeadas por muros altos con trozos de cristal ni alambre de espino por encima, como habíamos visto en Johannesburgo. Las pocas personas que vimos eran blancas. De repente, tenías la sensación de estar en Europa otra vez. Quizás en una ciudad de provincias de Inglaterra.

Al final encontramos la calle y el número correctos. La casa era un edificio moderadamente pretencioso de una sola planta levantada en los años setenta u ochenta, con un jardín bien cuidado en la parte delantera que continuaba hasta la parte trasera. Aparcamos en la rampa de acceso y comprobamos que en la puerta ponía el nombre correcto. McPherson. Habíamos llegado.

Habíamos dedicado la noche anterior a estudiar los delitos que Vic McPherson había ayudado a cometer y preparando una batería de preguntas. Sabía que íbamos a sentarnos en casa de alguien que había participado en la muerte de muchas personas y que incluso había matado con sus propias manos.

Lo que no sabía era cómo iba a reaccionar. Llamé al timbre y tuvimos que esperar bastante rato antes de que alguien abriera.

En las fotos se lo veía fuerte; normalmente, con bigote castaño y una mirada dura. A menudo, de uniforme. Diez o veinte años después y como mínimo una enfermedad grave más tarde, Vic McPherson era un hombre físicamente roto. No pasaba del metro setenta, estaba chupado como una cerilla y tenía graves dificultades para caminar mientras nos invitaba a pasar a la parte de atrás de la casa. En cambio, su íntimo amigo Karel Gerber, que iba a estar presente durante la entrevista, era grande y corpulento; llevaba el pelo cano recogido en una coleta. Karel cogía a Vic por debajo del brazo para echarle una mano mientras rodeábamos la casa.

En la parte de atrás, nos esperaba una jarra de té helado y algo de picar. La esposa de Vic apareció y se encargó de que tuviéramos todo lo que necesitábamos antes de meterse de nuevo en la vivienda.

—Para los sudafricanos, la hospitalidad es importante. Cuando alguien viene de visita, hacemos todo lo posible para que esté a gusto.

La voz de Vic era débil y carrasposa, en consonancia con su cuerpo. El último resto de aquella energía que debió tener durante sus años en el servicio de inteligencia civil sudafricano se atisbaba en el fondo de sus ojos brillantes. Le hablamos un poco de nosotros mismos y de por qué habíamos viajado tan lejos para conocerlo.

—Cuéntanos cuando hicisteis detonar la bomba en Londres.

Vic parecía alegrarse de poder explicarlo, casi se lo veía exaltado.

—En 1982, nos encomendaron la misión de hacer volar por los aires las oficinas del CNA en Londres. Era parte de la reacción del primer ministro P. W. Botha a lo que él llamaba *The Total Onslaught*, aquella embestida fatal que los sudafricanos estábamos sufriendo. Requería una estrategia total, *The Total Strategy*: implicaba que por primera vez era viable llevar a cabo ataques fuera del sur de África. Para ello hacían falta nuestros mejores agentes, quienes fueron exhortados a ejecutar *black operations*, operaciones secretas, que azotaran al enemigo.

Vic recuperó el aliento y dio un trago a su limonada. No vi motivos para interrumpirle con una nueva pregunta.

—Estuvimos una semana en Daisy Farm, que había sido financiado con dinero sueco a través de la infiltración de Craig Williamson en el IUEF. Allí planeamos la operación antes de volar hasta Londres. Durante dos semanas

estuvimos haciendo labores de reconocimiento alrededor del objetivo de la bomba, así como de varias vías alternativas para salir del país cuando hubiéramos terminado. Al principio, nos surgió un problema: en el control fronterizo, detuvieron a Eugene de Kock y a su compañero, por su aspecto. La mirada dura de Eugene y sus pieles bronceadas tras varios meses en el *bush* sudafricano hacían que se viera a la legua que eran profesionales. El servicio secreto británico los estuvo interrogando.

Vic tuvo que respirar hondo varias veces antes de continuar.

—Craig Williamson era quien dirigía la operación. El resto del equipo se dividía en grupos de dos o tres personas; dormíamos en lugares distintos. Cada grupo tenía su cometido. Solo recibía la información necesaria para poder llevarlo a cabo. Craig estaba sentado en una habitación de hotel en Londres dirigiendo la operación. Era *standard procedure*. Diversas células, objetivos individuales y la información estrictamente necesaria.

—Pero ¿quién más había? —pregunté.

—La mayoría habían llegado de Sudáfrica. Volamos con distintas compañías y siguiendo diferentes rutas. Estaban Eugene de Kock, Jimmy Taylor, John Adam, Jerry Raven y yo mismo. Peter Casselton, que estaba afincado en Londres, también participó.

—¿Cómo os comunicabais?

—Craig se encargaba de toda la comunicación. Él sabía cómo ponerse en contacto con nosotros. Los demás no podíamos comunicarnos con nadie que no fuera él. En un par de ocasiones, nos citaron en un cine cerca de Leicester Square. Estuvimos sentados en la misma sala sin dar muestras de que nos conociéramos. Era una forma de comprobar que sabíamos aguantar la presión.

En boca de Vic, aquella historia se tornaba apasionante. Costaba muy poco olvidar que estábamos hablando de un atentado con bomba cometido en nombre del régimen del *apartheid* y que podría haberles costado la vida a muchas personas en el centro de Londres. Sin embargo, ahora era más como una novela de espías en la que te identificas con los héroes. Independientemente de que fueran buenos o malos.

—¿Nunca estuvisteis a punto de que os pillaran? —pregunté.

—El equipo de Eugene informó a Craig de que los estaban vigilando, probablemente el MI5 británico. Continuaron un par de días. Su equipo tenía que colocar la bomba. Cada día informaban de que no habían podido cumplir su objetivo por culpa de la vigilancia. Pero al tercer o cuarto día, me parece, dijeron

que no había moros en la costa. Craig dio la orden de que colocaran la carga explosiva. Los demás habíamos preparado la logística y nos habíamos ocupado de que todo estuviera listo. Ellos colocaron la bomba y luego esperamos. En cuanto llegaron las primeras noticias y pudimos comprobar que lo habíamos conseguido, abandonamos el país de inmediato. Nos reunimos en el aeropuerto de Ámsterdam. Allí nos enteramos de que eran nuestros propios hombres los que habían estado siguiendo al equipo de De Kock, a petición de Craig, para controlar que estaban alerta. Eugene no parecía contento, pero Craig estaba más que feliz. El ambiente era alegre, rozando la euforia. Nos tomamos unas cervezas y un par de copas cuando de pronto oímos algo que hizo que los cacahuets se nos atragantaran. La megafonía del aeropuerto pedía que «Mr. Joseph Slovo» se presentara en el mostrador de tránsito.

El nombre me sonaba, pero Vic comprendió que no tenía del todo claro de quién se trataba.

—Era sudafricano, blanco y comunista. Era de esos a los que nosotros considerábamos traidores a la patria. Y como era dirigente comunista, estaba en el primer puesto.

—¿Primer puesto?

—Joe Slovo estaba en el primer puesto de nuestra lista de objetivos. Y ahora se encontraba en el mismo aeropuerto que algunos de los agentes secretos más competentes de Sudáfrica. Al instante, Eugene dijo que teníamos que cargárnoslo. Craig no parecía del todo convencido. Eugene sacó un bolígrafo Bic naranja con tapón azul: «Si conseguís que se meta en los lavabos, me lo cargo con esto. Se lo clavo en el plexo solar en diagonal hacia arriba y le perforo el corazón». En teoría, era una buena idea, pero al final todos comprendimos que el riesgo era demasiado grande y convencimos a Eugene para que lo dejara estar. Volamos de vuelta a casa y nos condecoraron con medallas. Unos meses más tarde, acabamos con Joe Slovo, o, mejor dicho, con su mujer Ruth First: con una carta bomba obra de Craig.

Vic había mencionado de pasada el asesinato de esa mujer como si fuera un día más en la oficina. Ruth First había sido amiga personal de Olof Palme. Stieg había sacado su asesinato a colación en el memorando sobre Bertil Wedin. Pero yo quería saber más sobre la lista de muertos.

—¿Había una lista? ¿Te refieres a una lista con nombres de personas de las que os queríais deshacer? ¿Quién más aparecía en ella? ¿Olof Palme?

—Teníamos una lista, sí, pero de gente del Partido Comunista, el CNA y

otros movimientos de la oposición. Palme no era ciudadano sudafricano. Además, era primer ministro en otro país. Nunca vi ninguna lista con su nombre ni ninguno parecido.

—¿Había alguna otra lista que quizá no llegaras a ver? ¿Podría ser que los militares tuvieran una?

A Vic volvieron a brillarle los ojos.

—No, solo había «una» lista de personas de las que nos teníamos que encargar.

Vic había descartado la posibilidad de que Olof Palme hubiese sido uno de los objetivos del servicio de inteligencia sudafricano, ni civil ni militar. Karel Gerber le sirvió más té helado. No había dicho ni una palabra en toda la conversación, pero me pareció ver que no estaba del todo de acuerdo con su amigo.

—Antes has mencionado unas operaciones secretas —dije—. ¿Qué eran?

—Teníamos operaciones blancas y operaciones negras —dijo Vic—. Las blancas consistían sobre todo en recopilar información que fuera sensible para el enemigo. Luego la publicábamos.

—¿Y las negras?

—Eran las secretas. Te puedo poner un ejemplo. Frank Chikane era un pastor que estaba logrando hacernos mucho daño. Una vez, cuando tenía que volar a Estados Unidos, tuvo que hacer escala en Namibia y pasar una noche allí. Aprovechando que había salido un momento, nuestros hombres entraron en su habitación de hotel e impregnaron su ropa con veneno. Era un polvo hecho a partir de una planta africana que había que poner en todas las zonas sudoríparas. En las axilas y en la ropa interior. Chikane continuó su viaje. A medio camino se puso malísimo. No había nada que pudieran hacer. Llegó moribundo a su destino. Si hubiese ido a cualquier otro sitio, habría muerto... Pero al final los estadounidenses lograron salvarle la vida. Aunque nunca entendieron qué clase de veneno era aquel.

—Has comentado que sabes de operaciones secretas que nunca han salido a la luz.

—Sí, hay cosas que he visto u oído, pero no hablaré de ellas.

El silencio que siguió incomodó a Vic. Utilicé el truco de contar hasta diez para darle tiempo. Al final, soltó una carcajada y negó con la cabeza. Se quedó callado otro par de segundos antes de rendirse.

—*Alright*. A Anthony White le encomendaron una misión. Jonathan Leabua

era primer ministro de Lesoto, que es un enclave independiente en Sudáfrica. Aunque Leabua dependiera de Sudáfrica, apoyaba al CNA y aparecía en nuestra lista de objetivos. Y Ant White se iba a encargar de ello.

Vic cogió con mano temblorosa el vaso de limonada con hielo y le dio otro trago para aclararse la voz ante algo que juraba que nunca antes había contado.

—Primero hizo un intento con un paquete bomba que colocó en algún punto del camino por el que iba a circular el convoy de Leabua. Cuando el coche del primer ministro pasó por allí, apretó el botón del control remoto. Tuvo que pulsarlo varias veces antes de que la bomba detonara. Para entonces, todo el convoy ya había pasado de largo, incluido el coche de Leabua. Ant había fracasado, pero no tiró la toalla.

Sin duda, a Vic le hacía gracia el numerito de la bomba, que podría haber sido una escena de Peter Sellers en *La pantera rosa*, pero que era real como la vida misma.

—Un tiempo más tarde, Ant había aprendido la lección. Leabua iba a dar un discurso público en su lugar de siempre. Nuestros chicos midieron la barandilla metálica delante de la cual iba a estar de pie y mandaron fabricar una idéntica, pero llena de material explosivo. Cuando detonara, explotaría como una bomba casera a la altura del estómago de Leabua y lo partiría por la mitad. Anthony White tenía que llevar la barandilla hasta allí en coche, pero antes de entrar en Lesoto lo pararon en un control. No en Lesoto, sino en uno de nuestros propios controles policiales sudafricanos. Encontraron la barandilla con los explosivos y lo arrestaron. Entonces me llamaron para que solucionara el asunto.

—Pero tú trabajabas para la policía y Anthony para el servicio secreto militar, ¿no?

—Cuando había problemas, me llamaban a mí. Yo era *the cleaner*. Me dieron el nombre del fiscal y lo llamé directamente. Le hice entender la dimensión del problema que había surgido, pero él no veía la solución, así que también se la tuve que dar. «Mañana por la mañana, lo primero que va a pasar es que Ant White se sentará en el juicio. Allí se declarará culpable de posesión de material explosivo, una AK-4, una pistola y munición. Está dispuesto a pagar diez o veinte mil rands. Irá rápido y va a salir antes de que los medios ni nadie tengan tiempo de reaccionar.»

Vic cloqueó orgulloso y se tomó otro trago.

—Al fiscal le debió de dar tiempo de hablar con el juez, porque la sentencia se dictó apenas un par de minutos después de que entraran en la sala. A las 8.02

de la mañana, Ant White volvía a ser un hombre libre. Pero Leabua se le había escapado otra vez.

—Entonces fue una operación secreta que fracasó —dije—. Me gustaría mucho oír una que fuera un éxito.

—Somos un equipo. No contamos las cosas que hemos hecho ni nosotros mismos ni los demás. Si alguien lo hace, puede prepararse para que lo maten. Así de peligroso es. No pienso contar nada más.

Vic McPherson acababa de compartir dos intentos de asesinato del primer ministro de otro país. Justo lo que instantes antes había asegurado que el régimen del *apartheid* nunca había hecho.

—¿El accidente de avión del 19 de octubre en el que falleció el presidente de Mozambique, Samora Machel, fue un sabotaje del servicio de inteligencia de Sudáfrica?

Vic negó rotundamente con la cabeza y respondió sin titubear.

—No, no lo fue. Uno de mis compañeros llegó enseguida al lugar del accidente y vio que había botellas de vodka a los pies de los pilotos rusos. Habían bebido y, probablemente, habían dado por hecho que estaban volando hacia Matsapha, en Suazilandia, cuando estaban volando en dirección a Maputo. Cuando comenzaron a rozar las copas de los árboles, ya era demasiado tarde.

—Pero ¿no resulta un poco raro? Que el servicio secreto sudafricano fuera el primero en llegar, a pesar de que el avión estuviera en mitad de la selva, a más de quinientos kilómetros de Johannesburgo.

—Sí, planteándolo así, enseguida pensé que estábamos ante una operación secreta. Pero no lo era, según me dijeron los que, de ser así, se tendrían que haber ocupado del asunto. Pero ¿sabes quién más fue de los primeros en llegar al lugar del accidente? Pik Botha, nuestro ministro de Asuntos Exteriores.

De nuevo, Vic parecía satisfecho. Era como si estuviese montando un puzle para que pudiéramos ver la imagen; sin embargo, cuando llenábamos los huecos, él decía que en verdad representaba otra cosa. Hablaba de muertes violentas de seres humanos con total ligereza. Entonces recordabas que estabas hablando con un agente secreto instruido para matar.

—¿Qué opinión te merece Craig Williamson?

—Es el mejor espía que Sudáfrica ha tenido nunca —dijo Vic, al que le costó encontrar las palabras—. Es el mejor... El mejor, simplemente.

—¿Crees que Craig Williamson está detrás del asesinato de Olof Palme?

—Trabajé con él hasta mediados de 1985, cuando entró en el servicio de

inteligencia militar. Hasta entonces lo sabía todo. Lo que vino después..., yo no sé nada. Se lo he preguntado varias veces, pero él lo niega. No sé por qué siguen atormentándolo con la misma pregunta una y otra vez. No creo que fuera Craig.

Sin embargo, había otro caso de asesinato casi igual de interesante que el de Olof Palme.

—¿Dónde estabas tú cuando murió vuestro agente Peter Casselton?

—Estaba allí. Casselton vivía en casa de unos amigos portugueses a un par de horas en coche de aquí —dijo Vic, igual de alegre que antes—. Yo estaba en el veterinario con los perros de los portugueses y Casselton estaba arreglando un camión en la entrada del garaje, que era muy estrecha. Al volante había un chico negro que había metido la primera por equivocación. Casselton hizo un puente sin querer y puso en marcha el motor: fue suficiente para que el camión avanzara. Saltó a un lado, pero quedó atrapado entre el camión y un muro lateral —afirmó Vic, mostrando con las manos cómo estaba colocado el vehículo—. Le aplastó el estómago; no podía respirar. Yo les dije que había que retirar el camión, pero no se podía porque también se había encallado. Lo único que quedaba por hacer era derribar el muro; entonces empezaron a dar la lata con el permiso de los vecinos. Pegas, pegas y más pegas. Mientras tanto, Casselton estaba ahí colgado, sin oxígeno. Al final derribaron el muro... y Casselton... murió, sin más. Consiguieron reanimarle con *electroshocks*. Yo lo acompañé en la ambulancia. Lograron mantenerlo con vida, pero en el hospital constataron que sus pupilas no reaccionaban. Su cerebro estaba muerto.

Nicholas y yo nos fuimos alternando durante las dos horas que duró la entrevista con Vic. Simon escuchaba sus historias, que ya conocía desde una perspectiva totalmente distinta. Cuando el sol se puso, estábamos cansados. Todos.

Vic se despidió y se metió en la casa por la puerta de atrás, mientras su amigo Karel nos acompañaba hasta el coche. Había dejado hablar a Vic durante toda la entrevista.

—Lo que Vic ha dicho acerca de que solo había una lista de objetivos...

—¿Sí? —dije yo.

—No es correcto. Es evidente que había dos. Los militares tenían competencias mayores y tenían su propia lista.

—¿Seguro? ¿Tienes una copia? —le pregunté.

Karel soltó una risotada, negó con la cabeza y me abrió la puerta del coche.

—*Have a safe ride back to Joburg!*

Volvimos a Johannesburgo. Tuve que concentrarme mucho en circular por la izquierda en la oscuridad de un continente desconocido. Viajábamos en silencio y la cabeza nos iba a mil por hora. El atentado con bomba de Londres del año 1982 había sido obra de varias células que disponían solo de la información estrictamente necesaria. La ilustración en el periódico *GT* de 1987 describía un escenario parecido, con células, para el asesinato de Palme. El ministro de Asuntos Exteriores, Pik Botha, estaba entre los primeros en llegar al lugar del avión accidentado en el que viajaba Samora Machel, como si hubiese sabido de antemano que el aparato iba a estrellarse. Anthony White había recibido la misión de matar a un primer ministro extranjero, a pesar de que el servicio secreto sudafricano, en teoría, no debería llevar a cabo ese tipo de operaciones. Vic no sabía nada de lo que había hecho Craig Williamson después de entrar en el servicio de inteligencia militar, a mediados de 1985.

Una vez de vuelta en el hotel, fui el único que pidió tres dedos de whisky sin hielo en el bar. Lo necesitaba.

EL CORAZÓN DE LA OSCURIDAD

Sudáfrica, diciembre de 2015

Llevábamos en Sudáfrica más de una semana. Nicholas había organizado varias entrevistas y reuniones, pero mis propios intentos no habían dado fruto. Además, la información comenzaba a confundirse. ¿Quién la había dado? ¿De quién te podías fiar? ¿Quién podía estar implicado en el caso Palme y quién no lo estaba?

Una de las víctimas de Craig Williamson era Frits Schoon. Había contado como a los tres años había sobrevivido a una carta bomba enviada por orden de Craig Williamson; el explosivo había acabado con la vida de su madre (Jeannette Schoon) y de su hermana de seis años, Katryn.

Barry Gilder había sido uno de los oficiales del servicio de inteligencia más importantes en UMkhonto we Sizwe, la facción armada del CNA. Había contado su lucha contra el régimen del *apartheid* y cómo había trabajado como oficial de inteligencia tanto antes como después de la caída del régimen.

En el SaHa (Archivo Histórico Sudafricano), encontramos algunos documentos relacionados con el caso Palme, del trabajo de la Comisión para la Verdad y posteriores. Algunos conseguimos sacarlos, otros seguían siendo oficiales.

En el informe de la Comisión de Revisión se mencionaba el nombre de tres personas. Me hubiera gustado contactar con las tres, pero fracasé con cada una de ellas.

Riaan Stander había trabajado con Craig Williamson en 1986. Lo había señalado como quien estaba detrás del asesinato de Olof Palme. Riaan Stander era una de las fuentes más importantes de Boris Ersson para el memorando que yo había llevado conmigo a Sudáfrica. Muchos decían de Stander que era poco fiable. En principio, todos los exagentes secretos lo despreciaban. Pero también

era él quien había facilitado los datos más detallados sobre cómo Craig Williamson y otros compañeros habían organizado el asesinato de Olof Palme. Cuando conseguí el número de teléfono correcto, Stander zanjó el tema al cabo de pocos segundos. No quería verme ni hablar del tema bajo ninguna circunstancia. Nicholas lo intentó un par de días más tarde, con el mismo resultado.

También intenté comunicarme con Nigel Barnett, alias Henry Bacon, alias Leon van der Westhuizen, alias Nicho Esslin. Era agente en el servicio de inteligencia militar. Su nombre solía salir en relación con el caso Palme; se le presentaba como uno de los miembros del grupo de sicarios que enviaron a Suecia. Barnett había sido adoptado por un misionero sueco y había vivido una temporada en Suecia. Cuando el agente de policía sueco Jan-Åke Kjellberg (que trabajaba para la Comisión para la Verdad) obtuvo el permiso para abrir la caja de seguridad de Barnett, encontraron en ella un Smith & Wesson Magnum .357, entre otras cosas. Un análisis demostró que no era el arma del crimen, pero había otras circunstancias alrededor de Barnett que resultaban curiosas. Sin embargo, mis intentos de dar con él resultaron infructuosos. Conseguí localizar a su hermano Olof Bacon, pero ni siquiera él conocía el paradero de Barnett.

Heine Hüman era la tercera persona a la que quería localizar. Era sudafricano. En la época del magnicidio, vivía en Björklinge, noventa kilómetros al norte de Estocolmo. Hüman se había puesto varias veces en contacto con la comisión que llevaba el caso Palme. Entre otras cosas, había dicho que seis días antes del asesinato una persona anónima se había puesto en contacto con él para pedirle que buscara hospedaje para un ciudadano sudafricano. En un memorando de la Säpo se llegaba a la conclusión de que Hüman tenía todos los números de ser un «espía estafador», lo cual era un término que se repetía cuando en el caso Palme se dejaban de lado los datos de algún sospechoso, pero yo quería escuchar su relato. Había un Heine Hüman en Sudáfrica y coincidía bastante bien en edad y aspecto. Sin embargo, cuando lo llamé, me aseguró que nunca había estado en Suecia, y menos aún que se le hubiese pedido que buscara hospedaje para agentes sudafricanos.

Durante dos largas horas y los días inacabables que estuvimos esperando a que alguien nos devolviera la llamada, Simon Stanford me habló de su antigua vida en Sudáfrica.

Simon era un cincuentón de pocas palabras que a veces estallaba en una risa cálida. De casi metro ochenta de altura, con un rostro compungido y músculos

que parecían duros como la roca, ayudaba a que Nicholas y yo nos sintiéramos seguros. Simon se mantenía al margen, puesto que en primera instancia su papel era documentar las entrevistas y velar por nuestra seguridad. Sin embargo, cuando comenzó a contar su propia vida en Sudáfrica y cómo había esquivado a la muerte en varias ocasiones, resultó tan apasionante como alguna de las historias que habíamos oído en boca de los entrevistados.

Al final, Simon había decidido cambiar su vida insegura en Sudáfrica por una existencia considerablemente más apacible en Suecia, junto con su esposa Marika Griehsel. No se habían arrepentido. Si en casa las cosas se volvían aburridas, siempre podían bajar a Sudáfrica, a Namibia o algún otro país más interesante en el sur de África. Lo hacían varias veces al año.

En 1996, Simon se había puesto en contacto con el agente Peter Casselton, compañero de Craig Williamson. Lo hizo a raíz de que varios agentes sudafricanos comenzaran a filtrar información según la cual Craig Williamson y Bertil Wedin estaban implicados en el asesinato de Olof Palme. Simon podía hablarnos de las ocupaciones de Peter Casselton antes de morir.

Casselton había sido piloto de helicópteros en la antigua Rodesia. Fue incorruptiblemente leal hacia sus compañeros en el servicio secreto sudafricano. Fue el único del grupo que estuvo detrás de la bomba en los locales del CNA, en Londres (en 1982), al que el Gobierno sudafricano no condecoró. Y es que después del atentado continuó trabajando en la capital británica como agente secreto. Más tarde, el mismo año, lo detuvieron por el allanamiento de las oficinas de uno de los movimientos de oposición. Pasó una temporada en una cárcel inglesa, donde los presidiarios negros lo maltrataban de forma regular, aprovechando la ocasión para tomarla con un representante del régimen racista. Pero Casselton mantuvo la boca cerrada, a pesar de los duros interrogatorios de la Unidad Antiterrorista de Scotland Yard. Sin embargo, cuando lo pusieron en libertad, descubrió que el capital de la empresa que compartía con Craig Williamson se había evaporado y que estaba sin blanca. A pesar de ello, Casselton siguió guardando silencio sobre los crímenes que había ayudado a cometer. Sin embargo, cuando el propio Craig Williamson y una serie de personas comenzaron a cantar durante la investigación de la Comisión para la Verdad, Casselton también se puso a hablar.

En una entrevista en la televisión sudafricana en 1994, acusó a su antiguo jefe Craig Williamson de haberle pedido a Eugene de Kock que lo matara. Dos años más tarde, cuando varios agentes señalaron a Williamson como organizador del asesinato de Palme, Simon había conseguido que la Televisión Suecia le

aprobara un presupuesto para rodar un documental y contactó con Casselton.

—Mi estrategia era conseguir que se pasara a mi bando. Presentía que Casselton sabía mucho más de lo que decía y de lo que había dicho a otras personas. Así pues, le entré con lo de que yo también soy sudafricano, que me sentía en casa en ese tipo de círculos. De ese modo, pretendía ganarme su confianza —me contó Simon.

En enero de 1996, Casselton se había puesto en contacto con varias personas interesadas en lo que él sabía del caso Palme. Una de ellas era Jan-Åke Kjellberg, el agente de policía que Suecia había cedido para asistir en el trabajo de la Comisión para la Verdad. Casselton y Kjellberg habían decidido verse una semana más tarde. Durante ese tiempo, Casselton quedó con Simon en varias ocasiones. En una de ellas, Simon lo había acompañado a comprar el ragú de rabo de toro favorito de Eugene de Kock en un restaurante, plato que le entregaron luego en la cárcel.

—Casselton estaba convencido de que Bertil Wedin podía arrojar luz sobre el caso Palme. Intuía que había desempeñado un papel importante como enlace y responsable logístico, como en tantas otras operaciones. Al menos podría guiarnos hasta las personas que estaban directamente implicadas —dijo Simon—. Casselton y yo acordamos viajar a Chipre, así que reservé dos billetes.

El viaje estaba programado para dos días después de la reunión con Jan-Åke Kjellberg; un par de semanas antes de que Casselton testificara ante la Comisión para la Verdad.

—Lo llamé para que nos viéramos antes del viaje. «No, no puedo quedar. Me voy a la granja de mis amigos portugueses. Nos vemos en el aeropuerto», me dijo. Y esa fue la última vez que hablé con él —me contó Simon—. Lo siguiente que supe de él fue cuando alguien me llamó y me dijo: «Compra el periódico y mira lo que le ha pasado a Casselton». Era un artículo bastante breve que contaba que había muerto en un accidente.

La reunión entre Peter Casselton y Jan-Åke Kjellberg no llegó a celebrarse. No voló hasta Chipre para verse con Bertil Wedin. Y nunca llegó a testificar ante la Comisión para la Verdad. Sus datos sobre el caso Palme murieron con él.

Cuando entrevisté a Vic McPherson, se le olvidó contarme el pequeño detalle de que él mismo aparecía como sospechoso en la investigación que la policía sudafricana había comenzado en relación con la muerte de Peter Casselton. El caso se cerró. Había sido un accidente, dijeron.

Finalmente, Nicholas consiguió concertar una cita con Craig Williamson, pero a condición de que yo no fuera. Después de tantos años de acusaciones, los periodistas suecos no le caían bien. Sin embargo, a su regreso de la reunión, Nicholas había logrado abrir una pequeña puerta. Craig no había contestado directamente que no a la pregunta de si estaba dispuesto a verse conmigo. Fuera como fuese, Nicholas había vuelto a quedar con él.

El tiempo se estaba agotando. Llevábamos diez días en Sudáfrica y solo había conseguido hacer cuatro entrevistas. Tenía reservado un billete a Estocolmo para dos días más tarde; no pensaba cambiarlo. Tanto mi presupuesto como mi paciencia estaban en las últimas. Aquella noche, Nicholas volvió de su segunda cita con Craig.

—Acepta verse contigo. Sin cámaras, sin grabadoras, sin teléfonos, no nothing. Esas son sus condiciones —dijo Nicholas.

Habíamos quedado con Craig Williamson en una cafetería cerca del Kyalami Racing Circuit, en un barrio de las afueras de Johannesburgo. En marzo de 1978, Ronnie Peterson, el piloto de coches más exitoso de Suecia de todos los tiempos, ganó aquí una carrera de Fórmula 1. Seis meses después, falleció a raíz de un grave accidente en el circuito de Monza. Unos años más tarde, el Kyalami Racing Circuit tuvo que cancelar las competiciones internacionales debido a las sanciones internacionales contra el *apartheid*.

El local estaba a medio camino entre cafetería y restaurante. Por fuera se veía acogedor, pero podría haber estado ubicado en cualquier parte del mundo, con su decoración a base de objetos nuevos como pelotas de béisbol y ruedas de carreta que se vendían por catálogo y eran transportados a cualquier rincón del planeta. El menú estaba compuesto por todas las especialidades italianas de cafetería: ensalada César, hamburguesa en distintas variaciones, etc. Todos contentos, ninguna sorpresa.

Llevábamos un cuarto de hora esperando cuando un Range Rover de color negro brillante aparcó delante y la puerta del conductor se abrió. Craig vino a nuestro encuentro. No estaba tan gordo como en las fotos que había visto de él, pero había envejecido y tenía el aspecto de los sesenta y pico que tenía.

Nicholas, Simon y yo nos pusimos en pie, casi como en guardia, para saludar. Craig vio mi montón de papeles y la libreta con el bolígrafo encima. Lo señaló con la barbilla y le dijo a Nicholas:

—Eso no es lo que acordamos.

Por lo visto, los papeles en la mesa le parecían una infracción al acuerdo de «*no nothing*». Por un instante, dio la impresión de que iba a darse la vuelta y volver al coche, pero al final tomó asiento.

—Setenta y cinco kilos. Es lo que he bajado. Balón gástrico —dijo Craig.

Durante sus reuniones previas, Nicholas ya había hablado con Craig de todo lo que le interesaba, por lo que me tocaba a mí llevar las riendas de la conversación. Me lo tomé en serio y di rodeos alrededor de mi pregunta central, sin abordarla. El problema era que, aun así, Craig sabía perfectamente qué era lo que andaba buscando.

—Estoy escribiendo un libro sobre cosas que he encontrado en el archivo del escritor Stieg Larsson y tú apareces en parte de su material.

—Vale, de eso podemos hablar sin problemas. Siempre y cuando no suponga mi implicación en el asesinato de Olof Palme.

Estaba claro.

—Hace unos días estuvimos en casa de Vic McPherson —afirmé—. Dijo que eres el mejor espía que Sudáfrica ha tenido jamás. ¿Podemos empezar por ahí?

Craig ni siquiera hizo el menor ademán de sentirse halagado. Aun así, empezó a hablar.

—Podemos hablar de todo lo que le he contado a la Comisión para la Verdad. Me hago responsable de todas las operaciones que llevamos a cabo cumpliendo órdenes. Fue durante la Guerra Fría y yo era soldado del bando occidental. Allí y entonces estábamos convencidos de que teníamos la superioridad moral.

Craig hizo una pausa y luego dijo lo que yo ya había leído:

—Yo hacía el trabajo sucio de mi Gobierno. Y el Gobierno hacía el trabajo sucio de los Gobiernos occidentales.

—O sea, ¿que las muertes de Ruth First, Jeanette Schoon y su hija fueron en nombre del *apartheid*?

—Como acabo de decir, era la guerra. Teníamos órdenes de matar al marido de Ruth First, Joe Slovo, así como al marido de Jeanette Schoon, Marius Schoon. No fueron asesinatos, sino bajas de guerra. Lamentablemente, hubo daños colaterales.

—El otro día nos reunimos con Fritz Schoon.

Era una apuesta, pero quería ver si podía sorprenderlo. Craig no se inmutó.

—Nos dijo que el primer recuerdo que tiene es de cuando lo estaban sacando de una habitación en llamas —dije—. En la que murieron su madre y su

hermana.

Todavía nada.

—¿Es casualidad que fueran las esposas las que murieran en ambos casos de carta bomba?

—Los destinatarios de los paquetes eran Joe Slovo y Marius Schoon. Si sus mujeres decidieron abrirlos, fue responsabilidad suya.

No fue más allá. El *Master Spy* sudafricano estaba lo suficientemente curtido como para poderse librar de las condenas y venganzas durante décadas, a pesar de todo en lo que había estado implicado. Aun así, hacia el final de nuestra conversación no pude abstenerme de hacerle la pregunta que me había hecho todo el trayecto desde Suecia.

—¿Estuviste involucrado en el asesinato de Olof Palme?

Craig me atravesó con la mirada.

—Me han acusado de tantas cosas... Se ha dicho que estaba detrás del asesinato de Olof Palme, del accidente de avión de Samora Machel y del atentado de Lockerbie. Son todo habladurías. No estuve implicado en el asesinato de Olof Palme.

Craig había contestado y no se estaba levantando de la mesa para largarse, así que decidí probar desde otro ángulo.

—El otro día conseguí localizar a Riaan Stander... —empecé.

—Riaan Stander —me interrumpió Craig—. Está muerto.

—No, no lo está —dije dubitativo—. Me dijo que no cuando le propuse reunirnos, hace unos días. Nicholas obtuvo la misma respuesta un par de días más tarde.

Fue la única vez que Craig pareció sorprenderse.

—Eso tengo que comprobarlo. Riaan Stander es una cucaracha.

Nicholas y yo intercambiamos una mirada. Ups, esperábamos no haberle complicado las cosas al señor Stander.

Poco después concluimos la conversación con Craig Williamson sin haber metido la pata demasiado.

El avión despegó del OR Tambo, el aeropuerto de Johannesburgo. Había hecho lo que me había propuesto sin que me hubiera pasado nada grave. Había hablado con víctimas y verdugos. Opositores, agentes y asesinos. Había quedado con Craig Williamson, la persona que Stieg y muchos otros aseguraban que había organizado el asesinato de Olof Palme. Había superado mi miedo, pero

aun así tenía la sensación de haber fracasado. Había albergado la esperanza de conseguir lo que muchos habían intentado, pero Craig solo nos había dicho cosas que ya se sabían. Ni una palabra, ni un pestañeo, ni una mueca que desvelara que había tenido algo que ver con el magnicidio. Al contrario, había sonado convincente al negar su implicación.

Todavía había cosas que hacer. Pero lo de Sudáfrica podíamos dejarlo aparcado por el momento. Eso solo cambiaría si, de pronto, Craig quisiera contar algo por voluntad propia, pero eso sería pedir demasiado.

LA PELUCA

Estocolmo, febrero de 2016

Cuando entré en la austera salita de interrogatorios de la jefatura superior de Kungsholmen, vi un gran cartel en la puerta: «INTERROGATORIO EN CURSO». Era consciente de que era yo quien había pedido cita. Karin Johansson, la subinspectora que me recibió, era afable. Aun así, ese cartel me incomodó. En la mesa blanca de melamina, Karin había dejado una carpeta rebosante. Pude leer el título en su lomo: Jakob Thedelin. Poco después, se nos sumó su compañero, el subinspector Sven-Åke Blombergsson, quien cerró la puerta al entrar. Me informaron de que iban a grabar nuestra conversación. En ese momento, caí en la cuenta de que realmente aquello era un interrogatorio. Ellos me iban a hacer preguntas y yo las tendría que responder. Les había preguntado por teléfono qué había pasado con el memorando que les había enviado hacía más de un año. Además, les prometí que les contaría mi encuentro con Craig Williamson. Si yo les facilitaba algo, quizás ellos me darían algo a cambio.

Blombergsson hizo la presentación protocolaria del interrogatorio y colocó la grabadora digital en el centro de la mesa. Estuvimos casi dos horas. Parecían genuinamente interesados en la pista sudafricana y en Craig Williamson. Quizá se debía a que la vicefiscal general Kerstin Skarp había dicho que pensaba delegar la responsabilidad del caso Palme. Desde que había empezado a trabajar con el caso, en 1997, Skarp había dejado bastante claro que en su opinión el autor de los hechos era Christer Pettersson. Sin embargo, ahora los nuevos investigadores parecían aprovechar la oportunidad para considerar otras pistas. O quizá es que, a raíz de los palos recibidos y las lecciones aprendidas por las malas, la policía prefería tomarse a los periodistas un poco más en serio y evitarse una publicidad negativa.

Tras explicarles mi viaje a Sudáfrica, me dejaron hacer un par de preguntas. Karin Johansson hojeó la carpeta mientras yo le preguntaba por Jakob Thedelin.

Como era de esperar, las autoridades no habían tomado medida alguna después de recibir mi memorando sobre él, pero ahora me contaron que la policía lo había interrogado en dos ocasiones en 1987, más de un año después del asesinato. Hasta el primer interrogatorio, en mayo de 1987, la Säpo lo había tenido bajo vigilancia. El motivo era que a finales de 1986, con nombre falso y una peluca en la cabeza, Jakob Thedelin se había puesto en contacto con un colaborador externo de la Säpo para hablar del asesinato de Olof Palme. Luego, a comienzos de 1988, le habían dado carpetazo, sin tomar más medidas. La inspectora Johansson no pudo encontrar el motivo por el cual se tomó esta decisión.

Un cuarto de hora más tarde, me habían prometido que me facilitarían todas las pistas que Stieg Larsson le había entregado a la policía, pero en lo referente a Jakob Thedelin la cosa no fue tan fácil. Como de costumbre, se remitieron a la investigación en curso y a la protección de la integridad personal. Aun así, al mismo tiempo, alimentaron una pequeña esperanza al decirme que podía solicitarlo por escrito. Tal vez así lo valorarían de forma diferente.

Había escrito un memorando e incluso había ido en persona para hablar con ellos, pero estaba claro que, para que la policía actuara, hacía falta más material. Por ejemplo, una pista de dónde podía encontrarse el arma homicida. Tomé nota.

LA VERSIÓN ITALIANA

Estocolmo, febrero de 2016

Cuando el *New Yorker* te llama, tú respondes. Nicholas Schmidle vino a Suecia para reunirse con gente que podía hablar del asesinato de Palme desde un ángulo distinto al mío. Muchas personas que no te recibían así como así respondieron de buenas a primeras, a horas incómodas y con predisposición a hacer largos trayectos cuando el *New Yorker* los contactó. Fueron los casos de Hans-Gunnar Axberger (que había elaborado el informe de la Comisión de Revisión), del gurú criminalista Leif G. W. Persson, de los hijos de Olof Palme y de otros tantos. La única que no quería participar era Lisbet Palme.

Sin embargo, el último cometido de Nicholas en su viaje le ocuparía dos días e íbamos a hacerlo juntos. Nos montamos en mi Volvo y pusimos rumbo a Hedestad para buscar a Jakob Thedelin. Una semana antes, yo le había escrito un correo electrónico para solicitarle una entrevista, pero me había dicho que no. El plan B era presentarnos en Hedestad sin avisar.

Aparte de Nicholas, también venía mi amigo Johan. Iba a echarnos una mano en caso de que surgiera algún imprevisto, aunque no le habíamos especificado en qué consistiría esa hipotética ayuda. Me puse contento como unas pascuas cuando Nicholas me preguntó por el coche.

—Es un Volvo 780 de 1990. Un modelo de dos puertas diseñado por el italiano Bertone y fabricado en Italia en una serie limitada de nueve mil unidades. El Volvo más caro jamás fabricado.

Estuvimos un rato adorando el interior de cuero de color caramelo, la carrocería granate, el salpicadero de abedul y la radio de los ochenta con casete y equalizador con lucecitas. Un Volvo lleno de esquinas, pero chulo.

—Lamentablemente, también se dejaron inspirar por la calidad italiana — dije —, así que también debe de ser el peor Volvo jamás fabricado. Pero es

bonito.

Tras cinco horas de viaje sin incidencias, llegamos a nuestro destino.

Hedestad queda entre dos montañitas en una parte olvidada de la provincia de Västergötland. El paisaje es accidentado, con campos de cultivo y bosque intercalados. Las características de las dos montañas, Mösseberg y Älleberg, resultan poco habituales en Suecia: son altiplanos. Eso hizo que Hedestad se convirtiera, entre otras cosas, en el centro nacional de vuelo sin motor durante la primera mitad del siglo XX. Con ayuda de fuertes cuerdas de goma y de una docena de hombres a cada lado, las avionetas eran lanzadas por una rampa a la llanura de Västgötaslätten. Podían planear durante horas gracias a la térmica de las montañas. Al pie de Mösseberg se construyó, en la primera década del siglo pasado, uno de los balnearios más distinguidos de Suecia, con el hotel Mösseberg en el centro.

En la época en que el interés por el vuelo sin motor y los balnearios empezó a disminuir, cerró también la industria textil. Entonces los habitantes de Hedestad comenzaron a desplazarse a diario a otras ciudades por motivos de trabajo y ocio. A comienzos del siglo XXI, Hedestad se había transformado en una más de la larga lista de ciudades suecas de provincia completamente adormecidas. Los principales atractivos turísticos eran un museo de vuelo sin motor, un museo de motociclismo y (estrechamente conectado a la antigua y envejecida población) un museo funerario.

El hotel Hedestad está en la cima de una pequeña colina junto al centro. Lo construyeron en los años cincuenta. La costosa arquitectura recuerda a la época que se vivió antes de que los cierres y el éxodo obligaran al hotel a alquilar las habitaciones por menos de mil coronas la noche. Hicimos el check-in y dimos una vuelta de reconocimiento por la zona. La vivienda de Jakob quedaba a unos cientos de metros del hotel, en un modesto bloque de dos plantas. Las persianas estaban bajadas y no había indicios de que hubiera alguien en casa.

—*My name is Nicholas Schmidle. I'm a writer with The New Yorker Magazine.*

—*Yeah, right?* —dijo Jakob.

Tras haber madurado la idea, habíamos decidido no asustar a Jakob llamando directamente a su puerta. Además, sería más probable que nos atendiera si era Nicholas quien le telefoneaba. Cuando el *New Yorker* te llama, tú respondes.

Nicholas le explicó por qué quería hablar con él.

—Te estoy buscando porque estoy escribiendo un artículo sobre un periodista llamado Jan Stocklassa.

—No tengo ningún interés en conceder una entrevista —respondió Jakob en inglés fluido y con un poco de acento—. Repito: no quiero conceder ninguna entrevista.

Aun así, la conversación duró veinticinco minutos. Johan y yo estábamos sentados a su lado y quedamos impresionados por cómo Nicholas conseguía mantener a Jakob al teléfono cada vez que este intentaba colgar. Al final, Nicholas había logrado hacerle todas las preguntas relevantes, incluso había podido leerle los *e-mails* que habían intercambiado Jakob y Bertil Wedin en 2009, tanto en sueco como en inglés.

—Bertil escribe: «Por favor, cuéntame sobre la vida musical en Västra Frölunda», y tú respondes: «¡Bertil! En Västra Frölunda ninguna música en directo tenemos para presenciar, pero un portavoz de IDF puede dar fe de que el estruendo en un búnker, mezclado con otros ruidos que suenan después de que caigan las bombas, auguran misiles que no van a volver».

Jakob se tomó unos segundos y reaccionó con contundencia.

—Yo nunca he escrito eso. Es un montaje. Y quiero recordarle, *sir*, que la ley sueca impone penas de cárcel por entrar en una cuenta de correo electrónico y robar una conversación por *e-mail*.

Al final, Nicholas consiguió colar la pregunta de por qué Bertil Wedin había cortado la amistad con Jakob durante una temporada tras enterarse de las conversaciones sobre el caso Palme con Lída Komárková. Jakob no podía recordar aquel incidente y repitió que alguien había entrado en su cuenta de correo electrónico de forma ilícita.

Cuando colgaron, estábamos conmovidos por lo que había salido. No se había falsificado ningún e-mail y era poco probable que Jakob hubiera olvidado la rabia de Bertil Wedin porque hubiera hablado del asesinato de Palme por Facebook. Al verse presionado, Jakob había ocultado la verdad. Habíamos podido saber un poco más de Jakob Thedelin y su posible implicación en el caso Palme. Al mismo tiempo, la puerta para vernos en persona con él se había cerrado de golpe. Por delante, teníamos una hamburguesa innecesaria en O’Learys y una noche prescindible en Hedestad.

En Jönköping, hay uno de los peores nudos de toda la red de carreteras

suecas. Íbamos por la autovía E4 y queríamos salir para encontrar un sitio donde Nicholas pudiera probar unas albóndigas tradicionales. Un tráiler se nos estaba acercando por la derecha. Para llegar a tiempo al desvío, pisé a fondo y la función de *kick-down* se activó antes de que diera un volantazo justo por delante del tráiler y consiguiera meterme en la salida y hacer la paella de vuelta casi entera. Habíamos evitado un accidente con un tráiler con el corazón en la garganta. Nicholas fue el que se lo tomó con más calma.

—*We're lucky we have the Italian version.*

PATSY

Estocolmo, abril de 2016

Un correo de Craig Williamson siempre despierta emociones. Habían pasado cuatro meses desde mi vuelta de Sudáfrica. Los recuerdos de las tres semanas que pasé en otro mundo habían comenzado a difuminarse. El *e-mail* de Craig no tenía asunto ni ningún texto, solo un enlace a un artículo de la revista sudafricana *ZAM Magazine* con el título «*Dulcie, Hani, Lubowski — A story that could not be*».

El artículo de la periodista holandesa Evelyn Groenink describía tres asesinatos que parecían tener una motivación política, para defender el *apartheid*, pero cuyo móvil era, en realidad, económico. Otro elemento común entre los tres asesinatos era que hubo otros tantos chivos expiatorios: personas que cargaban con las culpas y que hacían que los autores reales de los crímenes salieran indemnes.

El 29 de marzo de 1988, mataron a tiros a la representante del CNA, Dulcie September, en una calle de París, cerca de su lugar de trabajo. Era una persona relativamente irrelevante en el movimiento de liberación sudafricano. Sin embargo, los meses antes de su muerte, había exigido la atención de la directiva y había querido reunirse personalmente con, entre otros, Abdul Minty, el responsable de las sanciones armamentísticas del CNA. Había dicho poseer información sobre compraventas ilegales de armas, una información que desapareció tras su muerte.

El 12 de septiembre de 1989, mataron a tiros al activista Anton Lubowski en Windhoek, capital de Namibia. Fue menos de un año después de la independencia del país. Había estado participando activamente en la SWAPO, la organización proindependencia que se había hecho con el liderazgo del país. Detrás de su asesinato, había razones relacionadas con los derechos de

explotación del petróleo, de los diamantes y del casino, según el artículo de Groenink. Un informante había dicho que Lubowski había frustrado los intereses económicos de un ministro sudafricano.

El 10 de abril de 1993, abatieron al secretario general del Partido Comunista Sudafricano, Chris Hani, delante de su casa en Boksburg, a veinte kilómetros de Johannesburgo. En el lugar del crimen detuvieron a Janusz Walusz, un extremista de derechas que se oponía al proceso de transición del *apartheid* a la democracia que estaba viviendo el país. La pistola se la había prestado el diputado del Parlamento Clive Derby-Lewis. Ambos fueron condenados a muerte; luego se les conmutó la pena capital por la cadena perpetua. Antes de su muerte, Chris Hani había sido un obstáculo para la compraventa de armas más importante de la historia de Sudáfrica, según Groenink. Detrás de Walusz, había personas con conexiones con el tráfico de armas. Condenaron a aquel desconcertado simpatizante de la extrema derecha..., pero lo cierto es que tres testigos vieron en la escena del crimen a otra persona que bien pudiera haber sido el verdadero asesino.

Después de leer el artículo, contacté con Evelyn Groenink. Me contó que tanto el exministro de Asuntos Exteriores Pik Botha como el traficante de armas francés Jean-Yves Ollivier la habían amenazado. Su libro, basado en ese artículo, solo se había publicado en holandés. La editorial habían sido amenazada reiteradamente, lo que frenó su edición en inglés en Sudáfrica.

Era obvio que la intención del correo de Craig era despertar mi curiosidad, pero me di unos días antes de llamarlo por teléfono.

—Yes?

—¿Craig? Soy Jan Stocklassa.

—Hi, Jan.

—Me mandaste un *e-mail* con un enlace a un artículo —dije—. ¿Por qué me lo enviaste?

Tuve que esperar un momento antes de obtener una respuesta.

—Well, trata del tema que te interesa, ¿verdad?

Por el tono, insinuaba que debía entender de qué trataba.

—A mí me interesa el caso Palme. ¿Va de eso?

—Solo he dicho que trata del tema que te interesa.

—¿Te refieres a que trata de asesinatos que todo el mundo cree que han sido parte de la lucha contra el *apartheid*, pero que en realidad tienen móviles económicos? ¿Y que eso es relevante para el asesinato de Olof Palme?

—Solo pensé que el artículo te parecería interesante, teniendo en cuenta lo que te interesa a ti.

Le di mil vueltas, pero no llegué a ninguna parte. Craig Williamson quería decirme algo con ese artículo, pero no quería expresarlo directamente. Durante los siguientes meses, me mandó varios correos más. Uno contenía un documento que mostraba que él había sido responsable de una delegación estadounidense en Sudáfrica llegada el 1 de marzo de 1986. Eso imposibilitaría su participación en el asesinato de Estocolmo. Otro correo contenía una referencia a un nuevo libro: *Apartheid Guns and Money: a Tale of Profit*. La valoración de Craig era clara: «*highly recommended*». Era una investigación extraordinaria que había sacado a relucir un montón de cosas que la mayoría de la gente seguiría creyendo que no eran más que especulaciones.

Respondí a algunos de sus correos, pero no a todos. Eso me desconcertaba. Ese tipo debía detestarme: era uno de esos periodistas suecos a los que no dejaban en paz por su posible implicación en el asesinato de Olof Palme. ¿Qué era lo que quería contar? ¿Y por qué a alguien como yo?

El pasaje sobre Chris Hani en el artículo de Groenink me recordó a algo que había visto en alguna otra parte. Enseguida me puse a rebuscar entre mis papeles. Iba siendo hora de que me hiciera con un armario archivador: mi material estaba apilado en montones y pronto ocuparía todo el escritorio. La débil construcción de IKEA se arqueaba bajo el peso. Pronto encontré uno de los documentos que había leído antes de bajar a Sudáfrica. Era el memorando que Boris Ersson redactó para la policía sueca en 1994, en relación con la implicación de Sudáfrica. En el texto encontré un par de frases que de pronto adquirieron una relevancia nueva.

En 1986, Riaan Stander era compañero de trabajo de Craig Williamson; ocho años más tarde, se convirtió en una de las fuentes más importantes de Boris Ersson. Grandes partes del memorando estaban escritas con las palabras del propio Boris, pero en algunos pasajes había citas meticulosamente referenciadas. Según Stander, una de las personas que enviaron a Suecia fue el mismo Anthony White, que había fracasado dos veces en su misión de asesinar al primer ministro de Lesoto. Boris le preguntaba a Stander si el asesinato lo iba a llevar a cabo White en persona o si pensaba usar a un tercero para efectuar el disparo. La respuesta fue: «¿Recuerdas el asesinato de Chris Hani en 1993? ¿De verdad crees que lo hizo un único extranjero, en solitario? No, aquello fue *standard procedure*: encuentras a una persona idónea y la utilizas para apretar el gatillo. O lo pones ahí, procuras que esté presente cuando se comete el atentado. A menudo

se hace de forma muy sutil. Muchas veces, la persona que comete el asesinato o que es arrestada en el lugar del crimen ni siquiera sabe para quién trabaja».

Aquella referencia explícita al asesinato de Chris Hani reforzaba la teoría de Evelyn Groenink respecto de que el servicio secreto sudafricano cometía asesinatos con un chivo expiatorio a mano. Como Craig me había enviado el artículo de Evelyn, indirectamente había corroborado el dato de la «cucaracha» de Riaan Stander de 1994.

Saqué el manual de magnicidios de la CIA y comparé la entrada de chivo expiatorio que se describe en él con la que Stander había descrito. Los datos de Stander encajaban en la categoría *lost*: el verdugo era un chivo expiatorio del que se esperaba que acabara detenido o incluso muerto. Ante este planteamiento, según el manual, el asesino encargado tenía que ser un fanático de alguna clase y no debía conocer la identidad de los demás miembros de la organización, que según Evelyn Groenink era, precisamente, el caso del miembro de extrema derecha polaco Janusz Walusz, quien había sido condenado por el asesinato de Chris Hani. Si el fanático conseguía cumplir con su misión, no pasaba nada si lo detenían, pues no había vínculos que remitieran a sus empleadores. Si el fanático fallaba, había refuerzos que podían terminar la misión; al chivo lo dejaban en el escenario del crimen para que lo detuvieran o lo abatieran. El resultado era un asesinato organizado con profesionalidad que parecía ejecutado por un loco solitario.

Tras haber sido detenido por el asesinato de John F. Kennedy, Lee Harvey Oswald dijo: «*I'm just a patsy*». No soy más que un chivo expiatorio. Si él era parte de una conspiración, esa descripción encajaría con la categoría de *lost*; también explicaría por qué Jack Ruby, propietario de un club nocturno, lo mató de un disparo dos días después del asesinato. Así Oswald ya no tendría tiempo de revelar con quién se había reunido antes del asesinato de Kennedy. En octubre de 2017, el sesenta y uno por ciento de la población de Estados Unidos aún pensaba que había una conspiración detrás del asesinato del presidente, a pesar de que la versión oficial aseguró que el culpable fue el loco solitario y extremista Lee Harvey Oswald.

Riaan Stander continuaba hablando del asesinato de Olof Palme en el memorando de Boris Ersson. Él mismo había trabajado cerca de Craig Williamson en la empresa Long Reach, cuyo cometido era llevar a cabo diversas misiones alrededor del mundo: recopilar información, desmembrar grupos solidarios, llevar a cabo ataques y asesinatos (si era necesario). La palabra clave para la misión de matar a Olof Palme había sido *Hammer*, Martillo. La

planificación habría tenido lugar en Johannesburgo y en varios lugares de Europa, incluida Suecia. Algunas personas suecas (*Swedish security agents*) habían colaborado con los sudafricanos elaborando un patrón de movimientos y costumbres de Olof Palme las semanas anteriores al atentado. Según Stander, el departamento en el que trabajaban estos agentes habría tenido una jefa. Es decir, una mujer. La persona responsable en Estocolmo del asesinato («*received the green light to kill Olof Palme*») era Anthony White. Otra persona a la que Stander había señalado era Paul Asmussen, un sudafricano de origen escandinavo. Los móviles del asesinato serían dos:

1. Frenar el apoyo de Suecia a la campaña contra Sudáfrica en los años ochenta. Olof Palme era el hombre de Estado al frente. Condenó a Sudáfrica tanto en Suecia como en la ONU y en otros escenarios internacionales. Tenía que desaparecer, igual que la nueva generación de líderes negros en Sudáfrica a los que se encarcelaba, se torturaba y se asesinaba metódicamente durante los durísimos últimos años de la década de los setenta y los primeros años ochenta.

2. Stander mencionaba también otro móvil, más privado: habría existido un conflicto personal entre Craig Williamson y Olof Palme. El conflicto habría sido considerable y se habría debido a un dinero que se había perdido por el camino y relacionado con el IUEF. Stander sugería que Craig Williamson podría haber tenido a Olof Palme cogido por el cuello, de alguna manera, en relación con este conflicto.

Casi todos sus compañeros del cuerpo de seguridad despreciaban a Riaan Stander. Se le tenía por un fanfarrón y un traidor. Parte de los datos resultaban curiosos, como, por ejemplo, que Craig Williamson habría tenido razones privadas para matar a Palme. Probablemente, era información de segunda mano que Stander había interpretado a su manera.

Sin embargo, lo que había dicho sobre ayuda sueca y chivos expiatorios cuadraba con una serie de datos sobre la pista sudafricana que habían aparecido en 1996. Asimismo encajaba con el contenido del artículo que Craig me había enviado. Además, corroboraba la teoría de Stieg sobre Sudáfrica, Wedin como intermediario y la extrema derecha como ayuda logística.

Pero ¿realmente había una cabeza de turco en el asesinato de Palme? En tal caso, ¿se trataba de Jakob Thedelin? ¿De algún otro? ¿De varias personas? ¿Y quiénes eran los agentes de seguridad suecos que tenían una jefa?

Había otro posible móvil para el asesinato de Olof Palme. Era algo que Stieg había mencionado en su carta a Gerry Gable veinte días después del atentado. Recuperé el texto.

ESTADO EN LA SOMBRA

Estocolmo, abril de 2016

Entre las especulaciones, se contempla la posibilidad de que haya intereses sudafricanos involucrados en el asesinato. La Comisión Palme, de la que el propio Palme era una persona importante, había iniciado una campaña contra los traficantes de armas que hacían negocios con el régimen del apartheid.

Stieg lo había escrito menos de tres semanas después del asesinato. Treinta años más tarde, Craig Williamson me había recomendado un libro sobre el comercio de armas en Sudáfrica durante la época del *apartheid*. Por lo visto, Craig (que sabía que a mí lo que me interesaba era el caso Palme) opinaba que debía leerme un texto sobre el papel que Sudáfrica desempeñaba en el comercio de armas internacional. Intuí un móvil más concreto que aquel tan difuso de que, entre los incontables enemigos que tenía el *apartheid*, Palme era el principal.

La naturaleza del comercio de armas lleva consigo muerte, y esta no se limita a los que mueren en la guerra. Algunos de los contratos de exportación más grandes del mundo son sobre armas, ni más ni menos. Si alguien se interpone en su camino o amenaza con destapar secretos que puedan afectar a sus negocios..., bueno, la vida de una persona es un precio más bien bajo por salvaguardar el negocio.

Apartheid Guns and Money: a Tale of Profit, de Hennie van Vuuren, era un tocho de más de seiscientas páginas. Se completaba con una serie de ilustraciones que mostraban de qué manera, con quiénes y en qué momento Sudáfrica había comprado armas y crudo, a pesar de las sanciones oficiales. Craig Williamson me había recomendado su lectura.

A mediados de la década de los ochenta, el conflicto bélico más destacado en

el mundo era la guerra entre Irán e Irak. El propio Olof Palme había sido mediador en esa guerra entre 1980 y 1982. Como se pudo comprobar, era una misión imposible: la guerra se prolongó hasta 1988. Otro conflicto estratégicamente importante era el que había entre el Gobierno socialista de Nicaragua y la guerrilla Contra, que contaba con el apoyo de Estados Unidos. El tercero eran las guerras en el sur de África: destacaba la lucha entre el régimen del *apartheid* y los movimientos de oposición negros, con el CNA a la cabeza.

Aquel nuevo libro sobre el comercio de armas que Craig me había recomendado reforzaba y completaba la imagen descrita en otra obra que me habían aconsejado. La compañera de Stieg, Eva Gabrielsson, me había hablado de *Los contrabandistas de armas*, de Bo G. Andersson y Bjarne Stenqvist. Escrito en 1988, se centraba en el tráfico ilegal de explosivos y de armas.

Una pieza importante del rompecabezas (aparecía en el libro de Van Vuuren) era que Sudáfrica había tenido su papel en una de las conspiraciones más grandes y complicadas del siglo XX: la que se dio a conocer con el nombre de escándalo Irán-Contra y que le costó la presidencia de Estados Unidos a Ronald Reagan. Ni más ni menos.

A pesar de la prohibición expresa del Congreso de Estados Unidos, la CIA había decidido apoyar la guerrilla contrarrevolucionaria en Nicaragua abasteciéndola de armas. Al mismo tiempo, había quedado claro que el régimen islamista de Irán había llegado para quedarse; lo mejor era empezar a restablecer los lazos a base de venderles armas. El Congreso también se opuso a esto último. Sin embargo, el jefe de la CIA, William Casey, uno de los cargos que Ronald Reagan había asignado a dedo, diseñó un complejo plan que no implicara necesariamente a las instituciones democráticas de Estados Unidos. De esta manera, la CIA facilitó el comercio de armas con Irán con un considerable margen de beneficio, suficiente para financiar las armas para la Contra nicaragüense.

El 3 de noviembre de 1986, ocho meses después del asesinato de Palme, se destapó el escándalo Irán-Contra, que sacudiría a Estados Unidos durante todo 1987. Una parte importante de la operación, aunque parece que no despertó demasiado interés (pero que se describe con detalle en la obra que me recomendó Craig Williamson), era la exportación de petróleo de Irán a Sudáfrica. Debido a las sanciones internacionales, a veces Sudáfrica se quedaba a cuestión de semanas de ver agotadas sus reservas de petróleo. Mediante la operación, Irán conseguía ingresos y ayuda para satisfacer su enorme necesidad de armamento; Sudáfrica, por su parte, conseguía el petróleo que no podía

comprar en el mercado abierto. Las compraventas se efectuaban con ayuda de la CIA, que se quedaba con parte de los beneficios y así podía financiar las armas para la Contra nicaragüense y otros movimientos de resistencia anticomunistas.

William Casey, el jefe de la CIA, visitó Sudáfrica en varias ocasiones para gestionar aquellos negocios y reunirse con los dirigentes políticos del más alto nivel, incluido Pik Botha. El *Boston Globe* afirmó que, según fuentes del Congreso, William Casey habría realizado una visita secreta a Sudáfrica el 8 de marzo de 1986 para conocer al presidente P. W. Botha. Ocho días después del asesinato de Olof Palme.

Craig Williamson me confirmó que había visto a Casey en dos ocasiones, pero no en marzo de 1986.

Para que los negocios acordados pudieran llevarse a cabo se requería cierta ayuda logística. En este sentido, los llamados sanction-busters desempeñaban un papel destacado. Eran hombres de negocios que dejaban lo legal a un lado. Solo les interesaba hacer grandes negocios y ganar mucho dinero. Entre ellos destacaban el italiano Mario Ricci y el sueco Karl-Erik Schmitz.

Mario Ricci se había establecido en las Seychelles. Era un hombre poderoso, con contactos cercanos al presidente René, Sudáfrica y la mafia italiana. Las Seychelles eran clave en los esfuerzos de Sudáfrica por esquivar una y otra vez las sanciones y poder comerciar con armas y petróleo. En la empresa GMR (bautizada con sus iniciales), Ricci encontró a un compañero de negocios bien conectado con la cúpula política en Sudáfrica: Craig Williamson. Durante 1986 y 1987, trabajaron juntos violando sanciones administrativas (entre otras cosas, a base de proveer al régimen del *apartheid* de petróleo de Irán). Sin duda, los negocios a través de las Seychelles se llevaban a cabo bajo el conocimiento del jefe de la CIA, William Casey. El responsable de la CIA en la embajada de Estados Unidos en las Seychelles había recibido una extraña orden por parte de Casey: «Con esto se le exige a usted que nunca informe y que nunca emplee recursos para actuar contra nada que tenga que ver con transacciones bancarias ilegales e internacionales en las Seychelles».

Una posible víctima de los negocios a través de las Seychelles era el líder de la oposición seychellense, Gérard Hoarau. El 29 de noviembre de 1985 (dos meses antes del asesinato de Olof Palme), lo mataron a tiros en una calle de Londres, después de amenazar con hacer públicos los datos sobre un escándalo financiero que concernía a Mario Ricci y al presidente René.

Según Craig Williamson, la operación dentro de GMR solo era «una pieza del engranaje». Una pieza lo bastante grande como para que Mario Ricci quisiera ser multimillonario cuando se mudó a Sudáfrica a finales de la década de los ochenta.

El empresario sueco Karl-Erik Schmitz, apodado Bobbo, era relativamente nuevo en el sector armamentístico. Su familia llevaba tiempo siendo dueña de varias empresas en Sudáfrica. Su primer contrato de material bélico en el país lo firmó en 1983: concernía a la entrega de cuatro mil quinientas toneladas de pólvora sudafricana a Irán, destinada a piezas de artillería estadounidenses. Tras una serie de problemas prácticos, Bobbo (quien, según su entorno en el mundo de los negocios, era un hombre carismático y predispuesto a correr riesgos, que había estado en bancarrota cinco veces y había sido rico otras tantas) consiguió efectuar la entrega, para satisfacción de los iraníes.

Los días entre Nochebuena y Nochevieja de 1984, firmó cerca de setenta contratos nuevos en Teherán por un valor total correspondiente a dos mil setecientos millones de coronas actuales. Para poder entregar el enorme volumen de pólvora y material explosivo, era necesario que un número considerable de productores europeos del llamado cártel de la pólvora tuvieran la suficiente capacidad de producción. Bobbo resolvió el asunto del transporte alquilando varios barcos daneses. Los falsos certificados de usuario final los consiguió de Kenia, entre otros lugares. Bobbo comenzó a crear canales con distintos países, incluida Alemania del Este, Yugoslavia y Pakistán. El objetivo era no levantar sospechas.

A estas alturas, Mats Lundberg, el jefe de Ventas de la empresa sueca Bofors, había oído hablar de los negocios a gran escala de Schmitz y se había puesto en contacto con él para que el fabricante sueco también pudiera hacerse con su parte del pastel.

El 2 de enero de 1985, Bobbo conoció a Mats Lundberg y le ofreció a Bofors y a su filial Nobelkrut todo el paquete de material bélico que había firmado la semana anterior. Los pedidos eran, entre otras cosas, de cinco mil toneladas de pólvora de artillería, más de mil toneladas de explosivos, cuatrocientas mil carcasas para granadas y un millón de cargas de mortero. El resultado de la reunión fue el establecimiento de una estrecha cooperación con la que corrían el riesgo de sufrir varios años de cárcel cada uno.

El 8 de febrero de 1985, Bofors le solicitó a Carl Fredrik Algernon, el jefe del KMI (Inspección de Material Bélico), los permisos de exportación a Pakistán

para parte de los pedidos.

En marzo, Bobbo recibió la ayuda de Erik Penser, el principal accionista del consorcio Bofors, para contactar con el banco Arbuthnot Latham, que aceptó intermediar en los pagos de Irán a la cuenta de empresa de Bofors y luego a todos los productores.

En marzo, abril y mayo, la aduana sueca efectuó registros en Bofors y su filial Nobelkrut.

A mediados de mayo, el jefe de Ventas, Mats Lundberg, y el vicedirector de Nobelkrut, Hans Sievertsson, se encontraron y anularon órdenes confirmadas que habrían exigido un tráfico ilegal por un valor equivalente a trescientos setenta millones de coronas actuales.

El 5 de junio, el diario *Dagens Nyheter* destapó que Bofors era sospechosa de haberle vendido pólvora a Irán de forma ilegal.

El 13 de junio, el ministro de Asuntos Exteriores sueco, Mats Hellström, detuvo el transporte ilegal de material bélico de Pakistán a Irán. Bobbo se vio abocado a una situación precaria. De golpe, se había quedado sin su principal proveedor de material bélico; encima, tuvo problemas para entregar toda una serie de productos civiles para un total de doscientos cuatro contratos que tenía con Irán, principalmente previstos para levantar una fábrica de munición en Esfahan. Bobbo comprendió que solo era cuestión de tiempo que la aduana llamara a su puerta, por lo que se vio obligado a reorganizar el tráfico y buscar nuevos proveedores.

El 25 de julio, un avión aterrizó en Mehrabad, en las afueras de Teherán. Veintidós toneladas de la pólvora de Bobbo se descargaron del avión que había alquilado como solución de emergencia, para cumplir sus contratos y, momentáneamente, cubrir la urgente necesidad de explosivos que padecía Irán. El avión era un Boeing 707. Bobbo se lo había alquilado a Santa Lucia Airways, que indirectamente era propiedad del servicio secreto de Estados Unidos, la CIA. Un mes más tarde, Bobbo alquiló otro Boeing 707 de la misma compañía para realizar otras entregas a Irán. Tres meses más tarde, el teniente coronel Oliver North comenzó a emplear la misma compañía de vuelos y el mismo tipo de avión para entregar robots HAWK y misiles Tow a Irán. También se utilizó Santa Lucia Airways y sus Boeing 707 para entregar armas a la guerrilla de UNITA de Angola, respaldada por Estados Unidos y Sudáfrica.

A finales de agosto de 1985, se hizo el primero de varios registros en Scandinavian Commodities, una empresa de Bobbo con sede en Malmoe. Los

negocios se fueron destapando uno tras otro durante el otoño. A pesar de que Bobbo parecía estar colaborando con las autoridades suecas, logró seguir adelante con las entregas hasta mediados de 1987, aunque mediante productores y compañías propias fuera de Suecia. Según él, la aduana sueca actuó como «un elefante en una cacharrería» y dinamitó una red internacional de empresas de contrabando del sector de los explosivos que llevaba mucho tiempo funcionando como un reloj.

Durante el otoño de 1985, los medios suecos y extranjeros hablaron de aquellos llamativos negocios, pero el interés fue menguando en relación con el asesinato de Olof Palme, aquel 28 de febrero de 1986. Paralelamente, Schmitz continuó con sus entregas de pólvora a Irán con ayuda de varios productores. Ni las autoridades suecas ni los medios de comunicación estuvieron al tanto.

En junio de 1986, *Dagens Nyheter* publicó una serie de artículos que mostraban que los negocios de Schmitz implicaban a la mayoría de los países de la Europa occidental, parte de la oriental e Israel.

El 19 de noviembre de 1986, la Policía de Aduanas declaró a Bobbo sospechoso de delitos contra la prohibición de mediación (tan solo un par de meses antes de que el jefe de KMI, Carl-Fredrik Algernon, falleciera bajo circunstancias misteriosas delante de un tren en el metro de Estocolmo).

En mayo de 1987, el Gobierno de Suecia, por mediación de la ministra Anita Gradin, interpretó que Bobbo no había incumplido la prohibición de mediación, sino la ley sobre «comercio con productos explosivos». Solía aplicarse en relación con la venta de dinamita y petardos de comerciantes de hierro a personas privadas. Eso era responsabilidad de la policía. De esa manera, el Gobierno sueco escurrió el bulto. Poco después, el fiscal se sintió obligado a retirar las sospechas contra Karl-Erik, Bobbo, Schmitz. No se tomaron más medidas.

En el informe de la Comisión de Revisión, hay casi cuarenta páginas que hablan de la pista sudafricana. Los días que siguieron al asesinato entraron varias pistas que señalaban en esa dirección. Una de ellas provenía del periodista y representante de la Asociación de Protección Civil Sueca, Karl-Gunnar Bäck. El lunes o el martes después del magnicidio, un ciudadano británico al que conocía desde hacía varios años lo llamó. El hombre llegó a Estocolmo al día siguiente: le contó que el Departamento de Exteriores del servicio de inteligencia británico, el MI6, había recibido información que sugería que había que buscar al asesino entre los contactos sudafricanos y que existía una conexión con el comercio de

armas de ese país. También estaría implicado un agente de policía o una fuente policial del servicio secreto sueco. Más concretamente, la información apuntaba a que el asunto Bofors y sus provisiones habían desempeñado un papel destacado en el asesinato. Una empresa de aprovisionamiento, A&I Services, había recibido dinero. Además, el dueño de la compañía había vivido en Sudáfrica y Rodesia. El jefe se llamaba, supuestamente, Robertson o Donaldson. Vivía entre Londres y Johannesburgo.

Después de que Bäck recibiera la información, su secretario de Información se la había entregado a la policía secreta en Uppsala, pues conocía a una persona que trabajaba allí. De esa manera, la policía secreta estuvo al corriente de esta delicada información enseguida: la semana posterior al asesinato del primer ministro. Sin embargo, la pista llegó al caso Palme. El equipo encargado de esa investigación no supo de ella hasta 1994, a través del periodista Lars Borgnäs.

Bajo la dirección de Hans Ölvebro, el equipo del caso Palme investigó de dónde provenía esa pista: preguntó al personal de la Säpo y a la policía de Uppsala. Nadie había oído hablar de ella. Se concluyó que nunca se les comunicó nada en relación con ello. Finalmente, no se tomó ninguna medida para comprobar hasta qué punto aquella pista podía ser válida.

La cita de la carta de Stieg de veinte días después del asesinato hablaba de una campaña iniciada (en la que Palme habría participado) contra comerciantes de armas que hacían negocios con el régimen del *apartheid*. Con ayuda de *Apartheid Guns and Money* (el libro que me había recomendado Craig Williamson) y de *Los contrabandistas de armas* (que me había recomendado Eva Gabrielsson) fue fácil encontrar un buen puñado de nombres que habrían tenido enormes intereses económicos en detener una campaña como aquella. Sin embargo, la policía sueca llevaba más de treinta años evitando de forma efectiva llegar al fondo de la cuestión.

La única vez que se había visitado Sudáfrica fue en 1996, diez años después del atentado. Hans Ölvebro y Jan Danielsson hicieron un viaje en el que combinaron trabajo y placer. Creían que esa visita era bastante inútil, pues estaban convencidos de que ya sabían quién era el culpable: aquel alcohólico de Christer Pettersson. Básicamente, la policía sueca no había mostrado demasiado interés en cómo el asesinato de su presidente habría beneficiado al régimen del *apartheid*. La historia se repetía una y otra vez: «sin medidas». Pero yo, por mi cuenta y riesgo, siempre podía echar un vistazo, ¿no?

CUI BONO?

Estocolmo, abril de 2016

Los artículos publicados en el *Svenska Dagbladet* en 1987 y que estaban en el archivo de Stieg los habían redactado Mari Sandström y su compañero. Contenían sobre todo datos de una fuente anónima. Un hombre que había trabajado como *sanction-buster* en Sudáfrica. Me había reunido con Mari varias veces. Había una frase del informante a la que volvíamos a menudo: «El asesinato de Griffiths Mxenge solo era el primer peldaño de la escalera».

Mi idea era que, si detrás del asesinato de Olof Palme había un móvil que tenía que ver con el comercio de armas, podría haber móviles similares detrás de otros asesinatos cometidos en la misma época. Aparte de los tres asesinatos que se describían en el artículo de Evelyn Groenink. Si era cierto, debía de haber alguien en Sudáfrica a quien le beneficiara que cierta gente desapareciera de la faz de la Tierra. *Cui bono?* ¿Quién se beneficia?

Elaboré una lista de casos de asesinato y sucesos destacados en los que Sudáfrica y sus compañeros de negocios tenían algo que ganar si una persona moría o si se atentaba contra ella. Muchos de los que incluí se sabía que los había cometido el servicio de inteligencia sudafricano (por ejemplo, las muertes de Griffiths Mxenge, Ruth First y Jeanette Schoon); otros habían sido investigados, pero las autoridades sudafricanas los consideraban accidentes (por ejemplo, las muertes de Samora Machel, Franz Esser y Peter Casselton); había algunos que no estaban directamente vinculados a Sudáfrica (el asesinato de Olof Palme era uno de ellos), pero que les beneficiaban. Por último, había casos de muerte que no estaban directamente relacionados con Sudáfrica y que la policía tomó por accidentes, como era el caso del periodista Cats Falck y del inspector de material bélico Carl Fredrik Algernon.

De los sucesos de mi lista, pude identificar tres móviles distintos que a veces

se fusionaban. Los primeros atentados, entre los años 1981-1984, parecían perseguir, en primera instancia, eliminar opositores al *apartheid*. Durante los años siguientes, el comercio de armas y otros negocios fuera de la ley eran un móvil relevante; el último móvil que surgió fue evitar que empezara a circular información sobre los negocios turbios y los crímenes vinculados a ellos.

Muchos de los atentados acerca de los que leí eran difíciles de llevar a cabo; requerían como mínimo un mes de preparación, aunque mejor dos o tres. Algunos tuvieron lugar en Sudáfrica; otros, en los países vecinos; algunos, en Europa. Un pequeño grupo de posibles autores aparecía de forma reiterada en relación con los acontecimientos. Saltaba a la vista que eran relativamente pocas las personas del servicio militar y del servicio secreto sudafricanos que tenían capacidad de ejecutar ese tipo de acciones. En el artículo de Evelyn Groenink que Craig Williamson me había enviado, constataba que «para llevar a cabo ese tipo de asesinatos se necesita una clase de habilidad y de experiencia que un convencional agente de policía sudafricano no tiene».

La cronología era interesante. Las fechas de los sucesos estaban distanciadas con bastante regularidad: en general, medio año entre uno y otro, suficiente para que un pequeño grupo de agentes tuviera tiempo de informar, tomarse un merecido descanso y luego planificar la siguiente operación.

La lista salió larga. La encabezaban las muertes con las que, según la fuente de la periodista Mari Sandström, había empezado todo.

19 de noviembre de 1981, Durban, Sudáfrica	Griffiths Mxenge Abogada de derechos humanos	Fue apuñalada cuarenta y cinco veces y golpeada con un martillo. Tiempo después, la Comisión para la Verdad amnistió a tres miembros sudafricanos de una patrulla de la muerte.
14 de marzo de 1982, Londres, Inglaterra	Bomba oficinas CNA	Atentado con bomba organizado por Craig Williamson, que fue amnistiado por el crimen por la Comisión para la Verdad, igual que otros. Entre otros, participaron Vic McPherson, Eugene de Kock y Peter Casselton.
17 de agosto de 1982, Maputo, Mozambique	Ruth First es asesinada con una carta bomba	Carta bomba enviada por orden de Craig Williamson, al que más tarde se le amnistió por el atentado.

28 de junio de 1984, Lubango, Angola	Jeanette Schoon y su hija Katryn	Carta bomba enviada por orden de Craig Williamson, quien más tarde fue amnistiado por el atentado.
Noviembre de 1984, Estocolmo, Suecia	Cats Falck Periodista sueco	Fallecido junto con una amiga después de que su coche cayera al agua en Estocolmo. Se supone que estaba trabajando en una primicia sobre comercio de armas a través de Alemania Oriental. Oficialmente, fue un accidente.
1 de agosto de 1985, Durban, Sudáfrica	Victoria Mxenge Activista por los derechos humanos	Asesinada a tiros delante de sus hijos por orden del servicio secreto sudafricano. Había liderado batallas a favor de los derechos humanos y había continuado la actividad en el bufete de abogados de su difunto marido.
29 de noviembre de 1985, Londres, Inglaterra	Gérard Hoarau Líder de la oposición en las Seychelles	Asesinado con metralleta en Londres. Estaba a punto de hacer públicas unas acusaciones de tráfico de armas contra el socio de Craig Williamson, Mario Ricci, quien hacía negocios con Sudáfrica e Irán, entre otros países. Sin resolver.
28 de febrero de 1986, Estocolmo, Suecia	Olof Palme Primer ministro de Suecia	Asesinado de un disparo en plena calle en Estocolmo. Según los datos de Stieg, estaba a punto de iniciar una campaña contra el comercio de armas con Sudáfrica. Sin resolver.
8 de septiembre de 1986, Estocolmo, Suecia	Bomba en Estocolmo Oficinas del CNA	Atentado con bomba. Se sospechaba del servicio secreto sudafricano, pero el caso se cerró. Sin resolver.
19 de octubre de 1986, Mbuzini, Sudáfrica	Samora Machel Presidente de Mozambique	Fallecido en un accidente de avión. Se sospechaba que el servicio secreto sudafricano había saboteado la nave, pero no se llegó a ninguna conclusión. Oficialmente, un accidente.
15 de enero de 1987, Ginebra, Suiza	Olav Dørum Embajador noruego y	Mortalmente atropellado por un representante ebrio de la SWAPO, la organización de liberación namibia. Amenazado de muerte

26 de marzo de 1988, París, Francia	activista Dulcie September Representante del CNA	poco antes. Oficialmente, un accidente. Asesinada a tiros delante de las oficinas del CNA en París. Estaba a punto de informar a la directiva del CNA sobre compraventa de armas. Sin resolver.
21 de diciembre de 1988, Lockerbie, Escocia	Bernt Carlsson Secretario general en funciones de la ONU y comisionado en Namibia	Falleció cuando el avión Pan Am 103 en el que viajaba estalló en pleno vuelo. Había iniciado una lucha contra el saqueo de recursos naturales en Namibia. No se investigó si Carlsson era un objetivo en concreto.
1 de mayo de 1989, Johannesburgo	David Webster Activista <i>antiapartheid</i>	Asesinado a tiros delante de su casa por el servicio secreto sudafricano.
12 de septiembre de 1989, Windhoek, Namibia	Anton Lubowski Activista <i>antiapartheid</i>	Asesinado con arma de fuego después de hacer negocios con comerciantes de armas franceses que trabajaban con Sudáfrica. Sin resolver.
9 de enero de 1990, Sudáfrica	Chris Hani Secretario general del Partido Comunista Sudafricano	Según el artículo de Evelyn Groenink, Hani suponía un obstáculo para una gran compraventa de armas. Asesinado delante de su casa por el extremista de derechas Janusz Walusz.
Enero de 1997, afueras de Pretoria, Sudáfrica	Peter Casselton Agente del servicio secreto sudafricano	Aplastado por un camión que reparaba. Iba a testificar en la Comisión para la Verdad y había señalado a Craig Williamson y a Bertil Wedin como implicados en el asesinato de Olof Palme. Oficialmente, un accidente.

Cuando repasé la lista que había elaborado yo mismo, pude ver un patrón y algunas excepciones. Sin duda, la fecha del primer asesinato, el de Griffiths Mxenge, resultaba interesante. «El primer peldaño de la escalera», tal como había dicho la fuente de Mari Sandström. La infiltración de Craig Williamson en la organización sueca IUEF en Ginebra había terminado en enero de 1980; el

asesinato de Griffiths Mxenge se cometió apenas dos años más tarde.

Al principio, los atentados se cometieron con regularidad; el parón de 1983 fue una excepción. O bien estaban haciendo una pausa, o bien se me habían escapado una o varias operaciones. A partir de agosto de 1984, los atentados volvían a aparecer de manera regular, hasta el accidente de tráfico de Franz Esser en enero de 1990. Luego pasó mucho tiempo entre las muertes de Chris Hani y de Peter Casselton.

También vi otra excepción. El atentado con bomba en las oficinas del CNA en Estocolmo se produjo tan solo seis semanas antes de que el avión de Samora Machel se estrellara. Posiblemente, un atentado con bomba en Estocolmo pudo haber corrido a cuenta del servicio secreto civil (igual que el atentado de Londres de unos años antes), mientras que una operación con logística más compleja y con un jefe de Estado como víctima debía de haber sido cosa del servicio secreto militar.

Craig Williamson había repetido en distintas entrevistas que cuando el muro de Berlín cayó, en 1989, y la Guerra Fría terminó, los poderes occidentales ya no necesitaban el régimen del *apartheid* en Sudáfrica. En efecto, después de que Nelson Mandela fuera puesto en libertad y el primer ministro F. W. de Klerk levantara el estado de excepción el 7 de junio de 1990, el número de operaciones caía drásticamente.

Tanto Franz Esser como Peter Casselton habían amenazado con explicar operaciones antiguas, lo que era motivo suficiente para deshacerse de ellos (lo que Vic McPherson había contado valía, en general, para los agentes). Sin embargo, oficialmente, sus muertes seguían considerándose accidentes.

Mi lista era un resumen que reflejaba que la Sudáfrica blanca había sacado un provecho considerable del fallecimiento de una serie de personas, independientemente de si eran asesinatos, accidentes o muertes sin resolver. La lista reforzaba la posibilidad de que Sudáfrica estuviese envuelta en el asesinato de Olof Palme, pero aún quedaba muy lejos de ser algo útil en un juicio.

Si pretendía conseguir alguna prueba en concreto, tenía que poner toda mi energía en aquellas partes de la historia donde había encontrado datos nuevos y concretos: Alf Enerström y Jakob Thedelin.

INTERROGADO

Estocolmo, diciembre de 2016

Era diciembre en Suecia, la temperatura superaba por poco los cero grados y el aire húmedo penetraba en el anorak y calaba hasta los huesos. Aún peor era la oscuridad. El sol debía salir a las nueve y ponerse a las tres, pero en realidad no se notaba ninguna diferencia. Estaba oscuro todo el rato.

Al menos me sobraba tiempo para sentarme en Nybergs, tomarme mis cinco tazas de café y comerme un panecillo relleno de huevo duro o caviar o paté con pepino en conserva. Ya habían empezado a vender bollitos de azafrán. Pedía uno cada día, como un oso antes de hibernar.

Habían pasado un par de meses desde que por fin decidí escribir a la policía y pedirles material. Me habían denegado casi todo lo que les había solicitado, pero en un par de puntos habían terminado por ceder. Y ahora tenía el sobre en mi mano. El material no era tan extenso como había deseado (tan solo una pequeña fracción de lo que había comprobado que contenía aquella gruesa carpeta que vi en la jefatura), pero los interrogatorios y la foto de vigilancia de Jakob indicaban el gran interés que había despertado. Y había empezado apenas unos pocos meses después del asesinato.

La foto de vigilancia estaba tomada con un teleobjetivo: se veía a Jakob cruzar un paso de peatones con un macuto en la mano izquierda. Al fondo, dos coches típicos de la época, un Saab 95 azul marino y un Volvo 245 azul celeste metalizado. Llevaba pantalones negros, zapatos bajos robustos y una chaqueta gris por la cintura. Las gafas eran un modelo grande de montura metálica y cristales levemente oscurecidos, quizá fotocromáticos que se oscurecían según la luz. La peluca de pelo rizado que Jakob llevaba en la cabeza parecía de mala calidad. Además, estaba tan mal colocada que casi parecía que llevara puesto un gorro.

1:1 000057 - RIKSPOLISSTYRELSEN
S kerhetsavdelningen
STOCKHOLM
Sekreteriatet
Pint T Forsberg

1986-11-21

Bilaga 1

Ex 2(2)

Imagen eliminada a petición
del equipo de investigación
del caso Palme.

Imagen de vigilancia que la Säpo tomó de Jakob Thedelin en noviembre de 1986. (Foto: Departamento de Seguridad, Policía Nacional.)

Eché un vistazo rápido a los testigos del escenario del crimen; más o menos la mitad decían que el hombre era calvo; la otra mitad, que llevaba tocado. Además, algunos habían cambiado de idea en el siguiente interrogatorio.

Encima de la foto ponía: «Adjunto 1, Estocolmo 21-11-86, Säpo, Secretariado, Com Tore Forsberg».

En 1986, Tore Forsberg era el máximo responsable de contraespionaje, por lo que el asunto había sido gestionado por un jefe considerablemente destacado de la Säpo (la Policía Secreta, recuerdo). Eso implicaba que debía de haber tenido prioridad. Era el mismo Tore Forsberg que yo pensaba que podría ser el personaje de Evert Gullberg de la tercera novela de Stieg. En un principio, la foto había sido un adjunto de otro documento, pero no había ninguna pista de qué podría ser el documento principal.

El primer interrogatorio con Jakob tuvo lugar el jueves 4 de junio de 1987, entre las 8.45 y 11.30. Habían ido a buscarlo a su casa a primera hora, sin previo aviso. En el interrogatorio, estaban el comisario Tore Forsberg de la Säpo, el interrogador Alf Andersson y el inspector criminal Stig Kjelson, ambos de la Policía Nacional. Habían llevado a Jakob para interrogarlo quince meses después del magnicidio y después de haber sido objeto de las investigaciones de la Säpo durante más de seis meses. La transcripción del interrogatorio ocupaba cincuenta y cuatro páginas. Estaba redactado palabra por palabra a partir de una grabación de audio.

Interrogador: *¿Dónde estuviste las horas antes del asesinato?*

Jakob: *Estaba durmiendo.*

I: *Estamos hablando de un viernes por la noche. El 28, era. ¿Estabas en tu casa en Täby?*

J: *No, me despertó un inquilino.*

I: *¿En casa de?*

J: *Seppo H., y allí pues... luego, por la mañana...*

I: *¿Qué hiciste por la tarde?*

J: *A ver..., te acuerdas por la mañana cuando entran y te despiertan y te dicen que...*

I: *¿Entró para despertarte?*

J: *Sí, me despertó y me dijo que habían disparado a Olof Palme. Luego, qué había hecho la tarde anterior. Casi que debería tener mi agenda delante para saberlo con exactitud. Y si me tocó trabajar por la tarde o si libré, más o menos esas son las dos alternativas que puedes tener, ¿sabes?*

I: *¿Qué sueles hacer por las tardes? ¿Estás cansado, quizá? ¿Estuviste en casa durmiendo aquella noche?*

J: *Pues sí, podría ser. La verdad es que no me atrevo a contestar del todo.*

I: *¿No quedaste con Alf, aquellos días?*

J: *Después quedé con él. Lo llamé, obviamente.*

I: *¿En aquel momento?*

J: *Sí, después.*

I: *¿Te refieres a esta mañana en la que Seppo H. te dice que le han disparado a Palme? ¿Qué hiciste entonces?*

J: *Pues salí a la calle. Llamé desde una cabina. Llamé a Alf Enerström y le pregunté si podía ir a verle.*

I: *¿Esa misma mañana?*

J: *Sí, supongo que comí algo y me fui.*

I: *Entonces, ¿él estaba en casa?*

J: *Sí, estaba en casa. Cuánto rato no sé. Pero estaba en casa cuando yo lo llamé y también cuando llegué.*

I: *¿A qué hora fue eso?*

J: *Puede que fuera unos días más tarde, no lo sé.*

I: *¿Te pasó por la cabeza en aquel instante: «Ahora tengo que llamar a Alf Enerström»?*

J: *Bueno, a ver..., pero es que claro, era..., es que..., yo lo sabía porque me lo había dicho hacía tiempo. Y entonces pensé: «Dios mío, y ahora... ¿qué va a pasar con las soluciones políticas?».*

I: *Bueno, al menos hablaste con Enerström al día siguiente.*

J: *Sí, algo por el estilo.*

I: *¿Y quiénes eran los que estaban en su casa?*

J: *¿Las personas que podrían...?*

I: *Sí, los que estaban en su casa cuando llegaste.*

J: *No había nadie, solo Gio y yo y Alf y los niños. Estaban durmiendo o desayunando o algo.*

I: *Entonces, ¿no te viste con él antes del asesinato?*

J: *Sí...*

I: *¿Unos días antes del asesinato? ¿Aquella semana?*

J: *El problema es que a menudo se me dan mal las fechas y estas cosas, y puede que quedara con él. A veces, pues, llamas, es imposible decirlo después de tanto tiempo.*

Jakob tenía claras dificultades para recordar tanto lo que había hecho la noche del asesinato como al día siguiente. Rectificó varias veces cuando el interrogador Alf Andersson formulaba preguntas en cadena.

Luego entraron en el terreno de las opiniones de Jakob sobre Palme, las de Enerström y con quiénes se veían. A pesar de que el interrogatorio fuera de hacía treinta años, las opiniones eran las mismas que leían reiteradamente en los *e-mails* a Bertil Wedin y en la conversación por Facebook con Lída. Olof Palme era un espía soviético que le estaba vendiendo el país a la Unión Soviética. Entre la gente que Jakob dijo que Enerström y él mismo habrían visto, había representantes del EAP y del Ejército, que también habrían identificado las traiciones de Olof Palme. La organización de Enerström, llamada Oposición a los Socialdemócratas, habría contado con cincuenta mil socios. Por eso Palme se habría encargado de que a Enerström se le robara el dinero de su cuenta y de que le quitaran a su hijo Ulf. Reconocía el relato por mis encuentros con Enerström. No paraban de salir nombres y organizaciones de las investigaciones de Stieg.

Al cabo de un rato, Alf Andersson había vuelto a las preguntas sobre dónde estaba Jakob a la hora del asesinato.

I: *Sí, pero has dicho que fuiste a ver el lugar del crimen.*

J: *Después del asesinato.*

I: *¿El mismo día?*

J: *Bueno. Creo que unos días más tarde, no me atrevo a decirlo... O si a veces pasaba por allí. Mirar lo que ponía en los papelitos y la gente escribe. Es una pena que la gente no vea lo que yo he visto.*

I: *¿Y Alf Enerström? Cuando lo viste, ¿qué dijo? ¿Dónde estaba él cuando tuvo lugar el asesinato?*

J: *No me acuerdo, supongo que en su casa, en Sölje.*

I: *Antes has dicho que quedaste con él.*

J: *Quedé con él unos días después o algo así.*

I: *Has dicho la dirección. Calle Norr Mälarstrand.*

J: *Creo que estaba en Estocolmo, o a lo mejor había bajado, o venía de Estocolmo... Venía de Estocolmo, de Sölje... Hace demasiado tiempo para que me acuerde de los detalles. Pero yo no creo que él lo hiciera.*

Alf Andersson no había hecho preguntas encadenadas sobre por qué Jakob no pensaba que Enerström hubiese matado a Palme. Tampoco le había preguntado por qué a Jakob le parecía que un año era mucho tiempo para acordarse de lo que había hecho cuando asesinaron a Palme, si era uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Suecia.

I: *Entonces, ¿no conociste a Palme?*

J: *No. Lo vi a cincuenta metros de distancia, más o menos.*

I: *¿Sabes dónde vivía y tal?*

J: *¿Qué?*

I: *¿Sabes dónde quedaba su casa?*

J: *¿En aquella época?*

I: *Que vivía en el casco antiguo, en Gamla Stan, ¿eso lo sabías?*

J: *Después del asesinato, lo supe. Antes, es posible que oyera alguna vez que tenía un piso en Gamla Stan, pero que estaba en la calle Västerlånggatan no lo recordaba. Es posible...*

I: *¿Qué tal la comunicación con tu casero? Quiero decir, hay una persona que puede contar si estabas en casa aquella noche. ¿Es así?*

J: *No sé si pude haber salido la noche antes, pero nuestros caminos se separaron. A veces salíamos juntos. A veces no.*

I: *¿Cómo ibas vestido el invierno pasado?*

J: *Llevaba un anorak claro o algo por el estilo. A veces, uno oscuro... Trenca, se ve que se llama.*

I: *¿Llevabas gorro?*

J: *No. Capucha, o a veces sin nada y pantalones oscuros.*

Por otro lado, la peluca parecía abrigar como un gorro de lana, pensé. Las respuestas titubeantes de Jakob deberían de haber despertado aún más el interés de la policía. Y así fue: hubo un segundo interrogatorio.

El 21 de agosto, dos meses y medio y un largo verano después del primer interrogatorio, Jakob volvió a la comisaría. En esta ocasión, no enviaron un coche patrulla a recogerlo. Tore Forsberg había empezado a interrogarlo en la Säpo; luego continuaron con el Grupo Palme de la Nacional, donde Alf Enerström tomó el relevo de Forsberg. La transcripción estaba redactada a modo de resumen, apenas dos páginas.

A Jakob le preguntaron qué pensaba sobre que Alf Enerström dijera que Suecia, con Palme, estaba entrando en el comunismo soviético. Jakob se mostraba de acuerdo con Enerström. Pero no tenía respuesta para la pregunta de por qué, en ese caso, habría asesinado la Unión Soviética a Palme.

En el primer interrogatorio, Jakob no había querido nombrar a los militares que decía haber conocido. En el segundo, mencionó por primera vez que se había relacionado con el comandante Hans von Hofsten en la época del asunto del submarino ruso en las aguas de Hårsfjärden, en 1982. Von Hofsten era parte de la investigación de Stieg y había capitaneado el llamado «motín de los oficiales de marina» en otoño de 1985. Jakob se había visto con él tanto en la vivienda de este como en su casa de campo y en la calle. Según Jakob, Von Hofsten sugería que Palme había mentido sobre el incidente del submarino. Al parecer, un submarino ruso se había escapado. Jakob decía que Von Hofsten se había alterado mucho con la actuación de Palme.

No hubo ninguna pregunta de por qué Jakob había querido verse con Von Hofsten, pero los agentes que investigaban el caso también debían de tener en cuenta lo abundantes y densas que eran las conexiones entre los que odiaban a Palme. Bajo el nombre falso de «Rickard», Jakob se había citado con una larga lista de personas a las que Stieg Larsson les tenía el ojo puesto. Y los había visto tanto antes como después del asesinato.

En comparación con la carpeta rebosante sobre Jakob Thedelin que había visto en manos de Karin Johansson en la Jefatura de Policía de Kungsholmen, el material que me habían cedido era muy parco. No me habían dado los otros documentos que Karin había mencionado, ni el informe de ciento cincuenta páginas que la Säpo había escrito tras la vigilancia e interrogatorios a personas del círculo de Jakob. Y para llenar una carpeta llena tenía que haber, forzosamente, muchos más papeles interesantes. Pero lo que me habían enviado bastaba para comprender que había varios puntos oscuros en torno a Jakob: había titubeado, había rectificado y aseguraba haber olvidado cosas que debería recordar un año después del asesinato. No se acordaba de lo que había hecho la

noche antes del asesinato, si había trabajado, si había quedado con Alf Enerström a la mañana siguiente, si sabía o no dónde vivía Palme, o si había visitado el escenario del crimen al día siguiente. Obviamente, podía estar nervioso, podía no haber querido responder... O lo más plausible: puede que tuviera algo que ocultar.

Pensé que la mejor solución era preguntarle a Alf Enerström cuándo lo había llamado Jakob Thedelin después del asesinato. De paso, podría aprovechar para hacerle algunas preguntas difíciles que me habían surgido después de que Gio hubiese retirado la coartada y hubiese dicho que Alf era dueño de un revólver Smith & Wesson.

EL QUE HABÍA SALVADO A SUECIA

Estocolmo, diciembre de 2016

Alf Enerström y su amigo Bo fueron puntuales. Los invité a pasar al despacho donde íbamos a celebrar la reunión.

Esta vez Alf no parecía tan cascado y saltaba a la vista que alguien se ocupaba de que tuviera ropa limpia, probablemente alguien de la residencia para ancianos con inestabilidad psíquica en la que se había instalado. En la cabeza llevaba un pequeño sombrero que le tapaba las heridas que le vi la última vez: parecía un hípster de la tercera edad. Pero todavía llevaba puestas cinco capas de camisas Dressmann. Por lo visto, eso nadie lo había podido cambiar. Bo se sentó a su lado y prestó atención a toda la conversación, que empezó con el mismo desenfado que la primera vez que nos vimos. No obstante, al cabo de un rato yo ya quería entrar en materia.

—Gio dice que la noche del asesinato saliste de casa, después de las noticias de las nueve —dije.

—¿Eso te ha dicho? —replicó Alf—. Pero si estuvimos juntos toda la noche.

—Y también dice que tienes un revólver de la marca Smith & Wesson.

Alf se quedó pensativo.

—No me acuerdo. Tenía un montón de armas.

Alf comenzó a contar una historia sobre que en la avenida Sveavägen había visto a dos policías a los que conocía. Según él, eso fue a última hora de la tarde el día del asesinato. Luego había comprendido que habían sido ellos los que habían matado a Palme.

—¿Puedes describir a los policías? —pregunté.

—Sí, puedo. Pero no lo haré.

Alf soltó una risita y se puso una mordaza simbólica con las dos manos

tapándose la boca.

—¿Por qué no?

—Bueno, pues simplemente porque, si lo hago, condenarán a los policías por culpa de mi testimonio.

—Pero ¿no es justo que sean condenados por el asesinato? Al fin y al cabo, han cometido uno de los peores crímenes que hay —dije.

—Hay cosas que uno debe hacer... y que no tienen nada que ver con la ley. Porque el legislador no ha pensado en ello... ¿Entiendes lo que te quiero decir? El individuo que está en el centro de todo esto... no seguía las leyes. Si eso hace que el país se colapse...

—O sea, que te parece que hicieron bien en matar a Palme.

—No es que hicieran bien en matar a Palme —dijo Alf—. Él debería haber hecho lo que le dije y haber dimitido el día antes... Pero quiero decir, una vez hecho... Luego está lo de encerrarlos el resto de su vida, aunque hubieran salvado a Suecia.

—Y tú eso no lo querías —dije.

—Pienso que, si has salvado a Suecia, deberías llevarte todo el mérito que te has ganado. ¿No deberíamos verlo como algo positivo? Salvar a diez millones. ¿O tú qué piensas? Diez millones de personas, trabajadores normales que se parten el lomo. Porque si Olof Palme hubiese podido continuar, Suecia se habría convertido en Grecia. En su día, fue el mejor país de todos, donde comenzó la democracia. Pero ahora es el peor país de todos. Y Suecia habría sido aún peor.

Alf había ido riéndose por lo bajini mientras hablaba, pero entonces se puso serio.

—Pasa en todas partes del mundo. ¿Por qué mataron a Kennedy? Piensa en ello. El mejor que hemos tenido nunca mundialmente, y va y lo matan. Y la muerte... se usa mal... y lo llaman magnicidio. Y el magnicidio es algo con lo que no hay que andarse. ¿Quién fue el que estableció eso? ¿Quién fue el que acuñó el término? ¿Tú lo conoces, a él o a ella? No, pero la vida es así...

Alf guardó silencio. Lo dejé tranquilo unos segundos. Había negado la versión de Gio sobre lo que Alf había hecho aquella noche. Además, Gio me había hablado de aquel revólver que había tenido durante veinte años, pero él decía que no le sonaba. Fuera como fuese, la verdad es que Gio había sido bastante más convincente en su declaración.

—¿De qué conoces a Bertil Wedin?

—No sé quién es —dijo Alf.

Miré desconcertado a Bo, pero él también me indicó con la cabeza que no sabía quién era Wedin.

—¿Y Jakob Thedelin? —pregunté.

—¿Quién es?

—Tu ayudante o adepto. Estuvo viviendo algunas temporadas en tu casa.

—No lo recuerdo —respondió Alf.

Bo parecía igual de perdido con el nombre de Jakob. Me quedé atónito y se lo volví a preguntar: fue en vano. Por las conversaciones de e-mail entre Jakob y Bertil Wedin, sabía que tanto Alf como Bo conocían tanto al uno como al otro. Pero lo negaban en redondo. Le formulé las preguntas que aún me quedaba por hacer, antes de que, poco después, abandonaran el despacho.

Un par de días más tarde, Alf y Bo querían volver a quedar para tomar un café. Parecía que se les había despejado la memoria y ya sabían quiénes eran Wedin y Thedelin. Pero Bertil Wedin solo era alguien con quien habían hablado por teléfono en un par de ocasiones. Por su parte, Jakob Thedelin era un conocido de Gio, no de Alf. No me cabía duda de que me estaba mintiendo. Primero Alf y Bo no habían querido reconocer sus vínculos con Bertil Wedin ni Jakob Thedelin. Ahora intentaban minimizar su importancia.

Cada vez que intentaba explorar una nueva parte de la teoría de Stieg, me topaba con un callejón sin salida. Sin embargo, al mismo tiempo, descubría algo nuevo que hacía que mereciera la pena intentarlo de nuevo. Había conocido a Bertil Wedin, a Craig Williamson y a Alf Enerström. Anders Larsson (de la extrema derecha) y Carl-Gustaf Östling (agente de policía) estaban muertos. Quedaba Jakob Thedelin. La única forma de descubrir más sobre lo que Jakob había hecho aquella noche, acerca de si estaba involucrado en el asesinato, sería hacerle directamente todas las preguntas difíciles. Sin embargo, aunque hubiese aceptado conceder una entrevista, era poco probable que hubiese contado nada.

El hackeo y el cebo por Facebook me habían sido muy útiles... Pero para conseguir que Jakob hablara haría falta más. Eso no se podía conseguir sin tomar una serie de decisiones difíciles. Había que afrontar un buen número de complicaciones logísticas y éticas.

LA DECISIÓN

Estocolmo, marzo de 2017

La idea era simple. La decisión y la ejecución, no tanto. Las preguntas de Lída a Jakob por Facebook y el hackeo de las cuentas de correo se habían podido hacer sin sufrir consecuencias. Le había pedido ayuda a Lída y ella misma había deducido lo que había que hacer y cómo. Por lo visto, alguien de su círculo de amistades le había echado una mano con algún tipo de pirateo de los *e-mails*. Tanto la conversación por Facebook como por correo electrónico me habían llegado sin que yo tuviera que preguntarme si aquello estaba bien.

Habían pasado varios años desde entonces: había descubierto una serie de cosas que reforzaban la teoría de Stieg, así como mi aportación de que Jakob Thedelin estaba implicado en el caso Palme. Sin embargo, a pesar de haberles entregado un memorando bien elaborado y de haber publicado un artículo en el *Svenska Dagbladet*, la policía no había tomado nuevas medidas contra él.

Resultaba desesperante. Sentía que solo me quedaban dos opciones.

La primera opción era terminar mi investigación sin publicarla, ni como reportaje ni como libro. Podía tirar la toalla, simplemente, lo cual me parecía una solución bastante atractiva.

La segunda era recurrir al único método periodístico que Stieg Larsson había utilizado y que yo aún no había probado: infiltrarme. Los nombres podían variar, pero significaban lo mismo. Un reportero queda, de forma encubierta, con una o varias personas para obtener pruebas que no se pueden conseguir de ninguna otra manera. El objetivo es confirmar una información que ya se tiene. Para emplear un método tan drástico, el proyecto debe ser de gran interés para el público en general.

Jakob Thedelin y su posible implicación en el caso Palme cumplían con aquella premisa. Un problema mayor era que, al mismo tiempo que tenía

opiniones de extrema derecha y era sospechoso de haber desempeñado un papel en el asesinato de Palme, era una persona expuesta en varios sentidos, prejubilado y con una red de amistades más bien exigua. Había que sopesarlo y pensar en si una operación encubierta podía funcionar.

Me pasé dos meses pensando en pros y contras. Además, en algún momento, me llamó Nicholas Schmidle y me dijo que había tenido una reunión con su redactor en el *New Yorker*. La primera mitad de su artículo le parecía muy buena. El problema era la segunda parte, donde todo debía quedar ligado. Pero no lo hacía, así de simple. Si no surgía algo más concreto, sería difícil siquiera publicarlo. Escuché y asimilé todo lo que me dijo, pero preferí no contarle nada sobre mis dudas.

Al final tomé una decisión.

Tirar lo toalla no era ninguna alternativa, desde luego.

Llamé a Lída Komárková, a Praga, y le expliqué la idea que había tenido.

JAKOB Y LÍDA

Landvetter, julio de 2017

Lída salió de la terminal. Antes de llegar a mi lado, le dio tiempo de encenderse un cigarro.

—Solo necesito tomar un poco de aire fresco —dijo en inglés mientras nos dirigimos al coche, que estaba aparcado en la zona de corta estancia—. O sea, que esto es Gotemburgo. Más o menos igual que cualquier otro aeropuerto lluvioso.

Se sentó en el asiento del acompañante y esperó a que yo metiera su equipaje en el maletero. Pude reconocer sus raíces centroeuropeas en lo obvio que le había parecido que fuera yo quien iba a encargarse de la maleta. En fin, por lo menos había apagado el cigarrillo antes de subirse al coche.

—Jakob se ha mudado de Borås a Hedestad, una ciudad de provincias aislada y rodeada por dos montes, campos de cultivo y bosque —dije cuando me hube sentado al volante—. Tardaremos algo más de una hora en llegar.

—Gotemburgo, Borås, Hedestad. *Same, same but different* —dijo Lída antes de dormirse con la cara apoyada en el cinturón de seguridad.

Después de salir de la nacional 40, los caminos por el bosque eran sinuosos. Lída protestó levemente en sueños cuando las curvas se volvieron demasiado pronunciadas.

Habían pasado tres años desde que Lída había interrogado a Jakob por Facebook y me había enviado los correos que se habían intercambiado él y Bertil Wedin. Después de eso, perdimos el contacto. Lída se había buscado un nuevo proyecto interesante en Praga. Por mi parte, estaba convencido de que ya habíamos terminado: la policía iba a reaccionar ante mi memorando sobre Jakob. Pero, obviamente, no fue así. El *timing* lo es todo. Cuando concluí que quería llevar a cabo la infiltración, sabía que necesitaría la ayuda de Lída. Coincidió

que le escribí cuando ella acababa de volver de Estados Unidos y estaba saliendo de una relación. Aceptó venir a Suecia para conocer a Jakob. No parecía demasiado preocupada por los riesgos que pudiera conllevar.

—¿Por qué aceptaste mi propuesta cuando te la hice? —pregunté.

—Siempre digo que sí cuando algo me parece interesante —respondió ella—. Siempre me he sentido a gusto con quien sea y en cualquier parte del mundo. Sin embargo, nunca consigo crear nada que funcione a la larga —continuó—. Siento este proyecto como algo que estaba esperando. Si consigo sacar la verdad, podría ser algo que mucha gente lleva tres décadas queriendo saber.

Lída había explicado de manera sencilla lo que yo me había estado preguntando. Por qué había decidido venir a Suecia y conocer a Jakob Thedelin, a pesar del peligro que podía suponer. Sin embargo, pocas veces la verdad es algo sencillo. Aún me preguntaba por qué no quería decirme su nombre real y cómo es que conocía a gente que sabía hackear cuentas de correo electrónico. Quizá nunca obtendría la respuesta. Pero confiaba en ella. Juntos íbamos a hacer algo que se parecía a lo que Stieg Larsson y Gerry Gable habían hecho allá por los años noventa.

Llegamos a Hedestad a medianoche. Había reservado dos habitaciones en el mismo hotel que la última vez (el Hedestad). Además, me había asegurado de que pudiéramos alargar la estancia cuanto fuera necesario.

Antes de que Lída se fuera a su habitación, me entregó una bolsa de plástico con equipo que había comprado a partir de una lista que yo le había enviado. Los preparativos estaban hechos siguiendo un manual dividido en tecnología, logística y escenarios de riesgo. Distribuí las cosas sobre el escritorio de laminado blanco que había junto a la ventana de mi habitación. Fuera, una farola solitaria iluminaba el aparcamiento y un puñado de coches. Por seguridad, corrí la cortina burdeos para que nadie pudiera verme desde fuera. En la bolsa, que llevaba un logo de Spyshop CZ, había varias cajitas de cartón que empecé a abrir. Por menos de diez mil coronas, había conseguido cachivaches a los que Stieg les habría encontrado infinidad de utilidades. Otro que se habría puesto como unas pascuas era el viejo amigo de Palme y Holmér, Ebbe Carlsson, no solo por la tecnología, sino también porque la importación y el equipo en sí eran perfectamente legales más de veinte años después del escándalo que llevaba el nombre de Ebbe Carlsson.

Empecé por la izquierda. Allí había un bolígrafo con micrófono que se activaba cuando tirabas de la pinza hacia arriba. Si lo llevabas colgado en un bolsillo, bastaba con apretarlo un poco hacia abajo para que el micrófono se

activara. El siguiente bolígrafo combinaba grabación de vídeo y de audio; se ponía en marcha pulsando la parte superior. Una llave de coche falsa grababa en 4k con audio de alta calidad. Las gafas habían sido lo más difícil de elegir, según Lída. Los modelos con montura nunca eran los más modernos; en algunos, se habría podido vislumbrar la lente de la cámara. Sin embargo, las gafas que había terminado comprando eran perfectamente aceptables, modelo unisex y con la lente invisible (aunque con una batería limitada a veinte minutos de grabación). A pesar de contar con tres cámaras, ya me había dado cuenta de que, si la reunión se alargaba, estábamos obligados a completarlo con un *smartphone* que pudiera grabar varias horas y, eventualmente, un par de cámaras GoPro que me había traído de Estocolmo.

La última parte del equipo no tenía ninguna función de grabación, pero no por ello era menos importante. En una caja un poco más grande que una de cerillas, había un rastreador GPS. Era de plástico verde oscuro; solo tenía dos botones y un diodo. Abrí la base y le puse la tarjeta SIM que traía consigo y dos pilas de tipo AA. A base de llamar al aparato diez veces seguidas, lo programé para que reaccionara justo con mi teléfono. Luego le envié un mensaje. Al cabo de unos segundos, me llegó una respuesta. El mensaje contenía coordenadas de GPS y un enlace. Cuando lo abrí, me apareció un mapa sobre un área de un kilómetro cuadrado alrededor del hotel y con un geotiquetado de la zona en la que se ubicaba aquel pequeño instrumento. Uno de los botones era de encendido/apagado. El otro estaba marcado con las siglas SOS; cuando lo pulsé, recibí un nuevo mensaje al teléfono con coordenadas y con un mapa. Era una caja insignificante y con pocas funciones, pero podría resultar importante. Por no decir vital.

Repasé todos los puntos de cómo se usaban los distintos aparatos. Tardé un buen rato, pues solo había uno o dos botones con los que se controlaban todas las funciones, incluida la activación, el apagado, la grabación y el traspaso de archivos. Cuando terminé, me habían dado las tres de la madrugada. Me tumbé en la cama e intenté conciliar el sueño.

El tren de mi amigo Staffan llegó de Gotemburgo pasadas las diez de la mañana. Era un hombre tranquilo como una balsa de aceite. Acababa de cumplir los cincuenta, llevaba una vida tranquila en Copenhague y estaba a la espera de que surgiera algún trabajo interesante. Cuando lo llamé para preguntarle si querría venir a Hedestad y darnos apoyo cuando Lída quedara con Jakob, respondió inmediatamente que sí.

Staffan y yo teníamos que estar preparados por si ocurría algo inesperado. Con un poco de suerte, podríamos resolver una situación incómoda o amenazante simplemente presentándonos enseguida en el sitio. Si Lída pulsaba el botón de SOS del rastreador GPS, sabríamos en el acto cuándo y dónde hacerlo.

Staffan se instaló en mi habitación. Lanzó una gran bolsa de viaje al suelo y se dejó caer en la cama sin quitarse los zapatos. Poco después, entró Lída y estuvimos repasando las instrucciones y el equipo. Empezamos a entender que el kit de espionaje era muy barato por una razón: lo que se grababa era de calidad más o menos alta, pero el manejo, la duración de las baterías y la fiabilidad resultaban pésimos. Lída hizo un curso exprés de cómo se usaba cada aparato; en la mayoría de los casos, le salió bien. Sin embargo, cuando la presión aumentara, no teníamos ni idea de cómo iría.

Lída y yo habíamos elegido un viernes adrede. El sabbat empezaría al ponerse el sol, por lo que las probabilidades de que Jakob se quedara en casa aumentarían. De pronto, caí en un problema que debería haber previsto mucho antes.

—Pero en Suecia no oscurece nunca, a principios de julio. ¿Qué pasa entonces con el sabbat?

—*Cool, Jan* —dijo Lída, que parecía calmarse justo cuando la presión aumentaba—. Lo he mirado. El sabbat empieza a las 21.45, aunque el sol no se ponga.

Lída aprovechó para acceder a su cuenta de Facebook y miró el estado de Jakob. Uno de los preparativos había sido que Lída usara su perfil de Facebook para comprobar cuándo Jakob estaba conectado, pero sin ponerse en contacto con él. Igual que durante las conversaciones que habían mantenido un par de años antes, Jakob se ceñía a los horarios de la biblioteca. Eso indicaba que seguía usando los ordenadores de allí.

—Está conectado. ¿Puede Staffan bajar a mirar si está sentado en la biblioteca?

Nuestro plan era que Lída se presentara por sorpresa. Eso minimizaría las posibilidades de Jakob de decirle que no. Una chica guapa en su puerta era mucho más difícil de rechazar que un periodista que llamaba por teléfono o enviaba *e-mails*.

Estaba conectado y teníamos la oportunidad de comprobar de antemano si Jakob estaba en Hedestad: de pronto, nos entró prisa por salir. Staffan fue quien

se encargó de cerciorarse de que Jakob estuviera en la biblioteca; a mí podría reconocermelo del *Svenska Dagbladet*. Por otro lado, no queríamos esperar a que Lída entrara en acción.

De camino a la biblioteca, saqué las pocas fotos que tenía de Jakob en el teléfono y traté de describírselo a Staffan. Lída y yo nos sentamos en un banco junto a un pequeño estanque con una fuente. A la izquierda estaba el ayuntamiento; por detrás del estanque, había vistas despejadas a la entrada de la biblioteca. Los dos edificios eran de dos plantas, con fachadas de ladrillo y detalles recargados de los años sesenta que dejaban claro que habían sido levantados en la época dorada de Hedestad. Staffan tardó pocos minutos en volver a salir: con disimulo, nos mostró el pulgar a la altura de la cintura.

Nos levantamos y fuimos tras él. Le dejamos veinte metros de distancia. Al doblar una esquina, nos enseñó dos fotos borrosas de un hombre sentado delante de un ordenador. Fue suficiente: era Jakob. Estaba en Hedestad.

Seguimos caminando por el carril bici hasta la calle Sankt Olofsgatan, donde encontramos el restaurante Alfred. Lída y yo pedimos el plato del día: lomo de cerdo con salsa de nata y patata cocida. Staffan pidió una pizza Sydney con extra de todo, lo cual incluía patatas fritas y salsa de kebab. Media hora más tarde, estábamos a punto de reventar. No pudimos acabarnos aquel café tan fuerte que nos sirvieron y volvimos al hotel para esperar en las habitaciones hasta que la biblioteca cerrara sus puertas, a las 17.00.

Tanto a Staffan como a mí se nos dispararon los niveles de adrenalina. Lída, que era la que se expondría más, estaba más tranquila. Tuvimos que llamar con fuerza a su puerta para que se despertara. Nos abrió adormecida y comenzó a prepararse. Yo había revisado el equipo una vez más y había cargado todas las baterías.

El *smartphone* lo había metido en el bolsillo canguro del peto que le había pedido que se comprara. Se mantenía fijo en el sitio gracias a unas tiras de velcro, de manera que pudiera filmar por un agujerito que habíamos recortado. Después de varios intentos, el agujero era lo bastante grande como para que la cámara grabara toda la imagen; no obstante, si te fijabas bien, podías llegar a ver la lente. Era demasiado tarde para ponerle remedio y tuvimos que correr el riesgo. Lída se puso las gafas y ensayó cómo poner en marcha la cámara que llevaban integrada.

Decidimos coger el Volvo hasta el bloque en el que vivía Jakob, a pesar de

que solo eran quinientos metros. Pero antes de ir a buscar el coche, al llegar a recepción, Lída giró a la izquierda y se fue al bar. Se metió un vodka doble entre pecho y espalda, y con un gesto de cabeza nos dijo que ya estaba preparada.

Rodamos lentamente por delante del edificio amarillo de dos plantas, bastante convencidos de que mi Volvo parecía lo bastante cotidiano como para no levantar sospechas. No había nada en las ventanas que revelara si Jakob estaba en casa. Las persianas estaban bajadas; la puerta del balcón, cerrada. Lentamente, doblamos la esquina y detuve el coche. Lída se bajó: ahora estaba sola.

Staffan y yo dimos una vuelta en silencio por Hedestad sin ninguna finalidad en concreto. Al cabo de un cuarto de hora, nos atrevimos a volver a pasar por delante de la casa. Yo tenía la mirada clavada en la carretera; Staffan podía mirar hacia mí en un gesto natural, pero al mismo tiempo observar lo que pasaba fuera del vehículo.

—Está sentada con un hombre delante de la casa, están tomando cerveza —dijo Staffan—. Podría ser Jakob, pero no me lo parece.

Quería dar media vuelta y volver a pasar para mirar yo mismo, pero comprendí que sería demasiado arriesgado, pues el tráfico en la ciudad era prácticamente inexistente, y Lída y el hombre que podría ser Jakob estaban de cara a la calzada. En contra de nuestros deseos, volvimos al hotel. Había que esperar.

Cuando Lída llegó al portal, estaba cerrado con llave. Tiró de la puerta, pero no cambió nada. Miró por el cristal con la mano pegada al vidrio para ver mejor. De pronto, notó una mano en el hombro.

—¿Qué buscas?

El idioma sueco la pilló un poco por sorpresa y rápidamente miró hacia atrás. El hombre era notablemente más bajo. No llegaba al metro ochenta de Jakob. Apenas era más alto que ella. Al responderle en inglés, el asombro cambió de interlocutor.

—*I'm looking for Jakob, is he here?*

El hombre titubeó y dio un paso atrás antes de responder en inglés chapucero y con mucho acento.

—*No, I don't think so.* Ha salido hace un rato y no sé cuándo volverá.

—Vaya, ¿podrías dejarme entrar para que llame a su puerta?

—Pero no está...

Lída se metió en cuanto el hombre hubo girado la llave en la cerradura y subió corriendo por las escaleras. En la puerta se veía el apellido de Jakob. Lída llamó varias veces al timbre. El hombre la había seguido y estaba de pie media escalera más abajo.

—Ya te he dicho que no estaba en casa. ¿Conoces a Jakob?

Lída se maldijo a sí misma por no haber ido directamente después de que cerrara la biblioteca. ¿Y si Jakob se había ido todo el fin de semana? Consideró que lo único que podía hacer era quedarse esperando por allí cerca, por lo que ese hombre podía ser una buena manera de hacerlo.

—Me llamo Lída. Soy amiga de Jakob. He venido desde Praga para verlo. ¿Tú quién eres?

—Soy Håkan, el vecino de Jakob del siguiente piso. A lo mejor no tarda en llegar.

—Sí, a lo mejor —dijo Lída con un tono bastante más suave que al principio—. ¿Puedo esperar aquí?

Hizo ademán de sentarse en la escalera, pero Håkan negó con la cabeza.

—Ven a tomarte una cerveza conmigo. Fuera hace bueno y no me importaría tener un poco de compañía.

—Vale —dijo Lída con la mayor de sus sonrisas.

Håkan era un hombre inofensivo que en pleno julio se sentaba solo a tomar cerveza en la parcela de césped de delante de su piso en la apacible Hedestad. Eso Lída no sabía si interpretarlo como un comportamiento sueco normal y corriente, pero sí supo verlo como la oportunidad perfecta para esperar a Jakob. Håkan sacó una segunda silla blanca de plástico y subió a toda prisa para coger otra cerveza fría.

—*So, do you like Hedestad?* —dijo Håkan en cuanto le hubo llenado el vaso a Lída.

—Sí, mucho. ¿A ti?

—Sí, Hedestad me encanta.

La conversación fluyó con bastante lentitud. En un par de ocasiones, Lída pilló a Håkan mirándola fijamente mientras tomaba cerveza. Por la cara que ponía, parecía que hubiera ganado la lotería.

—Allí vive mi exmujer. Y allí vive mi madre. Y allí vive mi hija.

Håkan señaló tres casas diferentes con el dedo. El mundo podía ser bastante pequeño si vivías en Hedestad. El tiempo pasaba. Lída no quería esperar más de un día en aquella ciudad peculiar y desolada.

—Ahí viene.

La voz de Håkan era neutra, pero en el cuerpo de Lída ahora sí que se disparó la adrenalina. Giró la cabeza y lo vio. Parecía más alto que su metro ochenta, quizá porque era delgado. Las gafas eran más oscuras que en las fotos que había visto, pero no parecían gafas de sol. Probablemente, eran de esas que reaccionan con la luz.

—*Hello, Jakob! How are you?*

Jakob se quedó de piedra unos segundos que se hicieron eternos. Ella volvió a intentarlo.

—¡Hola, Jakob! Soy Lída, de Praga. En Facebook tengo otra foto, así que a lo mejor no me reconoces.

Era el momento crítico para convencer a Jakob de que era la mujer con la que había llegado a intimar a base de hablar por Facebook. Jakob siguió desubicado unos segundos más.

—¡Ah, Lída! Pero hará como tres años —dijo al final en un buen inglés.

Lída eligió no darle ningún abrazo, sino ofrecerle la pequeña bolsa de papel con regalos hasta que él se vio obligado a cogerla. Se lo veía confuso, pero también contento.

—Es una taza Kiddush de porcelana. Y una botella de vino *kosher* —dijo Lída.

Jakob miró dentro de la bolsa: saltaba a la vista que le gustaron los regalos. Le costaría escabullirse.

—¡Muchas gracias! Pero ¿qué haces en Suecia? —dijo al final.

—Problemas con mi novio. He cogido unos días para mí. Me compré un billete de avión, solo por probar. ¿Tienes tiempo para hablar un rato?

—Sí, tengo tiempo. El sabbat no empieza hasta dentro de unas horas.

—A lo mejor podríamos tomarnos una cerveza o un vino en algún sitio —propuso Lída—. Håkan me ha recomendado un sitio que se llama O’Learys.

Jakob comenzó a relajarse. Al parecer, la idea le gustaba.

—Deja que suba a dejar la bolsa y a cambiarme de chaqueta.

Abrió el portal, pero sin hacer ningún ademán de dejarla entrar, lo cual ya estaba bien: Lída no tenía intención alguna de subir al piso hasta tener claro si era seguro. Aprovechó para enviar un mensaje a los chicos en el hotel Hedestad: «*Ahoj Mami, mám kontakt, vše ok. Jdeme do O’Learys na pivo. Pac a pusu Lída*». «Hola, mamá, he dado con él, todo bien. Nos vamos a O’Learys a tomar una cerveza. Besos y abrazos Lída.»

Justo cuando le dio al botón de enviar, el portal se abrió y allí estaba Jakob. En lugar de las bermudas que llevaba puestas antes, se había cambiado por un pantalón largo de color negro que parecía parte de un traje de corte antiguo. Caminaron hacia el restaurante.

Sonó un pitido y me desperté de mi duermevela. Staffan estaba durmiendo de verdad, pero con una sacudida mía se despertó de golpe. Le enseñé el mensaje.

—¡Claro que vamos! —dijo él cuando vio mi cara de vacilación.

—Claro —dije yo, no tan convencido.

—Coge mi gorra y bájatela hasta las orejas para que no pueda reconocerte.

Del hotel a O’Learys solo había cinco minutos caminando. En Hedestad, todo quedaba cerca. Cuando entramos, una chica joven nos dio la bienvenida con un fuerte acento de Västgötaland y nos ofreció una mesa cerca de la barra, pero por el rabillo del ojo tanto Staffan como yo habíamos visto que Jakob y Lída estaban en la otra zona del local, detrás de un cristal esmerilado. Había una mesa libre al otro lado del cristal. Staffan y yo la pedimos al mismo tiempo. La chica nos miró con cierta sorpresa, pero se encogió de hombros y nos llevó hasta allí.

Literalmente, ahora estábamos sentados a un brazo de distancia de Jakob y Lída. Podíamos oír sus voces, pero no distinguir lo que decían, por culpa de la música y el bullicio. Estaba claro que la situación no era peligrosa y que no se habían percatado de nuestra presencia. Al cabo de un rato, le indiqué a Staffan que dejáramos a Jakob y a Lída tranquilos. De todos modos, en breve tendríamos acceso a las grabaciones de Lída: no merecía la pena correr el riesgo de que Jakob nos descubriera.

Estuvimos esperando más de una hora. Mandé un mensaje al rastreador varias veces para comprobar que seguían en O’Learys. Luego me llegó un mensaje de Lída: «Vamos a su casa».

Se me aceleró el pulso y le enseñé de inmediato el mensaje a Staffan. Las maneras tajantes y concisas de Lída no dejaban lugar a la réplica y tampoco valía la pena intentar detenerla.

Staffan y yo nos pusimos los zapatos, bajamos casi corriendo a la casa de Jakob y alcanzamos a vislumbrar a Jakob y a Lída justo en el momento en que entraban en el portal. Volvimos al hotel para seguir esperando. De pronto, caí en la cuenta.

—¿Y si Jakob le pide a Lída que se quede a dormir? ¿Y si ella le dice que sí?

Staffan asimiló la idea y puso los ojos como platos.

—Pero eso no puede hacerlo, ¿no?

—No hemos acordado nada, excepto que íbamos a ir con cuidado hasta cerciorarnos de que todo era seguro...

—Y era seguro, así que ahora ella se ha ido a su casa —completó Staffan.

—El mero hecho de que Lída esté aquí y haya quedado con Jakob es porque le gusta el riesgo y ahora considera que tiene vía libre. Nada la va a detener —dije.

Staffan y yo nos miramos. Ninguno de los dos sabíamos cómo gestionar una situación en la que había alguien encerrado en un piso. Envié un mensaje al rastreador GPS. No obtuve respuesta.

JAKOB: PRIMER DÍA

Hedestad, julio de 2017

Cuando abrió la puerta del piso, fue como entrar en otro mundo. La economía de Jakob era precaria, pero lo poco que tenía lo había invertido en el piso. Aunque fuera de una sola habitación, se veía que había elegido el mobiliario y la decoración con esmero. El pequeño recibidor tenía un empapelado dorado con plantas trepadoras de color rosa, una cómoda y un pequeño óleo con marco de madera oscura. A la izquierda quedaba la cocina, sencilla y con armarios blancos, y en el dormitorio, Lída pudo vislumbrar un empapelado verde por la ranura de la puerta, que estaba ajustada. Fueron a la sala de estar, que tenía un aire de salón antiguo. Allí el empapelado era de color burdeos con motivos de medallones, había una vitrina de estilo neobarroco llena de cristalería y cerámica, un conjunto de sofá con detalles de ebanistería, una mesa de comedor con tapete de encaje y una menorá de siete brazos dorada.

Lída observó el cambio en Jakob en cuanto se acomodaron en el sofá. Ahora estaba en su casa. Ahí, se sentía seguro. Se relajó y comenzó a hablar más abiertamente. Descorcharon la botella que Lída le había regalado; ella le hizo beber. Cuando le hubo servido la segunda copa, él ya estaba un poco achispado y tenía la lengua más suelta. No obstante, Lída también pudo percibir una dureza que no había notado en el restaurante. Recordó lo fácil que le había sido llevarlo por donde había querido en las charlas por Facebook y pensó que quizá podría retomarlo donde lo habían dejado, tres años antes, y al final conseguir que se lo contara todo. Pero eso le llevaría tiempo y seguro que no le saldría gratis.

—Cuéntame de dónde has sacado todas estas cosas bonitas —dijo Lída.

—Dos de los cuadros y algunos muebles los heredé. Pero la mayor parte de las cosas las he tenido que comprar.

—¿Heredado? ¿Tus padres están muertos?

—Sí. Mi madre murió ya en 1994, entonces no heredé casi nada. Después, cuando murió mi padre, el año pasado, esperaba poderme quedar con algunas cosas que había pedido. Pero me dio menos de lo que había esperado. No sé dónde terminó su dinero, pero algo me tocó, todo hay que decirlo. Así pude pedir la hipoteca de este piso.

—¿Tus padres eran buenos contigo de pequeño?

—No lo tengo muy claro —respondió Jakob—. Era hijo único y recuerdo que a veces me dejaban solo y yo me asustaba. En ocasiones, mi abuela cuidaba de mí. Fue ella quien me instruyó en las prácticas del judaísmo, a pesar de no ser judía. Pero yo no se lo podía contar a mi madre. Luego, cuando mi abuela se fue a vivir con nosotros, me dijo que no podíamos continuar. Pero fue así como al final me di cuenta de que quería convertirme.

Jakob contó cómo su pequeña familia se había ido mudando de un sitio a otro en Suecia debido al trabajo de su padre, que era pastor pentecostal. Los padres habían tenido una relación distante con Jakob y él había tenido dificultades para tener amigos. Cuando finalmente encontraba a alguien, tenía que mudarse de nuevo.

—Mi infancia en el campo en Chequia fue feliz hasta que mi padre lo perdió todo durante la privatización —dijo Lída—. Entonces mi vida se volvió un infierno.

Lída vio que Jakob percibía la fuerza de sus palabras.

—Mi padre sufría y nosotras sentíamos lástima por él —continuó ella—. Pero él no hizo nada para salir de allí. Al final, destruyó tanto su propia vida como la nuestra. Ahí está mi mayor secreto.

—Entiendo que sintierais vergüenza ante los demás, si tu padre estaba tan resignado —dijo Jakob.

—No, el secreto no es ese —respondió Lída—. La muerte de mi padre fue culpa mía. A lo mejor te lo explico cuando nos hayamos conocido un poco mejor.

—Me encantaría —dijo Jakob.

—Pero entonces quiero saber también tus secretos —le soltó Lída.

Miró a Jakob desafiante a los ojos hasta que él apartó la mirada. Lída le acababa de dejar claro que estaba obligado a contárselo todo.

—Cuando mi padre murió, por fin conseguí amigas —dijo Lída—. Ya podían venir a mi casa y yo podía reír con ellas. La vida volvió a ser mejor.

—Los amigos son importantes —apuntó Jakob, pensativo—. Yo no tengo

demasiados, pero es por la vida que he elegido. Cuando era pequeño, quizá cinco o seis años, solía rezar para que no tuviera una vida normal. Mis deseos se cumplieron.

—¿Y cuándo se volvió anormal tu vida? —preguntó Lída.

—Tenía algo más de veinte años cuando me fui a Estocolmo a buscar al doctor Enerström y a Gio Petré. Fue a comienzos de los ochenta. Había seguido su trabajo desde hacía algunos años y decidí ir a conocerlos.

—Una decisión importante. Pero ¿cómo los encontraste?

—Me fui a Estocolmo con las manos vacías. Una vez allí, busqué una cabina. En aquella época, todavía había un listín telefónico al lado del teléfono. Luego busqué por la E a Alf Enerström..., y allí estaba su dirección: calle Norr Mälärstrand 24. Caminé y al cabo de menos de media hora ya estaba allí.

—Qué valiente, presentarte así sin llamar —dijo Lída.

—El portal estaba cerrado con llave, algo con lo que nunca me había topado. Sin embargo, cuando ya no sabía qué hacer, alguien salió y me aguantó la puerta. En aquellos tiempos, los suecos eran gente cortés.

—O sea, que te colaste.

—Subí hasta la cuarta planta. Era un edificio pomposo, con techo alto y un viejo ascensor muy elegante, pero cogí las escaleras. En la puerta ponía Enerström Petré. Cuando llamé al timbre, me abrió Gio: era tan hermosa como me había imaginado.

—Pero ¿no tenías miedo, cuando los fuiste a buscar?

—Yo no, pero mi madre sí. Antes de irme se lo conté. Se asustó mucho.

—¿Y tú qué hiciste?

—La tranquilicé diciéndole que me iba a poner peluca y que me cambiaría el nombre. Me convertí en Rickard.

—Guau. ¿Como un espía?

—Se podría decir. En poco tiempo, empecé a echarle una mano a Alf con su trabajo político.

—Entonces... ya no necesitabas la peluca ni hacerte llamar Rickard, ¿no?

—Sí, la peluca la usé durante varios años cuando hacía falta.

—Suena muy emocionante.

—Sí, eran tiempos apasionantes. Mi gran referente era el doctor Enerström; hicimos grandes cosas juntos. Lamentablemente, los últimos años llevó las cosas demasiado lejos.

Lída propuso que comieran algo y Jakob se fue a la cocina. Procuraba beber despacio, pero el vino había afectado tanto a Jakob que le costaba seguir el hilo y casi daba la sensación de que fuera a quedarse dormido. En la cocina cortaron un poco de fruta. Jakob pareció recuperarse algo. Cuando volvieron al salón, Lída se sentó un poco más cerca de él en el sofá.

—Cuéntame qué pasó con el doctor —dijo Lída.

—Muchos años más tarde, cuando el sucesor de Palme se encargó de que encerraran al doctor Enerström en un hospital psiquiátrico, la primera vez, él debería haber comprendido que no podía ganarle la batalla al enemigo.

—¿Qué pasó? —dijo Lída.

—Cuando Alf salió del hospital, la primera vez, la cosa llegó tan lejos que la policía tuvo que desahuciarlo de su piso en Norr Mälarstrand. Era absurdo. Alf tenía un montón de dinero en una cuenta secreta en Luxemburgo, pero según la policía no había pagado el alquiler. Cuando entraron en el piso para cogerlo, él desarmó a una policía de un disparo en la pistola, aunque sin hacerle daño. Pero no importó. Lo detuvieron y volvieron a encerrarlo.

—Qué horror.

—Sí. Y yo me culpé a mí mismo. Debería haber sido yo.

—¿Qué quieres decir?

—Habría sido mejor que yo hubiese disparado a la policía. Así Alf podría haber continuado su lucha.

Jakob se quedó callado y pareció meditar sobre haberle fallado a Alf. Lída le preguntó por el doctor Enerström, pero al cabo de un rato Jakob estaba demasiado cansado para seguir el hilo de la conversación. Ella decidió reservar las preguntas para el día siguiente. Lída le dio un beso en la mejilla y fingió reprimir un bostezo. Con eso bastó para contagiar a Jakob, quien también comenzó a bostezar, momento que Lída aprovechó para retirar la mano de la suya.

—Me parece que va siendo hora de que vuelva al hotel, Jakob.

—Sí, lo entiendo. Te acompaño.

Jakob aceptó complaciente la decisión de Lída de marcharse. Eso la hizo sentirse más segura. Antes de levantarse, Jakob alzó su copa y exhortó a Lída a hacer lo mismo.

—¡Por la muerte del traidor Olof Palme!

Lída repitió las palabras de Jakob y brindaron.

Nos vimos en la habitación que compartíamos Staffan y yo, para hacer un resumen de la noche.

—El rastreador GPS ha dejado de funcionar —dije—. ¡No teníamos ni idea de dónde estabas!

—Sí, lo he apagado —dijo Lída.

Staffan había preparado un gin-tonic para cada uno. Lída se mojaba los labios tranquilamente con el suyo.

—¿Qué dices? —dije—. ¿Lo has apagado? Pero ¡entonces no tenemos ni idea de dónde estás!

—Ya, pero ha pitado, así que no he tenido más remedio. Además, no sé qué habríais hecho vosotros dos si me hubiese quedado atrapada en el piso.

Busqué una buena respuesta que darle, pero tanto Staffan como yo sabíamos que estaba en lo cierto; comprobé el resto del equipo que Lída había dejado en la mesa.

La cámara en las gafas había muerto a la hora, más o menos, pero parte del material era valioso, por ejemplo cuando Jakob había mirado a Lída directamente a los ojos y le había dicho: «Tenemos que ir con cuidado, puede haber cámaras en todas partes». La batería del teléfono que llevaba en el bolsillo del peto había aguantado toda la noche; sin embargo, el agujero era un poco pequeño, por lo que en el vídeo casi solo se veían flecos. El sonido había funcionado mejor de lo previsto. Teniendo en cuenta que disponíamos de tres grabaciones redundantes, podíamos oír prácticamente todas y cada una de las palabras de la conversación entre Jakob y Lída.

A pesar de haber investigado a Jakob durante varios años, era la primera vez que podía verlo y oírlo. Su voz era aguda y un poco forzada, pero más firme de lo que me había imaginado. Su inglés también era mucho mejor de lo esperado. Aunque los temas de los que hablaba pudieran parecer peculiares (sobre todo giraban, de una manera u otra, en torno a la Guerra Fría y la lucha contra Olof Palme), se expresaba correctamente.

Lída empezó a bostezar. La verdad es que se había ganado un buen descanso. A Staffan y a mí la situación nos había estresado, pero no dejaba de ser ella la que se había pasado varias horas sentada en el piso de Jakob Thedelin. Cuando Lída se levantó para ir a su habitación, me cogió del brazo.

—Mañana me lo contará.

JAKOB: SEGUNDO DÍA

Hedestad, julio de 2017

Lída hablaba sola mientras bajaba desde el hotel hasta el piso de Jakob. Era una manera de calentar la voz. Sabía que todo lo que decía estaba siendo grabado. Aquel día, el teléfono móvil grababa por un agujerito un poco mayor que la noche anterior; el bolígrafo que llevaba cogido al tirante también estaba grabando. El otro bolígrafo, en la parte exterior del bolso, grababa audio. Y las gafas grabarían lo que durara la batería. También habíamos acordado que el rastreador GPS estaría todo el rato activado, puesto que había encontrado la forma de silenciar aquel traicionero pitido.

Aquel día, Lída debía ir más al grano. Jakob había comprado pescado y habían quedado en cocinar juntos. Lída había visto que Jakob no estaba tan acostumbrado a beber. Así pues, llevó dos botellas de vino. Cuando ella sacó el tema, ya estaban en la cocina.

—¿De qué manera era Olof Palme un traidor a la patria? ¿Era un espía?

—Estaba vendiendo nuestro país a los rusos —dijo Jakob—. Estuvimos al borde de convertirnos en una dictadura.

—¿En serio? Traicionar a tu propio país. Pensaba que solo eran nuestros comunistas los que hacían eso. ¿Y tú conseguiste destaparlo?

—Más o menos. En 1984, conocí a un comandante de la marina sueca. Se llamaba Hans von Hofsten. Nos vimos varias veces. Me contó que Palme había tolerado que varios submarinos soviéticos consideraran que el archipiélago de Estocolmo era suyo. Además, poco más de un mes después del asesinato, Palme tenía que ir a Moscú. Allí iban a montárselo para que Suecia se convirtiera en una nueva república soviética.

—Entonces... Palme murió en el último momento, ¿no? —dijo Lída.

—Murió demasiado tarde. Me gustaría haberlo matado a los trece años, cuando planeé dispararle con las pistolas de pedernal de un amigo de mi padre.

—Guau. Habría estado genial. Un héroe de trece años —dijo Lída—. Pero ¿al final quién lo hizo?

—Palme estaba a punto de ser delatado. Fueron los del KGB quienes le quitaron la vida a su propio espía, para que no se fuera de la lengua. Y para dar ejemplo.

Lída se reclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—¿De verdad correrían un riesgo así? ¿Matar a tu propio espía, un primer ministro?

—Sí, fue así —respondió Jakob—. Mi amigo Bertil Wedin tiene pruebas de ello. Una persona que se llamaba Anders Larsson estaba al corriente del asesinato y dio el aviso con antelación. De Anders Larsson los hilos llevan directamente al KGB.

Lída constató que Jakob hablaba sin tapujos de las personas a las que había conocido en la época del asesinato y que incluso había mencionado a Bertil Wedin, lo cual era buena señal.

—¿Estás diciendo que el KGB asesinó a su propio espía y que otro espía del KGB dio el aviso de que el KGB pensaba hacerlo? ¿De verdad es eso lo que dice Bertil Wedin?

Jakob titubeó y pareció comprender que no sonaba razonable.

—Bueno, está claro que también podría haber sido de otra manera —dijo Jakob tras una breve pausa.

Lída supo que le había contado la versión de Bertil Wedin de cómo fue el asesinato de Palme. Eso significaba que, si Wedin y Jakob estaban implicados, Jakob estaría dispuesto a mentirle a ella, a pesar de haberle pedido que fuera sincero.

Juntos prepararon la comida: merluza empanada, patata cocida y ensalada. Cuando terminaron de cocinar, se sentaron a la mesa en el salón. Jakob ya la había puesto. La vajilla parecía inglesa, con motivos florales de color verde. Los cubiertos eran nuevos, de plata y de línea clásica. Los muebles no eran antigüedades de la realeza; sin embargo, cuando se sentaron, todo el piso transmitía la sensación de que estaban en algún lugar de Inglaterra. Desde luego, no Hedestad. Lída vio que Jakob se disponía a contarle algo.

—A mí también me interrogaron —dijo Jakob.

—¿Qué? ¿Por el asesinato de Palme?

—Fue más o menos un año después de su muerte. Me habían estado vigilando un par de meses. Vinieron a buscarme a primera hora de la mañana. A las siete llamaron a mi puerta: era la policía. Uno de ellos, Alf Andersson se llamaba, quería registrar mi piso y empezó a revolver cosas. Pero Tore Forsberg, de la Säpo, con quien más tarde empecé a trabajar, lo detuvo y le dijo que no merecía la pena.

—Hala...

—Luego me llevaron a comisaría y me interrogaron. Pero no les conté nada importante.

—¿Y eso fue todo? —dijo Lída—. ¿Luego te dejaron en paz?

—Me volvieron a interrogar un par de meses más tarde, pero entonces fui por mi propio pie.

En lugar de hacer comentarios, Lída dio un trago de vino y se puso seria.

—Yo me he visto profundamente traicionada —dijo.

—¿Por un hombre? —preguntó Jakob.

—Sí. Por el gran amor de mi vida. Me ha estado mintiendo durante años. A veces me ocultaba cosas. A veces me mentía directamente.

—Qué terrible —dijo Jakob—. Yo nunca lo haré.

—Entonces, ¿ahora me estás diciendo la verdad y siempre lo harás? ¿Lo juras?

—Sí, lo juro —dijo Jakob.

Titubeó un instante.

—Pero ¿qué haces si hay algo que le has prometido a otra persona que no contarás nunca?

Lída miró a Jakob al fondo de los ojos y él apartó la mirada. Decidió hacerlo sentir aún más a gusto con ella. Estuvieron hablando varias horas de otras cosas que no eran el caso Palme hasta que de nuevo cayó la tarde y Jakob la acompañó una vez más al hotel. Se despidieron con un abrazo.

—La próxima vez que venga a Suecia quiero que me lo cuentes todo. Que no me ocultes nada.

—Lo prometo. ¿Cuándo será? —dijo Jakob.

Lída le dio un beso fugaz en la boca y, sin responder, se metió en el vestíbulo del hotel. Aquel día, Jakob tampoco había contado nada, pero era la decisión correcta. Lída necesitaba más tiempo con él.

En la habitación de hotel se repitió el procedimiento del día anterior. Staffan y Lída se tomaban un gin-tonic bastante cargado y yo vaciaba las tarjetas de memoria y revisaba el equipo.

—Está ocultando algo y tiene que ver con el asesinato —dijo Lída—. Pero le ha jurado a alguien no contarle nunca. A Alf y a Bertil, me atrevo a apostar. Tendrá que haber un segundo viaje.

Me sentí decepcionado. Veinticuatro horas antes, Lída había estado convencida de que Jakob iba a contarle todo. La verdad es que yo no me habría atrevido nunca a hacer lo que Lída había hecho, pero aun así había esperado más. Tendría que haber un segundo viaje.

LA TUMBA

Estocolmo, agosto de 2017

Seguimos los consejos que habíamos encontrado para las operaciones encubiertas y las trampas de miel. Esperamos dos semanas antes de que Lída le mandara un mensaje. Cuando lo hizo, fue breve:

Hi Jakob.

I come Stockholm. Want to see you. First August is ok? 11 o'clock at railway station?

Love, Lída

Diez minutos más tarde, le había llegado una respuesta de Jakob en la que le confirmaba sitio y hora. Además, le decía lo que pensaba enseñarle de Estocolmo: el palacio de la Nobleza, la Armería Real, el palacio Real, el lugar del crimen. Y si se quedaba un día más, podrían ir juntos otra vez a Hedestad.

Lída y yo hicimos todos los preparativos necesarios. El rastreador GPS había dejado de funcionar, pero al moverse por Estocolmo, entre gente, consideramos que era más seguro que en casa de Jakob. Lída aprovecharía para mandar mensajes cuando fuera al lavabo, así yo podría acercarme y seguirlos un rato para valorar si todo era seguro. Pero, por lo general, Lída iba a estar a solas con Jakob.

Era un típico día de verano en Estocolmo. El termómetro alcanzaría la rayita de los veinte grados si al sol se le antojaba brillar un rato. En el cielo, los grandes cúmulos competían con los huecos azules.

Lída llegó al punto de reunión casi media hora tarde, para así no tener que esperar a Jakob. Él ya estaba allí, efectivamente, pero su indumentaria

sorprendió a Lída. No se le lanzó al cuello, como tenía previsto. Podía imaginarse las miradas que atraerían mientras paseaban por Estocolmo.

—Hola, Jakob —dijo—. Veo que hoy te has puesto un *kilt*.

—Es el tartán de la familia MacTires para ocasiones solemnes. Y hoy es una de ellas, puesto que iré al palacio de la Nobleza y a la Armería Real contigo. ¿Vamos?

Lída le dio un gran abrazo, intentando no pegarse demasiado a él, para que no pudiera notar el teléfono en el bolsillo de la pechera. Aparte del equipo que había llevado en Hedestad, ahora llevaba también una gorra holgada en la que habían montado una cámara GoPro que grababa por un lado a través de un orificio recortado. Lída, con su gorra, el peto y aquellas grandes gafas con cámara, y Jakob, con su falda escocesa, llamaban la atención en su paseo por la capital.

—Primero te llevaré al palacio de la Nobleza. Siempre voy cuando vengo a Estocolmo.

—Emocionante. ¿Queda lejos?

Subieron a un puente peatonal y para bicicletas. Jakob señaló la dirección que debían tomar.

—¿Ves el tejado de allí? Eso es el palacio de la Nobleza. Justo al lado de Gamla Stan, el casco antiguo.

—¿Gamla Stan? ¿No es allí donde vivía Olof Palme?

—Sí, así es —dijo Jakob.

—¿Sabes dónde?

Jakob se detuvo junto a la barandilla y empezó a toquetear algo.

—Si quieres que hablemos del asesinato de Palme, primero quiero sacar la batería del teléfono. Para que nadie pueda escuchar.

—¿Crees que hay alguien escuchando?

—No, no lo creo —dijo Jakob.

—Qué bien —dijo Lída, y esperó que hubiese quedado grabado.

—Alguien me indicó la casa en la que vivía Palme —dijo Jakob—. Así que sí, lo sé.

Y

La guía del palacio de la Nobleza respondía cortésmente a las preguntas de

Jakob, pero Lída observó que su expresión se iba tornando cada vez más molesta a medida que las preguntas se volvían más detalladas y que el tiempo pasaba. Después de casi dos horas, continuaron hasta el palacio Real y la Armería Real. Jakob le enseñó la máscara que el rey Gustavo III llevaba puesta cuando lo mataron de un disparo en el baile de disfraces, una serie de uniformes y, por último, las joyas de la Corona. Era innegable que Jakob tenía un gran interés por la realeza y los símbolos de la nobleza. Lída comenzó a sentir que ya iba siendo hora de que pasara algo.

—¿Podemos ir al escenario del crimen? —preguntó.

—Ya estamos yendo hacia allí —dijo Jakob—. Y al cementerio.

Mientras volvían caminando hacia el centro, Jakob señaló el número veinticuatro de la calle Norr Mälarstrand, en la otra orilla de la ensenada de Riddarfjärden.

—Allí es donde vivían el doctor Enerström y Gio.

Tardaron menos de media hora en llegar caminando hasta el lugar del crimen, en la avenida Sveavägen. La esquina en la que Palme había sido asesinado no se parecía del todo a las fotos que Lída había visto. En lugar de una tienda de material artístico, había un colmado y un restaurante moderno. En la esquina habían abierto una entrada, por lo que resultaba difícil no pisar la placa que había en la acera con el texto: «En este lugar, asesinaron al primer ministro de Suecia Olof Palme el 28 de febrero de 1986».

—¿Compramos aquí algo para cenar? —preguntó Lída.

Eran casi las siete de la tarde y no habían comido nada.

—Buena idea —dijo Jakob—. Podríamos sentarnos en la loma de Brunkebergsåsen, junto a la iglesia. No te olvides de pedir cubiertos.

Por lo visto, Jakob tenía claro que era ella la que tenía que pagar, a pesar de ser la invitada. Lída compró dos ensaladas y una bebida de color verdoso. Después de pagar, aprovechó para enviar un mensaje e informarme de que estaban en el lugar del crimen.

Cuando Lída salió de la tienda, Jakob estaba pisando desvergonzadamente la placa con un pie, como para mostrar que él estaba vivo mientras que Palme estaba muerto. Caminaron hacia las escaleras que subían a Brunkebergsåsen. Jakob le fue explicando cómo había tenido lugar el asesinato: sonaba como cualquiera de las descripciones que Lída había podido leer. Si Jakob había estado implicado, no lo daba a entender ni por asomo.

Subieron por sendos lados de la escalera y se reunieron en el primer

descansillo. Jakob le contó que el asesino había huido por este camino. Cuando llegaron al final de los ochenta y nueve escalones, Jakob giró a la izquierda por la calle Malmskillnadsgatan, en dirección a la iglesia de San Juan. Entraron en el cementerio. De pronto, Jakob cogió a Lída de la mano y se puso a correr hasta que doblaron la esquina de la iglesia. Allí había un banco, detrás de unos setos, fuera de la vista y sin iluminación. Eso les garantizaba estar a salvo y que nadie los molestara.

—Ya nos hemos quitado de encima a posibles perseguidores. Estoy hambriento —dijo Jakob.

Después de recibir el mensaje de Lída, me apresuré hasta la esquina del lugar del asesinato. Alcancé a ver de lejos a Jakob y a Lída subir las escaleras. Tras esperar cosa de un minuto, les seguí los pasos. Cuando llegué arriba, me faltaba el aire y miré a todos lados. Ni rastro de ellos. Estuve deambulando un rato por la zona, pero no tenía ni idea de dónde se habían metido.

Se comieron las ensaladas y se tomaron el batido, que sabía a hierba. Seguro que era más nutritivo que sabroso. Jakob fue contando cosas que eran *vox populi* acerca del asesinato. Después de cenar, estuvieron un rato paseando por las calles de la loma, bajaron las escaleras del otro lado hasta la calle Birger Jarlsgatan; luego volvieron a subir. Después empezaron a caminar en dirección al cementerio en el que estaba enterrado Olof Palme.

—Me gustaría tener una máquina del tiempo —dijo Jakob de pronto—. Así podría pegarle un tiro a Palme y tú podrías esperarme en un coche aquí arriba. Así sabría dónde meterme.

—¡Sería fantástico! —dijo Lída—. Yo me encargaría de ponerte a salvo. Pero cuéntame. ¿Tú qué hiciste el día del asesinato?

—Estaba en la avenida Sveavägen. Mi plan era ir al cine, pero la película que pasaban en el Grand no me interesaba.

—O sea, ¿que estuviste en el cine el día del asesinato?

Jakob miró a Lída de soslayo. ¿Había sido demasiado directa? Ahora él no estaba tan seguro de lo que había hecho.

—No sé. A lo mejor fue antes, la misma semana. Pero no quería ver la película que vieron los Palme. A la mañana siguiente, me despertó el casero y me contó que Palme estaba muerto.

—Pero ¿estuviste en la avenida Sveavägen aquel día?

—Puede. No sé.

Lída dejó de presionarlo. Jakob hablaba desconcertado y no parecía lograr poner orden a lo que decía. Cuando cruzaron la avenida y entraron en el cementerio de Adolf Fredrik, Jakob se tranquilizó. Se acercaron a una lápida de más de un metro de altura, tallada de forma irregular y con una placa de piedra delante. Jakob se plantó desafiante encima de la losa de la tumba de Olof Palme. Carraspeó.

—¿Le vas a escupir? —dijo Lída.

—*Bloody spy* —dijo Jakob.

En el instante en que el gargajo salía de su boca, dos señoras mayores se acercaron a la tumba. Jakob se dio la vuelta y les dijo en sueco:

—Olof Palme era un espía soviético. Se alistó en 1962. Por eso escupo en su tumba. Estuve combatiéndolo toda mi vida adulta.

Lída vio cómo una de las señoras pasó de largo sin detenerse. La otra puso las manos en los costados y miró al hombre de la falda escocesa sin entenderlo, para acto seguido seguir a su amiga sin hacer comentarios.

—Estaba de acuerdo conmigo —dijo Jacob—. Es importante contarle a la gente todo lo malo que hizo Olof Palme.

—Desde luego —dijo Lída—. Desde luego.

—Tengo un plan en el que suelo pensar.

—¿Un plan? ¡Qué emocionante! —dijo Lída.

—Una noche oscura, quizás en noviembre, vendré aquí. A lo mejor me pongo un chaleco de esos en los que pone Ayuntamiento de Estocolmo o algo así. Vendré con una excavadora alquilada. No tiene que ser muy grande. Luego desenterraré a Olof Palme, le escupiré y destrozaré el cadáver. El muy traidor.

Lída no lograba entender que a alguien pudiera siquiera pasarle por la cabeza algo así, y menos aún el sentido que podía tener. Si Jakob había matado a Palme, debería estar satisfecho. Tendría que bastar con que le hubiese quitado la vida al objeto de su odio. ¿Qué necesidad habría también de destrozar su cadáver? ¿Era una señal de que, al fin y al cabo, no era Jakob quien había matado a Olof Palme?

—Es un plan genial, Jakob.

Le dio un abrazo y un beso. Por primera vez, notó que Jakob correspondía a su aproximación. Lo mejor sería cortarlo a tiempo.

—Es muy tarde y mañana nos vamos a Hedestad, ¿verdad? —dijo Lída—. Podríamos ir juntos hasta el metro. Y nos vemos mañana un buen rato antes de

que salga el tren.

—Me encantaría —dijo Jakob.

La chica con peto y el hombre con falda escocesa caminaron a paso lento desde la iglesia de Adolf Fredrik hasta la calle Vasagatan. Terminaron la velada con otro abrazo.

Lída y yo quedamos en el bar Belgobar, cerca de la calle Vasagatan. Había conseguido encontrar y seguir a Lída y a Jakob cada vez que ella me mandaba un mensaje. Menos cuando de pronto habían echado a correr desde la iglesia de San Juan. Media hora más tarde, los había vuelto a descubrir cuando bajaban por las escaleras hacia la calle Tunnelgatan y la avenida Sveavägen. Había sido media hora desesperante. Tanto Lída como yo no dejábamos de pensar que ella estaba sola con Jakob. Y pronto iba a pasar un día más junto a él, en Hedestad.

DE VUELTA A LA ESCENA DEL CRIMEN

Estocolmo y Hedestad, agosto de 2017

Quedaron en el mismo sitio delante de Centralen a las once. Esta vez, Jakob no llevaba falda escocesa, lo cual relajó a Lída. El tren llegaba con retraso, así que fueron a tomarse una Guinness en O’Learys. Jakob se olvidó del reloj y Lída se vio obligada a recordárselo. Se perdieron de camino a las vías, pero lograron dejarse caer en los asientos justo cuando el tren emprendía la marcha.

Al cruzar el puente Central, Jakob ya cogía a Lída del brazo. No obstante, ella sabía que el mayor riesgo no era que Jakob recortara demasiado las distancias, sino que comenzara a sospechar algo. Era bastante influenciable. Sin embargo, cuando Jakob le mencionó que había hablado de ella con Bertil Wedin y otra persona más, Lída se sintió bastante inquieta. Sin duda, ellos tenían mejor criterio que Jakob y podrían ayudarlo a descubrir el farol. En un par de ocasiones lo había pillado mintiendo o guardándose cosas que Lída ya sabía. Sin duda, era un indicio de que Jakob estaba alerta.

—¿Mantendrás la promesa que me hiciste? —dijo Lída.

—¿Qué promesa? —dijo Jakob.

A ella le bastó con alzar la mirada para que él siguiera hablando.

—Sí, esta noche, cuando no haya gente cerca, quiero explicarte algo que no le he contado nunca a nadie.

—Haces que me sienta segura —dijo Lída.

Se deslizó hasta apoyar la cabeza en la parte frontal de su hombro. Cuatro largas horas más tarde, que pasaron hablando de nada, llegaron a Hedestad.

Mientras caminaban desde la estación hacia el piso de Jakob, Lída miró discretamente a su alrededor para ver si veía el Volvo color burdeos en alguna parte. En el tren había estado sola con Jakob, pero se había sentido a salvo

porque había gente alrededor. Ahora que iba a estar de nuevo a solas con él en su piso, quería saber que había alguien cerca.

Cuando llegaron a casa de Jakob y estaban entrando en el jardín, Lída vio un Volvo rojo oscuro deslizándose por la calle. «Sincronización perfecta», pensó.

Jakob sacó de la nevera ingredientes para preparar una ensalada y una bolsa de filetes congelados de pescado. Había pensado de antemano lo que iban a cenar. Además, había preparado tres botellas de vino blanco, que se estaban enfriando en la nevera. Abrió una de ellas en el acto. Desde que se habían visto por primera vez, Jakob había estado bebiendo más y había comprado el vino por iniciativa propia.

—Brindemos por la muerte del traidor —dijo Lída.

—Salud —respondió Jakob sin repetir las palabras de ella.

Lída percibió que había algo distinto en Jakob. Estaba nervioso. El pescado se le quemó. Cuando todo lo demás estaba preparado, cayó en la cuenta de que se había olvidado de hacer las patatas. Lída lo dejó en la cocina y salió a poner la mesa en el salón.

—¿Recuerdas que te hablé de dos periodistas hostiles? —dijo Jakob.

—*Sort of*. Refréscame la memoria —dijo Lída.

—Uno se llama Nicholas Schmidle y trabaja en el *New Yorker*. Me llamó hace un tiempo y le dije que no a una entrevista que me quería hacer.

—Pero ¿por qué? ¿Si es superemocionante!

—Empezó a hacerme un montón de preguntas. Le mentí.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—Bah, era algo sobre Palestina e Israel. Pero luego le colgué.

Lída recordaba perfectamente la conversación de Jakob con Nicholas; lo único en lo que Jakob podría haber mentido era el correo electrónico sobre misiles en un búnker que no van a volver. Palestina ni la habían mencionado. Así que ahora Jakob había vuelto a complicarlo todo y, nuevamente, le había mentido a Lída.

—Pero has dicho que había dos periodistas —dijo ella—. ¿Quién es el otro?

—Jan Stocklassa, se llama. Este es el expediente que tengo sobre él. Sin duda, KGB. Su *modus operandi* apunta a ello.

—¿A ver? Guau. Tienes expedientes sobre tus enemigos.

La cocina eléctrica comenzó a bufar cuando el agua de las patatas rebosó por la cazuela. Jakob salió corriendo a la cocina. Cuando volvió al salón, seguía

intranquilo. No se relajó ni cuando se sentaron en el sofá con sendas copas de vino.

—Quiero contarte algo —comenzó a decir, pero se calló de golpe.

Lída se esforzó por no interrumpirlo. A Jakob le costaba ir al grano. Y ella era impaciente, pero a base de fuerza de voluntad consiguió mantenerse callada. El tono de Jakob cambió.

—Cuando dijiste que la muerte de tu padre era culpa tuya, pensé que era una casualidad increíble.

Lída esperó.

—Yo estuve implicado en algo que le provocó la muerte a mi madre —continuó Jakob, que volvió a hacer una larga pausa—. Mi amigo judío en Estados Unidos, que sabía lo que había hecho, me dijo que era posible que fuera la causa de que mi madre muriera tan pronto. Y como yo había pecado, me quedé sin mi herencia. Mi padre se quedó con todo lo de mi madre. Cuando él vendió la casa, le dieron setecientos cincuenta mil coronas. Sin embargo, cuando murió, solo me tocaron cincuenta mil. El rey Salomón me dijo que Dios intervendría. Y comprendí que mi implicación era la causa. Pienso que fue demasiado duro.

Estaban muy cerca. Jakob se había visto envuelto en algo que estaba mal hecho y que había implicado que no pudiera recibir la herencia. ¡Ahora se lo iba a contar! Lída no comprendió qué tenía que ver la referencia histórica con el asunto, pero quería que Jakob continuara.

—¿Y en qué estuviste implicado, Jakob?

—Fue durante el periodo del segundo templo, hace dos mil años. Tuve la oportunidad de convertirme en una figura histórica, pero el ángel aquel... El ángel me dijo demasiado tarde que bajara. Y pensé: «A lo mejor aquí el tiempo es distinto». Pero yo iba a hacer algo que tomaba su tiempo, así que me puse nervioso y me negué a bajar. Y eso complicó mucho la situación. Las cosas salieron mal.

—¿Y qué pasó?

—Intenté corregirlo. El profeta Pablo dijo que era Yeshúa, pero no era verdad. Así que bajé y traté de matarlo, porque sabía que era un hombre peligroso. La cosa fue bastante lejos.

—¿Qué ocurrió?

—Entré en el archivo y vi que no había ningún Pablo. Pero hice mis pesquisas, reuní las piezas y comprendí que era un espía romano. Así que intenté

ejecutarlo, pero no lo logré.

La historia de Jakob de que habría intentado matar a un traidor podría hacer referencia a Olof Palme. La investigación que había hecho también podría coincidir con la del caso Palme. Pero todo estaba contextualizado en el momento histórico del nacimiento de Jesús, y Pablo era un traidor al judaísmo, puesto que había promulgado el cristianismo. Podía ser la manera de Jakob de contárselo todo a Lída, al mismo tiempo que mantenía la promesa que le había hecho a un tercero de no revelarlo jamás. Si lo que Jakob había dicho giraba en torno al asesinato de Palme, eso quería decir que estaba implicado. Había recibido la orden de disparar, pero parecía que no lo había conseguido. En ese caso, no habría sido él quien había disparado a Olof Palme. Lída tenía que descubrir más cosas sobre la noche del crimen.

—Hay una cosa que me estaba preguntando —dijo Lída—. Ayer dijiste que el día del asesinato estabas en la avenida Sveavägen. Pero, luego, que no estuviste. Me resulta desconcertante.

La respuesta de Jakob salió sorprendentemente rápido.

—Ah, estás pensando en eso. Lo que dije fue que crucé la avenida Sveavägen aquel día. No estaba en el lugar del crimen cuando tuvo lugar.

—Ya, pero entenderás que me resulta muy difícil de entender.

—Sí, sí, lo entiendo. Tendrías que habérmelo preguntado cuando pasó.

—Pero dices una cosa y luego cambias la historia, y entonces yo pienso que me estás mintiendo. Es muy importante que me digas la verdad.

—No estuve allí cuando pasó. Crucé Sveavägen sobre las cinco de la tarde. A lo mejor fui en dirección al cine Grand, pero no me acuerdo.

—Pero ¿entonces por qué me dijiste que aquel día no estuviste allí para nada?

—En inglés hay una expresión para eso: *I misspoke*. Pero sobre lo que pasó aquel día puedo decir lo siguiente. Si lo hiciera yo... Si lo hubiese hecho yo, no habría hablado con nadie, ni un alma. Por mucho que no te pudieran acusar de ello, pues ya habían acusado a Christer Pettersson y lo habían condenado en el primer juicio. Así que sería difícil acusar a otra persona. Pero, si lo hiciera yo..., si lo hubiese hecho yo..., probablemente habría... No sé, pero a lo mejor..., probablemente te lo habría contado y habría controlado que no hubiese teléfonos ni testigos. Porque un solo testimonio, aunque se lo acabaras contando a alguien por error, no haría ningún daño. Si yo lo hiciera..., si yo lo hubiese hecho. No habría podido hacerlo porque me habrían reconocido por la cara. Era ayudante

del doctor Enerström; habría sido una locura si hubiese intentado hacer algo así.

Lída estaba segura de que más tarde escucharían la grabación de estas palabras muchas veces. Jakob se había enzarzado en un razonamiento hipotético en el que se equivocaba todo el rato, haciéndolo sonar como si lo hubiese hecho él. Y su mejor argumento de por qué no lo podría haber hecho era que alguien podría haberlo reconocido. Pero era la misma época en la que solía llevar peluca y se hacía llamar Rickard. Nadie sabía quién era. Él era perfectamente consciente de ello.

—Tengo que creerte —dijo Lída.

Jakob insistió varias veces en que, probablemente, se lo habría contado si lo hubiese hecho, pero había algo diferente. La atmósfera entre ellos había cambiado desde el día antes. Lída tuvo la sensación de que alguien a quien le había contado que estaban quedando había influido en Jakob. La última vez que había pasado algo parecido, Bertil Wedin había cortado la amistad con Jakob después de enterarse de las conversaciones por Facebook que habían mantenido. Jakob había mencionado que había hablado con Wedin y con otra persona más. Independientemente de quién fuera, eso podría explicar el cambio de actitud de Jakob. Había estado muy cerca de contar algo, pero al final se había cerrado en banda. O bien consideraba que ya lo había explicado con el peculiar episodio de Pablo, y eso lo intranquilizaba.

—Tengo una fantasía —dijo Jakob—. Si alguien inventara una máquina para viajar en el tiempo. Tengo una idea. Volveré al pasado y mataré a Palme. Pero ¡sería seguro! Podemos hacerlo juntos. Tú puedes esperarme en el coche allí arriba. Y como conocemos la situación, estaremos a salvo.

Lída reconoció la fantasía del día antes, cuando habían estado paseando por Estocolmo. Se rieron juntos.

—¿Cenamos? —dijo Lída.

—Sí, la patata ya tiene que estar, ahora sí —dijo Jakob.

Después de la cena, Lída estuvo atenta a no acercarse demasiado a Jakob; con eso le bastó para que la situación no se volviera demasiado íntima. Jakob llevó los platos a la cocina y cuando volvió al salón ella esperó el momento oportuno para bostezar.

—Creo que ha llegado la hora de irme al hotel —dijo.

—Si a ti te parece —dijo Jakob.

A su manera, Jakob parecía decepcionado, pero ¿no había también un resquicio de alivio en su rostro? Quizá su cara reflejaba que comenzaba a intuir

que Lída era una persona distinta a la que decía ser. Jakob la acompañó hasta el vestíbulo del hotel. El beso fue breve. A la mañana siguiente, Lída se marchaba a primera hora, pero hicieron planes para verse de nuevo. Quizás en Hedestad. Quizás en Praga.

LOST

Estocolmo, septiembre de 2017

Ninguna respuesta por mensaje de móvil. Ninguna respuesta por Messenger. Ninguna respuesta por correo electrónico. Ningún acceso a Facebook desde un par de días después de la visita en Hedestad. El móvil, apagado. La línea fija, dada de baja.

Al final, busqué el número de teléfono del vecino Håkan. Lída lo llamó para preguntar si podía echarle un ojo a Jakob. Dos días más tarde, Håkan devolvió la llamada y dijo que había visto a Jakob, quien le había dicho que se iba un mes a la montaña a caminar. Sin duda, era una mentira que no hacía más que confirmar nuestras sospechas. De alguna forma, Jakob había entendido que Lída no era quien decía ser. Estaba lo suficientemente convencido de ello como para cortar toda comunicación. Jakob se había esfumado.

Yo había ido igual de lejos que habría ido Stieg. Había probado los métodos que él había empleado, incluido el hackeo y una operación encubierta. Jakob había desaparecido y la tapadera de Lída se había roto. Habíamos llegado lejos, pero, de la misma manera que Stieg había dejado su material de lado, yo pensé que ya era suficiente. Había llegado el momento de informar a Lída.

Le envié un correo electrónico y ella no tardó en llamarme por Viber. No era momento de adornar el mensaje. En parte, porque ya me había decidido. En parte, porque sabía que Lída detestaba que no fuera al grano.

—Anulamos el proyecto —dije—. Esto es lo más lejos que hemos podido llegar con Jakob. Nos ha durado bastante.

—Pero pronto descubriremos dónde se ha metido. Cuando viaja, deja más huellas digitales que cuando está en casa.

—No, Lída. Ha llegado la hora de dejarlo.

A Lída le surgió un tono de desesperación en la voz que no le había oído nunca.

—Pero siento que he fracasado. Esto era real. Pude darle la vuelta a mis debilidades y convertirlas en puntos fuertes y sonsacarle la verdad. Solo creo que calculé mal lo dura que podía ser con él. No debería haberlo apretado tanto la última noche. Pero la próxima vez saldrá mejor. ¡Lo prometo!

—No —dije—. He escuchado las grabaciones y tú no cometiste ningún error. Nadie lo podría haber hecho mejor. Estuviste perfecta.

Lída guardó silencio. La pausa se hizo tan larga que pensé que se había cortado la llamada.

—O sea, que te rajas —dijo entonces ella—. Si lo hubiese sabido, jamás me habría animado a trabajar contigo.

—Oye, yo llevo siete años con esto, y tú solo le has dedicado un par de meses en total. Creo que sé decir bastante bien cuándo ya no me quedan fuerzas.

—Razón de más para no dejarlo —me replicó Lída—. Lo has hecho todo y te has reunido con todo el mundo. Y, ahora, cuando finalmente tienes a alguien que estuvo implicado, ¿vas y te rindes?

En aquel momento, lo único que quería era zanjar la conversación y se lo dejé bien claro.

—Joder, pues si tan fácil te parece, ¿por qué no vas y te enteras de dónde coño se ha metido Jakob?

Demasiado tarde me di cuenta de que era justo lo que Lída quería oír.

ALÍÁ

Estocolmo, octubre de 2017

Habían pasado casi dos semanas desde mi último contacto con Lída. Empezaba a pensar que ahí había acabado todo. Eran las cinco de la mañana cuando mi móvil comenzó a vibrar. Alargué la mano y con ojos adormecidos vi que Lída me estaba llamando por Viber. Esperaba que le devolviera la llamada en cuestión de minutos, por lo que me incorporé soñoliento en la cama y traté de aclararme la garganta justo lo suficiente para poder hablar.

—Va a pedir *aliá*.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

—Mi contacto, que ya me ha ayudado antes, ha estado investigando y ha sacado nueva información —continuó diciéndome—. He conseguido su último *e-mail* y otras cosas. Está en Israel.

Lída no esperó a que yo reaccionara.

—Una semana después de que Jakob y yo nos despediéramos, se largó a Gotemburgo. Pero esos días tuvo tiempo de descubrir cuál era mi misión y de mandarle un *e-mail* a Bertil Wedin diciéndole que quería ir a Chipre. Wedin le dio la orden directa de no ir, a pesar de haberlo invitado en ocasiones anteriores.

Comenzaba a despertarme, pero la dejé continuar.

—Mi contacto ha encontrado unos cuantos mensajes más o menos relevantes. Hay un par que parecen los más interesantes; los he traducido del sueco con Google Translate. Entre otras cosas, le habla a Wedin de sus enemigos. Entre ellos te cuenta a ti, a mí y algunos periodistas que cree que trabajan para el KGB.

Estaba sentado en el borde de la cama, enrollado en la sábana tras una noche inquieta. Pero de pronto tenía la cabeza totalmente despejada.

—Vale —dije—. ¿Me envías todo lo que te ha pasado tu contacto?

—Por supuesto —dijo Lída—. Estate atento al correo. Y luego ven a Praga lo más pronto que puedas.

Colgué y me fui al escritorio. Aparté una montaña de papeles para poder colocar el ordenador. Primero busqué «*aliá*» en Google. Leí sobre el derecho de todo judío de mudarse a Israel y recibir tanto el permiso de residencia como la ciudadanía. El viaje a Israel de Jakob no eran unas meras vacaciones ni un intento de mantenerse alejado un tiempo: pensaba quedarse.

Miré el correo electrónico. Lída me había enviado un archivo zip con el elocuente nombre de «Para llevar». Lo descomprimí y encontré un archivo pst, un montón de jpeg y un archivo txt. Exporté el archivo pst al programa de *e-mails* y comencé a buscar.

Entre los correos, había varios que eran interesantes, entre otros los que Lída había mencionado y en los que Wedin le exigía a Jakob que no fuera a Chipre; además, había uno en el que Jakob le escribía que al final pensaba ir a Israel para solicitar *aliá*. La única otra ocasión en la que había visto semejante dureza por parte de Wedin hacia Jakob fue cuando cortó la amistad, tras sus conversaciones por Facebook. Ahora había dejado claro por segunda vez que estaba dispuesto a sacrificar la amistad con Jakob ante el riesgo de verse envuelto en algo que tuviera relación con el caso Palme.

Había bastantes mensajes de los diálogos por Facebook que iban destinados a una tal Sara, que parecía echarle una mano en cuestiones prácticas y le daba apoyo moral en relación con su mudanza a Israel. En varias ocasiones, Jakob le hablaba de sus problemas económicos y de cómo iba a poder pagar los recibos. Aparte del alquiler, cada mes tenía una factura de luz de seiscientas coronas y una de teléfono de trescientas cincuenta. Además, a finales de año, le cobrarían automáticamente mil quinientas coronas por la caja de seguridad.

En uno de los últimos mensajes en privado de Facebook, que solo era de dos días antes, un estadounidense llamado Adrian escribía que había dejado la colada de Jakob encima de la cama de su habitación. Cuando miré el perfil de Adrian, su último *check-in* había sido en el Aliyah Return Centre, cerca del mar de Galilea, donde podían hospedarse un tiempo los recién llegados a Israel que querían solicitar *aliá*. Si la colada de Jakob estaba allí, significaba que él también debía de estar allí. ¡Ya sabíamos dónde encontrarlo!

Los archivos jpeg eran capturas de pantalla que, entre otras cosas, mostraban los puntos geográficos en los que Jakob había accedido a su cuenta de Gmail.

También señalaban que la última vez que había estado en Hedestad había sido a principios de septiembre. Desde entonces se había conectado dos veces en Gotemburgo. Y, aún más importante, había habido una conexión fallida y otra fructífera en Tel Aviv. O sea, que estaba en Israel.

El último archivo adjunto era el txt: era un bloque de texto que llenaba de cabo a rabo cuatro hojas DIN-A4. No había título ni nada que indicara de qué clase de documento se trataba. Cuando lo hube ojeado un par de veces y tras buscar palabras clave como «Jakob», «Wedin», «Gmail» y «Facebook», saqué la conclusión de que era un archivo que reflejaba todas las teclas pulsadas, incluidos los errores y los borrados. En la masa de texto, encontré un mensaje dirigido a Lída que no aparecía en la bandeja de entrada del correo electrónico. Un mensaje en el que Jakob intentaba desdecir lo que le había contado la última noche sobre cómo había provocado la muerte de su madre a raíz de haber cometido ciertos actos que estaban mal. Pero no había encontrado ninguna buena explicación y no había llegado a enviarle el mensaje. Eso dejaba claro que lo que le había contado era muy importante. Y ahora estaba huyendo.

Cuando Wedin le había negado a Jakob la visita a Chipre, este no había sabido qué hacer. Primero se lo había tragado la tierra en Suecia durante dos semanas; luego había huido a Israel para instalarse allí de forma permanente.

Yo no sabía qué podíamos hacer para seguir avanzando con la pista de Jakob, pero Lída me había pedido que fuera a verla. Así pues, hice la maleta y me compré un billete de avión para Praga.

«M»

Praga, octubre de 2017

En el avión pedí un botellín de vino ácido y estuve reflexionando sobre cómo enfrentarme a Jakob. La manera más evidente sería ir a Israel, localizarlo y decirle que le quería hacer algunas preguntas sobre lo que había descubierto hasta ahora. Era altamente improbable que me respondiera, y menos aún que me contara la verdad. Descarté esa opción.

La otra alternativa que se me ocurría era montar una nueva operación encubierta en la que pudiéramos hacer que Jakob contara más cosas. Eso implicaba una cantidad ingente de complicaciones y factores de riesgo, pero era la opción con la que sería más probable que Jakob hablara.

Con una copa de vino en el cuerpo, elaboré una lista de las distintas etapas que eran necesarias. Diseñar los preparativos, planificar la logística, comprar accesorios, revisar las cuestiones jurídicas, encontrar un cómplice local. Toda la operación se desarrollaría en Israel. Aunque ya había estado varias veces allí, no tenía ni idea de cómo podría llevar una operación de tal calibre. Trasladé el último punto al primer puesto: encontrar un cómplice local. Alguien que pudiera ayudarme con todos los demás puntos. Solo había un problema: no conocía a nadie en Israel.

Me hospedé en el hotel Pyramida en Praga, unos kilómetros por encima del castillo. Me dieron una habitación sencilla, alargada, con mucho contrachapado de haya. Dejé la maleta y salí. El tranvía número 22 hace todo el trayecto hasta el centro. Me bajé en Národní Třída. Lída y yo habíamos quedado en el café Louvre, que estaba en una primera planta. Era una de las cafeterías más grandes de Praga. Eso nos brindaba la sensación de anonimato que andábamos buscando. Nos sentamos al fondo del local (junto a cinco mesas de billar libres) y pedimos

un *vinný střík*, vino blanco y soda.

—Necesitamos un socio local —dijo Lída como si me hubiese leído el pensamiento—. Hay un montón de cosas que hay que resolver allí. Si queremos que el montaje resulte creíble, tiene que ser un israelí quien se ponga en contacto con Jakob.

—Exacto —respondí—. Alguien que no tenga miedo, que sea creíble y que esté acostumbrado a este tipo de confrontaciones. He estado dándole vueltas mientras venía en el avión, pero no se me ha ocurrido nada. A lo mejor podría preguntarles a otros periodistas suecos si tienen algún contacto, pero eso llevará más tiempo y es arriesgado.

—Yo tengo a uno que podría ayudarnos. Schmuel, lo conocí en Francia hace muchos años y ahora está en Israel. He hablado con él y dice que puede conseguir lo que necesitamos. Está esperando a que lo llames, exactamente dentro de... —Lída echó un vistazo a su reloj de pulsera—... tres minutos.

Se la veía satisfecha. Me había dejado impresionado, pero también me sentía un poco lanzado al vacío por tener que llamar de pronto a un periodista desconocido sin haber tenido tiempo para descubrir más cosas de él ni preparar algunas preguntas. Me apresuré a apuntar un par de cuestiones que no debía dejarme antes de que Lída llamara a Schmuel por Viber y me pasara el móvil.

—Soy amigo de Lída y necesito ayuda con un proyecto —dije.

—Sí. Me lo ha contado.

—Entonces a lo mejor ya sabes de qué se trata.

—Queréis hacer hablar a alguien.

—Sí, así es. Queremos que responda a una serie de preguntas —dije.

—Vale. Creo que podemos ayudaros —dijo Schmuel—. Estoy aquí con una persona que es colaborador de «M», si sabes a qué me refiero. Es especialista en hacer hablar a la gente.

—Mmm —dije, y busqué rápidamente en Google una lista de periódicos israelíes con M. Encontré *Maariv*, un diario algo menor.

—Suena bien. Un *freelance* siempre es más fácil, para que no haya competencia por la historia —dije.

—Suele trabajar con proyectos en África.

—Ah. Bueno, esto será en Israel, pero siempre va bien que tenga experiencia internacional.

—¿Dónde está el sujeto? —dijo Schmuel.

—¿El sujeto? —dije, y pensé que era un término un poco raro en boca de un

periodista—. Está en un centro de absorción para nuevos inmigrantes cerca del mar de Galilea.

—Bien. Podemos tenerlo aquí dentro de veinticuatro horas.

—¡Fantástico! —dije yo.

—Y podemos conseguir una confesión dentro de menos de cuarenta y ocho horas.

—Guau, qué bien —dije.

—Independientemente de si lo ha hecho o no.

—Incre...

Le eché el freno a mi emoción. Ya no sonaba como si estuviéramos hablando de lo mismo. Yo estaba pensando en una operación de periodista infiltrado. El hombre que tenía al teléfono apuntaba más a una especie de interrogatorio. Un interrogatorio con final impredecible. Me sonaba a algo a lo que se habría dedicado más bien un servicio secreto. Un colaborador externo de un servicio secreto. Un externo para un servicio secreto que empezaba por «M». Dije que me lo quería pensar un poco y terminé la llamada lo más rápido que pude.

Lída me había puesto en contacto con alguien que decía trabajar como colaborador externo para el Mossad. Alguien que quería ganar un dinerito extra a base de interrogar a alguien y extraerle una confesión. O que tenía cualquier otro objetivo, ¿qué sabía yo? Enseguida me di cuenta de que no había sido lo bastante claro al hablar con Lída y ponernos de acuerdo sobre la operación encubierta. Yo me había imaginado algo como en Hedestad. Ella había pensado que debíamos ir mucho más allá.

La señal era tan fuerte que no pude evitar tomármela en serio. Hasta ahora me había servido de métodos periodísticos como los que había usado Stieg: hackeo e infiltración. En un par de ocasiones, me había visto obligado a decidir si era éticamente correcto seguir adelante. Cuando nos aproximamos a Jakob de incógnito con la intervención de Lída, habíamos rozado el límite, pero había decidido jugármelo todo. Además, también habíamos podido confirmar la mayor parte de lo que queríamos.

Sin embargo, pasar a métodos que forzaban una confesión superaba con creces lo aceptable. Me había dejado contagiar por el entusiasmo de estar cerca de resolver el caso Palme e incluso me había planteado viajar a Oriente Medio para realizar una operación encubierta. ¿En qué estaba pensando?

Cerré el ordenador y lo dejé a un lado sobre la mesa de la cafetería. Después

pedí dos copas de vino (esta vez sin soda) para Lída y para mí. La miré a los ojos y le dije que teníamos que dejarlo. Se lo tomó a pecho, pero entendía la decisión. Habíamos llegado al final del camino. Yo había llegado al final del camino.

REVÓLVER

Praga, noviembre de 2017

No tenía ninguna prisa por regresar a Suecia, así que decidí quedarme en Praga por un tiempo. Al menos hasta que me hubiera acostumbrado a no tener un proyecto siempre en mi cabeza y en el que podía refugiarme. En Estocolmo, mi vida privada había mejorado, era cierto, pero no había nada que me obligara a volver. Me había hecho a mi vida de divorciado; la necesidad de huir de la realidad ya no era tan apremiante como tiempo atrás. En general, me iba bastante bien. En cierto modo, no dejaba de ser un momento bastante adecuado para que mi gran proyecto quedara interrumpido.

Había hecho lo que me había propuesto y había seguido adelante con la investigación de Stieg Larsson sobre el caso Palme, pero ya no lograba avanzar más. Había llegado la hora de dejar de lado el asesinato y continuar con mi propia vida.

Seguía siendo un misterio cómo Lída podía tener contactos que sabían hackear *e-mails* o que estuvieran dispuestos a interrogar a Jakob en Israel, pero estaba a gusto con ella y quedábamos cuando nos apetecía. Nos iba bien. Hoy Lída había conseguido dos entradas para un concierto de música clásica y me había invitado a ir. Pocas veces se me pasaba por la cabeza hacer actividades culturales, así que acepté. Incluso, bueno, la verdad es que me apetecía mucho.

El concierto iba a celebrarse en la sala de la academia de música, que era parte del descolorido palacio de Liechtenstein en Malostranské Náměstí. La música la había compuesto Geraldine Mucha (nuera de Alfons Mucha, el artista modernista) y se englobaba en el marco del centenario de su nacimiento. A pesar de ser escocesa, había vivido la mayor parte de su vida en Praga con su marido, Jiří Mucha, antes de morir, hacía unos años.

Nuestros asientos quedaban bastante cerca del escenario. Nos disculpamos

hasta llegar al centro de la fila, un par de minutos antes de la hora de comienzo. El presentador, John Mucha, era el hijo de la compositora y su inglés era igual de immaculado que su checo. Durante un rato, habló de la vida y obra de su madre.

El director entró por la puerta del escenario y saludó al público mientras señalaba la orquesta, que venía de la ciudad de Pardubice. Traté de hacerme un poco más pequeño en mi asiento, para no tapar a los espectadores que tenía detrás. El programa abría con una pieza intensa que se titulaba *The Tempest Overture*. Era perfecta para sumirse en una suerte de manto contemplativo: tenía dos horas por delante en las que mis pensamientos podían volar libremente. No tardaron en volver a lo que había sido mi proyecto durante los últimos siete años.

En la historia de Stieg Larsson sobre el asesinato de Olof Palme, el antagonista no había sido el asesino, sino algo mucho más abstracto: la incapacidad de la policía sueca. Stieg había entregado varias pistas. Por culpa de una serie de errores y decisiones equivocadas, en realidad nunca las habían comprobado. Yo había hecho cuanto estaba en mi mano para seguir adelante con la teoría de Stieg. También le había presentado pistas concretas a la policía, pero habían pasado más de tres décadas desde el asesinato y ni siquiera una confesión bastaría para cerrar el caso.

Parte por parte, repasé todo lo que ahora sabía del caso Palme, basándome en el material de Stieg y en mis propias pesquisas. Los huecos se habían ido llenando con datos de otro material publicado. En las fisuras donde no había nada concreto, fui añadiendo las hipótesis que me parecían más razonables. Así logré hacerme una imagen probable de cómo había sido el asesinato de Olof Palme. Si la teoría de Stieg era correcta.

La música no llegaba del mundo real, pero me ayudaba a pensar.

Comencé por lo que Stieg le había escrito a Gerry Gable a los veinte días del asesinato, sobre comerciantes de armas que hacían negocios con el régimen del *apartheid*. Y estaba lo que Craig Williamson había insinuado con sus *e-mails* y lecturas recomendadas.

En el año 1985, Estados Unidos, Sudáfrica e Irán hacen grandes negocios en secreto, pero después de que la aduana sueca y la inspección de material bélico detuvieran las entregas de armas y explosivos destinados a Irán, los tres países quedan manchados por el mismo barro.

Los negocios son parte de un contexto mayor, que terminará por conocerse como el escándalo Irán-Contra. La información sobre la transacción es un

detonante que, si Olof Palme o alguien de su entorno hacía pública, podía amenazar a quienes estaban detrás de la operación. El arquitecto es William Casey, jefe de la CIA, que es íntimo del presidente Ronald Reagan. Una eventual dimisión de Reagan podía poner en jaque la posición estadounidense en los últimos años de la Guerra Fría.

El papel de Sudáfrica en el escándalo Irán-Contra es el de comprador de armas y petróleo, pero también organiza negocios con una lista de países de tránsito. Las Seychelles son uno de los lugares utilizados. Allí está afincado Mario Ricci, socio de Craig Williamson. Juntos comercian, entre otras cosas, con petróleo de Irán a Sudáfrica. Es un engranaje de la enorme maquinaria de transacciones alrededor del mundo.

Después de que los socialdemócratas suecos ganen las elecciones al Parlamento en 1985, Olof Palme continúa como primer ministro. Queda claro que las autoridades suecas continuarán siendo molestas para ciertos negocios importantes. La decisión definitiva de ordenar la muerte de Palme se toma después del verano de 1985, según datos de varias fuentes y documentos en Sudáfrica.

En la alianza incontestable entre Estados Unidos, Sudáfrica e Irán hay pocas personas capaces de llevar a cabo el asesinato de un primer ministro. Además, si de alguna manera se puede vincular a Estados Unidos, el daño será incalculable. Por eso la CIA no puede encargarse de ello. De ahí que el leal régimen del *apartheid* en Sudáfrica asuma la misión, «denegándose así» a Estados Unidos y asegurándose su apoyo continuado al régimen. Además, algunos ministros sudafricanos y comerciantes de armas quieren proteger los beneficios económicos que recibirán con la compraventa.

Al mismo tiempo que fui formulando los motivos que tenía el régimen del *apartheid* para implicarse en algo tan arriesgado como asesinar a un primer ministro sueco, iba oyendo las últimas notas de la segunda pieza del concierto, *Carmina Orcadiana*. La música anterior me había pasado completamente desapercibida.

La orquesta se lanzó con el primer cuarteto de cuerda de Geraldine Mucha, mientras yo pensaba en cómo habían organizado el magnicidio.

No he encontrado ningún texto de Stieg con detalles de cómo se habría ejecutado el asesinato. Pero los artículos de prensa de 1987 de *Svenska Dagbladet*, *Arbetet* y *GT* se basan en parte en los datos de Stieg; en conjunto, ofrecen una buena imagen de cómo podría haberse cometido el crimen. Hay algunos detalles importantes que surgen de la conversación de 1987 entre la

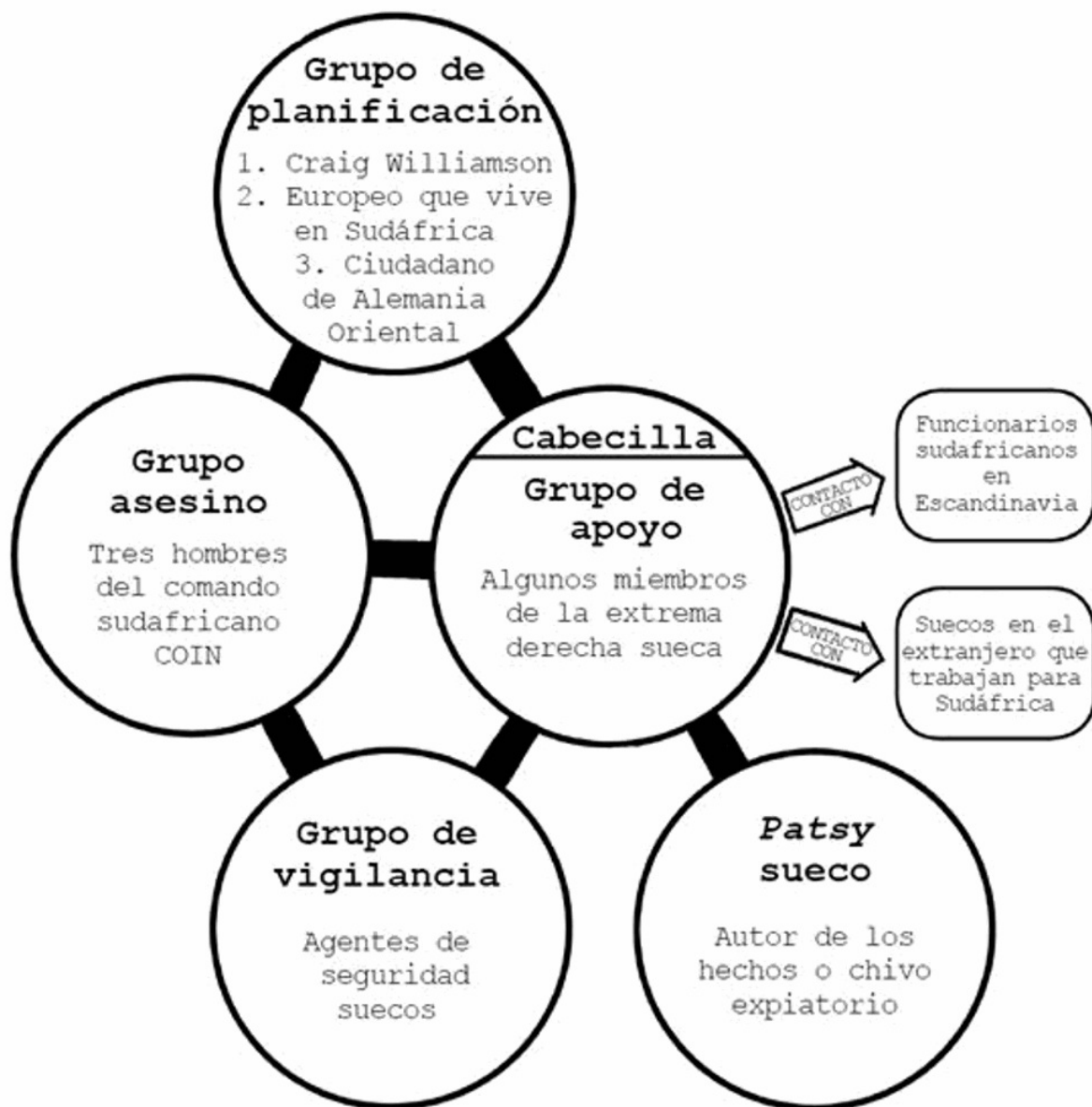
periodista Mari Sandström y una fuente anónima que había sido *sanction-buster* en Sudáfrica. Otros datos salen del artículo de *GT* con ilustraciones que reflejan las distintas partes (células) del comando asesino. La imagen de *GT* coincide con los datos que yo había conseguido, pero incluso puedo describir la posible operación aún más con detalle.

En 1986, Craig Williamson es, sin duda, el agente sudafricano mejor cualificado para dirigir una operación internacional de tal envergadura: asesinar a Olof Palme. Williamson lo ha demostrado, entre otras cosas, con el atentado con bomba en las oficinas del CNA en Londres de 1982. Después de sus años como infiltrado en la organización IUEF, en Ginebra, entiende el espíritu sueco, conoce Estocolmo gracias a varios viajes a la capital sueca e incluso ha conocido a varios de los colaboradores más cercanos de Olof Palme.

Craig Williamson niega, tras mi pregunta, ser él quien orquestó el asesinato de Olof Palme, pero dice que los agentes del servicio de inteligencia sudafricano han «hecho el trabajo sucio para el régimen sudafricano, que a su vez le hacía el trabajo sucio a Gobiernos del mundo occidental». El asesinato de Olof Palme podría haber sido parte de este «trabajo sucio».

Varios testigos dicen haber visto a Williamson en Estocolmo en fechas cercanas al asesinato, pero es bastante probable que algún otro agente sudafricano con conocimientos parecidos a los de Williamson hubiera organizado el atentado.

Igual que con la bomba en las oficinas del CNA en Londres, el asesinato de Olof Palme se plantea como una operación ejecutada por varias células, cada una con un cometido delimitado y con acceso solo a la información estrictamente necesaria. Hay un par de colaboradores leales al régimen del apartheid en Estocolmo, por ejemplo Heine Hüman, quien se pone en contacto con la policía sueca y les cuenta que seis días antes del asesinato le habían pedido que le buscara un sitio donde dormir a un ciudadano sudafricano. Pero, a diferencia de lo que sucedió en Londres, se necesita más ayuda local. El objetivo es móvil, la lengua es desconocida y para los sudafricanos es más difícil mimetizarse en Estocolmo que en Londres: hace falta encontrar a suecos que puedan llevar a cabo ciertas tareas.



La organización del asesinato según el *GT* el 28 de mayo de 1987, completada con nueva información sobre el comando ejecutor y el posible autor del crimen.

Una de las células (la de vigilancia) está compuesta por policías suecos y personal de seguridad. Según el excompañero de Craig Williamson, Riaan Stander, la célula sueca («*people from a Swedish intelligence organisation*») tiene como objetivo vigilar a Olof Palme. Sin duda, el agente de policía Carl-Gustaf Östling y varios de sus compañeros con contactos en Sudáfrica están involucrados. Los motivos de los suecos son distintos a los de los sudafricanos.

Para ellos, Olof Palme es un traidor a la patria que está a punto de vender Suecia en su próximo viaje a la Unión Soviética. Probablemente, la mayoría de ellos no sabe para quién están trabajando ni lo que va a pasar con Olof Palme. Reciben la información estrictamente necesaria.

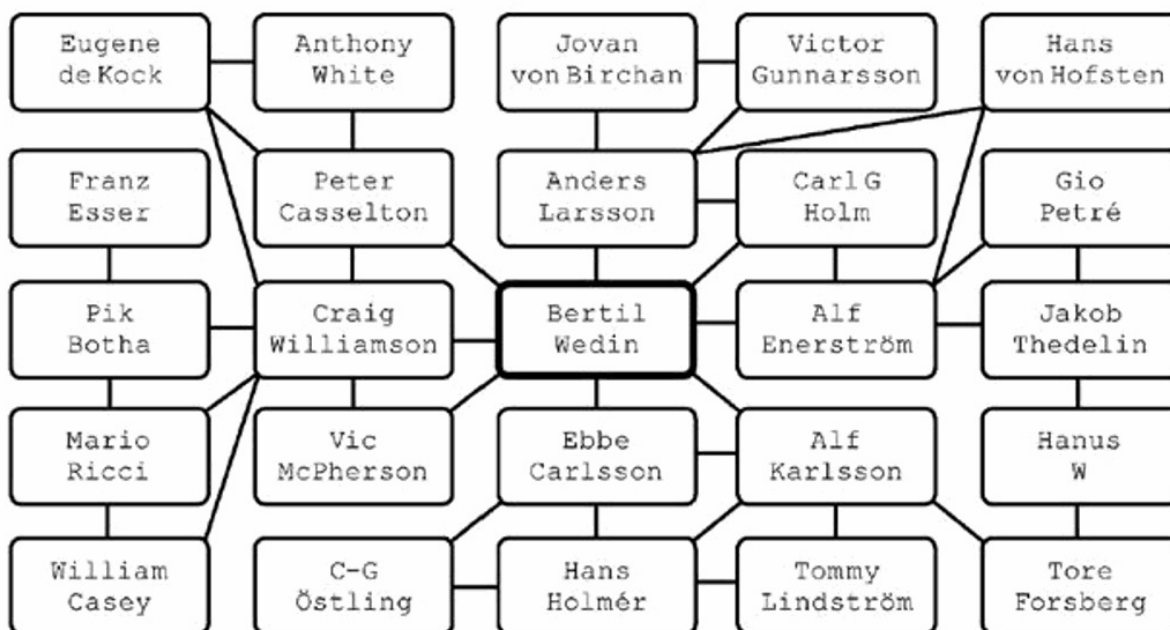
Otra célula (la de ayuda) la componen ciudadanos suecos. El extremista de derechas Anders Larsson la encabeza. Están al corriente de lo que va a ocurrir, pero se creen que han sido contactados por la CIA. El objetivo de la célula de apoyo es encontrar un asesino local y chivo expiatorio, un *patsy* que tiene que matar a Palme o al menos estar cerca del lugar del crimen y cargar con la culpa. Es lo que se define como *lost* en el manual de asesinato de la CIA que encontré en el archivo de Stieg.

Según el memorando de Stieg, Bertil Wedin, el agente de Craig Williamson, actúa como «intermediario» en el asesinato y ayuda a encontrar a los suecos, tanto al *patsy* como a los de la célula de apoyo. El primero con el que se contacta para cometer el atentado es el antiguo mercenario Ivan von Birchan, un conocido de Bertil Wedin de Alianza Democrática allá por los años setenta. Von Birchan tiene el contacto de un piloto de helicóptero llamado Charles Morgan o Peter Brown, a quien conoce de la guerra en Rodesia. Quedan un par de veces en el hotel Sheraton de Estocolmo a finales de 1985. El agente Peter Casselton, compañero de Bertil Wedin, ha sido piloto de helicóptero en Rodesia. Él, o alguno de sus compañeros de esa época, puede ser quien hiciera la pregunta.

Pero Von Birchan dice que no. Acto seguido, da varios avisos del inminente asesinato al Ayuntamiento de Estocolmo y a la Säpo.

La siguiente persona captada es Anders Larsson, otro conocido de Bertil Wedin. Encaja perfectamente como chivo expiatorio, pues es enemigo acérrimo de los amigos de Bertil Wedin en la revista *Contra*. Bertil Wedin y Anders Larsson se conocen de antes del asesinato, según los artículos de 1987. Sin embargo, cuando se lo pregunto a Wedin, él lo niega.

Existen varias versiones de cómo Larsson se entera de que Palme va a ser asesinado y de cómo decide dar la alarma, pues él mismo cambia su relato varias veces antes de morir, en 1991. Antes del atentado, Larsson se relaciona con un pequeño grupo de extrema derecha del que forma parte el primer sospechoso, Victor Gunnarsson: la célula que aparece dibujada en el artículo de GT y de la que Larsson es el líder.



Red de personas en torno al intermediario Bertil Wedin. (Archivo del autor.)

Anders Larsson se da cuenta de que no es capaz de cometer él mismo el asesinato. Se lo pregunta a Alf Enerström. Este ha publicado recientemente un libro en el que escribe que solo existe un castigo posible para un traidor a la patria como Olof Palme: tácitamente, se refiere a la pena de muerte. A la pregunta de Anders Larsson, Enerström asegura conocer a una persona (Rickard) que sería perfecto para participar en la muerte de Olof Palme. Solo Enerström conoce su identidad real: Jakob Thedelin. Enerström me dice que se citó con Anders Larsson en su piso de la calle Norr Mälarstrand. Enerström también menciona que había otras personas que querían ver muerto al primer ministro sueco, pero no hay testigos de que Larsson hubiera hecho la pregunta sobre matar a Palme o que Enerström hubiese propuesto a Rickard.

Durante los preparativos, Anders Larsson empieza a intuir los riesgos de formar parte de la organización y teme cargar con las culpas. Como medida de seguridad, envía un aviso ocho días antes del asesinato. Una advertencia que podrá utilizar si él mismo acaba apareciendo como sospechoso en el caso.

Según el informante de la periodista Mari Sandström y el artículo de *GT*, un comando asesino sudafricano de tres agentes llega a Suecia en noviembre de 1985. De camino, pasan a recoger tres coches por Múnich. Se los ha preparado

Franz Esser, que trabaja en un concesionario. Luego conducen hasta Estocolmo, donde pasan un par de días divirtiéndose con mujeres y alcohol. La patrulla de la muerte recibe varios toques de atención por parte del cuartel general en Sudáfrica: les recuerdan que deben actuar, no solo divertirse.

Según Riaan Stander (compañero de Craig Williamson), la vigilancia de la vivienda de los Palme comienza un par de semanas antes del asesinato. Se hace por turnos, con distintas personas de toda la organización. Hay que minimizar el riesgo de que los descubran. Uno de los testigos es el conserje del Parlamento, Henry N., quien dice haber observado la vigilancia. Asegura que eran personas que hablaban una lengua parecida al alemán (podría ser afrikáans). Más tarde, identificará a Craig Williamson en una foto de un periódico.

El 21 de febrero de 1986, se pierde una oportunidad de ejecutar el golpe cuando Olof Palme da un discurso junto con Oliver Tambo, del CNA, el día de la Asamblea del Pueblo contra el Apartheid, celebrada en la Casa del Pueblo de la avenida Sveavägen.

El 24 de febrero, Olof Palme visita la provincia de Jämtland, pero el resto de la semana no planifica más viajes. El miércoles (dos días antes del asesinato), Alf Enerström interrumpe de golpe su semana blanca familiar y viaja de Värmland a Estocolmo con Gio Petré. Más tarde dirá que fue para escribir un panfleto. Según el registro, Alf es dueño de un Mercedes blanco y de un Volkswagen Passat, dos tipos de coche que varios testigos relacionan con la escena del crimen.

Una semana antes del asesinato, la vivienda de los Palme es minuciosamente vigilada. Lisbet Palme observa a dos hombres que están mirando fijamente la casa, pero no se molesta en llamar a la Säpo. Son los mismos dos hombres que cree haber visto en el escenario poco después del crimen, según el comisario de policía Åke Rimborn, que habló con la viuda del primer ministro dos veces la noche del atentado.

El segundo cuarteto de cuerda ya ha comenzado cuando llego a la noche del asesinato. Miro de reojo a Lída y veo que se ha quedado grogui, como suele pasarle en los conciertos.

Había llegado el momento de Jakob Thedelin y del asesinato. Aunque las hipótesis fueran aumentando a medida que me acercaba al transcurso de los acontecimientos, había mucha materia de la que partir. El informe de la Comisión de Revisión, los testimonios publicados, el archivo de Stieg, mi propio análisis y mi material de base, por no mencionar también lo que Jakob le había contado a Bertil Wedin y a Lída.

En los interrogatorios de la policía de 1987, Jakob dice saber dónde vivían los Palme, pero no recuerda si lo sabía antes del asesinato. En mi opinión, es probable que él participara activamente en la vigilancia.

La tarde del magnicidio, el comando de la muerte se entera de que el matrimonio Palme tiene intención de ir al cine (puede que mediante la escucha de una línea telefónica pinchada, en una conversación entre Lisbet Palme e Ingrid Klering, la novia de su hijo Mårten, sobre las 17.00; tal vez a partir de la vigilancia y viendo que la pareja se dirigía al cine). Junto con su hijo y la novia de este, los Palme deciden ir a ver *Los hermanos Mozart* en el cine Grand. La película empieza a las 21.15. En cuanto se observa que los Palme están saliendo, se informa a las demás células: la célula de planificación con policías suecos y personas de seguridad, así como la célula de apoyo con extremistas de derechas. También se informa a Alf Enerström, que tiene contacto con la persona encargada de matar a Olof Palme. Es decir, con el anónimo «Rickard» y su peluca. Su verdadero nombre era Jakob Thedelin.

Poco después de las ocho y media de la tarde, los Palme habían salido de su domicilio para coger el metro desde Gamla Stan hasta Rådmandsgatan. Desde la distancia los vigilan personas con *walkie-talkies*. Así lo aseguran varios testigos.

Los Palme entran en el cine poco después de las nueve. La organización sabe que saldrán al cabo de dos horas. Eso hace que el grupo de planificación tenga tiempo de instruir a las distintas células y a otras personas para que se presenten en el lugar indicado. Algunos saben que es mejor mantenerse alejados. En el momento crítico, Anders Larsson está en casa hablando por teléfono. Otros procuran buscarse otro tipo de coartada: bajan al bar o salen de Estocolmo. Sin embargo, los hay que no pueden resistir la tentación de estar cerca: Victor Gunnarsson está sentado en el restaurante Mon Chéri, a doscientos metros del escenario del crimen, hablando descaradamente de Olof Palme con otras personas en el local. El llamado Hombre de Scania procura hacer horas extras en el edificio contiguo al lugar del asesinato.

Esa misma tarde, Jakob ya ha cogido el tren desde Täby hasta el centro de la capital, donde tiene alquilada una habitación en un piso. Por la noche, Enerström le dice a Gio Petré que va a salir a echar más monedas para el aparcamiento y se encuentra con Jakob. Enerström es dueño de un arsenal de armas, incluido un revólver Smith & Wesson, y cada uno escoge una. Según Gio Petré, Alf lo tiene desde hace tiempo.

En teoría, vigilar la entrada del Grand durante la película debía ser una misión sencilla. Pero Jakob es patoso y llama demasiado la atención. Según

varios testigos, delante del cine hay un hombre con gafas metálicas que mira angustiado el vestíbulo durante varios minutos. Una persona lo describe como un «tontaina» con ropa de esquiar de los años cincuenta. Esa descripción puede coincidir con Jakob.

Cerca del cine hay una serie de agentes y algunas personas del grupo de vigilancia. A través de los *walkie-talkies* informan continuamente al grupo de planificación, que también está cerca.

El camino más probable de vuelta a Gamla Stan para los Palme es dirigirse al norte por la avenida Sveavägen en dirección al metro de Rådmansgatan. Cuando la película termina, los Palme se quedan un par de minutos charlando con su hijo Márten y su novia delante del cine, tras lo cual empiezan a caminar por Sveavägen en dirección sur, en sentido contrario al esperado. El grupo de planificación activa un plan alternativo, que exigirá más improvisación que el original. Dos desconocidos se adelantan a los Palme por la acera. Otro hombre («increíblemente grande», según los testigos) los sigue por detrás.

El transcurso de los acontecimientos en relación con el asesinato en sí está lleno de testimonios y datos contradictorios. Además, treinta años de teorías y contrateorías han cubierto el pequeño núcleo de datos firmes de un manto oscuro de suposiciones y mentiras. Cuando me imagino cómo debió de ocurrir el asesinato, recupero lo que Jakob le contó a Lída en las conversaciones por Facebook y en sus citas.

Una persona de la organización recibe la tarea de plantarse rápidamente en la esquina del edificio Skandia. Recuerdo lo que le dijo Jakob Thedelin a Lída sobre cómo «recibió la misión de matar a un espía». Le dijo: «Así que bajé y traté de matarlo, porque sabía que era un hombre peligroso».

La situación comienza a volverse caótica cuando varias personas de la organización tienen que moverse en la dirección contraria a la esperada. En las inmediaciones más próximas, hay agentes sudafricanos y algunos vigilantes suecos. Jakob Thedelin y el altísimo Enerström están en Sveavägen. Todos llevan *walkie-talkies*. Algunos portan armas.

Mientras tanto, los Palme han cruzado Sveavägen y continúan hacia el sur por la otra acera hasta el edificio Skandia. Según los testigos, en la fachada, cerca de la esquina con la calle Tunnelgatan, un hombre está esperando. Varios miembros de la organización ven de lejos cómo los Palme se acercan a este individuo. Otro hombre cruza la calle y se queda un poco apartado, como apoyo.

Es ahora cuando va a pasar.

Nada puede fallar.

Cuando los Palme pasan por delante del hombre de la esquina, el otro miembro de la organización también está muy cerca. En pleno caos, cuesta distinguir cuál de los dos es el que aprieta el gatillo. Vuelvo a pensar en las palabras que Jakob le dijo a Lída: «Intenté ejecutarlo, pero no lo conseguí». Si Jakob es el que está esperando en la esquina, no es él quien dispara.

La persona que aprieta el gatillo ha bajado el martillo la primera vez y acierta a Olof Palme en plena espalda. Para el segundo tiro, utiliza la función de acción doble y aprieta el gatillo con mucha más fuerza, lo cual hace que el disparo salga desviado a la derecha. La bala le roza la espalda a Lisbet Palme, a pesar de que apunte a Olof Palme. En medio del tumulto, Lisbet cae de rodillas junto a su marido.

Posiblemente, pasan unos segundos tras los disparos antes de que Lisbet Palme levante la vista hacia su marido. Tal vez su mirada vaya de Olof a los hombres, pero sus impresiones del momento son fragmentarias. Ahora más testigos empiezan a registrar lo que está pasando en el lugar. Ven a Lisbet de rodillas junto a su marido y a un hombre de pie, sin moverse, cerca de ellos. Lisbet Palme aparta los ojos de su esposo y reconoce a los dos hombres, que están separados unos metros el uno del otro: los vio delante de su domicilio una semana antes (según le cuenta al comisario Åke Rimborn). Habla del hombre un poco más moreno y de estatura media (es el que está más cerca), y del hombre más rubio y llamativamente alto que está un poco más lejos. El segundo empieza a caminar rápidamente en dirección sur. Un par de testigos hablan de una figura con ropa clara que se desplaza más deprisa que todos los demás, en dirección a la calle Kungsgatan.

El hombre un poco más moreno y de estatura media sale del *shock* y acelera el paso hacia las escaleras de la calle Tunnelgatan. Sube corriendo por ellas. Al llegar a la cima de Brunkebergsåsen, varios testigos ven a un hombre en distintos sitios. Interpreto que ese tipo no sabe dónde meterse.

De las conversaciones con Lída, recuerdo que Jakob deseaba disponer de una máquina del tiempo: «Así le dispararía a Palme y tú podrías esperarme en un coche arriba en la loma y así yo sabría adónde ir».

Entre quince y veinte minutos después del asesinato, hay un hombre en el callejón Smala Gränd que casi choca con la testigo Sara. La descripción que hace esa chica de aquel tipo se convierte en el retrato robot, que guarda un alto parecido con Jakob Thedelin. En Snickarbacken, el hombre se encuentra por fin con uno de los coches del grupo, un Volkswagen Passat. Se cambia de chaqueta

antes de subirse al vehículo y luego se marchan de allí.

En los días posteriores al atentado, Alf Enerström teme por su vida y se muda a la finca en Värmland con toda su familia. De hecho, exige que los niños sean escolarizados en casa. En varias ocasiones, Enerström le da órdenes a Jakob de usar su *alter ego* (Rickard y la peluca) y de que vaya a hablar con personas que pueden saber algo sobre el caso policial. Entre otros, Jakob se cita con Ivan von Birchan, quien había advertido del asesinato. También con el agente de policía que llegó primero al lugar de los hechos, Gösta Söderström. Más tarde, Jakob describe esos encuentros en un correo electrónico que le envía a Bertil Wedin.

Al cabo de poco tiempo, la policía detiene a Victor Gunnarsson, que se convierte en el primer sospechoso.

Los sudafricanos regresan a su país sin complicaciones.

Gracias a sus buenos contactos, el intermediario Bertil Wedin siembra la pista del PKK en la Säpo y en el periódico turco *Hürriyet*. Enseguida esa se vuelve la pista principal de Hans Holmér.

Los miembros de la célula de apoyo, formada por suecos de extrema derecha, se dan cuenta de que, en realidad, ellos son chivos expiatorios. Así pues, tratan de borrar el rastro que han dejado. El amigo de Anders Larsson, Bengt Henningsson, el taquígrafo del Parlamento, llama alterado al Comité Báltico y les pide que destruyan el material sobre el EAP que Anders Larsson y Victor Gunnarsson han copiado allí, según una fuente central de los artículos que encontré en el archivo de Stieg de 1987.

La preocupación de los miembros de la extrema derecha sueca resulta baladí. De Victor Gunnarsson se sospecha muy pronto, es cierto, pero enseguida se redirige la atención hacia el PKK kurdo. Tiene que pasar todo un año para que la policía interrogue a Anders Larsson. Sin embargo, tanto sus avisos como los de Von Birchan respecto del asesinato se despachan sin más: imaginaciones suyas. La célula de apoyo con extremistas de derechas se disuelve. Anders Larsson se queda solo, confundido. Probablemente sea Anders Larsson quien, bajo pseudónimo, empieza a escribirle cartas a la policía en las que describe cómo tuvo lugar el asesinato. En 1991, muere por una úlcera estomacal. Tenía cincuenta y tres años.

Victor Gunnarsson se muda a Estados Unidos. Muere asesinado en diciembre de 1993, en Carolina del Norte. Tres años y medio más tarde, condenan al agente de policía Lamont C. Underwood a cadena perpetua, a pesar de que niega que

esté involucrado en esa muerte.

Jakob Thedelin sigue trabajando para Enerström. Con peluca y bajo el nombre falso de Rickard, se pone en contacto con el mediador Hanus W., que trabaja como externo tanto para la CIA como para la Säpo. Empieza a hablarle del asesinato de Palme. Hanus W. informa de Jakob a Tore Forsberg, de la Säpo. Tras vigilarlo durante más de medio año, consiguen descubrir, entre otras cosas, que su identidad real es Jakob Thedelin. Lo interrogan en mayo de 1987. Cuando Hans Ölvebro asume el puesto de jefe de equipo a comienzos de 1988, dejan a Jakob Thedelin de lado junto con casi todo el resto de las pistas abiertas. Un enigma por resolver es por qué Jakob entrega información a Tore Forsberg (a través de Hanus W.) y a la CIA, según declaró él mismo.

En 1996, cuando los agentes sudafricanos acusan a Craig Williamson y a Bertil Wedin de estar implicados en el caso Palme, Alf Enerström deduce el papel que desempeñó Wedin como intermediario y se pone en contacto con él. Dos años más tarde, Enerström es detenido por un delito con violencia en Värmland. Jakob ha recibido instrucciones de Enerström de llamar a ciertas personas si le pasara algo. Bertil Wedin es una de ellas. Ese es el primer contacto directo entre Jakob y Bertil. En algún momento de esa época, Jakob recibe instrucciones de lo que debe hacer con el revólver Smith & Wesson de Enerström, en caso de que este no pueda encargarse de él en persona.

Mucho tiempo después, cuando Enerström está ingresado en la clínica psiquiátrica, Jakob se ocupa del revólver. Jakob y Bertil empiezan a comunicarse con regularidad. El 5 de enero de 2009, Bertil le envía su primer correo electrónico a Jakob. Le pregunta por «la vida musical en Västra Frölunda». Ambos conocen el significado de esa pregunta en clave: se refiere al revólver empleado en el asesinato de Olof Palme. Jakob responde con una descripción en broma sobre «misiles en un búnker que no van a volver». Algo que queda demasiado cerca de la realidad. Wedin advierte a Jakob por carta de que tiene que ir con más cuidado, pero el daño ya está hecho. El *e-mail* permanece en la nube digital. Yo doy con él varios años más tarde.

Mientras en el concierto de Praga la música seguía sonando, comprendí que mi imagen sobre lo que había pasado encajaba bien con los testimonios de la época previa al asesinato, así como con las declaraciones de los testigos del día del magnicidio y de los que llegaron con el tiempo. Había llenado huecos, había dado cierto orden a informaciones contradictorias y había seleccionado testimonios que me parecían importantes. En algunos puntos, donde faltaban datos, me había permitido el lujo de especular, pero la imagen global cuadraba

con los datos existentes. Además, explicaba toda una serie de circunstancias peculiares y testimonios discordantes sobre el asesinato.

Casi todas las personas con nombre propio que aparecían en mi teoría salían también en las investigaciones de Stieg y en su seguimiento e identificación de la extrema derecha en Suecia, con una excepción importante: Jakob Thedelin. No obstante, Jakob conocía a diversas personas a las que Stieg les tenía puesto el ojo (o se había visto con ellas): Alf Enerström, Hans von Hofsten, Filip Lundberg, Ivan von Birchan o Bertil Wedin.

Dicho de otra manera: Jakob Thedelin era el eslabón que faltaba en la teoría de Stieg. Un *outsider* sin posición ni amigos que se podía sacrificar fácilmente. Como dirían los estadounidenses, un *paty* perfecto.

Cuando la última pieza del concierto, *En los pinares de Júcar*, de Geraldine Mucha (inspirada en un poema de Luis de Góngora), empezó a sonar, ya tenía claro cómo se había producido el asesinato de Olof Palme. Asimismo, me había dado cuenta de algo importante: mis dudas se habían convertido en convencimiento; me había acercado mucho a la solución del caso Palme. Debajo de cada piedra que había levantado, había encontrado datos e indicios nuevos.

El desánimo surgido tras la huida de Jakob a Israel y tras la interrupción de las operaciones encubiertas se esfumó. Todas las piezas del puzle que había ido acumulando desde que me había empezado a interesar por Alf Enerström y el caso Palme empezaban a encajar. Las extrañas circunstancias que otras teorías dejaban de lado encontraban una explicación. Andaba cerca de la verdad. Cada vez estaba más convencido. No podía rendirme. Tenía que continuar.

Nicholas Schmidle, el reportero del *New Yorker*, estaba esperando más material. Me pareció que lo que ahora iba a recibir era suficiente para poder publicar algo. Una publicación que generaría anillos en el agua.

La policía sueca iba a recibir la nueva información que tenía en mis manos. Además, había una serie de hilos de los que podía tirar yo mismo.

En 1987, William Casey, de la CIA, había enfermado y había fallecido en poco tiempo, cuando iba a ser interrogado en el Congreso sobre el escándalo Irán-Contra. Pero tiene que haber información en los documentos de la CIA que regularmente son accesibles gracias al *Freedom of Information Act*.

El ministro de Asuntos Exteriores sudafricano Pik Botha y el comerciante de armas francés Jean-Yves Ollivier siguen vivos y tienen mucho que contar sobre los negocios con Irán y de las reuniones con hombres de Estado de los poderes occidentales, incluidos Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Y varios de los

agentes del *apartheid* cuyos nombres se relacionan con el caso Palme siguen con vida.

En Chipre, está Bertil Wedin, que puede hablar de sus contactos con Sudáfrica y con los extremistas de derechas antes del asesinato.

En Suecia, siguen vivos varios conocidos de Anders Larsson y Carl-Gustaf Östling entre la extrema derecha de los años ochenta.

Sobre el papel de la Säpo y de ciertos colaboradores independientes, podrían hablar un par de compañeros de Tore Forsberg, incluido el mediador Hanus W.

Sin embargo, aun con todo esto, seguiría faltando una pieza importante del rompecabezas. Sin una prueba en concreto, cualquier teoría, por muy bien sustentada que estuviera, podría descartarse. Lo único que valdría serían las pruebas científicas. En ese sentido, ahí solo había una posibilidad: encontrar el revólver.

Mediante la infiltración de Lída había estado muy cerca de descubrir más de lo que sabía Jakob Thedelin. Sin embargo, justo cuando iba a empezar a contárselo todo, la había pillado y se había largado a Israel. Lída no había conseguido descubrir a qué se había referido con esos «misiles que no van a volver». O dónde estaba ese «búnker» que había mencionado en su *e-mail*.

Debía de tratarse de la descripción de un arma y de dónde la había dejado. Lo más probable era que se tratara del revólver que mató a Olof Palme. Si no, Jakob no habría necesitado mentir (en dos ocasiones) sobre el correo electrónico. Y Bertil Wedin no habría cortado la relación con Jakob; tampoco le habría escrito, mucho tiempo después, para decirle que había puesto en peligro su posición por culpa de ese *e-mail*. Durante muchos años, pensé que ese correo electrónico escondía la clave sobre dónde guardaba Jakob el revólver. Pero ¿de qué «búnker» hablaba?

La música me había hecho recorrer nuevos caminos. Entonces, de pronto, me vinieron a la mente los últimos mensajes que Jakob había enviado desde Israel. Eran cuestiones prácticas sobre cómo había que regar las flores y pagar los recibos. En general, no había nada interesante. Pero había escrito que uno de los recibos era más importante que los demás. Lo había mencionado dos veces y había subrayado que tenía que haber suficiente dinero en la cuenta cuando llegara el momento de pagarlo, en diciembre.

—¡Sí!

No es que mi exclamación fuera exageradamente fuerte, pero aun así el primer violinista negó con la cabeza. Algunos músicos más alzaron la vista de

las partituras: ¿quién era ese tipo tan entusiasmado? Muchos de los espectadores de las filas que tenía delante se volvieron para mirar. Lída también. Sentí cierta vergüenza, pero mi emoción era más fuerte. Había dado con la clave.

Poco después, el concierto finalizó. Lída y yo salimos a toda prisa durante los aplausos. El público nos miró desconcertados.

Ahora sabía que Jakob Thedelin tenía una caja de seguridad. Un pequeño espacio de almacenamiento en la caja fuerte de un banco al que solo él tiene acceso, nadie más. En una cámara acorazada que se asemeja a un búnker. Una caja lo bastante grande como para guardar el revólver que mató a Olof Palme. Un arma que nunca más se va a volver a utilizar. Un sitio en el que podría verlo y tocarlo como el trofeo que cambió el curso de la historia de Suecia. Tenían que ser los misiles «que no van a volver». Los que estaban en un búnker.

Lída y yo caminábamos por los grandes adoquines en dirección a la parada del tranvía, rodeados del crudo aire de noviembre en Praga. Se lo conté todo. Ella me escuchó sin interrumpirme. Nuestra labor estaba lejos de haber terminado. Pronto me tocaría ponerle freno a Lída y a sus ambiciosos planes (otra vez), pero en aquel momento estaba impaciente de que llegara el momento.

De repente, una idea me vino a la cabeza como surgida de la nada. ¿Y si Stieg hubiese estado allí esa noche? Seguro que el concierto le habría gustado..., pero aún más la posibilidad de encontrar el arma homicida y resolver el asesinato de Olof Palme gracias a su trabajo, tantos años después de su muerte. Sería como sacado de una novela. De una novela de Stieg Larsson.

EPÍLOGO

Estocolmo, 2018

Han pasado varios meses desde el concierto de Praga. Ya presenté mi informe a los encargados del caso Palme. Les he hecho saber que el revólver podría hallarse en una caja de seguridad a nombre de Jakob Thedelin. Asimismo, la policía sabe que tienen libre acceso a todo lo que hay en el archivo de Stieg y a mis investigaciones siempre que quieran. Con las medidas oportunas, trabajo duro y suficientes recursos, el nuevo fiscal al cargo y jefe de investigación, Krister Petersson, podría estar en lo cierto cuando afirmó aquello de que el caso Palme se va a resolver.

Mientras tanto, yo seguiré tirando de los hilos que asoman de este ovillo llamado caso Palme. Si todas las piezas caen en su sitio, dentro de uno o dos años podremos asegurar lo que durante tanto tiempo se consideró imposible: el asesinato de Olof Palme ha sido resuelto.

APÉNDICE

Este libro es el resultado de más de ocho años de investigación. Antes de empezar, yo sabía más o menos lo mismo que cualquier sueco sobre el caso Palme y me fiaba de las declaraciones de la policía y los políticos que aseguraban que el caso estaba «policialmente resuelto» y que el autor de los hechos se llamaba Christer Pettersson. Ahora estoy convencido de que ese hombre era inocente. También sé infinitamente más sobre el mayor caso abierto de asesinato que hay en todo el mundo, pero aun así no he hecho más que sumirme en una fracción de todo el material que hay disponible.

Alguien ha calculado que una persona formada en derecho tardaría nueve años en leer todo el material del caso policial, que está reunido en archivadores que ocupan doscientos cincuenta metros de estantería corrida. El caso lleva más de tres décadas abierto. En total se han interrogado a 10.225 personas al menos una vez. Más de ciento treinta han confesado el crimen. Además, existe una cantidad casi inagotable de material fuera del caso: reportajes, artículos, libros, hilos de discusión en Internet, blogs, *podcasts*, etc.

Mi libro no pretende dar una imagen completa ni del asesinato ni de la investigación policial. En primer lugar, está limitado a las pistas y teorías que se encuentran en el archivo de Stieg Larsson y a mis propias pesquisas. Pero coincide que son las pistas que me parecen más relevantes. En este contexto, es importante repetir que no presento ninguna prueba definitiva de que alguna de las personas que salen mencionadas en el libro sea la culpable de haber matado a Olof Palme ni de estar implicada en su asesinato.

Mi objetivo era escribir un libro accesible sobre un tema difícil, donde todo debe estar basado en datos conocidos o quede expuesto claramente como posibles conclusiones. Si más gente puede entender por qué el caso Palme sigue

sin resolverse, de qué manera Stieg iba por el camino correcto y qué aspecto podría tener la posible solución, habré logrado mi objetivo. Para llegar a él he tratado de ser consecuente a la hora de gestionar el material.

He contado con el apoyo del periodista y escritor Gunnar Wall. Su análisis de los datos presentados en el texto se ha centrado sobre todo en las partes que tratan el caso Palme y la investigación policial. Yo mismo he tomado las decisiones finales sobre el texto y respondo por los análisis, las conclusiones y mi propia investigación. Por respeto a la legibilidad del texto, he elegido, junto a mi editor Erik Johansson, de la editorial Bokfabriken, no incluir notas a pie de página ni una bibliografía completa.

La primera parte del libro describe, en primer lugar, la investigación de Stieg y las distintas etapas de las pesquisas de la policía, que corrían en paralelo. He elegido conscientemente dramatizar sucesos y acontecimientos tal como creo que Stieg los pudo vivir; lo he hecho para darle vida al texto. El objetivo era acercarme a la realidad, a pesar de haberme limitado a transcribir directamente documentos y las entrevistas. El material de fondo es una larga lista de entrevistas, los textos de Stieg, otros documentos y las pocas grabaciones que se conservan de él.

Todos los textos escritos por Stieg aparecen en una fuente distinta. Las cartas a Gerry Gable, el redactor jefe de *Searchlight* (a las que he tenido acceso directo gracias a Gerry), son fundamentales para entender cómo pensaba Stieg durante los meses que siguieron al asesinato. Las cartas están traducidas y transcritas palabra por palabra, excepto en un par de ocasiones en las que están recortadas para que el relato sea más efectivo y así evitar repeticiones. El significado principal no ha variado. Ni tampoco he corregido los errores puntuales que existen en las fechas o los testimonios, puesto que he querido reflejar los textos tal como los escribió Stieg. He considerado que no afectaba a las conclusiones que Stieg y yo hemos sacado.

Otros documentos importantes son el memorando acerca del «intermediario» Bertil Wedin y la pista sobre Victor Gunnarsson / EAP, así como el artículo de Stieg en *Searchlight* de 1996. He conseguido más información y ciertas aclaraciones a partir de infinidad de conversaciones y entrevistas con algunas de las personas del entorno de Stieg y que leyeron mi trabajo, entre las que puedo mencionar a Eva Gabrielsson y a Gerry Gable.

El informe de la CIA *A Study of Assassination* está traducido del inglés, recortado y reeditado, para trasladar su contenido de manera que resultara efectiva para el lector.

Para configurar el relato en la primera parte de este libro, he dramatizado diálogos a partir del material y de las entrevistas a las que he tenido acceso, con la ambición de que todos los datos relevantes fueran correctos.

No ha sido posible confirmar que Stieg Larsson se viera en persona con el inspector criminal Alf Andersson, pero es altamente probable. Ambos estaban investigando a las mismas personas y a la misma organización durante la misma época, Stieg se puso en contacto repetidas veces con la policía, y Alf Andersson era quien dirigía la pista sobre la extrema derecha sueca prácticamente a solas; en general, sin apoyo por parte de la directiva (según una entrevista que Lars Borgnäs le hizo a Alf Andersson).

La lista de personas, organizaciones y direcciones del capítulo «Misión Olof Palme» están sacadas de documentos que he considerado relevantes del archivo de Stieg Larsson. He hecho una selección para facilitar que el lector pueda orientarse en la ingente cantidad de material y servirse de ello como base para entender el resto del texto. Stieg dedicó infinidad de horas a investigar a cada persona, organización y dirección. El mapa sobre la red de contactos del mismo capítulo es una copia de una imagen sobre la que Stieg les preguntó a Sven Ove Hansson y a Anna-Lena Lodenius en una carta fechada a 29 de septiembre de 1987.

Todos los nombres son reales, con algunas excepciones importantes: la testigo Sara, la niña Sally (que sufrió las consecuencias de un accidente de coche), Schmuel (que me ofrece un interrogatorio), Bo (el amigo de Alf Enerström), Lída Komárková y Jakob Thedelin. El principal motivo por el que he cambiado estos nombres es proteger su identidad. En algunos casos, ellos también podrían sufrir represalias. El nombre de Hedestad es ficticio, para proteger aún más la identidad de Jakob Thedelin: lo he sacado de las novelas de Stieg Larsson. Los nombres del resto de las personas son reales, puesto que ya son archiconocidos y han salido mencionados en gran medida y durante muchos años.

La descripción de Lisbet Palme de dos autores en el escenario del crimen (a los que habría visto delante de su domicilio aproximadamente una semana antes del asesinato) se basa en los datos facilitados por el comisario de policía Åke Rimborn. Él conversó en dos ocasiones con Lisbet Palme en el hospital Sabbatsberg durante la noche del magnicidio; tomó algunos apuntes en los que respalda su percepción. Además, el subinspector adjunto Gösta Welander comprobó los datos, y aparecía en el texto la alarma nacional que se dio la noche del crimen. Después, Lisbet Palme no conectó a los dos hombres del lugar del

asesinato con los que vio en su domicilio, pero he elegido creer en la descripción de Rimborn acerca de la declaración que la mujer del primer ministro hizo aquella noche.

La segunda parte del libro describe, en primer lugar, mis propias pesquisas, con las que he conseguido cosas con las que la policía a menudo ha tenido grandes dificultades. Por ejemplo, el equipo de investigación del caso Palme no ha conseguido reunirse con Bertil Wedin en treinta y dos años, mientras que yo lo conseguí al primer intento. Otra persona con la que la policía ha tenido problemas es el vendedor de coches Franz Esser, cuya existencia la Sâpo ni siquiera ha logrado confirmar, según el informe de la Comisión de Revisión. Sale mencionado en una gran cantidad de artículos de prensa suecos, alemanes y sudafricanos. Yo he localizado y he hablado con una de sus hijas, que sobrevivió al accidente de coche en el que el resto de la familia Esser falleció.

Los diálogos reproducidos en esta parte están transcritos a partir de la grabación de conversaciones, pero los he recortado y editado para hacer más claro el relato, aunque sin cambiar el sentido de lo que se decía. Mis encuentros con Bertil Wedin y los de Lída Komárková con Jakob Thedelin están grabados al completo en audio (la mayor parte, incluso en vídeo). Una excepción son las citas de Craig Williamson, que se basan exclusivamente en anotaciones y correos electrónicos, puesto que el entrevistado exigió que no hubiera ningún aparato de grabación en nuestra cita.

En la segunda parte del libro, he cambiado la fecha de algunos acontecimientos, bien para simplificar y dejar más clara la historia, bien para proteger a ciertas fuentes. Estoy hablando de mi primer encuentro con Lída Komárková, la entrega de mi memorando sobre Jakob Thedelin a la policía (que he desplazado en el tiempo para proteger a una fuente) y de que Lída y Jakob se vieron un total de seis días y no cuatro, como aparece en el texto. En la misma línea, he reducido el número de encuentros que tuve con Alf Enerström y Gio Petré. Además, no he mencionado que Ola Billger, de *Svenska Dagbladet*, estuvo presente en un par de ocasiones. Todos los cambios han sido efectuados sin que se vea afectado el valor real de los acontecimientos.

El memorando de Boris Ersson sobre el caso Palme es un documento importante en la segunda parte de la obra. Varios pasajes relevantes están reproducidos en el informe de la Comisión de Revisión (por ejemplo, la identidad de la fuente A), pero aquí he elegido incluir algunos fragmentos no publicados hasta la fecha.

Las imágenes del capítulo «El retrato robot» están editadas. El retrato robot

tiene un círculo colocado encima de la comisura izquierda de la boca vista de frente. La otra imagen son dos fotos superpuestas: cincuenta por ciento del retrato robot y cincuenta por ciento de la foto de Jakob Thedelin a los cuarenta y ocho años de edad. La foto de Jakob Thedelin está editada en tanto que las gafas han sido borradas. Ha sido enderezada, está pasada a blanco y negro, hemos modificado el tamaño para que encajara con el retrato robot. Por último, las fotos han sido superpuestas la una a la otra.

Quedan muchas más cosas por decir sobre el origen de este libro y el material que le sirve de fundamento. Tengo muchas ganas de seguir contándolas. Te invito a entrar en la página **www.palmemurder.com**.

La última palabra aún está por decir.

¡GRACIAS!

Este libro no habría sido posible sin el apoyo y las aportaciones de una larga lista de personas. Algunas me han acompañado un tramo del camino; otras, todo el trayecto hasta la publicación.

Erik Johansson de la editorial Bokfabriken y Jacob Søndergaard de Rosinante fueron mis dos primeros editores. Se atrevieron a apostar por mí y tuvieron fe en que podría escribir el libro en diez meses. Al final fueron once, pero si ellos no hubiesen confiado en mí, el libro no habría pasado de ser un sueño. Después está mi agente, Judith Toth, que logró hacer magia y venderle los derechos del libro aún sin publicar a editores de veinticinco lenguas distintas en cincuenta países. Jamás me habría atrevido ni a imaginarlo. Los equipos de Bokfabriken, Nordin Agency y las editoriales extranjeras se encargaron del resto, casi sin que yo sepa cómo lo hicieron. Susanne Krutrök me ayudó con la parte de relaciones públicas.

Henrik Karlsson ha revisado y ha comentado por lo menos mil páginas de nombres y organizaciones en múltiples ocasiones; además, se ha preocupado de que mi relato resultara inteligible en menos de la mitad de las páginas. Tal como dijo Stephen King: escribir es humano, ¡revisar es divino! Bajo la celosa supervisión de Gunnar Wall, he podido contener el impulso de presentar datos no confirmados y he aprendido que con los hechos comprobados es suficiente. Además, por el camino me ha enseñado un montón de cosas nuevas sobre el caso Palme.

No llegué a conocer a Stieg Larsson, pero a través de las personas de su círculo más íntimo he intentado crearme una imagen de él lo más fidedigna posible. Eva Gabriellson ha sido la más importante para comprender a Stieg como persona, para entender cuáles eran sus pulsiones. Gerry Gable me ha

hablado de su sentido del humor y de su trabajo en común contra la extrema derecha y las indagaciones sobre el hombre en Chipre. A través de Daniel Poohl, pude saber más sobre la época justo anterior al fallecimiento de Stieg. Además, gracias a él accedí a ese archivo tan importante. Otras personas que conocían a Stieg han aportado tiempo, material y anécdotas. Me gustaría hacer especial mención a Anna-Lena Lodenius, Sven Ove Hansson, Håkan Hermansson y Graeme Atkinson. Lamentablemente, Lesley Wooler falleció mientras el libro tomaba forma, pero me dio información importante sobre su trabajo encubierto en Chipre del Norte, que sirvió de base para el memorando que Stieg presentó a la policía.

Algunas personas han arriesgado su cuerpo y alma para lo que al principio era solo mi proyecto, pero que ha acabado siendo nuestro. Sobre todo, Lída Komárková, Fredrik Haraldson y Staffan Boije af Gennäs. Lída es la persona más valiente que he conocido. Fredrik ha sido mi *consigliere* en muchos momentos difíciles. Staffan ha completado la revisión del manuscrito con ojos frescos.

Sudáfrica es un mundo totalmente distinto a la protectora Suecia. Allí conté con la ayuda de muchas personas. Boris Ersson me habló de situaciones de vida o muerte cuando en 1994 conoció a agentes sudafricanos; me dio muy buenos consejos para mi propio viaje al país africano. Mari Sandström y yo quedamos varias veces y hablamos de cómo conoció a su fuente en 1987 y de lo que podía significar su relato. Simon Stanford me acompañó a Sudáfrica; entre otras cosas, hizo que me sintiera más seguro. Hennie van Vuuren y Andrew Feinstein me ayudaron a entender el papel de Sudáfrica en el comercio de armas internacional. Rolf Ekéus y Paul van Zyl aportaron ideas y contactos. Craig Williamson me recomendó lecturas que me permitieron seguir avanzando. Evelyn Groenink respondió a mis preguntas sobre los negocios y muertes de hombres poderosos (hay que leer su nuevo libro: *Incorruptible*). Birgitta Karlström Dorph me habló de su importante trabajo en Sudáfrica durante el *apartheid*.

La extrema derecha sueca es un capítulo aparte. Mis encuentros con Joel Haukka me permitieron hacerme una idea magnífica del mundo de agentes secretos y extrema derecha en los años ochenta. Lars Borgnäs y Anders Leopold contribuyeron con respuestas sobre algunas de las personas que aparecen en el libro. Daniel Lagerkvist me pasó un montón de documentos importantes.

Nicholas Schmidle ha acompañado el proyecto durante más de cuatro años y ha viajado dos veces a Suecia y una a Sudáfrica. Una vez incluso estuvimos en nuestra propia Fargo, llamada Hedestad en el libro. Sin Robert Aschberg, quizá

jamás habría conseguido la llave del archivo. Sin Jonas Elgh, Ola Billger y Björn Hygstedt nunca habría habido ningún artículo en *Svenska Dagbladet*.

Por último, jamás habría llegado a tierra firme con este transatlántico de vapor sin mi familia y mis amigos. A Arne Valen, Björn Albrektson, Fredrik Söder, Maria Sandell, Calle Stocklassa, Fredrik Wolffelt y Hasse Pihl. Rut & Lucia. Zuzka & Zuzka. A todos los que en Genera me permitieron hacer campana en el trabajo. Al resto de los amigos, familiares y conocidos que me han aguantado cuando aprovechaba la menor oportunidad para hablar del caso Palme. Y, por último, a todos cuyos nombres me he dejado en el tintero tras estos ocho largos años de proyecto. ¡Gracias!

GALERÍA DE PERSONAS

Amigos de Stieg

Gerry Gable

Referente y mentor de Stieg en la lucha contra la extrema derecha; participó en la investigación de Bertil Wedin.

Eva Gabriellsson

Pareja de Stieg y la persona que estuvo a su lado en todos los proyectos de su vida adulta.

Håkan Hermansson

Periodista del diario *Arbetet* que, junto con Lars Wenander, trabajó con Stieg en 1987 en el seguimiento e identificación del odio a Palme.

Anna-Lena Lodenius

Escritora y periodista que, entre otras cosas, es autora del libro *La extrema derecha* (1994) junto con Stieg.

Lars Wenander

Periodista del diario *Arbetet* que, junto con Håkan Hermansson, trabajó con Stieg en 1987 para hacer el seguimiento y la identificación del odio a Palme.

Personal activo del equipo del caso Palme

Alf Andersson

Subinspector de policía que lideró la pista de la extrema derecha en el caso Palme, a pesar de la falta de interés del equipo directivo.

Ebbe Carlsson

Factótum político que continuó investigando el asesinato después de que su amigo íntimo Hans Holmér dejara el cargo de jefe de equipo.

Hans Holmér

Jefe del caso Palme durante el primer año y el primero en dirigir a la policía en la dirección equivocada.

Tommy Lindström

Extravagante jefe de la Policía Nacional y eminencia gris en el caso Palme, con muchos roles.

Kerstin Skarp

Fiscal en el equipo del caso Palme desde 1997 hasta 2016.

Hans Ölvebro

Jefe de equipo que dirigió la investigación de Christer Pettersson y responsable del caso Palme durante diecinueve años.

Sospechosos e interrogados en el caso

Alf Enerström

Bajo el sobrenombre del mayor anti-Palme del país, reunía fondos de la industria sueca para campañas contra Olof Palme.

Victor Gunnarsson

Extremista de derechas también llamado «el hombre de 33 años»; fue el primer detenido como sospechoso del asesinato de Palme.

Hans von Hofsten

Comandante que lideró el llamado «motín de oficiales» en la marina contra

Olof Palme.

Anders Larsson

Araña en la red de la extrema derecha sueca. Avisó ocho días antes del asesinato de Olof Palme.

Gio Petré

Actriz que fue pareja de Enerström y que colaboró en la campaña contra Olof Palme.

Christer Pettersson

Toxicómano de mala fama; el único condenado y absuelto por el asesinato de Olof Palme.

Sudafricanos o personas con vínculos en Sudáfrica

Pik Botha

Ministro de Asuntos Exteriores sudafricano en la época del *apartheid*.

Bernt Carlsson

Colaborador cercano a Olof Palme y del comisionado de Namibia para la ONU. Falleció en el atentado de Lockerbie.

William Casey

Jefe de la CIA que estaba detrás de los sucesos que condujeron al escándalo Irán-Contra. Tenía contactos entre las más altas esferas de Sudáfrica.

Peter Casselton

Agente sudafricano que había señalado a Craig Williamson y a Bertil Wedin como implicados en el asesinato de Olof Palme.

Franz Esser

Vendedor de coches alemán con contactos entre las más altas esferas de Sudáfrica; habría provisto de vehículos al comando asesino.

Eugene de Kock

Mando policial sudafricano conocido con el apodo de *Prime Evil*, el Gran Demonio. Acusó a Craig Williamson de organizar el asesinato.

Vic McPherson

Jefe de policía sudafricano que trabajó mano a mano con Craig Williamson hasta mediados de 1985.

Riaan Stander

Compañero de Craig Williamson, a quien acusó de haber organizado el asesinato de Olof Palme.

Bertil Wedin

Colaborador externo del servicio de inteligencia sudafricano; según el memorando de Stieg para la policía, actuó como intermediario en el asesinato de Palme.

Craig Williamson

El espía maestro del servicio secreto sudafricano. Sus propios compañeros le acusaron de orquestar el asesinato de Olof Palme.